

MI MÁS IRRESISTIBLE CASUALIDAD



Aitor Ferrer

**MI MÁS
IRRESISTIBLE
CASUALIDAD**

Aitor Ferrer

**MI MÁS
IRRESISTIBLE
CASUALIDAD**

Aitor Ferrer

Primera edición.

Mi más irresistible casualidad

©Aitor Ferrer

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mi más irresistible casualidad

©Aitor Ferrer

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

Capítulo 1



Me levanté con más ilusión que nunca porque ese día me hacían la tan ansiada entrevista de trabajo. Habían sido muchos años de intenso esfuerzo y sacrificio que, por fin, si me acompañaba un golpecito de suerte, iban a fructificar en una preciosa mañana de otoño en la que vislumbré sol a raudales, porque el día estaba muy despejado y porque yo me sentía muy contenta.

—Lucas, hijo, termínate la leche con cacao—le pedí porque él iba a su aire, como siempre. Mi hijo era el más tranquilo del globo.

—Mamá, tú ya sabes que yo...

—Que yo soy muy tranquilo y que tú siempre vas demasiado deprisa—imitó su tan repetida frase Julen, mi compañero de piso y mi mejor amigo, quien adoraba a Lucas casi tanto como yo.

—Mamá, ya lo está haciendo, lo está volviendo a hacer—refunfuñó poniendo los brazos en jarra.

—No te quejes tanto, que Julen tiene santa paciencia contigo. Si fuera yo quien tuviese que llevarte hoy al cole, y; estaría arreándote mucho más todavía, así que por ahí te vas a salvar.

—Pero eso es porque tú eres una cagapri...—de inmediato se encontró con la mano de Julen puesta en su boca, para evitar que la liase más.

—Me llegas a decir otra vez que soy una cagaprisas y te quedas sin dibujitos animados una semana.

—Eso es maltrato infantil y podría denunciarte por ello, lo sabes—se puso a la defensiva con sus brazos delante del pecho.

—¿Perdona? ¿Aquí quién es la abogada? ¿Tú o yo?

—Los dos, porque tú siempre dices que no habrías terminado la carrera si yo no te hubiese ayudado—rio, sabía

perfectamente cuándo tenía que decir algo que me sacara la risa y que le librase de todo. Así era Lucas, mi peque de cinco años.

—Venga, venga, ¿te he dicho ya que hueles a picapleitos de lejos? —puso paz Julen.

—No, huelo a mi último perfume de Carolina Herrera, patán—le corregí.

—Ya sé que tienes toda la colección de los tarritos en forma de zapato, que son una cucada y que blablablá.

—Julen, ¿tú te has fijado en que la convivencia conmigo te abrirá la puerta del corazón de muchas mujeres? Con ella has cursado un máster en diversas materias que te resultarán infalibles: fragancias, trucos de maquillaje...

—Saber detectar qué días del mes es mejor aparecer con chocolate que abrir la boca... Cierto, más que un máster, creo haber cursado un doctorado—me sonrió.

Mi vida no habría sido la misma sin él. Le conocí en la universidad, en mi primer año de Derecho, si bien Julen quien, pese a ser vasco es de la opinión de que los de Bilbao pueden vivir en cualquier parte sin perder ni pizca de su esencia, no estaba estudiando allí. Por el contrario, él era uno de los encargados de mantenimiento.

El día que le vi por primera vez, él estaba colocando una bombilla y yo, como la cagaprisas que soy (que mi hijo tenía razón por mucho que esa no fuese una palabra para él), pasé por debajo de la escalera en la que estaba subido y estuve a puntito de tirarle.

Ya he dicho que Julen es vasco y que, por esa razón, no suele edulcorar demasiado las cosas. Que conste también que no lo digo como una falta, sino todo lo contrario, porque me encantan las personas que van de frente por la vida, aunque lo cierto es que lo que me soltó en ese momento me gustó un poquitín menos, para qué voy a decir otra cosa.

—Eh, tú, ¿es que vas por ahí como pollo sin cabeza? Si me llegas a tirar, te enteras.

Yo tampoco estaba pasando por uno de los mejores momentos de mi vida precisamente, de manera que por toda respuesta le hice una peineta que provocó que bajase de la escalera como uno de esos monos de Gibraltar que se tiran encima de la gente para robarles las mochilas.

Julen no pretendía robarme nada, aunque con el tiempo me robó el corazón... Y no lo digo en sentido romántico, porque nunca estuvimos vinculados emocionalmente o, por decirlo de un modo más sencillo, no nos habíamos enrollado jamás de los jamases. Y no sería porque no estuviese bueno, que lo estaba, es que simplemente... ¡era Julen! Y, para él, el destino tenía otros planes que pasaban por convertirse en mi mejor amigo y compartir piso conmigo.

Desde entonces habían pasado varios años y aquella mañana podía ser que ese destino tuviera a bien mostrarme que mi vida podía convertirse por fin en esa por la que yo tanto había luchado. Me entrevistaban en uno de los bufetes de abogados más reputados de Salamanca, mi ciudad, uno que estaba muy cerquita de la Plaza Mayor.

La posibilidad de trabajar allí, todo hay que decirlo, no me había caído del cielo. Yo me labré un expediente impecable gracias a mi mucho tesón, eso era innegable, pero las puertas de tan insigne bufete me las abrió la recomendación de una de mis profesoras de la facultad, llamada Carmina, y que se había convertido en una especie de hada madrina para mí.

Gracias a ella, yo tendría la oportunidad de explicarle a la gerente del bufete, Bárbara, por qué era su mejor opción. Esa mujer, que era una de las mejores abogadas de la provincia, tenía fama de dirigir su bufete con mano de hierro, pero también se decía que de ella aprendías como de nadie.

Y allí estaba yo, tensa por esa primera gran oportunidad de mi vida, pocos meses después de haber cursado ese Máster de Acceso a la Abogacía que me brindaría la oportunidad de trabajar como abogada, que siempre fue mi sueño desde niña.

Camino del bufete, mientras recorría las pocas calles que separaban mi casa de él, miré al cielo sabiendo que en él había dos ángeles que esa mañana, sin lugar a ninguna duda, estarían cruzando los dedos por mí.

Mi apresurado paso, ese del que Lucas se quejaba cuando caminaba conmigo, estuvo a punto de dar al traste con mis planes, ya que el tacón de uno de mis zapatos se metió en el agujero de una alcantarilla y pude sacarlo intacto por los pelos.

Desde entonces habían pasado varios años y aquella mañana podía ser que ese destino tuviera a bien mostrarme que mi vida podía convertirse por fin en esa por la que yo tanto había luchado. Me entrevistaban en uno de los bufetes de abogados más reputados de Salamanca, mi ciudad, uno que estaba muy cerquita de la Plaza Mayor.

La posibilidad de trabajar allí, todo hay que decirlo, no me había caído del cielo. Yo me labré un expediente impecable gracias a mi mucho tesón, eso era innegable, pero las puertas de tan insigne bufete me las abrió la recomendación de una de mis profesoras de la facultad, llamada Carmina, y que se había convertido en una especie de hada madrina para mí.

Gracias a ella, yo tendría la oportunidad de explicarle a la gerente del bufete, Bárbara, por qué era su mejor opción. Esa mujer, que era una de las mejores abogadas de la provincia, tenía fama de dirigir su bufete con mano de hierro, pero también se decía que de ella aprendías como de nadie.

Y allí estaba yo, tensa por esa primera gran oportunidad de mi vida, pocos meses después de haber cursado ese Máster de Acceso a la Abogacía que me brindaría la oportunidad de trabajar como abogada, que siempre fue mi sueño desde niña.

Camino del bufete, mientras recorría las pocas calles que separaban mi casa de él, miré al cielo sabiendo que en él había dos ángeles que esa mañana, sin lugar a ninguna duda, estarían cruzando los dedos por mí.

Mi apresurado paso, ese del que Lucas se quejaba cuando caminaba conmigo, estuvo a punto de dar al traste con mis planes, ya que el tacón de uno de mis zapatos se metió en el agujero de una alcantarilla y pude sacarlo intacto por los pelos.

Capítulo 2



Llegué a la entrevista aún con la sensación de que me dolía el tobillo a consecuencia del extraño giro que me hizo el tacón. No llevaba nada entre las manos y eso hacía que me sintiera un poco más nerviosa todavía.

Es curioso, con las tablas que había adquirido en la vida por otros motivos que pronto os contaré y, sin embargo, aquella entrevista me tenía atacada de los nervios.

Mi aspecto ayudaba, ya que iba impecable. Mi melena rubia, perfectamente alisada, caía sobre los hombros de la chaqueta del traje rosa palo que estrenaba para la ocasión, el cual no me resultó demasiado abrigado, ya que noté que aquella mañana las temperaturas se habían desplomado y no me habría venido nada mal llevar un abrigo encima.

Trataba de pensar en eso y en otras cosas banales para que no me notase una actitud ansiosa. Evidentemente, tal y como había hablado con Carmina, la idea era que se evidenciaran mis ganas de trabajar, de unirme al equipo, si bien en ningún momento debía mostrar desesperación.

Me miré a un espejo que tenía delante en aquella sala de espera, de lo más rimbombante, y noté que el colirio que me eché en los ojos para que el blanco resplandeciera había surtido efecto. No en vano, de otra manera correría el riesgo de que se me notasen enrojecidos por esa falta de sueño que yo solía acusar.

Bárbara apareció ante mí. Ese nombre siempre me sonó contundente y lo asociaba a mujeres de fuerte temperamento y presencia imponente, como Bárbara Rey, algo que me volvió a ocurrir al ver parada ante mí a aquella señora que debía rondar los sesenta y cuya impresionante melena gris plomo hablaba por sí sola de una personalidad arrolladora. Alta, con una figura espléndida y un par de manos grandes que hacían que inevitablemente te fijases en ellas, era la viva imagen de la elegancia.

Yo me imaginaba acudiendo al bufete en calidad de cliente y suponía que la sola apariencia de esa mujer me animaría a confiarle mi caso.

No podría dar, tras su saludo, ninguna pincelada sobre su carácter. Su saber estar era obvio, lo mismo que su seriedad, pero su tratamiento hacia mí estaba a caballo entre lo educado y lo distante.

—¿Alba Montaner? —preguntó.

—Sí, soy yo. Y usted debe ser Bárbara de la Serna, ¿verdad?

—Así es, acompáñame—me pidió.

—Carmina me ha hablado maravillas de usted y...

—Carmen Pinto es una de mis mejores amigas, razón por la cual puede que me tenga en demasiada estima—afirmó cortante.

Con esa afirmación me quiso decir que no le había gustado que me refiriese a mi profesora en unos términos tan cercanos, al llamarla Carmina, así como que ella no me iba a tratar con ninguna condescendencia por llegar hasta allí recomendada.

Tiempo después supe que Bárbara había luchado mucho para abrirse camino profesional y que eso de los enchufe no iba con ella, aunque también sabía de sobra que Carmina no me habría recomendado de no ser porque contaba con un currículum impoluto que ella siempre me alabó.

Entramos en su despacho y era alucinante. Quizás no me haya referido a que el de Bárbara no era uno de esos bufetes modernos, que rezuman minimalismo... No, el suyo desprendía solemnidad... Un cierto aire vintage y muebles que podrían ser considerados verdaderas obras de arte, como la mesa y la silla de su despacho, le otorgaban un aire retro salpicado de un estilo señorial que casaba a la perfección con esa emblemática plaza de la ciudad de la que tan cerca estaba.

Allí tenía a Bárbara de la Serna, invitándome a tomar asiento y haciéndome una radiografía en unos segundos. De esa mujer no solo se decía que de ella podías aprender más que de nadie, sino que sus rivales en sala habían de enfrentarse a una abogada tan experimentada como despiadada, capaz de merendarse a todo aquel que no diera la talla.

Con esto no estoy diciendo nada malo de ella, todo lo contrario... Un buen abogado que se precie ha de ser así. Cuando los intereses de tu cliente deben prevalecer sobre los del contrario, mostrar piedad no es una opción.

Justo iba a comenzar la entrevista cuando uno de sus empleados la interrumpió.

—Doña Bárbara, por favor, necesito que venga. Es muy importante, no se lo pediría si no fuese así.

Por la forma de hablarle y de mirarla, entendí que todos allí le rendían pleitesía, puesto que solo le faltó al chaval

tirarse al suelo para que ella se levantase de su silla.

A mí todo lo que estaba viendo me impresionaba, y eso que Carmina ya me previno sobre que eso podía ocurrir, recordándome por otro lado que nadie podría ofrecerme ni enseñarme tanto como su amiga.

No sé si os ha pasado en ocasiones... Quizás Carmina, como Bárbara decía, la tuviese en gran estima por ser su amiga, pero hay personas que actúan de cierta manera con sus familiares y amigos, y de otra muy distinta en el trabajo, donde pueden volverse verdaderos tiranos, llegado el caso. Yo esperaba que no lo fuese, y todo ello en el supuesto de que me admitiera, que no tenía por qué ser así.

Bárbara siguió a aquel chico y lo siguiente que escuché fueron unos gritos tales que todo el bufete enmudeció, empezando por mí. Ojalá se me pasase esa sensación de no poder articular palabra, puesto que me sentía fatal y m elocuencia, esa que no solía faltarme, parecía haberse evaporado en aquel ambiente enrarecido.

tirarse al suelo para que ella se levantase de su silla.

A mí todo lo que estaba viendo me impresionaba, y eso que Carmina ya me previno sobre que eso podía ocurrir, recordándome por otro lado que nadie podría ofrecerme ni enseñarme tanto como su amiga.

No sé si os ha pasado en ocasiones... Quizás Carmina, como Bárbara decía, la tuviese en gran estima por ser su amiga, pero hay personas que actúan de cierta manera con sus familiares y amigos, y de otra muy distinta en el trabajo, donde pueden volverse verdaderos tiranos, llegado el caso. Yo esperaba que no lo fuese, y todo ello en el supuesto de que me admitiera, que no tenía por qué ser así.

Bárbara siguió a aquel chico y lo siguiente que escuché fueron unos gritos tales que todo el bufete enmudeció, empezando por mí. Ojalá se me pasase esa sensación de no poder articular palabra, puesto que me sentía fatal y mi elocuencia, esa que no solía faltarme, parecía haberse evaporado en aquel ambiente enrarecido.

Capítulo 3



Bárbara volvió a sentarse delante de mí unos minutos después. Yo solo podía pensar en que se hubiese quedado a gustito y en que no la emprendiese a gritos del mismo modo conmigo.

—A ver, por dónde íbamos—me pidió.

—Todavía no habíamos empezado, Bárbara—titubeé.

—Cierto, porque si lo hubiéramos hecho ya te habría comentado que me llamasen Doña Bárbara—me soltó y me quedé fría. Mierda, mierda, debí suponerlo, si hasta se lo había escuchado al otro chico.

—Muy bien, Doña Bárbara—corregí de inmediato.

—Dicho esto, he de decirte que leí tu currículum junto con la carta de recomendación de Carmen y reconozco que te considero una candidata idónea para el puesto.

Respiré algo más aliviada, aunque eso no era nada que no supiera. Trabajé muy duro durante años y mis calificaciones así lo avalaban. Con un currículum salpicado de sobresalientes y matrículas de honor que tan solo en raras ocasiones bajó a un notable, pensaba merecer esas palabras que, sin embargo, me sonaron desconcertante por el tono empleado.

Por decirlo de alguna forma, yo sentía como si a Bárbara le faltase pasión a la hora de hablar, como si lo hiciera en un mismo tono que no transmitiese ni frío ni calor, aunque mejor así que cuando la emprendía a gritos, eso también acababa de aprenderlo.

—Me alegra saber que lo vea así.

—No obstante, la madera de abogado se demuestra en sala. He conocido a mucho ratón de biblioteca con un currículum excelente que no ha sabido desenvolverse ni lo más mínimo y que ha fracasado estrepitosamente desde su primer juicio, de manera que el hecho de que te dé una oportunidad se traduce en estar en período de prueba.

—¿Con eso quiere decir que me la dará? —le pregunté exultante.

—No tan rápido, no tan rápido. Hablemos de tus circunstancias personales.

—¿Mis circunstancias personales? —me quedé un tanto asombrada, puesto que eso sí que no lo esperaba.

—Exacto, ¿tienes hijos? —me preguntó de inmediato.

—Sí, tengo un niño, Lucas, de cinco añitos.

—¿Un niño de cinco años? Supongo que eso te quitará tiempo.

—Bueno, no sé cómo decirle... Me organizo bien, la verdad, siempre lo he hecho. Verá, ese currículum que tiene usted delante lo he conseguido con él ya en el mundo, de manera que no veo por qué mi hijo habría de ser un obstáculo para que me vuelque en el trabajo, si me permite decírselo.

—Tienes toda la razón, cuando se quiere, se puede, pero debo estar segura de que así sea—me dijo y en ese momento le dio la vuelta a una fotografía que tenía en la mesa, dejándome ver una estampa familiar de ella ¡con ocho niños!

No, no, Bárbara no tenía pinta de ser monitora *scout*, de manera que debían ser sus hijos. La fotografía tenía cantidad de años y todos aquellos chicos serían ya adultos. Por cierto, que se trataba de ocho varones.

—Sí, por esa parte no se preocupe, que todo está controlado. Mi hijo no interferirá para nada en mi trabajo, le doy mi palabra.

—Dar la palabra es gratis, lo que cuesta es cumplirla—apuntilló.

—Cierto, ya se lo demostraré—corregí.

—Y ese hijo tuyo, ¿lo cuidas a medias con tu marido? Porque no veo alianza en tu mano, ¿sois pareja de hecho? ¿No habéis formalizado la relación, quizás?

Yo había llegado hasta allí con frío, pero me empezaba a sobrar hasta la camisa.

—No, no hay padre, me temo.

—¿Nadie que te ayude con tu hijo? —se interesó—. Ah, ya entiendo, tú debes ser una de esas jóvenes que hacen caer la responsabilidad de los hijos en los abuelos, ¿me equivoco mucho?

—Yo no tengo padres, Doña Bárbara—le dije conteniendo las ganas que me comenzaban a entrar de mandarla a paseo.

—Está bien—ni siquiera se disculpó por lo grosero que resultaba su comentario, una vez conocida la realidad—. Entonces, ¿quién te ayuda con el cuidado de tu hijo?

—Tengo... tengo personas en mi entorno que me ayuda con él, pierda cuidado—murmuré un tanto contrariada.

Acababa de ver ciertas señales en su mesa que, unidas al hecho de que tuviera aquel montón de hijos me indicaba que era una mujer religiosa, por lo que no me pareció nada conveniente decirle que vivía con un hombre con el que no me unía ningún vínculo sentimental, pues tenía la sensación de que por menos podría ponerme de patitas en la calle.

—Está bien, tengo que pensármelo y para ello me ayudaría que te estudies este caso y me presentes el escrito de defensa—me señaló a un expediente que puso delante de mí.

No me garantizaba nada, aunque me estaba enviando unos deberes que incluían la lectura de un expediente que necesitaría una carretilla de mano para poder transportar a casa. Nadie decía que las cosas fueran fáciles, solo que había que intentarlas, así que no dudé en aceptar la labor de buen grado.

—Mañana mismo lo tendrá encima de esta mesa, Doña Bárbara—asentí.

—¿Mañana mismo? Permíteme que lo dude, ¿tú has visto el expediente?

—Lo he visto perfectamente y le aseguro que estudiaré el caso minuciosamente de aquí a mañana.

—No me parece viable. Quiero decir... Verás, yo también lo hubiera hecho de estar en tu lugar, pero no estoy nada acostumbrada a que alguien llegue pegando tan fuerte, me parece excesivo.

—Pues yo le voy a demostrar que quiero pisar fuerte en este despacho...

—Me parece correcto y, en el hipotético caso de que ese escrito de defensa me convenza y entres a trabajar en este bufete, que sepas que quiero que te recojas el pelo cada vez que asistas a juicio. Por lo menos, durante el primer año—me pidió.

—No entiendo, no entiendo qué tiene que ver mi melena con...

Me jodió sobremanera aquella intromisión en mi aspecto físico, ¿qué tenía esa mujer en contra de las melenas

sueñas?

—Tiene que ver con que una abogada novata corre el riesgo de distraerse enroscando sus dedos en la melena en los primeros juicios, y eso alerta al contrario de una situación de evidentes nervios que le resta credibilidad ante él. Mira, si vas a cuestionar mis instrucciones, quizás no seas la persona idónea para entrar a trabajar aquí.

—Perdone, ahora entiendo—le dije tragando saliva y cogiendo el expediente, antes de salir pitando de aquel despacho.

n

e

sueñas?

—Tiene que ver con que una abogada novata corre el riesgo de distraerse enroscando sus dedos en la melena en los primeros juicios, y eso alerta al contrario de una situación de evidentes nervios que le resta credibilidad ante él. Mira, si vas a cuestionar mis instrucciones, quizás no seas la persona idónea para entrar a trabajar aquí.

—Perdone, ahora entiendo—le dije tragando saliva y cogiendo el expediente, antes de salir pitando de aquel despacho.

Capítulo 4



Camino de casa, con el pesado expediente debajo del brazo, volví a mirar al cielo.

—¿Lo veis? Ya estoy más cerquita de lograrlo y todo os lo debo a vosotros—les decía a mis dos ángeles. Marian y Irene, mis padres.

Seis años ya sin ellos, y no me acostumbraba. Mis padres habían muerto cuando yo tenía diecinueve, en un trágico accidente de tráfico una fría noche en la que una placa de hielo en la carretera se convirtió en una trampa mortal para ambos. Volvían del hospital, de hacerle a mi padre unas pruebas que confirmasen que el tumor había remitido por completo y que todo lo que habíamos pasado no fue en balde.

Fue lo más jodidamente irónico que me pasó nunca, ya que nos habíamos pasado dos años luchando ferozmente contra aquel maldito cáncer... Y hablo en plural porque nosotros éramos una de esas familias bien avenidas donde actuábamos en conjunto para todo.

Mis padres siempre estuvieron tremendamente enamorados y por esa razón, ella no concebía la vida sin él, de ahí que salieran como locos de contentos con la confirmación de que, tras tanto tiempo de lucha, el contador se había puesto a cero para él y, por ende, para todos.

Nunca se supo si se trató de un despiste por parte de él, que era quien iba conduciendo, o si algún animal se les cruzó en el camino, obligándole a hacer una maniobra fatal... Dio lo mismo, los motivos son lo de menos cuando eres una cría y estás escuchando música en casa, tranquilamente, y entonces llega una pareja de la Guardia Civil y te dice que tienes que acompañarlos a identificar un par de cadáveres... Porque tú ya no tienes padres, sino que se han ido y de ellos solo te quedan un par de cuerpos inertes en un frío mortuario.

En la vida, jamás, he sentido más frío del que sentí esa noche. No era un frío de este mundo, sino un frío que nació de lo más hondo de mí y que me congeló por completo, incluido mi corazón... Un corazón que no volvería a latir de nuevo hasta el nacimiento de mi hijo.

Tan solo recuerdo algunos momentos de una noche aterradora en la que temblaba como una hoja y en la que me encontré muy sola. Mi madre era hija única, igual que yo, y en cuanto a mi padre, él contaba con un par de

hermanos que se fueron unos años atrás a vivir a Suiza. Tan solo tenía una abuela, la madre de mi madre, pero a la pobrecita la azotó el Alzheimer siendo relativamente joven y estaba en una residencia, razón por la cual ningún familiar pudo vivir esa pena conmigo, por lo que me la tragué sin masticar y se me atragantó durante mucho tiempo.

Cuando tienes diecinueve años y un mazazo así te parte la vida en dos, has de crecer de golpe. En mi casa, me habían tenido entre algodones desde mi nacimiento. Mi padre, que era conductor de autobús (qué ironía la de morir conduciendo su propio coche) y mi madre, que era oficinista, siempre quisieron tener más hijos, pero estos no llegaron. Incluso se llegaron a plantear una adopción internacional cuando yo era pequeña, pero el dinero no es que sobrase en casa, habida cuenta de que debían pagar una hipoteca y de que no querían que a mí me faltase de nada. Qué distinto hubiera sido todo de haber tenido un hermano, pero no pudo ser.

Los siguientes días los recuerdo como absolutamente caóticos, porque yo estaba cursando primero de Derecho y, aun así, no podía estar más verde respecto a todos los trámites que tenían que ver con su fallecimiento.

La primera en la frente, me acerqué al banco y Rosauro, el director, me contó que mi padre rehipotecó la casa para hacer frente a los muchos gastos que le supuso su enfermedad, ya que él se la trató en una clínica privada y el tratamiento costó una fortuna.

—Pero ¿y ahora quién paga eso? —le pregunté asustada porque ellos no tenían ahorros y yo contaba con que, al menos, la casa está pagada.

—Siento decirte que la rehipoteca es muy alta y que, si alguien no se hace cargo de las letras, tendrás que dejar la casa porque se la quedará el banco.

—¿Cómo dejarla? Pero si es mi casa, Rosauro, si es lo único que me queda de mis padres, ¿esto no lo paga ningún seguro?

—Ten presente que, cuando se firmó la rehipoteca, tu padre ya estaba enfermo y no había posibilidad de hacerle un seguro de vida. En cuanto a tu madre, ahora habría sido la solución, pero no se les ocurrió que a ella le pudiera pasar algo. Lo siento mucho, Alba, sabes que los apreciaba de verdad. Eran dos personas maravillosas.

En ese preciso instante quise que la tierra me tragase porque era muy cierto y porque no entendía la injusticia de que siempre se fueran los buenos... que los buenos salieran danzando los primeros de un mundo que estaba lleno de gente mala por doquier que se quedaba haciendo la puñeta.

Recuerdo que ese día llegué a casa y que solo quería dormir. Mi amiga Olga me llamó por teléfono, incluso su madre también insistió en que fuera con ellas a su casa, si bien yo solía querer apurar el tiempo que pudiera pasar en la mía, puesto que pronto tendría que salir de allí, con mis pertenencias y con destino incierto.

¡Tiempo después, el día que tuve a mi hijo entre mis brazos, me dije que yo ataría todos los cabos para que, si en alguna ocasión me tocaba también salir danzando, él se quedase cubierto. Y, a mis veinticinco añitos, en ello estaba... En escalar peldaños sociales que me llevaran a darle una buena vida y a garantizarle un futuro que, como yo aprendí a fuego, ninguno tenemos comprado.

Tiempo después, el día que tuve a mi hijo entre mis brazos, me dije que yo ataría todos los cabos para que, si en alguna ocasión me tocaba también salir danzando, él se quedase cubierto. Y, a mis veinticinco añitos, en ello estaba... En escalar peldaños sociales que me llevaran a darle una buena vida y a garantizarle un futuro que, como yo aprendí a fuego, ninguno tenemos comprado.

Capítulo 5



Llegué a casa y Julen estaba preparando la comida. Una pequeña lesión en el trabajo le llevó a disfrutar de unos días libres.

—¿No se supone que deberías estar convaleciente? —le pregunté mientras le daba un beso en la mejilla.

—Princesa, sabes que no puedo estar quieto.

—Desde luego que no, eres un culillo inquieto...

—¿Tú tienes algo en contra de mi culo? —se dio la vuelta.

—Nada de nada. Tu culo está genial. Es más, te diría que causa furor en el bloque. He visto a más de una mirándotelo y...

—Va, va, ¿cómo te ha ido a ti? Eso es lo importante.

—Es tremenda esa mujer—resoplé—. De verdad que he estado tan tensa en su despacho que vengo hasta con una contractura en la espalda.

—A ver, déjame—me pidió mientras me ponía sus fuertes manos encima.

—Sí, por favor, dame un poco—le pedí.

—Oye, que eso ha sonado fatal. O no, ha sonado bien, pero que...—bromeó, porque siempre estaba con sus bromas.

—Venga, sí, dame—insistí yo, con énfasis, y él me dio un besazo en la mejilla porque nos adorábamos.

—Eres un trasto, Alba, no me provoques más. Y sí, tienes una contractura más grande que tu espalda, ¿tanto

impone esa mujer?

—Sí, no veas... La tensión en su despacho parecía niebla, no me dejaba ni ver con claridad. Llegué con frío y sentí un calor...

—Mira que te dije que te llevases el abrigo—me recordó porque me cuidaba muchísimo—. Y luego dices que tu hijo es de mollera dura, ¿a quién saldrá el chavalín? —rio.

—Pues debe salir a ti, porque eres quien más tiempo pasa con él—le sonreí porque no tendría vida para agradecerle.

—Ojalá fuese mi hijo, sabes que te lo he dicho siempre.

—Lo sé, corazón de melón, lo sé. Ay, que me has hecho daño, tienes los dedos como tenazas de duros—me quejé porque me estaba resintiendo.

—Menos mal que has dicho los dedos que, si llegas a decir otra cosa, entonces sí que igual hacen fila las vecinas delante de la puerta—bromeó.

—La terminarán haciendo de todos modos, no te preocupes. Al final, te lías con una.

Fue decirlo y él adoptar un gesto que me dio a entender que ya había pasado, por lo que me volví y aporreé su pecho.

—¿Perdona? ¿Has tenido un lío vecinal y no me lo has contado? ¿En qué momento ocurrió?

—Pues el finde pasado, cuando te fuiste con el niño a la casa de Olga a la sierra. Quieta, que al final te harás daño tú...

—No, el daño me lo has hecho tú, ¿cómo puede ser que no me lo hayas contado? —pataleé de los nervios, entre risas.

—Porque luego les sacas pegas a todos mis ligues y porque no fue más que un polvo.

—Quiero el nombre y lo quiero ya—exigí.

—Cómo se nota que te sale la vena de abogado, miedo me das.

—Que me lo digas—me tumbé sobre él en el sofá después de corretearle y comencé a hacerle cosquillas.

—Estefanía, ha sido Estefanía.

—¿La pija esa? Anda ya, esa no te pega, es muy tiquismiquis, ¿y qué haces mirando el móvil? ¿Te está escribiendo? —quise saber.

—No, solo quería cronometrar el tiempo que tardarías en sacarle una pega—se burló.

—Ya está, ¿eh? Que al final me cabrearás, porque yo las pegas solo las saco por tu bien, que...

—¿Podemos cambiar de tema? ¿Qué ha pasado entonces? ¿Tienes el trabajo? ¿Voy descorchando la botella de champán?

—Pues no, va a ser que tendremos que esperar, la bruja de Bárbara quiere que le presente un escrito de defensa.

—¿Sin conocerla más? ¿Ya te ha dado motivos para acusarla? Lo digo porque ahora te pide que la defiendas —rio.

—Eres muy malillo tú, ¿no? Un escrito de defensa con respecto a ese expediente que me tengo que empapar a lo largo del día de hoy—se lo señalé.

—No me jodas, pero si eso deja al Quijote en pañales, menudo tocho, ¿y te lo ha pedido para mañana? Vaya explotadora.

—No, se lo he ofrecido yo...

—Ok, se me olvidaba que eres una chulilla, aunque luego el que peca de chulillo es el vasco, claro, que yo pago los platos rotos de todo. Oye, ¿vas a poder?

—Sí, no me queda más remedio que hacerlo, esta noche no trabajo, me quedo con el escrito hasta que amanezca, porque además le prometí al crío que esta tarde lo llevaba al parque y...

—Y al parque lo llevaré yo. Cuanto antes comiences a meterle mano a ese expediente, antes podrás acostarte.

—Ni soñar con acostarme esta noche, también te lo digo, pero un millón de gracias, feo—me encantaba llamarle así de forma cariñosa, aunque Julen de feo no tenía ni los pies, pero bueno.

—Está bien, pues entonces te prepararé una buena sopita y un termo de café para la noche...

—Eres una joyita, Julen, nunca te lo digo, pero lo eres.

—Pues no lo hagas tampoco hoy, no sea que me emocione y quiera algo contigo, que ahora vas a ser un buen partido, señora abogada—me sonrió, gastándome sus típicas bromas.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo, esa mujer es tremenda. Deberías verla.

—Estará mal follada—repuso.

—Pues no sé, porque práctica deber tener. Es madre de ocho hijos, ¿cómo lo ves?

—Terrorífico, nosotros no podemos contener al terremoto Lucas, imagínate si tuviésemos ocho...

—Oye, ¿tú te has dado cuenta de que hablamos como si fuéramos matrimonio?

—Pero eso desde el primer día, princesa, desde el primer día.

—Eres una joyita, Julen, nunca te lo digo, pero lo eres.

—Pues no lo hagas tampoco hoy, no sea que me emocione y quiera algo contigo, que ahora vas a ser un buen partido, señora abogada—me sonrió, gastándose sus típicas bromas.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo, esa mujer es tremenda. Deberías verla.

—Estará mal follada—repuso.

—Pues no sé, porque práctica deber tener. Es madre de ocho hijos, ¿cómo lo ves?

—Terrorífico, nosotros no podemos contener al terremoto Lucas, imagínate si tuviésemos ocho...

—Oye, ¿tú te has dado cuenta de que hablamos como si fuéramos matrimonio?

—Pero eso desde el primer día, princesa, desde el primer día.

Capítulo 6



Julen se fue a hacer algo de compra y yo me dispuse a darme una ducha relajante antes de ponerme con el expediente. La idea era colocarme mi cálida ropita de estar en casa y no volver a salir hasta la mañana siguiente, cuando me dirigiese de nuevo al despacho con mi escrito de defensa ya redactado.

No sabía lo que habría hecho sin Julen, no cuando me sentía más perdida que el barco del arroz en el momento en el que él apareció en mi vida, años atrás.

Tras la muerte de mis padres, como ya he contado, me quedé sin blanca, de modo que a la pérdida emocional hub de sumar la de nivel adquisitivo.

Durante el primer mes, estiré el poco dinero que ellos tenían en la cuenta, hasta que esta se vació, coincidiendo con el momento en el que el banco comenzó a avisar de los primeros retrasos en el pago de la hipoteca que llevarían a la inminente ejecución de esta en el caso de que no pudiera hacerle frente o, dicho de otro modo, que en nada de tiempo solo tendría la calle para correr, algo que me daba un miedo espantoso.

No obstante, cuando ya estaba con el agua al cuello, conseguí una beca de trabajo en la biblioteca de la facultad, dadas mis especiales circunstancias, la cual me salvaría el primer curso, ese que hacía poco comencé.

Metida en una depresión como la copa de un pino, no me alegré demasiado de la concesión de esa beca que debí celebrar por todo lo alto, puesto que mis muchos problemas solo me dejaban ver el vaso medio vacío.

Lo que yo no sabía en aquel momento es que la vida me tenía reservada una sorpresa de lo más inesperada y de la que supe a los pocos días. Mi amiga Olga, que era también compañera de clase, ya me había alertado un par de veces sobre mi aspecto abatido y sobre esas ojeras a las que no di mayor importancia hasta que las náuseas pudieron conmigo.

Era viernes por la noche y ella se había venido a mi casa—a esa que me quedaba poco para perder—, con la intención de que no la pasase sola.

—Oye, ¿y el día que nos acostamos con aquellos chicos, con los americanos, el tuyo usó condón? —se refirió a un

episodio de un par de meses atrás, de antes de la muerte de mis padres, en el que pasamos un finde loco en el que nos terminamos enrollando con un par de turistas en una noche de borrachera.

—¿Y por qué me preguntas eso? Sabes que iba muy pedo, no me acuerdo. Y sí, dame la chapa con que eso fue muy irresponsable, pero tú no ibas mejor.

—No quiero darte la chapa, solo quiero que te hagas esto—sacó de su bolso una prueba de embarazo.

Di un salto como un gato, porque esa prueba se me representó como un instrumento del demonio o algo parecido, y entonces noté que el estómago se me revolvía más, y como consecuencia de aquello, las palomitas que habíamos ingerido se empeñaron en salir, todas juntas, precipitadamente de mi estómago hasta el exterior.

La culpa se la eché a mi amiga, que siempre es conveniente tener alguien a mano que pague el pato de todo, pero esa noche no pude dormir y, a la mañana siguiente, me hice la prueba.

—Olga, no puede ser, no puede ser—la desperté porque ella estaba como un lirón en ese momento.

^e —¿Qué pasa, Alba? ¿Qué pasa?

—Que ha dado positivo, eso es lo que pasa.

—Si yo no he bebido y, además, que no estoy conduciendo. Para tu información, estoy durmiendo, ¿dónde está el alcoholímetro? ¿Y el poli macizorro?

—Que no, cariño, que no es eso...No te enteras de nada, es la prueba de embarazo—le revelé sin aliento.

—¿Estás embarazada? —nunca la vi despertarse tan rápido, porque ella necesitaba tiempo y varios cafés para hacerlo.

—Eso parece, Olguita, eso parece. Me muero, es que me muero...

—No, tú no te vas a morir ni por eso ni por nada. Para algo está tu amiga aquí, para ayudarte con el problema.

Es duro cuando la primera vez que escuchas hablar de tu hijo alguien se refiere a él como eso, como un “problema”, pero es que en ese momento lo era, y de los gordos.

Si perdida estaba hasta entonces, no digamos ya cuánto lo estuve a partir de ese descubrimiento.

¹ Los primeros días los recuerdo caóticos, sin poder parar de vomitar y sin ni siquiera poder ir a clase, razón por la

que la madre de Olga sugirió que agilizásemos el trámite.

No se lo puedo reprochar ni a ella, que se llama Candela, ni a mi amiga, porque lo cierto es que yo no manifesté la más mínima intención de tenerlo. Simplemente me dejaba llevar por todo aquello que ellas sugerían y, en particular Candela, que era la adulta y además enfermera, por lo que tenía mano para la intervención.

El día en cuestión, yo llegué con más miedo que un langostino en Nochebuena a la clínica, en la cual ya lo tenían todo preparado para quitarme el susodicho “problema”.

No podía pensar con claridad y, aun así, había desarrollado un sentimiento hacia aquella vida que crecía en mi interior... Un sentimiento que en ese momento no debía ser sano, porque si en algún instante se me pasaba por la cabeza tenerlo era por no sentirme tan sola como me sentía.

En realidad, pensaba en lo que había sido mi vida y en que no tenía hermanos, padres ni abuelos a los que poder acudir. Me sentía triste y abatida y, en las noches que pasé con aquel bebé dentro, empecé a hablar con él, a contarle mis cosas...

Sobre aquella fría mesa del quirófano, que se me asemejó a esa otra del mortuario sobre la que tuve que reconocer a mis padres, pensé que iba a perder al último ser que me quedaba que fuera sangre de mi sangre, razón por la que reaccioné justo antes de que empezaran.

—Candela, pídeles que paren, por favor—le rogué entre lágrimas.

—Pero cariño, ¿es que te da miedo? Se trata de un proceso muy sencillo, estarás genial en unos días.

—Si, pero volveré a estar sola—me lamenté.

No voy a negar que, a los muchos pesares que ya llevaba sobre mis jóvenes hombros, al principio también cargué con la sensación de no saber si tendría a mi hijo porque lo quería o porque lo necesitaba.

A menudo, nos autosaboteamos y yo me convertí en una experta en hacerlo. Fue el tiempo el que me liberó de esa carga, puesto que a los pocos meses de embarazo ya sentía que amaba a Lucas con todo mi ser.

El día que me dijeron que sería niño decidí que se llamaría así porque ese nombre volvía loca a mi madre y porque siempre me decía que, de haber podido darme un hermano, se habría llamado Lucas.

Cosas como esas me alegraron en unos meses en los que todo se complicó mucho porque yo, que era muy responsable, quería sacar el curso y llevar mi trabajo en la biblioteca al mismo tiempo, por lo que no podía relajarme en unos momentos en los que las náuseas me seguían matando.

Lo bueno de las situaciones complicadas, es que encuentras gente estupenda en tu camino. Nunca olvidaré que, en tan exigentes circunstancias, hubo algún que otro profesor que me perdonó algún trabajillo para no cargarme más. Por no hablar de Ana, la encargada de la biblioteca, que hizo encaje de bolillos para cubrirme en aquellos momentos en los que, tras vomitar, palidecía hasta casi el desvanecimiento.

En más de una ocasión me llevó ella misma a casa en coche y me dejó su teléfono para que la llamase si sufría cualquier tipo de contratiempo. Cuando conoces a personas así, sabes que la continuidad de la humanidad tiene sentido y entonces entiendes que estás contribuyendo a ella trayendo un hijo al mundo. El problema es que yo no era más que una niña, aunque, como ya he dicho, tuve que madurar a marchas forzadas.

El curso terminó justo cuando yo salía de cuentas. De hecho, recibí mi última calificación el mismo día en el que rompí aguas, quizás de la emoción de conocer el dato de que lo había salvado y con creces, puesto que mis calificaciones eran más que sobresalientes.

El nacimiento de Lucas marcó un antes y un después en mi vida. Y no solo porque me estrené como madre, sino porque me sentí muy sola al no tener a mis padres, pero también supe que ya nunca más volvería a estarlo.

Lo puse en el mundo en un suspiro. Las enfermeras, entre las que se encontraba Candela, me felicitaron porque, en sus palabras, me había comportado como una jabata. Yo no le vi mérito, porque solo quería que Lucas naciese bien y sano. Todo lo demás era secundario y supongo que yo al dolor ya estaba acostumbrada, aunque no fuese físico.

Tuve suerte porque, como digo, todo fue muy rápido y a los tres días ya estaba de vuelta en casa, con una responsabilidad más grande que yo, una responsabilidad con una carita que era para comérsela, redondita, y preciosa, muy parecida a la de mi padre.

No hace falta decir que, dada la borrachera con la que le concebimos, del padre de mi hijo solo recordaba el nombre de pila, de forma que nunca supe de él ni tuve intención de hacerlo, dado que no creía que a aquel chaval, de poco más de mi edad, y que estaba de turismo en España, le hubiera hecho pizca de gracia saber que aquí había dejado un hijo, con lo que todo ello supone.

En fin, que los primeros días, a pesar de mi felicidad por tener a Lucas en los brazos, yo esperaba que él se durmiese tras sus llantos por los típicos cólicos y, entonces, quien se echaba a llorar era yo.

Para colmo, a Carmela la trasladaron durante una temporada fuera de Salamanca, porque ella no tenía plaza fija y estaba separada de su marido, que no se hacía cargo de nada. Por esa razón, no podía dejar a su hija allí, porque eso suponía más gastos, y las dos se tuvieron que marchar unos añitos.

Mi único apoyo se esfumó, como todo lo bueno que tenía en la vida, y pronto un aviso del inminente lanzamiento

del piso me indicó que me quedaba sin mi hogar y el de mi hijo.

1

Cuando estás inmersa en un proceso de desahucio judicial, como yo lo estaba, el lanzamiento no significa que te lancen desde una catapulta a la calle, sino la fecha en la que debes abandonar obligatoriamente el inmueble. Yo eso aún no lo había estudiado en la facultad, pero sí en esa otra carrera, en la de la vida, que es la que más te enseña.

El 1 de octubre tendría que dejar para siempre la casa donde nací y crecí, donde tenía todos mis recuerdos y esa que mis padres pagaron con tanta ilusión para dejarme algo el día de mañana. De nuevo pensé en lo irónico e injusto que era todo, pero no había más.

El verano lo pasé con el poco dinero que me había quedado de la beca mientras que me amoldaba a ese papel de madre que era increíblemente gratificante, pero en absoluto sencillo. Y menos en aquellas circunstancias. Yo miraba a esa fecha como si fuera la de mi ahorcamiento y en cierto modo lo era, porque me ponía la soga al cuello.

En medio de la oscuridad, siempre aparece un ángel, porque algunos hay también en la tierra, y entonces mi vecina Renata se ofreció a echarme una manita con el bebé. Y me dijo que lo cuidaría cuando yo empezase las clases.

Se trataba de una buena mujer, mayor y sin nietos, con ganas de ejercer de abuela... Me pareció la mejor idea, aunque sería cuestión de un par de semanas solo, porque pronto viviría lejos de allí, Dios sabría dónde...

Fue entonces cuando comencé el curso y, justo la noche antes leí en un artículo que había chicas que ejercían la prostitución para pagarse los estudios. En principio, no voy a negarlo, me pareció tremendo, pero pronto comencé a barajarlo como una posibilidad, sobre todo cuando me dijeron que ese año no me sería posible trabajar en la biblioteca, puesto que el nuevo decano no permitía repetir, y tomé conciencia de que mi suerte se estaba acabando

1

del piso me indicó que me quedaba sin mi hogar y el de mi hijo.

Cuando estás inmersa en un proceso de desahucio judicial, como yo lo estaba, el lanzamiento no significa que te lancen desde una catapulta a la calle, sino la fecha en la que debes abandonar obligatoriamente el inmueble. Yo eso aún no lo había estudiado en la facultad, pero sí en esa otra carrera, en la de la vida, que es la que más te enseña.

El 1 de octubre tendría que dejar para siempre la casa donde nací y crecí, donde tenía todos mis recuerdos y esa que mis padres pagaron con tanta ilusión para dejarme algo el día de mañana. De nuevo pensé en lo irónico e injusto que era todo, pero no había más.

El verano lo pasé con el poco dinero que me había quedado de la beca mientras que me amoldaba a ese papel de madre que era increíblemente gratificante, pero en absoluto sencillo. Y menos en aquellas circunstancias. Yo miraba a esa fecha como si fuera la de mi ahorcamiento y en cierto modo lo era, porque me ponía la soga al cuello.

En medio de la oscuridad, siempre aparece un ángel, porque algunos hay también en la tierra, y entonces mi vecina Renata se ofreció a echarme una manita con el bebé. Y me dijo que lo cuidaría cuando yo empezase las clases.

Se trataba de una buena mujer, mayor y sin nietos, con ganas de ejercer de abuela... Me pareció la mejor idea, aunque sería cuestión de un par de semanas solo, porque pronto viviría lejos de allí, Dios sabría dónde...

Fue entonces cuando comencé el curso y, justo la noche antes leí en un artículo que había chicas que ejercían la prostitución para pagarse los estudios. En principio, no voy a negarlo, me pareció tremendo, pero pronto comencé a barajarlo como una posibilidad, sobre todo cuando me dijeron que ese año no me sería posible trabajar en la biblioteca, puesto que el nuevo decano no permitía repetir, y tomé conciencia de que mi suerte se estaba acabando.

Capítulo 7



Terminé de darme esa ducha y me fui para el salón. Julen llegó con las bolsas de las compras hasta arriba, y enseguida escuché que ponía en marcha el exprimidor que habíamos comprado para la cocina, este que contaba con una manivela, como los de los bares, y que hacía las delicias de Lucas siempre que le dejábamos que nos preparase él los zumos.

—Un zumito de naranja para la abogada más guapa de todo Salamanca—me dijo.

—Ya te digo que estás yendo muy rápido y que me da miedo.

—No, a ti la única que te da miedo es esa mujer, Bárbara, y por lo que me cuentas no es de extrañar, pero cuando se dé cuenta de que eres una joya no te dejará marchar, querrá amarrarte con un buen contrato, ya lo verás.

—Sí, será porque no cuenta con abogados experimentados. Yo soy una novata, que no se te olvide. Una mindundi cualquiera...

—No, de eso nada. Vale que seas novata, pero tú tienes uno de los mejores currículums de tu promoción. Y, de no haber sido por Lucas, el tuyo sería el mejor, que no se te olvide.

—Y eso que mi niño me ha quitado poquito tiempo, gracias a ti.

—Algún día me tendrás que devolver el favor.

—Claro que sí, cuando quieras el divorcio exprés de Estefanía—arqueé una ceja.

—¿Por qué eres tan pécora? De hecho, eres la princesa pécora—abrió los brazos como si me estuviese presentando en un escenario.

—La vida, que me ha hecho así. Ya sabes, que es muy puta...

—Y tú sabes que no me gusta esa palabra—ensombreció el rostro.

Por desgracia, a las prostitutas, y ya os adelanto que yo lo había sido hasta la fecha, nos llaman a veces de modos muy poco elegantes. Normalmente lo hacen los clientes con menos escrúpulos que piensan que son más que nosotras solo porque ellos poseen el dinero, ese vil metal que es capaz de comprar cuerpos, pero no almas.

—Venga, venga, no te pongas tan serio, ¿qué vamos a comer hoy?

—Sopa de acelgas y...

—No puede ser, te has vuelto un sibarita. Antes eras un currante y ahora comes la sopa preferida de la reina Leticia—le piqué para cambiar el tercio.

—Será que solo le gusta a ella, bien rica y sana que es...

—Y no te digo que no, pero igual sí, igual solo le gusta a ella...

—Lucas no se queja, eres la más quejica de la casa, y ya te he dicho mil veces que hay que comer de todo, que no me comes nada—me reprendió y entonces tuve que taparme la boca para no estallar en carcajadas.

—Ni se te ocurra hacer el chistecito de lo que te comes o lo que te dejas de comer, ¿me oyes?

Así éramos nosotros. Lo cierto es que el tiempo, que todo lo cura, curó también las heridas iniciales que me provocó el tener que trabajar de prostituta, algo que mataba a Julen, pero que no tuve más remedio que hacer. Y orgullosa que estaba, pues habría vendido mi alma al diablo con tal de sacar a Lucas adelante y de que no le faltase de nada, como así fue.

Tenía por delante un día duro, pero como todos los que pasábamos en casa, sería familiar y suavizado con todo lo bueno que Lucas y Julen me regalaban a diario.

A mí, durante aquellos años, no me faltó sexo, eso sobra decirlo... Pero un amor, una pareja con la que compartir la vida, esa no la encontré.

Si lo pienso con calma, es evidente que no tenía la profesión idónea para ello. No es fácil conocer a alguien y decirle que te dedicas al oficio más antiguo del mundo, a ese que es objeto de burla, porque cuando eres prostituta muchos patanes piensan que la dignidad va en el paquete de lo que les entregas, cuando nada más lejos de la realidad.

Supongo que fue por eso por lo que, sabiéndolo o sin saberlo, me cerré en banda al amor y me entregué en cuerpo

y alma a mi hijo, siempre con la inestimable compañía de Julen.

Ya os conté que el día que nos conocimos, salimos como el rosario de la aurora. Julen siempre fue mucho más pausado y no entendía que una cría como yo fuese por la vida así de rápido y sin mirar, a tontas y a locas, vaya.

Según me dijo con el tiempo, pensaba que iría detrás de algún chaval o corriendo al bus para no perderme la cita en la que me hicieran las uñas, cuando lo cierto es que yo solo quería ir volando al tablón de anuncios, por ver si había posibilidad de compartir un piso, o sea, que ofertaran alguna habitación de estudiantes.

—Eh, tú, ¿es que vas por la vida como pollo sin cabeza? Si me llegas a tirar, te enteras—me dijo.

—Tú qué sabrás, imbécil—le contesté sin dilación, tan nerviosa como iba.

—Sé que las niñas como tú no tienen nada en qué pensar...

—Y yo sé que los estúpidos como tú no deberían tener al alcance a niñas como yo, porque se les van los ojos—le acusé.

—¿Me estás diciendo que casi me tiras porque te estaba mirando y no porque vas como Fernando Alonso? Me cago en...

—¡Que me dejes, anormal! —exclamé antes de salir volando hacia ese mismo tablón que miraba varias veces al día con la ilusión de que al menos se me solucionase el problema del piso.

Por alguna extraña razón, pese a que le puse verde en un momentito, a aquel vasco de aspecto rudo y corazón de oro no se le pasó por alto que yo estaba más agobiada que un pez en un vaso, por lo que días después se me acercó cuando yo estaba mirando de nuevo el tablón con evidente angustia.

Lo hizo con sigilo y yo me sobresalté. Para entonces, le había mentado a Renata sobre el motivo de mis ausencias nocturnas, y logré que se quedase unas horas con mi bebé, algo que hizo encantada, porque Lucas le dio vida. Ya me estaba prostituyendo y como que una sensación de desconfianza, de forma inconsciente, me invadió al notar que tenía un hombre muy cerca de mí.

—¿Estás buscando piso compartido? —me preguntó.

,

Me volví y vi que era él.

—Anda, el imbécil—me dejé caer...

—Anda, la engreía que cree que todos la van mirando...

—Yo no dije todos, solo te apunté a ti.

—Ya, bueno, ¿por qué buscas piso? ¿Es que no vives con tus padres?

—Pues va a ser que no, porque mis padres murieron el curso pasado—le solté sin anestesia.

Noté cómo se le cambiaba el rostro. Julen es un tío muy empático y se sintió fatal.

—Lo siento mucho, no tenía ni idea.

—No tienes nada que sentir, tú no lo sabías—le aclaré—, pero tampoco puedes ayudarme, así que haz el favor de quitarte de en medio.

—Eso tú no lo sabes—trató de retenerme.

—¿Y cómo me vas a ayudar? ¿Me vas a alquilar tú una habitación?

—Igual sí—me dijo y eso me interesó, porque no me pareció que aquel grandullón fuese de farol.

—Venga, desembucha...

—No, antes hazlo tú—me pidió.

5

—No te entiendo...

—Es muy fácil. Llevas días mirando el tablón y no logras piso, cuando claramente quedan anuncios, ¿dónde está la pega?

—¿Te estás regodeando en mi problema? ¿Acaso me espías? —le pregunté con desconfianza.

—¿Crees que me queda tiempo para hacer de espía? Ya me gustaría... Simplemente, lo he observado.

—Está bien, nadie me quiere en su piso porque todos pretenden poder celebrar fiestas, poner la música a tope y...

—¿Y qué? ¿Acaso eres una pincha globos? —se interesó.

—No, soy madre, eso es lo que soy, ¿contento?

—¿Cómo madre? No entiendo...

—Oye, ¿no hacen test psicotécnicos para entrar a trabajar de lo tuyo? Pues hay poco que entender... Soy madre porque he tenido un hijo, este verano, ¿vale?

—Cielos, no lo habría imaginado nunca—resopló.

—¿Y tú por qué te lo tenías que imaginar? ¿Es que te lo montas conmigo en sueños? De verdad, qué asco.

—Vale ya, ¿no? Mira, tú, como te llames...

—Alba, me llamo Alba.

—Pues mira, Alba, yo te estoy tratando con el respeto que tú no muestras conmigo, y eso es algo que deberá cambiar si quieres que compartamos piso—me advirtió.

—No jodas, ¿me lo dices en serio? ¿No es una trola?

—Sí, es que además de cambiar bombillas, que supongo que crees que mi trabajo se reduce a eso, también coloco cámaras ocultas para grabar a la gente y luego ver sus caras. Venga ya, ¿cuándo te mudas?

—Oye, pero que igual no te has enterado, que yo tengo un niño de verdad y no un muñeco de esos *reborn* que dar el pego estupendamente.

—Y yo tengo una hermana que me ha dado varios sobrinos. Los niños me encantan, aparte de que ella se metió er muchos líos porque se quedó embarazada muy joven, se largó de casa y... no me quiero ni acordar, menos mal que luego encontró a mi cuñado y sentó cabeza.

—Bueno, yo igual también me he metido en algún lío, ya te contaré.

Irme a compartir piso con Julen a otro barrio me supuso quedarme sin Renata, aunque en los últimos días le había visto a la mujer ciertas actitudes de despiste que no le hubieran permitido encargarse de Lucas mucho tiempo, eso también era cierto, por lo que hube de buscar guardería para mi bebé.

Lo más difícil fue, una vez ya instalada, confesarle a qué me dedicaba a un chico que me llevaba diez años, pero que me veía como a una cría y que no lo entendió.

—Cualquier cosa menos eso, ya saldremos adelante—me soltó.

—¿Perdona? Tú y yo solo somos compañeros de piso, no puedes pedirme que renuncie a mi única fuente de ingresos, ¿cómo te pagaría entonces?

—Pues no me pagues...

—Claro, y tú buscabas compañero de piso por amor al arte y no porque te haga falta la pasta, como a todo hijo de vecino.

—Vale, me hace falta, claro, como a todos. Pero que no quiero que te prostituyas, prefiero estar más justo.

—Eres un buen tío, Julen, pero si vas a empezar a amargarme y a juzgarme, yo cojo al crío y me largo de aquí—le advertí.

—No, no te vayas, por favor—me pidió viendo que se lo decía muy en serio.

—Pues entonces tienes que prometerme que nunca, nunca, te meterás en lo que yo haga o en lo que deje de hacer. Y una cosa más: prométeme también que nunca vas a proponerme que tengamos nada.

Yo era joven, pero las ideas las tenía muy claras. Si quería sacar mi carrera y poder ofrecerle a mi hijo una vida mejor, debía mantener la mente fría y no permitir que nadie se cruzase en mi camino, haciéndome dudar de aquello que me daba de comer.

¹ Julen aceptó, aunque no lo hizo de buen grado. Él habría preferido cualquier otra solución antes que verme salir ciertas noches en las que quedaba con clientes en hoteles de lujo y demás. Al menos, eso sí, tuve la suerte de contar con un buen cuerpo que me permitió elegir a esos clientes, que solían ser tipos forrados que en una hora o a lo sumo dos se volvían a sus casas aparentando una vida matrimonial feliz. Hablo de los hipócritas que estaban casados, aunque también había solteros y hasta algún viudo, uno de los cuales, Félix, me usaba más como psicóloga que como otra cosa. Ya digo que había de todo, como en la viña del Señor, pero yo lo tomaba como un trabajo, sin más, y trataba de que en mi vida personal me afectase lo menos posible.

—Cualquier cosa menos eso, ya saldremos adelante—me soltó.

—¿Perdona? Tú y yo solo somos compañeros de piso, no puedes pedirme que renuncie a mi única fuente de ingresos, ¿cómo te pagaría entonces?

—Pues no me pagues...

—Claro, y tú buscabas compañero de piso por amor al arte y no porque te haga falta la pasta, como a todo hijo de vecino.

—Vale, me hace falta, claro, como a todos. Pero que no quiero que te prostituyas, prefiero estar más justo.

—Eres un buen tío, Julen, pero si vas a empezar a amargarme y a juzgarme, yo cojo al crío y me largo de aquí—le advertí.

—No, no te vayas, por favor—me pidió viendo que se lo decía muy en serio.

—Pues entonces tienes que prometerme que nunca, nunca, te meterás en lo que yo haga o en lo que deje de hacer. Y una cosa más: prométeme también que nunca vas a proponerme que tengamos nada.

Yo era joven, pero las ideas las tenía muy claras. Si quería sacar mi carrera y poder ofrecerle a mi hijo una vida mejor, debía mantener la mente fría y no permitir que nadie se cruzase en mi camino, haciéndome dudar de aquello que me daba de comer.

Julen aceptó, aunque no lo hizo de buen grado. Él habría preferido cualquier otra solución antes que verme salir ciertas noches en las que quedaba con clientes en hoteles de lujo y demás. Al menos, eso sí, tuve la suerte de contar con un buen cuerpo que me permitió elegir a esos clientes, que solían ser tipos forrados que en una hora o a lo sumo dos se volvían a sus casas aparentando una vida matrimonial feliz. Hablo de los hipócritas que estaban casados, aunque también había solteros y hasta algún viudo, uno de los cuales, Félix, me usaba más como psicóloga que como otra cosa. Ya digo que había de todo, como en la viña del Señor, pero yo lo tomaba como un trabajo, sin más, y trataba de que en mi vida personal me afectase lo menos posible.

Capítulo 8



Me había pasado prácticamente toda la noche en vela, a excepción de un par de cabezadas que di en mi mesa de trabajo. Julen me echó una mantita por encima, tan cuidadoso como siempre. Ni siquiera me enteré, pero enseguida me desperté y seguí con lo que traía entre manos.

Fueron muchas las horas que le dediqué a la lectura del expediente y algunas menos a la redacción del escrito de defensa. Se trataba de un tema de un delito de lesiones en el que un veinteañero resultó herido a la salida de una discoteca.

Puse toda la carne en el asador, utilizando incluso el truco de pensar que hubiera podido ser mi Lucas quien, en el futuro, sufriese un ataque de ese tipo, algo que me puso todos los pelos del cuerpo de punta. Era un truco, el de pensar que te afectase directamente, que te ayudaba a meterte mucho en el papel, aunque luego, una vez que el escrito ya estaba fuera del horno, era mejor que abandonases esa idea para que no te afectase directamente, y mucho menos en juicio, donde la idea es mantener toda la sangre fría posible, algo en lo que Bárbara debía ser una auténtica especialista.

Por la mañana, me acerqué al quicio del dormitorio del crío y ya Julen le estaba despertando.

—Venga, campeón, arriba, arriba. Hoy tenemos que echarle un cable a mamá, que debe estar súper cansadita, ¿vale? Ve lavándote la carita y...

—Buenos días—le dije dándole un beso en la mejilla y acercándome al crío, a quien abracé en su camita.

—Necesitas un poco de antiojeras, aunque por lo demás estás divina, princesa.

—¿En qué momento—me pregunto—, un vasco como tú comenzó a decir palabras como esa? La de divina, digo, que no te pega ni con cola—reí.

—En el momento en el que comencé a vivir contigo, se ve que todo lo malo se pega—arqueó una ceja—, ¿cómo lo llevas?

—Creo que le gustará a la fiera...

—También llamada bruja, tienes ya un cafecito en la mesa.

—A gloria, ese cafecito me sabrá a gloria.

Sentía una extraña mezcla de tranquilidad y nervios... Tranquilidad en el sentido de que contaba con la total certeza de que el escrito estaba bien, lo había trabajado muchísimo y di con varios puntos clave para la defensa, y nervios porque tenía la certeza de que, aun así, Bárbara le encontraría pegas.

Ese día me embutí en una falda de tubo negra y en una camisa blanca, un clásico que no falla, además de colocarme mis altos zapatos de tacón y echar mano de un elegantísimo abrigo negro que tenía desde hacía años, un fondo de armario que también era infalible. Incluso me recogí el pelo—haciéndole un guiño a la jefa—, por si acaso quería que le representase la defensa en su despacho y me daban esas tentaciones de las que me habló de jugar con mi pelo para contener los nervios.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Carmina, siempre tan atenta. Debió hablar con Bárbara el día anterior, puesto que tenía claro que me había puesto deberes.

“Confía en ti, Alba, te sobran conocimientos... y personalidad”

a Un mensaje tan escueto como significativo que sacó la sonrisa de mis labios. Ni siquiera sentía sueño, los muchos nervios que ya sí me estaban atacando camino del bufete, no me permitieron sentirlo. Tampoco sentía frío, pese a que hacía más que el día anterior. Ya sabéis, depende de cómo te coja el cuerpo, supongo que realmente es que no sentía nada aparte de esa inquietud y desasosiego que me iban invadiendo.

De nuevo miré hacia el cielo, pensando que mis dos ángeles deberían echar horas extra ese día para ablandar a Bárbara, aunque en el fondo tenía la convicción de que mi escrito—aun sin encontrarlo perfecto, pues debía ser la persona más perfeccionista del mundo—, sería suficiente para que me contratase, ya que me había dejado la piel en él.

Llegué al bloque en el que estaba situado el bufete y subí al ascensor. Era un bloque de esos majestuosos del centro de la ciudad, de los que otorgan un carácter noble a Salamanca que traspasa fronteras y atrae visitantes a tutiplén.

Justo las puertas se cerraban cuando entró un compañero—era indudable que fuese uno, dado su porte, pero, sobre todo, el maletín que llevaba con él. De veras que era impresionante, su edad debía ser la de Julen más o menos y contaba con una altura considerable, un cuerpo fornido, amplísima sonrisa cubierta de gruesos y rosados labios, nariz armoniosa, ojos azules como el mar y abundante pelo oscuro. Un cóctel explosivo de esos que te beberías sorbo a sorbo en una noche de fiesta y que, sin embargo, me encontré de buena mañana.

—Espera un momento, por favor—me indicó poniendo sus manos entre las dos puertas del ascensor.

—Sí, sí, claro—le respondí tranquila, puesto que no tenía pinta precisamente de violador.

—Hola, ¿eres nueva? —me señaló a la planta de arriba.

—Sí, lo soy...

—¿Y el ataque de nervios que llevas te lo produce la bruja de la jefa? —me preguntó con tal parsimonia que sacó mi risa.

—¿Perdona?

—Puedes hablar con total impunidad, mis labios estarán sellados y, créeme, yo también la he sufrido—me indicó.

—Vale, vale, pues entonces te diré que sí, esa mujer parece tener un carácter endiablado.

—Supongo que ya te sentó en su despacho y te sometió a un tercer grado de esos que parecen interminables.

—Pues sí, y lo malo es que me someterá a otro si no le das al botón y subimos ya—afirmé con voz doliente porque él no se había dado cuenta de que el ascensor no se movía y porque yo le temía a esa mujer más que a un vendaval.

—Ah, es cierto. Bueno, no creas todo lo que se dice de ella...

—¿No es tan mala? —le pregunté con incredulidad.

—Sí lo es, pero no es cierto que cueza niños en calderos aderezados con ancas de ranas ni pelos de...

No pudo seguir porque mis carcajadas le interrumpieron. Supongo que fueron esos nervios, unidos a lo loco de su afirmación, los que me dieron por reírme de esa forma.

—Bueno, observo con alegría que, si algún día le da por despedirme, igual tengo futuro como humorista.

—Pues igual sí—le comenté entre risas.

—Por cierto, me llamo Axel.

—Y yo soy Alba.

—Pues mucha suerte, Alba. Y seguro que saldrá formidable. Te cuento un secreto; ella no te pondría a prueba si no tuviera la casi total certeza de que te va a contratar. Entra en su despacho pisando fuerte con esos tacones—me dijo mientras los miraba, echando después una mirada al resto de mi cuerpo y soltando una seductora sonrisa que no se me pasó por alto.

—Y yo soy Alba.

—Pues mucha suerte, Alba. Y seguro que saldrá formidable. Te cuento un secreto; ella no te pondría a prueba si no tuviera la casi total certeza de que te va a contratar. Entra en su despacho pisando fuerte con esos tacones—me dijo mientras los miraba, echando después una mirada al resto de mi cuerpo y soltando una seductora sonrisa que no se me pasó por alto.

Capítulo 9



Bárbara ya me esperaba en su despacho, en cuya puerta llamé conteniendo los nervios.

—Buenos días, Doña Bárbara, ¿cómo se encuentra usted hoy? —le solté y a continuación me dieron ganas de pegarme, ¿no había sonado demasiado condescendiente? Llevaba todo el camino pensando en distintos saludos para terminar optando por el más ñoño.

—Buenos días, me encuentro impaciente—me soltó con ese mal carácter suyo, extendiendo el brazo.

Se veía que le gustaba el trabajo a la vieja usanza, es decir, yo no dudaba en absoluto de que manejase lo último en tecnología, pero parecía ponerla a tono el poder leer directamente un escrito en papel.

—Bien, tengo el escrito.

—Ya lo veo, no creo que eso que traes en la carpeta sea tu carta de renuncia. Más que nada porque todavía no te he contratado—carraspeó.

—No, por supuesto que no lo es. Aquí tiene el escrito, espero que sea de su gusto.

Con un gesto, me invitó a que tomase asiento y a mí es que la camisa no me llegaba al cuerpo. Alguien como ella, sentada en esa ostentosa silla de su despacho que más que una silla parecía un trono, quizás tuviera la sensación de que su decisión me cambiaría la vida, pero nunca podría llegar a imaginarse cuánto.

Tomé asiento y tragué saliva. De pronto, notaba que necesitaba tomar un vaso de agua, que la garganta se me secaba y, si no fuera exagerar demasiado, diría que sentí hasta fiebre.

Obviamente, ella se tomó su tiempo para leer el escrito y subrayó diversos puntos. Cada vez que la veía extender su pluma sobre él, sentía un sobresalto, puesto que había llegado la hora de la verdad y, si todo aquello que estaba anotando lo consideraba un fallo, yo iba de culo y cuesta abajo.

Por fin, unos diez minutos después, que a mí se me hicieron eternos, levantó el rostro y buscó el mío.

—He de decirte que es francamente bueno—me soltó y yo no experimenté un orgasmo de milagro.

—¿Me lo dice en serio? —pregunté con desacierto.

—¿Tengo cara de bromear? Que me aspen si la tengo, serías la primera persona que pensase así. Sé que tengo fama de hueso duro de roer y me alegro—me aclaró.

—Yo solo me refería a...—titubeé.

—A que tendrás que confiar más en ti si vas a formar parte del equipo y ahora te digo que es un sí—de pronto me sentí como si fuera una concursante de “La Voz” y ella acabase de darle al famoso botón rojo, ese que solía hacer que Lucas saltase de alegría como si la cosa fuese con él cuando veíamos el programa.

—Entonces, ¿le ha gustado? —le pregunté con ansia viva.

—Por supuesto que es mejorable y te he dejado unas notas sobre las que deberías reflexionar. Son un par de ellas, el resto de lo que he señalado es porque me ha parecido muy acertado.

—No sabe cuánto se lo agradezco...

—De agradecidos está el cementerio lleno. Tú no tienes que agradecerme nada, solo tienes que demostrarme cada día que darás el nivel. Estarás a prueba una temporada y te advierto que no debes bajar la guardia en ningún momento, ¿ok? Ni en ese período ni si después te quedas con nosotros. Ve a recepción y di que te preparen la documentación, empiezas hoy.

No me lo preguntó, no me preguntó si podía empezar ese día ni mucho menos. Mi respuesta, de todos modos, habría sido sí y mil veces sí, aunque el mundo se estuviera yendo a la mierda... No habría fuerza humana ni divina que me llevara a querer aplazar algo que deseaba con todas mis fuerzas.

Justo salía de su despacho cuando me encontré con Axel, el cual sacó mi sonrisa con la suya.

—Te lo dije, corre a que preparen tu documentación.

—Gracias—le contesté. A él no le hizo falta que le confirmara nada, puesto que mi sonrisa se lo dijo todo.

—Eso significa que ya tienes un pie dentro del bufete. Bárbara cuenta con un olfato incontestable, en rara ocasión se ha equivocado.

—Gracias, muchas gracias por tu ánimo, Axel.

—De nada... Y ya sabes, estoy por aquí para cualquier cosa que necesites. Eso sí...

—Ya, que confíe en mí, procuraré hacerlo—le dije mientras pensaba que yo no podía tener más suerte y que si todos mis compis tenían la misma amabilidad que la suya me había tocado el Gordo de Navidad, por mucho que solo estuviéramos en otoño y que a la jefa hubiera que echarle de comer aparte.

Llegué hasta la recepción y allí le comenté a una chica.

—Bienvenida, ¿cómo te llamas?

—Yo soy Alba—me presenté risueña, estaba exultante.

—Y yo soy Judith, me alegra saber que formarás parte del equipo—me dijo.

A mí también me alegró el modo en el que me lo dijo, puesto que me sonó muy amistoso. Lo cierto es que en aquellos años no hice demasiadas amistades. Tuve la fortuna, eso sí, de que Olga volvió con su madre a Salamanca, independizándose y comprándose una preciosa casita en la sierra. No es que la tuviese a un tiro de piedra para el día a día, pero iba a verla con Lucas algún que otro fin de semana que no trabajaba. Nuestra amistad seguía intacta, eso desde luego, y yo la adoraba. No obstante, echaba de menos tener más amigas, de las de verdad, y algo me decía que Judith podía convertirse en esa buena compañera primero, y en amiga después.

—Gracias, muchas gracias por tu ánimo, Axel.

—De nada... Y ya sabes, estoy por aquí para cualquier cosa que necesites. Eso sí...

—Ya, que confíe en mí, procuraré hacerlo—le dije mientras pensaba que yo no podía tener más suerte y que si todos mis compis tenían la misma amabilidad que la suya me había tocado el Gordo de Navidad, por mucho que solo estuviéramos en otoño y que a la jefa hubiera que echarle de comer aparte.

Llegué hasta la recepción y allí le comenté a una chica.

—Bienvenida, ¿cómo te llamas?

—Yo soy Alba—me presenté risueña, estaba exultante.

—Y yo soy Judith, me alegra saber que formarás parte del equipo—me dijo.

A mí también me alegró el modo en el que me lo dijo, puesto que me sonó muy amistoso. Lo cierto es que en aquellos años no hice demasiadas amistades. Tuve la fortuna, eso sí, de que Olga volvió con su madre a Salamanca, independizándose y comprándose una preciosa casita en la sierra. No es que la tuviese a un tiro de piedra para el día a día, pero iba a verla con Lucas algún que otro fin de semana que no trabajaba. Nuestra amistad seguía intacta, eso desde luego, y yo la adoraba. No obstante, echaba de menos tener más amigas, de las de verdad, y algo me decía que Judith podía convertirse en esa buena compañera primero, y en amiga después.

Capítulo 10



Moría de felicidad en aquel despacho que compartiría con un par de compañeros de los que llevaban menos tiempo en el bufete, los cuales se presentaron.

Alberto me pareció un derroche de simpatía mientras que Sonia me miró como si fuera su competencia, esa es la realidad. En el mundo de los despachos de abogados existen rivalidades míticas, quizás más aún que en otros gremios.

—Cualquier duda me preguntas—se ofreció él sin dilación.

—Ella tendrá que aprender a hacer las cosas por sí sola, ¿no te parece? —le recriminó la otra, como si fuera con ella.

—A todos nos ayudaron el primer día, Sonia—la puso él en su sitio.

No me gusta mal hablar de otras mujeres de entrada porque soy de las que piensa que entre nosotras debemos ayudarnos, pero, así como Judith me cayó de escándalo, Sonia lo hizo como el culo. Menuda niñaata malcriada debía ser, por mucho que tuviera currículum para estar allí.

Mi madre siempre me explicó, desde pequeña, que un título no es sinónimo de educación. Se pueden tener uno o diez, y ser un maleducado y no saber estar en absoluto, así como se puede ser un auténtico señor mientras recoge uno patatas en el campo. Eso va en el interior, ni se compra ni te lo enseñan en ninguna universidad.

Ella pasó de responderle y, de hecho, nos dio la espalda a ambos. Por suerte, él también parecía pasar por completo de su compañera, que lo sería igualmente mía y que era un encanto... Por las narices lo era.

Me senté en la que iba a ser mi mesa y él lo hizo a mi lado.

—Mira, esta es la plataforma que utilizamos, que está diseñada a gusto de Bárbara. Ya te advierto de que a priori parece un rompecabezas, aunque ya verás que enseguida te haces con ella.

—Sí que parece complicadilla, sí, cualquier cosa te pregunto—le dije porque ciertamente parecía el lío del Monte Pío, si bien la tecnología no se me daba mal y estaba segura de que no sería un obstáculo.

—Eso, y pierdes el tiempo, Alberto, como si no fuese importante el caso que traemos entre manos—negó ella con la cabeza.

—Te recuerdo que no traeríamos ningún caso entre manos si alguien no nos hubiese ayudado también en nuestro primer día de trabajo, Sonia.

—Cállate un poco, haz el favor—resopló.

A Miss Simpatía no se presentaba la muchacha, desde luego que no. A mí me costaba entenderlo porque era jover (tan solo debía tener tres o cuatro años más que yo), guapa, y ya contaba con un puesto de trabajo en un bufete en el que la gente se daba tortas por entrar. Qué se le va a hacer, supongo que hay personas que siempre quieren más

Me concentré y comencé a hacerme con la dichosa plataforma. Judith no tardó en llegar con ese mismo expediente con el que ya estaba familiarizada, el que volví a dejar en la mesa de la jefa.

—Doña Bárbara dice que sigas con él, a bien que tú ya sabes de qué va—me guiñó el ojo.

—¿Ese expediente te ha dado? —miró de soslayo Sonia, quien parecía estar en todo.

—Sí, ¿por qué?

—Caramba, las hay con suerte—murmuró en un tono poco amigable.

—No entiendo...

—Quiere decir que es uno de los últimos que ha llegado al despacho, el de las lesiones de ese chico, y que se trata de un caso importante para el bufete porque el agredido es hijo de un pez gordo. Tiene que haberte visto muchas aptitudes para endosártelo.

—Pues ni idea, la verdad—le respondí desconcertada, pero lógicamente contenta.

Estuve trabajando en él toda la mañana, metiendo datos por aquí y por allá en la plataforma. No me había equivocado en eso de que, a Bárbara, aunque también le gustaban los expedientes de antaño, en papel, se le daba de fábula la tecnología, porque el sistema que utilizaba no era precisamente fácil, algo que no me amilanaría.

Un par de veces a lo largo de la mañana tuve que echar mano de Alberto. Se dio la casualidad de que cuando fui a

hacerlo por segunda vez, estaba en el baño, y Sonia me sonrió como diciendo que ella no me ayudaría. Un encanto, la jodida.

Salvé la mañana con muchísima dignidad, eso sí he de decirlo, y a la salida me encontré con Axel.

—¿Qué tal? ¿A que no es tan fiero el león como lo pintan? —me preguntó en ese tono suyo que derrochaba simpatía y seducción.

—Supongo que saldré viva de esta—le sonreí.

—Saldrás reforzada, que no te quepa duda—me sonrió también—. Sé de buena tinta que te ha endosado un caso importante de entrada, me refiero a la jefa, a la que supongo que ya le habrás puesto algún apodo.

· —¿Yo? Dios me libre...

e —¿Puedo hacerte una confesión? —murmuré.

—Claro—le dije porque me hacía tela de gracia.

—Creo que hay muchos que le vienen como anillo al dedo, pero yo me quedo con el de arpía.

—¿Arpía? Ese no se me había ocurrido—le comenté divertida.

—Bueno, pues te propongo que sea el que utilicemos entre nosotros para entendernos—me guiñó el ojo.

hacerlo por segunda vez, estaba en el baño, y Sonia me sonrió como diciendo que ella no me ayudaría. Un encanto, la jodida.

Salvé la mañana con muchísima dignidad, eso sí he de decirlo, y a la salida me encontré con Axel.

—¿Qué tal? ¿A que no es tan fiero el león como lo pintan? —me preguntó en ese tono suyo que derrochaba simpatía y seducción.

—Supongo que saldré viva de esta—le sonreí.

—Saldrás reforzada, que no te quepa duda—me sonrió también—. Sé de buena tinta que te ha endosado un caso importante de entrada, me refiero a la jefa, a la que supongo que ya le habrás puesto algún apodo.

—¿Yo? Dios me libre...

—¿Puedo hacerte una confesión? —murmuró.

—Claro—le dije porque me hacía tela de gracia.

—Creo que hay muchos que le vienen como anillo al dedo, pero yo me quedo con el de arpía.

—¿Arpía? Ese no se me había ocurrido—le comenté divertida.

—Bueno, pues te propongo que sea el que utilicemos entre nosotros para entendernos—me guiñó el ojo.

Capítulo 11



No hace falta que diga que en casa se organizó una fiesta impresionante al mediodía.

Entre otros motivos de alegría, yo trabajaría en el despacho de mañana y, como el resto de mis compañeros, podría teletrabajar por las tardes, porque eso sí que era opcional.

Por lo visto, no era algo que a Bárbara le importase, siempre que se rindiese a tope. Según me comentó Alberto, esa mujer se regía por la política de resultados y se había dado cuenta de que sus empleados rendían incluso más siempre que tuvieran algo de margen de elección.

Eso sí, si algún día el trabajo requiriera consultar material del bufete o cualquier cuestión similar, debería acudir por la tarde, aunque serían habas contadas.

—Así que encima podrás estar en casa por las tardes—me decía Julen con la copa ya en alto.

—¿Y llevarme al parque, mami? —me sonrió Lucas.

—Cariño, algunas tardes, porque trabajaré de cuatro a siete y no siempre hará buen tiempo a esa hora—le contesté un poco apurada.

—A las siete es tarde para llevarle y lo sabes, pero también sabes que no hay ningún tipo de problema, yo lo llevo —añadió Julen.

—Gracias, no sé qué demonios haría sin ti, feo—le di un beso en la mejilla.

—Estefanía tampoco sabe lo que hacer sin él, mami, lo persigue a todas partes—me soltó el crío.

—¿Qué me cuentas, Lucas? —quise sonsacarle.

—Lucas, mira que eres, ahora me dará la lata, ¿no la conoces? —le hizo él cosquillas.

—Mamá, le persigue por todos los lados. Aparece en el portal, en el parque y hasta le dijo el otro día que subiera a tomarse un pastel que tenía preparado y le guiñó el ojo. Pero yo no sé qué pastel habrá preparado esa, porque otro día dijo que no sabe cocinar—me informó de todo.

—Lucas, qué barbaridad, sirves para espía—se quejó él.

—Hijo, recuérdame que luego te dé unos euritos para comprarte lo que quieras. Y sigue así, que habrá más—le animé.

Me resultaba divertidísimo picar a Julen y más cuando el crío se fue a lavarse los dientes.

—Así que alguien no me lo ha contado todo, porque lo que dice el niño indica más que el polvo de una noche de verano—le eché teatro a la cosa.

—Claro, porque fue el polvo de una noche de otoño—rio él.

—En serio, ¿te gusta? Es muy pija para ti y lo sabes... Esa es de las que...

r
—¡Calla, demonio! Que yo no he dicho nada, lo ha dicho todo Lucas, que es una cotorra, ¿a quién saldrá?

—A mí claramente no, debe haber salido a ti, porque no llevará tu sangre, pero todo se pega y él ya se parece tanto a ti como a mí.

—Ojalá lo fuese, sabes que me encantaría que fuese mi hijo.

¿
—Si es tan tuyo como mío, ¿qué me estás contando? Incluso te voy a decir algo más.

—Momento de confesión por parte de la picapleitos, qué peligro tienes...

—Es solo que me dará envidia sana cuando te vea llevarle por las tardes al parque. Dime que estoy haciendo bien al aceptar este trabajo, porque sabes que se llevará mil horas, incluso de mis findes. Me refiero a cuando tenga que preparar los juicios y demás, que me pasaré estudiándolos sábados y domingos...

—¿De verdad te hace falta que te diga que haces bien cambiando de vida? Sabes que no hay nada que desee más, por fin ha llegado el momento de que dejes esa mierda, Alba.

—Esa mierda me ha permitido estar hoy donde estoy, Julen.

—No entremos en esa conversación, por favor, es lo único que nos ha hecho discutir en serio todos estos años. Y como solo te digo que es hora de cumplir tus sueños y que todo irá de maravilla. Te lo has ganado. Al principio será duro y trabajarás mil horas, pero con el tiempo todo se suavizará. Recuerda que la veteranía es un grado...

—Esa frase es de mis preferidas, la decía mi padre respecto a lo de llevar el autobús.

—Lo sé, me lo has contado muchas veces. Y ahora descansa un poco antes de ponerte a trabajar, yo recojo la mesa.

—¿Tú nunca estás cansado, Julen?

—Mi trabajo no es de darle tanto al coco. En este mundo tiene que haber de todo y ese es el ideal para mí, que nunca me gustaron los libros.

—Eres el mejor en lo tuyo y lo sabes, no dudaron en hacerte fijo desde el comienzo.

—No me quejo de nada, princesa, desde luego que no me quejo. Y soy feliz haciendo todo lo que hago.

—¿Incluido recoger la cocina para que yo me eche una siestecita?

—Incluido eso. Y venga ya, que tienes mucho rollo y no te dará tiempo de descansar.

Me eché esa siesta y me pasé toda la tarde trabajando después. El crío legó del parque y Julen se hizo cargo de ducharle y demás.

—Mamá, ¿todavía estás estudiando? Pero si yo creí que ya acabaste todos los cursos.

—Cariño, ahora estudio los expedientes, es distinto. En lo mío siempre se está estudiando, pero ahora ya es por trabajo.

—Mamá, yo no pienso ser picapleitos....

2

—Lucas, hijo, no se llama así, se llama ser abogado.

—Pues Julen dice que se llama picapleitos, y que yo también sería bueno porque soy tan cuco como tú.

—¿Eso te ha dicho Julen? —le pregunté mientras él le preparaba el baño.

—Pues sí. Y también dice que serás la mejor picapleitos del mundo, pero yo le he dicho que yo no quiero serlo porque si tengo que estudiar tanto como tú me explotará la cabeza.

—Que no, cariño mío...

—Que sí, mamá, y aparte, que yo quiero ser bombero.

—No me digas, la semana pasada querías ser policía, ¿qué ha pasado con eso?

—Que es un veleta, eso es lo que ha pasado. Venga, ¡al baño! Que luego te haces el remolón y por la mañana no hay quien te menee—le ordenó Julen mientras Lucas corría—. Y tú a lo tuyo, que digo yo que esta noche tendrás que dormir.

—Esta noche es que, aparte de terminar con esto, tengo que finiquitar otra cosa.

—No, no tienes que ir a hacer ningún último servicio porque me da un telele, ya eso se ha terminado.

—Pero no tengo su teléfono, del cliente, me refiero. Y he de acudir a la cita para explicarle.

—Pues sí. Y también dice que serás la mejor picapleitos del mundo, pero yo le he dicho que yo no quiero serlo porque si tengo que estudiar tanto como tú me explotará la cabeza.

—Que no, cariño mío...

—Que sí, mamá, y aparte, que yo quiero ser bombero.

—No me digas, la semana pasada querías ser policía, ¿qué ha pasado con eso?

—Que es un veleta, eso es lo que ha pasado. Venga, ¡al baño! Que luego te haces el remolón y por la mañana no hay quien te menee—le ordenó Julen mientras Lucas corría—. Y tú a lo tuyo, que digo yo que esta noche tendrás que dormir.

—Esta noche es que, aparte de terminar con esto, tengo que finiquitar otra cosa.

—No, no tienes que ir a hacer ningún último servicio porque me da un telele, ya eso se ha terminado.

—Pero no tengo su teléfono, del cliente, me refiero. Y he de acudir a la cita para explicarle.

Capítulo 12



Por extraño que pueda parecer, en algún caso era así. Lo pensaba camino del hotel de lujo en el que llevaba años citándome Fernando, uno de mis mejores clientes. Ese era uno de los que nunca hablaba de su vida privada, cada caso era un mundo. Sabía de sobra que estaba casado porque en una ocasión, en la que llegó un poco tarde, se le había olvidado quitarse la alianza y vi el apuro en su cara.

Clientes como aquel, tan reservado, ni siquiera me dejaban su número de teléfono, sino que siempre quedábamos en el mismo lugar y, si en alguna ocasión le surgía algún imprevisto de cualquier tipo, lo dejaban dicho en la recepción para que me dieran el recado. Se trataba de gente desconfiada de esa que piensa que les puedes meter en un marrón, cuando poco me importaba a mí la vida de ninguno de ellos.

Al único que, por decirlo de alguna forma, echaría de menos, era a Félix, ese viudo que ya mencioné que más me tenía como tabla de salvación que como prostituta. El resto, por mí, se podía ir al cuerno, incluido Fernando.

Llegué y él ya estaba en la habitación. Creo que llamó su atención el que yo no fuera vestida como en otras ocasiones. Quiero hacer un inciso al respecto porque ni mucho menos acudía yo a esos lugares ataviada como Julia Roberts en “Pretty Woman”, sobra decirlo, pero sí que solía acudir con un *outfit* muy sexy acorde con las circunstancias.

De lo que estoy comentando se deduce que no fue raro que Fernando se extrañase al abrirme y verme con gabardina, jersey, jeans y botines, un *look* totalmente casual no adecuado para las circunstancias que él pensaba que se darían.

—Hola, Alba, ¿qué tal? —me preguntó un tanto a la expectativa.

Yo no tenía nombre de guerra ni nada por el estilo. Lo cierto es que lo respeto, pero siempre me pareció un tanto peliculero, de modo que no opté por adoptar ninguno.

—Buenas noches, Fernando. Quizás te llame un poco la atención que venga así, pero es que en realidad hoy no he venido para ofrecerte ningún servicio, sino para hablar contigo.

—¿Para hablar conmigo? No comprendo, pero pasa, por favor—me pidió.

Lo hice y él cerró la puerta tras de mí. Yo podía notar el símbolo de la interrogación en los ojos de un hombre que ya tenía una edad, aunque se conversaba tan bien que podía pasar por otro varios años menor.

—Sí, bueno, Fernando es que lo dejo—le dije sin ningún rodeo.

—¿Cómo que lo dejas? Pero eso no puede ser—me respondió en un tono que me molestó, puesto que me resultó un tanto inquisitivo.

—Oye, mira, podría haberte dejado tirado directamente, pero por condescendencia, y porque te conozco desde hace muchos años, he venido a contártelo yo misma.

—No, si todavía te lo tendré que agradecer—se quejó.

—No me está gustando nada tu tono, me marchó—giré sobre mis talones con la intención de dejarle allí.

1

—No, tú no te vas—me dijo alargando el brazo para impedir que abriese la puerta.

—No te columpies, Fernando, ¿qué te pasa? ¿Es que hablo en chino? Te digo que lo dejo, que no voy a trabajar más de esto, que te busques a otra. Tranquilo, que esto es fácil, hay miles de anuncios. No es como buscar esposa, aunque de eso ya tienes—le dije con sorna.

—No se te ocurra enjuiciarme ni tratar de entrometerte en mi vida, ¿me oyes? A mí no me vas a chantajear ni...

—¿Tú te estás oyendo? ¿Acaso crees que es eso lo que pretendo? Lo único que quiero es perderte de vista, y a los demás también. Lo dejo, chapo el negocio, se acabó, ¡soy libre!

—¿Es por dinero? Alba, dímelo porque si es por eso yo podría pagarte mucho más. El dinero no es problema para mí—insistió.

—Que no es por dinero, déjame—le dije porque acababa de agarrarme por la muñeca y me hacía daño.

—Es que no quiero que te vayas, quiero que te quedes conmigo—me imploró desesperado.

—¡Suéltame, animal, que me estás haciendo daño! —me quejé porque apretaba mi muñeca.

He de decir que, por suerte, jamás durante los años que trabajé como prostituta se me dio un caso así, en el que sintiera miedo y en el que ejercieran una cierta violencia sobre mi persona. Pero en aquella ocasión ese tipo se

había dado la vuelta como un calcetín y me estaba mostrando su lado menos educado.

: —No te voy a soltar, no hasta que seas mía—me dijo.

Con la mano que me quedaba suelta, le arreé un sonoro bofetón, uno que no esperaba, razón por la que me soltó y entonces aproveché para abrir la puerta y salir escopetada de la habitación.

Lloré al alcanzar la calle. Afortunadamente, no me había seguido, por la cuenta que le traía. El tal Fernando debía ser un ejecutivo o algo así, un tipo influyente al que un escándalo le vendría peor que mal, aparte de que podría dar al traste con su matrimonio.

Esperé un poco antes de volver a casa porque no quería que Julen me viese en ese estado. El hotel no estaba lejos de nuestra casa y sería capaz hasta de ir a buscarlo por si aún seguía allí.

Traté de serenarme para que nada se me notase, aunque me dolía la muñeca, la cual me acaricié. Triste despedida de un mundo que había llegado el momento de dejar atrás. Quizás esa era una señal más de lo mucho que me daría el abandonarlo.

había dado la vuelta como un calcetín y me estaba mostrando su lado menos educado.

—No te voy a soltar, no hasta que seas mía—me dijo.

Con la mano que me quedaba suelta, le arreé un sonoro bofetón, uno que no esperaba, razón por la que me soltó y entonces aproveché para abrir la puerta y salir escopetada de la habitación.

Lloré al alcanzar la calle. Afortunadamente, no me había seguido, por la cuenta que le traía. El tal Fernando debía ser un ejecutivo o algo así, un tipo influyente al que un escándalo le vendría peor que mal, aparte de que podría dar al traste con su matrimonio.

Esperé un poco antes de volver a casa porque no quería que Julen me viese en ese estado. El hotel no estaba lejos de nuestra casa y sería capaz hasta de ir a buscarlo por si aún seguía allí.

Traté de serenarme para que nada se me notase, aunque me dolía la muñeca, la cual me acaricié. Triste despedida de un mundo que había llegado el momento de dejar atrás. Quizás esa era una señal más de lo mucho que me daría el abandonarlo.

Capítulo 13



Debí suponer que él estaría despierto cuando llegase. Se había quedado intranquilo y yo lo conocía muy bien.

—¿Qué te ha pasado? —saltó como un resorte con solo verme entrar. También él me conocía tanto que a veces me daba miedo.

—Nada, ya está todo solucionado. Se acabó, por fin—le dije y en ese instante no pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos.

—Te pasa algo más, princesa. A mí no me engañas, ¿y qué es este moratón? —me preguntó señalando mi muñeca.

Yo no lo había visto, no había reparado en él. Julen, sin embargo, estaba en todo.

—No sé, supongo que me habré dado un golpe—recurrí a una mentirijilla piadosa.

—No lo intentes, no lo hagas. No quieras protegerme, por favor, dímelo.

—Solo si me prometes que no te moverás de aquí.

—¿Te ha hecho algo más? Porque te juro que lamentará haber nacido.

—Julen, no te pongas dramático, no ha hecho nada más. Solo se puso un poco tonto y no quería dejarme ir.

—Hijo de la gran...

—Ya, por favor, no te alteres—le pedí—. Solo me agarró un poco fuerte, aunque para fuerte el bofetón que yo le di. Tenías que haberlo visto—le conté mientras con el dorso de la mano limpiaba las lágrimas de mi rostro.

—¿Le diste fuerte? Toma ya, ¡esa es mi Alba! —me cogió en peso y, al bajarme, me dio un cariñoso beso en la frente.

—Muy fuerte, de forma que todo solucionado, no te comas el coco.

—No resistiría que te pasara nada malo. Solo de pensar que te ha agarrado contra tu voluntad...

—¿Qué parte de que se ha llevado lo suyo es la que no has entendido, tonto? Y ahora, ¿nos tomamos un vaso de leche templada?

—¿Una copa mejor? —me ofreció.

—Tienes razón, la ocasión lo merece, ¿no?

—Que lo hayas dejado merece una fiesta por todo lo alto, pero como hoy no podemos celebrarla, la pospondremos.

Sin duda lo decía de todo corazón y yo me alegraba casi más por él que por mí. Por cierto, que enseguida fue a por una pomada que aplicar sobre el moratón.

A la mañana siguiente abrí los ojos como si fuera una persona nueva. Algo en mí había cambiado, y no era para menos.

A quien no se le escapaba ni una era a Bárbara, quien tampoco tardó en reparar en el moratón, y eso que yo llevaba camisa con puño.

—¿Alguien te ha hecho eso? —me preguntó y todas mis alarmas saltaron a la vez.

No soy tendente a quedarme sin palabras, si bien ella, entre sus múltiples habilidades, tenía la de dejarme muda.

—No es nada, de verdad—le respondí con intención de salir pitando.

—Si hay alguien en tu vida que te esté maltratando, igual deberíamos tener una conversación—pronunció con voz grave.

—Nada de eso, de veras que solo fue un malentendido, Doña Bárbara, solo eso.

Me daba un miedo tremendo que ella pensara que yo tenía problemas y que eso pudiera influir a la hora de contratarme, cuando terminase mi período de prueba. Estaba claro que esa mujer examinaba con lupa todo lo referente a sus empleados y yo quería demostrarle que mi vida era intachable.

Me metía ya en mi despacho cuando vi avanzar hacia mí a Axel.

—¿La arpía te ha atacado? —me preguntó entre bromas y yo hice el gesto involuntario de llevarme la mano a la muñeca, algo que cogió al vuelo.

—No, qué va, solo me ha hecho una pregunta.

—¿Sobre eso que escondes? —me señaló a la muñeca—, ¿me dejas ver?

—Por favor, no es nada.

—Pues si no es nada, deberías dejármelo ver.

—Eres más pesado que ella, de veras que no hay problema, solo es un moratón.

—¿Y cómo te lo has hecho?

r

—Preferiría no decírtelo, pero no hay nadie en mi vida que me esté haciendo daño, palabrita.

—Ok, me dejas más tranquilo. Por lo demás, ¿todo bien?

—Sí, claro, muchas gracias.

—Pues si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamar a mi despacho—me ofreció su sugerente sonrisa mientras me lo decía de nuevo.

—Eres muy amable, de verdad...

—Entre tú y yo, es para criticar a la arpía—bromeó.

Era evidente que tenía mucho sentido del humor, aparte de que yo le había escuchado a Alberto que era un verdadero crac y que él se miraba mucho en su espejo. En el laboral, quería decir, porque por lo demás no es que se parecieran en nada, ya que mi compi era un chico corriente y moliente y el otro era como una especie de dios griego de la belleza paseándose por el bufete.

Entré en mi despacho y me senté en mi mesa. A Sonia se le escapó una risilla maliciosa en ese momento.

—Ni se te ocurra hacerte ilusiones, porque ese juega en otra liga—me espetó.

—¿Qué estás diciendo? Mira, algunas queremos trabajar, para chismes baratos, mejor vete a otro despacho a ver si tienes más suerte.

—Es que igual te conviertes en la comidilla del bufete, que te veo muy suelta—prosiguió con toda la mala intención. Pareció haberle sentado fatal que hablase con Axel, ¿quién mierda se había creído que era? Me trataba :
puntapiés solo por haber llegado la última, cuando ella estaba en mi situación hacía nada de tiempo.

—¿Me haces el favor de dejarme? Tengo que concentrarme y no podré contigo comiéndome la cabeza, necesito un poco de silencio.

Alberto llegó en ese momento y se percató de que la tensión entre ambas era evidente.

—¿Ha pasado algo? —nos preguntó.

—A mí nada de nada—le contesté.

—Y a mí menos, solo que hay algunas que llegan las últimas y pican muy alto, Alberto—le respondió ella.

—Ni idea de lo que me hablas, Sonia, pero no me huele bien, así que será mejor que lo dejemos.

—Sí, será mucho mejor que lo dejemos—apoyé la moción porque sentía unas ganas enormes de cantarle las cuarenta y no podía hacerlo por estar donde estaba.

—¿Qué estás diciendo? Mira, algunas queremos trabajar, para chismes baratos, mejor vete a otro despacho a ver si tienes más suerte.

—Es que igual te conviertes en la comidilla del bufete, que te veo muy suelta—prosiguió con toda la mala intención. Pareció haberle sentado fatal que hablase con Axel, ¿quién mierda se había creído que era? Me trataba a puntapiés solo por haber llegado la última, cuando ella estaba en mi situación hacía nada de tiempo.

—¿Me haces el favor de dejarme? Tengo que concentrarme y no podré contigo comiéndome la cabeza, necesito un poco de silencio.

Alberto llegó en ese momento y se percató de que la tensión entre ambas era evidente.

—¿Ha pasado algo? —nos preguntó.

—A mí nada de nada—le contesté.

—Y a mí menos, solo que hay algunas que llegan las últimas y pican muy alto, Alberto—le respondió ella.

—Ni idea de lo que me hablas, Sonia, pero no me huele bien, así que será mejor que lo dejemos.

—Sí, será mucho mejor que lo dejemos—apoyé la moción porque sentía unas ganas enormes de cantarle las cuarenta y no podía hacerlo por estar donde estaba.

Capítulo 14



Había pasado una semana desde aquel día y Judith me dijo al entrar que me fuese directa al despacho de Bárbara, que parecía tener prisa.

—Hola, Alba, siéntate. Vas a tener que cubrir a un compañero dentro de unas horas en juicio. Es algo sencillo, un tema de coacciones relacionado con Vigilancia de Género. Como entenderás, es grave, pero simple, dado que nuestra cliente es la mujer y cuenta con todas las pruebas para que su ex salga condenado. Es pan comido.

Sentí como si una descarga eléctrica recorriese mi cuerpo al completo, dado que no podía imaginar que mi debut en sala fuese tan pronto y tan improvisado.

—Doña Bárbara, es que yo...—murmuré.

—¿Tienes algún problema con eso? Te aconsejo que no pierdas tiempo, estudia el caso a fondo y ponte las pilas. Pídele una toga a Judith, las tenemos de todas las tallas para casos de olvidos y demás, dado que pienso que es posible que todavía no tengas la tuya.

—Es muy cierto, no me imaginaba que debutaría tan rápido. Creí que lo haría algo más adelante, con el tema de lesiones que me encargó.

—No, lo harás hoy, salvo que no te sientas preparada para ello, en cuyo caso será mejor que me lo digas, y entonces me replantearé lo del tema de tu contratación.

—No, no, por favor, claro que lo haré.

—Así me gusta. De todos modos, no acudirás sola al juzgado. Al principio siempre se hace con un veterano, aunque desde ya te advierto que solo te servirá de apoyo moral y que tendrás que agenciártelas tú solita ante el tribunal.

—Claro que sí, Doña Bárbara.

—Está bien... Entonces dile a Axel de mi parte que te acompañe.

Me alegró lo que ella no se pudo imaginar que pronunciase su nombre porque ese hombre no podía ser más amable conmigo y se había ofrecido a ayudarme varias veces.

—Está bien, así lo haré—asentí.

Me acerqué a su despacho con el expediente en la mano y llamé con los nudillos.

—Estoy ocupado, ¿es algo urgente? —preguntó desde dentro, sin saber a quién le hablaba.

—Un poquillo, debuto en unas horas y estoy atacada—le dije con voz entrecortada.

No tardó nada en abrir la puerta, de lo más gentil y galante, y me encontró allí, con las rodillas hechas flan.

—Te diría que te invito a un café, aunque pienso que es lo que menos te interesa en este momento.

—Cierto, estoy que me subo por las paredes. Me ha dicho que me estrenaré en sala ¡dentro de un rato! Me va a da algo, no creo que sea un caso complicado, pero...

—Pero sientes pánico escénico, lo raro sería que no lo sintieras. Pasa y te prepararé una infusión calmante.

Su despacho, que yo no había pisado hasta ese momento por no molestarle, era también sumamente elegante, pero con un aire más moderno que el de Bárbara. Incluso contaba con un sofá y todo, porque amplio sí que era, y mucho.

En otro orden de cosas, contaba igualmente con una cafetera y con una coqueta cajita de esas con todo tipo de infusiones, de entre las que eligió una calmante que me puso en la mano en un periquete.

—Aquí la tienes, y ahora veamos ese expediente.

Nos sentamos y lo leímos juntos. Cuando acabamos de hacerlo, él me miró.

—Te los meriendas en pocos minutos, está hecho, choca los cinco—me pidió.

—¿Cómo voy a chocar los cinco si parece que tengo cuatro manos en vez de dos? Mira cómo sigo temblando.

—Yo te voy a acompañar e incluso me sentaré a tu lado, puedo hacerlo siempre que no intervenga. Tú lo harás

todo, pero te serviré de apoyo moral. Incluso, si quieres, puedo servirte ahora, guardando silencio mientras tú dices lo que no está escrito sobre la arpía—rio.

—No puedo, si es que me he quedado sin palabras, ¿no te das cuenta?

—Pues no, porque estás hablando, ¿no te das cuenta tú?

—Ya, pero quiero decir que me quedaré sin argumentos delante del tribunal, yo estoy muy acostumbrada a darles vueltas a las cosas y esto... Esto es un atraco, lo quiere para ayer—maldije mi suerte.

—No, no es para ayer, es para dentro de unas horas, y te sobran casi todas. De todas maneras, pasaremos la mañana ensayando.

—¿Ensayando? Ni que fuéramos a bailar salsa...

—Eso otro día, ahora vamos a lo que vamos.

r—No te entiendo, es que me falta el aire y creo que necesitaré una botella de oxígeno a este paso.

—Pues es una pena, porque las tengo de casi todo, pero de oxígeno no me quedan—me dijo señalando a un botellero que tenía camuflado entre otros muebles.

, —¿Beber antes de ir a juicio? ¡Ni muerta!

—Ya, no es buena idea... Yo lo hice el día que me estrené y menudo ridículo.

—Cielos, ¿llegaste borracho a sala? No había escuchado nada igual en mi vida.

—No, ojalá hubiera sido así. Me refiero a la primera vez que estuve con una chica, lo cual fue todavía más bochornoso—rio.

—Te lo estás inventando todo para hacerme reír, solo quieres quitarle hierro al asunto.

—No vas desencaminada, aunque me temo que es verdad. No te estoy mintiendo.

—Madre del amor hermoso, qué personaje estás tú hecho.

—Tenía diecisiete años, ha llovido mucho desde entonces.

—Ya, ya me imagino.

—Podría hablarte de mis evidentes progresos en ese campo, solo que creo que te interesará más que te ayude a preparar el juicio.

—Sí, por favor, lo otro ya me lo puedo imaginar—no podía ser más salado el tío, si bien a mí poco me podría impresionar en temas de sexo, en los cuales me convertí en una experta. No obstante, no digo yo que no me habría gustado que me desvelara alguno de sus secretos inconfesables porque me estaba dando morbo. No, menuda tontería, lógicamente terminé rogándole que hiciéramos esos ensayos...del juicio.

—Ya, ya me imagino.

—Podría hablarte de mis evidentes progresos en ese campo, solo que creo que te interesará más que te ayude a preparar el juicio.

—Sí, por favor, lo otro ya me lo puedo imaginar—no podía ser más salado el tío, si bien a mí poco me podría impresionar en temas de sexo, en los cuales me convertí en una experta. No obstante, no digo yo que no me habría gustado que me desvelara alguno de sus secretos inconfesables porque me estaba dando morbo. No, menuda tontería, lógicamente terminé rogándole que hiciéramos esos ensayos...del juicio.

Capítulo 15



Nos habíamos pasado toda la mañana ensayando y reconozco que me reí lo más grande con él.

Yo es que, aparte de con Julen y Lucas, llevaba mucho tiempo sin compartir un rato de esparcimiento así con nadie. He de decir en favor de Axel que logró incluso que me relajase y me olvidase de ese mal trago que estaba por venir.

Resulta contradictorio, porque cuando estás en la facultad mueres por ver llegar el día de ponerte la toga por primera vez y presentarte ante el abogado contrario, enseñándole los dientes. Sin embargo, cuando tienes la oportunidad de hacerlo, lo que deseas es que el trance pase lo antes posible y rezas por salir victoriosa de él.

—Es que ha sido una jugarreta, no me lo podía creer cuando he entrado esta mañana en su despacho, ¿es que esa mujer disfruta dándonos sofocones a todos? Mis mejillas han debido ponerse del color del vino tinto cuando me ha contado el plan para hoy. Cielos, tengo que volver, ¡se me ha olvidado la toga! —le dije justo cuando salíamos

—La llevo yo, todo está perfecto, ¿quieres hacerme el favor de tranquilizarte? Lo que te ha hecho es una putada y si crees que es la última, vas lista. Ahora bien, solo tienes que demostrarle que tú puedes con eso y con más.

—¿Y tú por qué estás tan seguro? —suspiré muerta de miedo.

—Porque no hay más que verte, puedes con todo.

—No tengo más remedio, en casa me espera un hijo.

—Ya, ya me lo dijiste el otro día. Lucas, ¿no?

—Anda, si te acuerdas hasta de su nombre, qué detalle.

—A ver, no me subestimes. Memorizamos muchos datos, no sería lógico que se me olvidase el nombre de tu hijo.

—Vale, aunque eso de que memorizamos muchos datos está por ver. Yo creo que ahora mismo no retengo ni uno en la memoria. Es como si lo hubiese enviado todo a la papelera de reciclaje, te lo prometo.

—Muy bien, pues cierra los ojos...

—¿Cómo voy a cerrar los ojos? Voy andando con taconazo, me partiré la crisma con un poco de mala suerte.

—Pues para un momento, por favor—me pidió.

Le hice caso porque no quería ni llegar al juzgado. Sentía como si me enviasen al matadero. Me había sentado fatal que la jefa me lo pidiera así, de buenas a primeras, como si para mí no fuera importante. Yo me hubiese preparado a conciencia para asistir a juicio y no que debía hacerlo de cualquier manera, si hasta tuve que recogerme el pelo antes de salir del despacho. Suerte que Judith me dejó un coletero muy elegante.

Me paré, tal como él me pidió, y entonces acaricié mi cabeza por arriba.

—Venga, Alba, que todos los datos vuelvan a tu cabecita—pidió mientras seguía acariciándomela.

—¿Eso qué es? ¿Una especie de ritual? Mira que yo no creo en esas cosas.

—Es solo una manera de que te concentres. Te digo que todo va a salir sensacional porque lo has hecho formidablemente bien en mi despacho. Te he puesto en la punta de la picota representando el papel de juez, de fiscal y de abogado contrario.

—Es verdad, sirves para todo—recordé riendo.

—Y te has defendido con uñas y dientes. Nuestra clienta puede estar tranquila.

—Dios te oiga, porque yo no sé lo que tengo encima.

—Presión, se llama presión, y dentro de un rato ya no la tendrás.

—Porque me habrá dado un infarto y estaré entubada, por eso.

—Qué trágica, di más bien que porque estarás almorzando conmigo.

—¿Contigo? Si tengo que ir a casa—le contesté *ipso facto*.

—¿Por tu hijo? ¿Es por eso?

—No, al niño me lo recogen—no le hablé de Julen, no sé por qué extraña razón no lo hice. Supongo que no quise que pensara que tenía pareja.

—Pues entonces ya mismo estamos celebrando tu primera victoria en juicio, andando.

Me hizo ilusión, no voy a decir que no. En ciertos momentos durante los días que llevaba allí, le había pillado mirándome, pero es que he de reconocer que eso me hacía mucha gracia y hasta que caí en la tentación de mirarle yo a él también.

En cierto modo, me resultaba irónico que alguien como yo, que llevaba años ejerciendo de prostituta y que se las sabía todas con respecto a los hombres, se permitiera fantasear como si fuera una cría, porque si negaba que su invitación me hizo chispa, mentiría.

Llegamos al juzgado y vi cómo todos le conocían allí. Moverse como pez en el agua en ciertos ambientes es fundamental para adquirir seguridad, si bien no es algo que caiga del cielo, sino que es el fruto de ir haciéndote con un nombre en el sector, y él ya lo tenía.

—Guapa y con suerte—me dijo en un momento dado.

—Gracias por lo de guapa—le contesté con las mejillas teñidas de rojo—. Y lo de la suerte, ¿eso a qué viene?

—Viene a que el abogado contrario es un cantamañanas. Dale fuerte, que tú puedes—me dijo mirándole de lejos.

—¿No me lo dices para que me confíe y entre con mayor aplomo? Mira que prefiero saber la verdad.

—Y ya te la he dicho: es una cantamañanas y te lo vas a ventilar con tus alegaciones. Será un gusto verlo.

Me dio seguridad, claro que me la dio. El tío parecía muy subidito, se llamaba Dimas, y tenía una pinta de niño de papá que no podía con ella.

Sin más, se nos acercó y se dirigió directamente a Axel.

—No esperaba verte a ti aquí, creía que te reservaban para los temas gordos, ¿te parece si llegamos a un acuerdo? Mi cliente está dispuesto a declarar que...—comenzó a decir con total soberbia, como si viniera a hacernos el favor del siglo.

—Me importa un bledo lo que pretenda declarar tu cliente. No hay acuerdo que valga, esto lo tenemos ganado de

antemano y lo sabes. Por cierto, habla con ella, es Alba Montaner—le indicó Axel.

—¿Novata? —preguntó él al unísono.

—No, Montaner—le corrigió él con sorna.

—Entiendo...

—Pues quédate con su nombre, ya que ella va a hacer mucho ruido en la abogacía de esta ciudad. Sabes que tengo olfato...

—No te esperaba a ti, pero tampoco a una novata total, es como una ofensa—se quejó.

—Esta novata te da unas cuantas vueltas de entrada. Imagínate cuando lleve un tiempo. Y ahora, si no tienes nada interesante que decirle, nos vemos ahí dentro.

antemano y lo sabes. Por cierto, habla con ella, es Alba Montaner—le indicó Axel.

—¿Novata? —preguntó él al unísono.

—No, Montaner—le corrigió él con sorna.

—Entiendo...

—Pues quédate con su nombre, ya que ella va a hacer mucho ruido en la abogacía de esta ciudad. Sabes que tengo olfato...

—No te esperaba a ti, pero tampoco a una novata total, es como una ofensa—se quejó.

—Esta novata te da unas cuantas vueltas de entrada. Imagínate cuando lleve un tiempo. Y ahora, si no tienes nada interesante que decirle, nos vemos ahí dentro.

Capítulo 16



Aún estaba impresionada por la forma en la que le vaciló al tal Dimas cuando nos tocó el turno de entrar a sala. Mi clienta, que se llamaba Mar, hacía un triste honor a su nombre ese día porque la encontramos hecha un mar de lágrimas. Llegó a lo justo, con muchísimos nervios y yo me encargué de tranquilizarla. Lo último que pretendía era que se diera cuenta de que estaba en manos de alguien que temblaba como una hoja.

El juicio comenzó y entonces cambié el chip por completo.

—Tú puedes—me dijo por lo bajini Axel y pensé que le sobraba razón, aparte de que él me había ayudado mucho y de que se lo debía.

Hay momentos en los que te sorprendes muchísimo a ti misma, y ese fue uno de esos momentos, porque tan pronto me dieron la palabra, lo que parecía es que me hubiesen dado cuerda. Me fue sensacional y acorralé por completo al acusado, que no sabía dónde meterse. Su abogado, Dimas, le pidió varias veces a la jueza que me frenase, pero ella no consideró que sus peticiones fueran pertinentes, por lo que me dejó hacer.

Mar se emocionó a la salida del juicio y se me abrazó.

—Es que le has puesto el alma y la vida—me decía—. Si llega a ocurrirle a una hermana tuya, no la defiendes mejor.

—Tenía todas las armas para hacerlo, yo solo las he utilizado—le aclaré con total honestidad.

—Es muy humilde y ahora te lo voy a decir: es su primera intervención en juicio, ¿no es flipante? —le preguntó Axel, quien parecía tener confianza con ella.

—Lo es, me quito el sombrero. Creo que he tenido mucha suerte, gracias—me abrazó.

Yo no pude salir con mejores sensaciones, y entonces ella se fue y nos quedamos solos.

—Pues bien, ya has pasado la prueba de fuego—me dijo mientras me dio una palmadita en el hombro. Yo me sentía genial con mi toga puesta y con él al lado, sintiendo el calor y el apoyo de un abogado experimentado que solo tenía bonitas palabras para mí.

—Pues sí, mi debut, quién me lo iba a decir—suspiré aliviada.

—Sí, pero me refería a la prueba que te ha puesto la arpía—rio.

—Explícate, ¿de qué me estás hablando?

—Pues de que siempre finge con los novatos tener un caso urgente del que deben hacerse caso. Los hay que no llegan al juzgado, no pueden superar la presión de tener que prestar su primera intervención como abogado sin apenas habérsela preparado.

—O sea, que era una trampa...

—Una prueba trampa, podríamos llamarlo así. Y date por dichosa, porque la has superado con nota, eso también te lo digo. Y ello por no hablar de que lo tuyo es de traca porque te ha puesto en esta tesitura mucho antes que a los demás. Se ve que le gustas.

—¿Mucho antes?

—Sí, suele esperar algunas semanas o meses, y tú acabas de empezar. Se ve que lo ha flipado contigo, por mucho que no te lo diga.

—Desde luego, porque lo disimula estupendamente. Es más, no hay una vez que entre en su despacho que no le saque varias pegas a mi trabajo.

—Y así seguirá siendo hasta que lo hagas perfecto, cosa que no tardará en llegar, por otra parte, porque me tienes alucinado.

—No exageres, me estás abrumando.

—Con el trabajo no exagero, me gusta decirle a cada uno lo que se merece. Y en cuanto a lo de las pegas que te ponga ella, considéralo un aprendizaje de manos de la mejor.

—Así lo haré. Me estás ayudando mucho, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé. Pasaremos por el bufete para informarle de todo y ya nos iremos a almorzar, porque la invitación

sigue en pie, ¡y con el mejor champán!

No hizo falta que yo me vendiera delante de Bárbara porque ya se encargó él. Me resultó bastante gratificante escuchar de su boca lo bien que me había desenvuelto, algo que se notó que la complacía sobremanera, pues no le interrumpió en ningún momento y escuchó con atención todo lo que tenía que decirle.

—Porque sé de qué va el tema que, si no, diría que está intentando ligar contigo—añadió la jefa con sorna.

—No, sabes que no exagero en nada, ella lo vale—le contestó él y me llamó la atención que fuera el único que la tuteara en el bufete, tal debía ser la confianza entre ambos—. Voy a coger las cosas de mi despacho.

—De acuerdo, yo también me voy, os dejo—dijo ella mientras se marchaba con esos aires elegantes que llenaban todo el bufete. A esa mujer le ocurría, en su propio terreno, como a los artistas que llenan el escenario por lo grandes que son, con independencia de su apariencia física.

Mientras esperaba a Axel, telefoneé a Julen y le conté todo lo que me había pasado en ese momento.

—¡Muero! ¡Siempre confíe en ti! Entonces, ¿vienes para casa y lo celebramos? Acabo de recoger a Lucas, incluso podría invitaros a comer en la calle, la ocasión lo merece de sobra—me sugirió y me dio un poquillo de pena.

—Ay, cariño, ¿no te importaría que lo celebrásemos esta noche?

—¿Y eso por qué? No me digas que no tienes hambre y que se te ha cerrado el estómago por los nervios, que te conozco.

—No, no es eso, es que ya me han invitado a almorzar.

—Acabáramos, ¿quién ha sido, princesa?

—Por ahí viene, te dejo...

sigue en pie, ¡y con el mejor champán!

No hizo falta que yo me vendiera delante de Bárbara porque ya se encargó él. Me resultó bastante gratificante escuchar de su boca lo bien que me había desenvuelto, algo que se notó que la complacía sobremanera, pues no le interrumpió en ningún momento y escuchó con atención todo lo que tenía que decirle.

—Porque sé de qué va el tema que, si no, diría que está intentando ligar contigo—añadió la jefa con sorna.

—No, sabes que no exagero en nada, ella lo vale—le contestó él y me llamó la atención que fuera el único que la tuteara en el bufete, tal debía ser la confianza entre ambos—. Voy a coger las cosas de mi despacho.

—De acuerdo, yo también me voy, os dejo—dijo ella mientras se marchaba con esos aires elegantes que llenaban todo el bufete. A esa mujer le ocurría, en su propio terreno, como a los artistas que llenan el escenario por lo grandes que son, con independencia de su apariencia física.

Mientras esperaba a Axel, telefoneé a Julen y le conté todo lo que me había pasado en ese momento.

—¡Muero! ¡Siempre confíe en ti! Entonces, ¿vienes para casa y lo celebramos? Acabo de recoger a Lucas, incluso podría invitaros a comer en la calle, la ocasión lo merece de sobra—me sugirió y me dio un poquillo de pena.

—Ay, cariño, ¿no te importaría que lo celebrásemos esta noche?

—¿Y eso por qué? No me digas que no tienes hambre y que se te ha cerrado el estómago por los nervios, que te conozco.

—No, no es eso, es que ya me han invitado a almorzar.

—Acabáramos, ¿quién ha sido, princesa?

—Por ahí viene, te dejo...

Capítulo 17



Acabamos almorzando en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, no hace falta que lo diga, dado que Axel era muy sibarita y se notaba que lo bueno le tiraba.

El metre ya le esperaba y nos dio la mejor mesa, una con unas vistas alucinantes.

—Eres popular y la gente te trata bien—le comenté nada más sentarme—, ¿es por ser uno de los mejores abogados de Salamanca? —me interesé.

—Reconozco que empezar a ganar casos desde jovencito y hacerme un nombre en la abogacía me ha ayudado mucho, y me ha abierto las puertas de muchos lugares.

—Debió dársete sensacional desde el comienzo, ¿no es así? —indagué un propio más.

—No mejor que a ti, por esa parte no te preocupes. Y, por otra parte, siempre he pensado que el mérito no es realmente mío, sino que aprendí de la mejor.

—La tienes en gran estima. Por un lado, reconoces que es una mujer complicada, hostil y un tanto hermética, pero por otro se nota que reconoces su talento y valía, que le estás agradecido—hurgué un poco, ya que a mí también me interesaba ganarme a Bárbara.

—Qué remedio, supongo que se le termina cogiendo algo de cariño con el tiempo—rio levantando su copa para brindar conmigo.

—Pues sí, supongo que también me ocurrirá—suspiré.

—En mi caso es obligatorio—rio.

—¿Por qué? Ah, ya me imagino, tú le haces la rosca porque aspiras a quedarte como gerente en el bufete, ¿no es así?

—No creas, eso más o menos lo tengo garantizado de antemano.

—Oye, yo no es por nada, pero ¿te han dicho alguna vez que eres un poco chulillo?

—Pues sí, la verdad es que sí, aunque realmente lo tengo garantizado porque para algo soy su hijo... Y su único hijo abogado.

Me quedé helada en un momento en el que si me pinchan mis venas no arrojan ni una gota de sangre.

—Es una broma, ¿cierto?

—Poca broma—negó con la cabeza.

—¿La arpía es tu madre? Digo, perdona, ¿Bárbara es tu madre?

—Puedes dejarlo en la arpía, no te preocupes, yo mismo sugerí el apodo y es nuestro secreto—rio.

—Alucino, ¿cómo es posible que bromees así? ¡Si es tu madre!

—¿Y qué? Nos respetamos mucho profesionalmente, eso es irrefutable, como también lo es que tenemos nuestras diferencias, siempre las hemos tenido y las seguiremos teniendo.

—Cielo santo, es que me has dejado en shock, ¿por qué no me lo dijiste antes?

, —Porque no quería condicionarte. Lógicamente, te hubiera impactado y entonces igual no te habrías atrevido a mirarme con los mismos ojos, no al principio.

—Axel, no te pases, hace poco tiempo que te conozco, ¿con qué ojos crees que te miro?

—Con ojos que delatan, con los mismos que te miro yo a ti—me soltó y verdaderamente lo flipé. Allí lo tenía, delante de mí.... Axel era el hijo de la jefa y me estaba tirando la caña, porque eso era innegable.

—No, no te equivoques. Me caes sensacional, me ayudas mucho, te has convertido para mí en una pieza clave en el bufete y, aun así, yo no te miro con esos ojos que tú dices.

—Me miras con esos dos ojos claros, que por cierto son preciosos. El único problema que tienen es que, de tan claros que son, parecen transparentes... Y entonces te delatan.

—Eres muy bobo, ¿eso lo sabes? —le dije mirando el azul de los suyos, una especie de océano en el que una se podría quedar embobada, mirando durante largo rato.

—Puede ser, pero suelo ir de frente. Si no te lo digo hoy, reviento. Me gustas desde el primer día que te vi, tienes algo que atrae una barbaridad, eres como un imán. Y encima vienes en un envoltorio que es para alucinar, cuando me haya tomado un par de copas más, para que no me acuses de ñoño, te confesaré que creo que eres la mujer perfecta.

—¿Qué dices de perfecta? Y, aparte, ¿que ya lo has soltado!

—¿Lo he soltado ya? Es por tu culpa, ¿ves como eres realmente irresistible?

—No, esto no puede estar pasando—me cubrí la cara con una servilleta como si fuese una cría.

—¿No? Pues para no estar pasando mi corazón comienza a dar señales. El jodido bota cuando te ve aparecer cada mañana y eso es algo que hacía mucho tiempo que no me sucedía.

—¿Un cuarto de hora? Porque no me vayas a negar que tú debes haber tenido muchas conquistas.

—No tantas, no te dejes engañar por las apariencias. En realidad, soy un hombre sensible, ¿no te lo estoy demostrando?

—Sí, vale, pero tienes muchas tablas y...

—¿Y acaso eso es raro teniendo la profesión que tenemos? Dime que en el fondo no se trata de lo mismo, que el truco, cuando entras en una sala para celebrar un juicio no está en seducir al fiscal, al juez y hasta a todos los miembros del jurado, en el caso de que los haya.

—Por favor, esto es una locura... No se te ocurra seguir por ahí. Somos compañeros de trabajo y así seguirá siendo.

—Por supuesto, no creo que mi madre esté dispuesta a renunciar a ti, no tan fácilmente. En el fondo, y aunque no te lo reconozca en la vida, a ella es a quien primero has seducido. Por eso estás hoy aquí y por eso hemos de brindar—levantó de nuevo su copa.

—¿La he seducido?

—Sí, piensa que pocas personas la conocen tan bien como yo y, si te digo esto, es porque lo sé de buena tinta. Confía en ti una barbaridad desde el principio, y eso no es algo habitual en ella. Tu período de prueba será corto,

pronto estaremos celebrando tu bienvenida oficial al equipo, y espero que para entonces ya puedas verme de igual a igual.

—Ay, por favor... Me estás abrumando en serio con tanta adulación. Yo solo quiero ser una más en el bufete y, en cuanto a lo demás, lo cierto es que no busco nada, y menos con el hijo de la jefa—le sonreí.

—Por eso, por eso justamente no quería que te enterases. Suele pasar. Hay algunas compañeras que incluso se muestran interesadas en mí cuando conocen ese dato, pero son las más frívolas. Las más auténticas, como tú, suelen huir... Y esa, lo creas o no, es una cruz.

—No te hagas el mártir, porfi. En mi caso es que quiero destacar por méritos propios, no por haberme ligado al hijo de la jefa, a uno de sus ocho hijos...

—Ya te enseñó la foto, ¿no? Ella tan gallinita siempre, con sus pollitos—rio.

—Pues para mí que uno de los pollitos le salió rebelde, ¿no?

—¿Tú qué crees? No es fácil crecer en una familia como la mía, con unas normas tan estrictas y cantidad de valores religiosos de por medio. Mis padres han sido muy rígidos en ese sentido.

—Al menos tú tienes padres. Créeme que ese es un tesoro que deberías valorar.

—¿Tú no los tienes? —se interesó de inmediato.

—No, murieron ambos en accidente de tráfico cuando cursaba primero de carrera.

—Cielo santo, lo lamento mucho. No lo sabía, de otro modo habría hablado con más tacto.

—No, si yo prefiero que me digas las cosas como las piensas.

—Ah, mira, eso está bien. Entonces, ¿cuándo nos casamos? —rio.

—No seas malo... Y sí, anda que te casarías tú, tienes pinta de soltero de oro.

—No creas. Siempre he pensado que dejaré de lado esa soltería cuando aparezca la mujer adecuada.

—Ya, ya, corramos un tupido velo. Y entonces, lo de llamarla arpía, ¿a qué viene?

—¿A mi madre? Hombre, un poquillo arpía sí que es, eso no te lo voy a negar—rio—. Pero también te dije que es la mejor abogada de la ciudad y que no hagas caso de todo lo que digan, ¿es o no es? La respeto en la medida que es quién es, aunque lo cierto es que nuestra relación es bastante tirante.

n

—No tiene un carácter fácil, ¿verdad?

—No, es una mujer con mucho poder y eso la ha convertido en una persona controladora a la que le encanta dar órdenes y sentirse por encima de los demás. Eso no es fácil de asimilar, por muy madre de uno que sea.

—Ya, entiendo. Y menos siendo un rebelde sin causa.

—¿Qué es eso de un rebelde sin causa? Yo soy un rebelde con causa, que es muy distinto—me sonrió, enseñándome esa sugerente y perlada sonrisa blanca que tan atrayente me resultaba.

—Ya, ya, tú qué vas a decir.

—Pues yo la verdad, ¿para qué te voy a mentir? Me estoy abriendo en canal contigo y no es algo que suela hacer : menudo, te doy mi palabra.

—Ya, no es fácil, supongo que todos tenemos nuestros secretos.

—Supongo que sí, aunque los secretos dejan de serlo cuando encuentras a una persona con quien compartirlos.

Me sentí como indefensa... Mi secreto, ese secreto que me acompañó durante años, era uno inconfesable para mí. Aparte de Julen y de Olga, nadie lo conocía. Nadie que no fuera uno de esos clientes con los que temía toparme en alguna situación incómoda, aunque afortunadamente la mayoría de ellos tenían que callar más que yo.

Era cierto que Axel se estaba abriendo mucho conmigo y también que era un tipo muy codiciado al que no debía ser fácil echarle el lazo. Judith me lo había comentado porque, tal como yo intuía, nos estábamos convirtiendo en amigas.

Yo no sería capaz de confesarle a Axel mi secreto y por ese motivo, aparte de por ser el hijo de la jefa (que menudo peso tenía esa cuestión), le pondría el veto como posible pareja. Además, que yo no buscaba alguien con quien compartir mi vida. Era muy joven y, aunque pareja no había tenido realmente nunca, huía de esa idea pensando que me perjudicaría a la hora de desplegar mis alas como abogada.

Él siguió interesándose por otros aspectos de mi vida, desde cómo era mi hijo hasta cómo demonios logré arreglármelas sin la ayuda de mis padres desde tan jovencita. La respuesta a esa cuestión se la maquillé a mi antojo, y en cuanto al resto, me abrí también bastante con él porque, pese a todo, me sentía de lo más a gusto.

; Logré igualmente que me hablase más de su madre, puesto que la información es poder. Le noté triste haciéndome ciertas confesiones al respecto.

—El problema es que ninguna mujer le parece lo suficientemente buena para mí, de manera que siempre que he tenido alguien en mi vida ha terminado ahuyentándola, de una forma o de otra—me confesó algo abatido.

—Pero eso es muy injusto. Cuando quieres a alguien, cuando lo quieres de verdad, debes ser feliz en el caso de que encuentra el amor—le dije, aunque, en cierto modo, pensé que yo hacía lo mismo con Julen porque, lo reconociese o no, nunca me gustaban las chicas que aparecían para él, ¿tendría yo también una partecita controladora? Y si la tenía, igual había llegado la hora de recapacitar y de entender que eso no es justo, porque lo mismo le estás negando a una persona a la que adoras la posibilidad de encontrar la felicidad con otra.

En resumidas cuentas, que tomé nota mental de un montón de cosas de las que él me dijo y disfruté muchísimo de un almuerzo en el que me sentí tremendamente adulada por un hombre que parecía haberse fijado en mí más de lo que yo misma fui consciente.

^a Cuando me dejó en casa, lo hizo con un caluroso beso en la mejilla y con un “hasta mañana” de lo más zalamero que, curiosamente, provocó que comenzase a contar las horas para que llegase y que sacó mi más amplia sonrisa.

Logré igualmente que me hablase más de su madre, puesto que la información es poder. Le noté triste haciéndome ciertas confesiones al respecto.

—El problema es que ninguna mujer le parece lo suficientemente buena para mí, de manera que siempre que he tenido alguien en mi vida ha terminado ahuyentándola, de una forma o de otra—me confesó algo abatido.

—Pero eso es muy injusto. Cuando quieres a alguien, cuando lo quieres de verdad, debes ser feliz en el caso de que encuentra el amor—le dije, aunque, en cierto modo, pensé que yo hacía lo mismo con Julen porque, lo reconociese o no, nunca me gustaban las chicas que aparecían para él, ¿tendría yo también una partecita controladora? Y si la tenía, igual había llegado la hora de recapacitar y de entender que eso no es justo, porque lo mismo le estás negando a una persona a la que adoras la posibilidad de encontrar la felicidad con otra.

En resumidas cuentas, que tomé nota mental de un montón de cosas de las que él me dijo y disfruté muchísimo de un almuerzo en el que me sentí tremendamente adulada por un hombre que parecía haberse fijado en mí más de lo que yo misma fui consciente.

Cuando me dejó en casa, lo hizo con un caluroso beso en la mejilla y con un “hasta mañana” de lo más zalamero que, curiosamente, provocó que comenzase a contar las horas para que llegase y que sacó mi más amplia sonrisa.

Capítulo 18



Subí a casa a eso de las cinco de la tarde. Ese día, al ser el de mi estreno, no tenía que trabajar por la tarde, de manera que le dije a Lucas que le llevaba yo al parque.

—Me voy con vosotros, no te libras del interrogatorio en cuanto se ponga a jugar—me anunció Julen por lo bajini

—Si no tengo nada que contar, mendrugo. Bueno, sí, del juicio... Que ha sido muy placentero.

—Ya, casi orgásmico, me lo imagino.

Salimos andando los tres hasta el parque. Me hacía gracia que en el barrio había gente que nos tomaba por familia. Eran unos añitos viviendo allí y siempre nos vieron juntos. Incluso una señora muy mayor, que se llamaba Cándida y cuyo nombre le venía de perilla porque no lo podía ser más, se nos acercó.

—El niño cada día se parece más a su padre—me dijo mientras lo miraba correr.

—Cándida, pero si ya le he dicho otras veces que Julen no es su padre—reí y él también.

—¿Y cómo no va a ser su padre con el amor que le trata? Si el muchacho está todo el día con él—me dijo ella mientras levantaba su bastón y señalaba a Julen, quien se sentía tan orgulloso.

—Cándida, es usted un amor—le dio un beso en la mejilla.

Seguimos andando en dirección al parque y yo iba rumiando lo que me había contado Axel de su madre.

—Oye, feo...

—Dime, princesa, ¿te has enamorado? —me preguntó a bocajarro.

—No seas bobo, que no es de eso de lo que te quiero hablar....

—Luego algo hay...

—Que no, que no es eso, ¿yo he sido alguna vez controladora con el tema de las chicas que se te han acercado durante todos estos años?

—¿Por qué lo dices? Tú solo las has considerado directamente no aptas para mí y no ha habido más que hablar—me sonrió mientras me puso el brazo por encima del hombro, que ese gesto protector era muy de él.

—¿Yo he hecho eso? Madre mía, igual he metido un poco la pata—resoplé.

—Oye, ¿a qué viene ahora todo esto? ¿Es que piensas abandonar el nido y quieres dejarme emparejado antes? —arqueó una ceja.

—Y luego la suspicaz soy yo... Evidentemente no, solo pensé que igual me pasé un poco de la raya, y si es así...

—Y si es así, lo seguirás haciendo, ¿no?

—No, gracioso. Si es así te pido disculpas y te prometo que no volverá a pasar.

—Cielo santo, esto sí que es una novedad. Ha debido darte muy fuerte...

—¿Qué es lo que me ha dado?

—Cupido con su flecha, ha debido ensartarte igual que a una brocheta, princesa.

—Déjate de ñoñerías, claro que no, solo he estado reflexionando y he pensado que lo mismo te debía una disculpa, pero que, si te vas a reír de mí, la retiro y punto—le dije muy digna.

—No es eso, cielo. Ni tú ni yo hemos rehecho nuestras vidas en estos años, pero han sido años bonitos, ¿cierto?

—Muy cierto, con alguna intromisión por tu parte, pero cierto—le saqué la lengua.

—Ni me recuerdes el temita en el que me entrometía porque me pongo enfermo todavía. Oye, ese tío, el del moratón de la otra noche, ¿no habrá vuelto a darte problemas?

—Qué guardaespaldas más bueno se ha perdido el mundo. Claro que no, no seas bobo... No he vuelto a saber de él ni de ninguno de ellos. Bueno, solo de Félix, pero es que él es como de la familia. Todavía me llama algún

ratito cuando necesita hablar con alguien.

—Pobre hombre, la soledad es muy mala.

—Debe serla. Yo no la conozco y eso es gracias a ti—le confesé.

—Demasiado adulatora estás tú hoy, ¿quieres endosarme a Lucas para salir el sábado? ¿Es eso? Por mi parte no hay problema.

—¿Qué dices? Claro que no...

—Me lo reprochas como si hubiera dicho alguna locura, cuando lo cierto es que airearte te vendría sensacional.

—Y a ti más. Eres tú quien debería salir el sábado, yo me quedo en casita.

—Pues a bote pronto no tengo planes para el sábado.

—Seguro que puedes hacerlos. Te apuesto lo que quieras a que Estefanía deshará cualquiera que tenga con tal de ir contigo, si la invitas.

—Espera, espera, ¿qué ha pasado en ese juicio que yo no sé? ¿La juez te ha ordenado volverte una casamentera? Porque es lo único que me queda por escuchar.

—No, la juez no me ha ordenado nada. La que me está hablando es la voz de mi conciencia y me dice que será mejor que no te dé más caña o te quedarás para vestir santos.

—Ya, ¿de pronto Estefanía no es pija?

—Lo es, lo es, lo que pasa es que igual no te sienta tan mal una pija, lo tendría que estudiar.

—Ya, pues no estudies tú tanto y ocúpate de lo tuyo, que te voy a cantar a lo Perales eso de “¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti?”

—Anda ya, qué hablas... Solo he almorzado con Axel y te vas a quedar de piedra...

—¿Solo porque te ha tirado la caña? Eso lo sé sin que me lo cuentes.

—No, no solo por eso, ¿y tú por qué tienes que ser tan listo? Lo alucinante es que...

—Es que te gusta, y eso es una novedad—me dio un abrazo.

—Que no, bobo, que no es eso... Axel es el hijo de la fiera.

—¿De la bruja? ¿Axel se desplazaba en escoba con su madre de chiquitito?

—Eres malo, eres más malo...

—¿Y ahora qué? —abrió los brazos para preguntar.

—Ahora nada. Sabes que no quiero liarme con nadie, y mucho menos con el hijo de la jefa.

—Mírame a los ojos mientras me lo dices, abogada.

—Que me dejes, tonto, que me dejes—le di un manotazo mientras él trataba de que le mantuviese la mirada.

—Es que te gusta, y eso es una novedad—me dio un abrazo.

—Que no, bobo, que no es eso... Axel es el hijo de la fiera.

—¿De la bruja? ¿Axel se desplazaba en escoba con su madre de chiquitito?

—Eres malo, eres más malo...

—¿Y ahora qué? —abrió los brazos para preguntar.

—Ahora nada. Sabes que no quiero liarme con nadie, y mucho menos con el hijo de la jefa.

—Mírame a los ojos mientras me lo dices, abogada.

—Que me dejes, tonto, que me dejes—le di un manotazo mientras él trataba de que le mantuviese la mirada.

Capítulo 19



Los siguientes días fueron una especie de prueba de fuego para mí. Bárbara estaba fuera, en viaje de negocios, y Axel se encargó de tutorizar mi preparación para el juicio de las lesiones, ese que tenía mucha más entidad que el primero y que debería bordar para lograr pasar ese período de prueba.

Como ya dije en su momento, el padre del chico lesionado era un pez gordo que había logrado mover los hilos en el juzgado para agilizar la vista, de manera que yo me estaba dando patadas en el culo.

—Muy bien, lo estás haciendo muy bien—me dijo ese día—. Pero mañana por la mañana tengo mis propios juicios. Deberíamos almorzar hoy cerquita y seguir esta tarde—me pidió él—, ¿podrías hacerlo?

—Sí, me cuidarán a Lucas, no te preocupes por eso.

—Entonces fenomenal.

Al mediodía, Judith me guiñó el ojo al verme salir con él en dirección al restaurante, mientras que Sonia, quien también se percató de que almorzaría con Axel, se quedó bizca. Con respecto a ella, yo podría haber pedido una boquita prestada y refregarle por toda la cara que igual Axel y yo no jugábamos en una división tan distinta cuando estaba tan volcado en mí, si bien no sería yo quien la provocase, porque no estaba interesada en hacerlo y porque aquel era nuestro lugar de trabajo, no el patio del recreo de un instituto.

Axel me invitó a otro de esos restaurantes que él, como buen sibarita que era, frecuentaba, y allí pudimos hablar nuevamente de los mismos temas que ya tratamos en la anterior ocasión, esos que no salían en el bufete por motivos obvios.

—¿Quisiste hacerte abogado por emular a tu madre? ¿La admirabas mucho? —le pregunté.

—Sí, la admiraba y la admiro, ya lo sabes, por mucho que tengamos nuestras diferencias.

—Y tus hermanos, ¿ninguno de los demás quiso ser picapleitos?

—No, todos ellos son arquitectos como mi padre.

—No jodas, ¿siete arquitectos y un abogado? Si parece el título de una peli, no he escuchado nada igual de divertido en una familia.

—Sí, bueno, mi padre tiene un famoso estudio de arquitectura, muy cotizado, y poco a poco les fue contagiando la ilusión a todos. Mis hermanos eran muy manitas y no yo... Eso se veía desde peques, que ellos eran muy habilidosos y a mí se me daba mejor mover la lengua.

—Oye, eso ha sonado fatal—reí.

—Cierto y, aunque no se me dé mal—recalcó entre bromas—, no me refería a eso, sino a que a mí se me daba mejor llevarme a la gente al huerto con...

—Con el pico. Tienes fama de convencer a todos los jueces, ya me han sonado campanas. Menudo piquito de oro debes tener.

—Menudo pico tienes tú, tan... Tan besable—me soltó mirándome con intensidad.

—¿Tú qué parte de que no quiero nada contigo es la que no entiendes?

—Yo solo te digo que no pararé hasta derribar tu coraza, ¿o es que hay alguien más en tu vida?

—No, no hay nadie más.

—¿Y entonces? ¿Por qué no me das una oportunidad? No tienes ni idea de la buena pareja que haríamos, yo estoy seguro.

—Y yo estoy segura de que terminaría de patitas en la calle. No creo que a tu madre le hagan chispas los romances entre sus empleados y mucho menos si se trata de su hijo.

—Eso ya te lo adelanté yo, pero contigo sería distinto... Tú te la terminarías metiendo en el bolsillo, le caes genial.

—Yo paso de experimentos, a mí no me vas a convencer que, mientras me la meto en el bolsillo y no, igual me veo en la cola del paro. Axel, a mí me ha costado mucho llegar hasta aquí.

—Y lo entiendo. Yo no permitiría que lo pusieras en juego.

—Pues entonces, no me tienes.

—Luego reconoces que mi propuesta te tienta.

—Conmigo no juegues al acorralamiento, que yo también sé hacerlo.

a

—No me digas lo que sabes hacer y lo que no, porque solo de pensarlo me estremezco.

—No vuelvo a salir a almorzar contigo porque aprovechas para tirarme los tejos—le advertí.

—Está bien, entonces lo próximo será una cena.

—No te lo has creído ni tú.

—Reconoce que tienes las mismas ganas que yo... y de cenar también—me dijo con segundas.

—Lo único que te reconozco es que, de seguir por ahí, me levanto y me voy.

—Me resultas mucho más irresistible todavía cuando opones tanta resistencia—se mordió el labio inferior.

—Yo no soy una muñeca en tus manos, Axel. No quiero que juegues conmigo y con todo aquello que estoy logrando.

—Yo no quiero jugar contigo. Si esto te da miedo es porque tienes la certeza de que se trata de algo más profundo. Tú lo sientes igual que yo—me dijo acariciando por primera vez mi mano sobre el mantel y causando mi total estremecimiento.

—Axel, me voy a ir...

—No, no quieres irte, pero ya lo dejo—la apartó y yo tuve que tomar un trago de mi copa, puesto que sentía unos sofocos impresionantes... Miraba sus labios y me imaginaba besándolos y luego fantaseaba con que llegábamos a más y le demostraba los muchos malabares que sabía hacer en la cama.

En realidad, cada vez que pensaba en momentos así de tórridos con él, terminaba de lo más excitada. Me pasó en aquel almuerzo y apuesto a que Axel lo notó. También tenía mucha vida, aunque en su caso había sido muy distinta a la mía, disfrutando de relaciones a montones que le habían convertido en el seductor que era, en ese que tenía delante y al que me encantaría hacer sentar cabeza.

Imaginar es libre, lo mismo que soñar... Yo soñé con ello durante un almuerzo tras el cual volví a poner los pies

en el suelo, puesto que no permitiría que nada ni nadie se interpusiese entre mi trabajo y yo. Eso lo tenía más claro que el agua.

).

en el suelo, puesto que no permitiría que nada ni nadie se interpusiese entre mi trabajo y yo. Eso lo tenía más claro que el agua.

Capítulo 20



El sábado por la noche, estaba yo sentada con Lucas en el sofá, a punto de ver una peli, cuando el crío invitó a Julen a unirse a nosotros.

—No, campeón, hoy voy a salir—le contestó él.

—¿No te quedas con nosotros? —se extrañó el crío porque estaba acostumbrado a que esa fuese la primera opción de Julen.

—Y tú, ¿por qué eres tan cotilla? —le pregunté mientras le hacía cosquillas y él se desternillaba.

—No, hoy no me quedo—le contestó Julen, sonriendo al contemplar la tierna escena.

—Mamá, tiene una cita, y seguro que es con la pesada de Estefanía—se rio poniendo su manita delante de la boca.

—Seguro que sí, cariño—le respondí yo, riéndome también, mientras Julen me guiñaba el ojo.

Al poco salió como un pincel. No podía ir más guapo con esa percha que tenía, aunque lo que de veras llamó mi atención fue que vistiese con una americana, cuando lo cierto es que él era mucho más de cazadoras.

—Pero bueno, si vas para comerte—le dije.

—Oh, sí, qué guapo. Tú nunca te pones de esas—señaló el niño a la americana.

—Ahora sí, porque tiene una cita con una pija—bromeé yo.

—Yo me largo ya de aquí antes de que me sometáis a otro interrogatorio, que os veo venir de lejos.

En el momento en el que salió por la puerta, yo tomé conciencia de que algo comenzaba a pasar en nuestras vidas, de que un cambio se avecinaba y, a pesar de que los cambios son necesarios y nos ayudan a evolucionar, he de

confesar que también sentí un poco de miedo.

Me acurruqué con Lucas y vimos la peli juntos mientras nos atiborrábamos de palomitas, que a ambos nos encantaban. Luego, cuando por fin se quedó profundamente dormidito, lo llevé a su camita, lo arrojé y cerré la puerta.

Fue entonces cuando me acosté y me acordé de Axel. Me sentía excitada, eso no lo podía negar y reconozco también que me habría encantado tenerle en esa cama en la que me metí en solitario. Lo que también metí fue las manos en mis braguitas y me noté bastante mojada, motivo por el que decidí darme un homenaje, para el cual no me hizo falta nadie... Miento, lo que sí me hizo falta fue mi Satisfyer, el cual preparé, seleccionando un ritmo alto y cañero, y me lo llevé hasta mi clítoris mientras me preparaba para ese disfrute que me producía, llegando a encadenar varios orgasmos en tiempo récord.

En los últimos años, me había hecho una experta en darme placer con el juguetito sexual en cuestión, puesto que mi parcela sexual siempre la guardé para mí.

1

En más de una ocasión, Julen, que dormía en el dormitorio contiguo al mío, bromeó en el desayuno sobre cierto ruidito procedente de mi cama y que decía ponerle a él aún más que a mí, y es que silencioso del todo todavía no lo han hecho.

Con el succionador sobre mi clítoris, abrí bien las piernas y cerré los ojos, pensando en Axel y en lo mucho que me habría gustado tenerle a mi lado en esa noche y en mi cama... Su sonrisa, esa forma tan sexy de mirarme y la manera tan pilla en la que me tiraba los tejos me estimulaban mientras que el aparatito hacía de las suyas y sacaba mis primeros jadeos, esos que salían de lo más hondo de mi garganta y que, poco a poco, lograban acelerar mi corazón.

Sentía que Axel estaba allí, que era él quien metía su cabeza en mi entrepierna y estimulaba ese botoncito placentero de mi anatomía que hacía que me sobrasen hasta las sábanas, que me perlabo de sudor el cuerpo entero y que aceleraba mi corazón de una forma tan súbita como desorbitada.

Jadeo a jadeo, noté la evidencia de un orgasmo que evité gritar, mordiéndome también el labio, hasta el punto de que casi me hice daño. Luego tomé la almohada y recordé que era más efectivo y menos doloroso darle los mordiscos a ella.

Tomé tan solos unos segundos para reponer fuerzas mientras que dejaba la mente en blanco y gestionaba mi excitada respiración, todo con la finalidad de volver lo antes posible a la carga. Me encantaba notar esa sensación de mi clítoris, inflamado ya gracias al primer orgasmo, pidiendo a gritos que aumentase el ritmo del juguetito para volver a alterarme más y más... Para sacar de mí tan hondos jadeos que creía que se me iba la vida en ellos. Pronto sentí que resbalaba por ese húmedo tobogán que me llevaba de nuevo al infinito alivio, que recibí con más inteligencia haciendo que la almohada pagase el pato.

No, un par de orgasmos no me serían suficientes. No cuando mi fiel juguetito podía dar mucho más de sí, y yo lo sabía. Tan pronto como me recuperé un poco volví a enchufármelo y entonces noté que mi clítoris estaba ya extremadamente sensible. Me gusta apostar fuerte en el sexo, por lo que seleccioné el nivel máximo y enseguida reparé en que la excitación me subía desde las plantas de los pies (los cuales se me curvaban) hacia arriba, entrando en una espiral placentera que me llevaba a retorcerme por completo y que culminó en un tercer orgasmo cuyo chillido hube de reprimir nuevamente en una almohada que era mi seguro para no despertar a Lucas.

Caí rendida tras aquella sesión en la que me estimulé con el aparatito, pero en la que no paré de imaginar a un , entregado Axel que me demostrase que, todo aquello que había aprendido a lo largo de su vida con otras, podía favorecerme.

Yo notaba la falta de un amante a mi lado dándomelo todo y, pese a que solita sabía montármelo bastante bien, suspiraba por una noche de pasión con el moreno de ojos azules que me hacía que vibrase con solo aparecer cada mañana por el bufete. Inevitablemente, pensé en que podríamos haber pasado la noche juntos, pensamiento ante el que eché el freno de mano, porque yo tenía que mantener los pies en la tierra.

No, un par de orgasmos no me serían suficientes. No cuando mi fiel juguetito podía dar mucho más de sí, y yo lo sabía. Tan pronto como me recuperé un poco volví a enchufármelo y entonces noté que mi clítoris estaba ya extremadamente sensible. Me gusta apostar fuerte en el sexo, por lo que seleccioné el nivel máximo y enseguida reparé en que la excitación me subía desde las plantas de los pies (los cuales se me curvaban) hacia arriba, entrando en una espiral placentera que me llevaba a retorcerme por completo y que culminó en un tercer orgasmo cuyo chillido hube de reprimir nuevamente en una almohada que era mi seguro para no despertar a Lucas.

Caí rendida tras aquella sesión en la que me estimulé con el aparatito, pero en la que no paré de imaginar a un entregado Axel que me demostrase que, todo aquello que había aprendido a lo largo de su vida con otras, podía favorecerme.

Yo notaba la falta de un amante a mi lado dándomelo todo y, pese a que solita sabía montármelo bastante bien, suspiraba por una noche de pasión con el moreno de ojos azules que me hacía que vibrase con solo aparecer cada mañana por el bufete. Inevitablemente, pensé en que podríamos haber pasado la noche juntos, pensamiento ante el que eché el freno de mano, porque yo tenía que mantener los pies en la tierra.

Capítulo 21



El domingo, tras la hora del almuerzo, yo salía para llevar a Lucas al cine cuando entraba por la puerta Julen.

—Dichosos los ojos que te ven, creía que ya no volvías a casa—le dije mientras le daba un sonoro beso en la mejilla.

—Hacía mucho que no me besabas así, ¿es que me has echado de menos? —me preguntó.

—Yo sí—le contestó Lucas.

—Y yo, puede, aunque solo puede, que un poco también, ¿te vienes con nosotros al cine y me cuentas por el camino?

—Claro, vámonos.

—Así de elegante, ¿no te cambias? —aún llevaba la ropa de la noche anterior.

—¿Me dais diez minutos?

—¡Venga, corre!

Me dio mucha alegría que llegase a tiempo. Asombrada me tenía porque Julen parecía haberse tomado al pie de la letra eso de que no volvería a meterme con ninguno de sus ligues... Y para mí que con Estefanía la cosa iba a llegar más lejos.

Siempre supe que pasaría. Quizás, de una forma involuntaria, yo misma boicoteé sus relaciones porque estaba tan acostumbrada a tenerle en mi vida que temía perderle. No voy a poner en tela de juicio que fuese una actitud egoísta, ya que sin duda lo era, solo diré en mi favor que no lo hice de un modo voluntario.

Salimos hacia el cine y Lucas iba delante, corriendo a su ritmo, jugando con los pajarillos que se posaban en la

acera e inspeccionándolo todo, que para eso era un crío muy curioso.

—Bueno, ¿qué? ¿Me lo vas a contar o no me lo vas a contar? —le pregunté dándole un codazo.

—No juegues a ponerme como un tomate, que te conozco, no hay nada que contar—me echó el brazo por encima del hombro.

—Pero te ha ido bien, reconócelo...

—No me ha ido mal, desde luego. Y, sobre todo, mucho mejor que al incauto que trajese estas flores—me dijo mientras señalaba a un precioso ramo que había acabado en una papelera. Qué lástima.

—Es que he flipado, cuando he visto que llegaba el mediodía y seguías fuera, lo he flipado, de verdad.

—Te tengo demasiado bien acostumbrada, princesa.

—Va a ser que sí. Además, traes cara de cansado. Ahora vas y te duermes en el cine, después de que te voy a invitar.

—De eso nada, os invito yo a vosotros, como es tradición.

—Pero bueno, ¿dónde se ha visto que las tradiciones no puedan ser cambiadas?

—Podrían, pero eso estaría muy feo. Sabes que me gusta hacerlo, déjame.

—Vale, te dejaré, pero que sepas que es solo porque me temo que, de aquí a un tiempo, no habrá más invitaciones

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oye, que no lo digo con pena ni nada, Julen, que tú tienes que hacer tu vida, demasiado nos has dado ya.

—Y tú la tuya, ¿no?

—Mi vida es Lucas, ya lo sabes.

—Y tú sabes que tienes que ampliar horizontes, Alba, lo sabes...

—No te preocupes que lo haré, tengo que mucho que ensanchar la mente para tragarme el bodrio ese que vamos a

ver...

—No me asustes, ¿qué toca hoy?

—Toca—hice redoble de tambores—“Doraemon: el nuevo dinosaurio de Nobita”.

—Suenan muy mal, realmente mal...

—Vale, pero no pongas esa cara porque no es lo peor que te has tragado. Y a lo mejor ha sido anoche—reí.

—Y tú no me vengas con ese gesto de pillina porque me supera—me dijo cogiéndome por el cuello y dándome uno de sus besos en la cabeza, de esos que siempre me curaron.

A duras penas nos pudimos mantener despiertos mientras que a Lucas se le salían los ojos mirando la enorme pantalla. A mi niño, como a la mayoría, le encantaba ese ritual que es ir al cine y más cuando de nuevo se estaba dando la panzada de palomitas, que le chiflaban.

Al salir, y ya con el lunes a la vuelta de la esquina, nos volvimos para casa. En días así, yo agradecía al cielo el poder ocuparme personalmente de Lucas porque, aunque sabía que con Julen estaba en las mejores manos, echaba mucho de menos el poder hacerlo yo misma.

Cuando el crío salió de la ducha, Julen ya nos tenía la cena, y Lucas se acostó en cuanto cenó, momento en el que le leí un cuento, uno de esos con final feliz donde los protagonistas terminaban comiendo unas perdices que yo nunca pensé que querría degustar, si bien era consciente de que algo se estaba removiendo en mi interior.

Una vez que el crío cayó grogui, me senté con Julen en el salón, tomando una copa. No pude sacarle demasiado sobre lo suyo con Estefanía porque siempre se mostró muy reservado con aquello que tuviese que ver con alguna chica.

No obstante, lo pasamos fenomenal recordando los muchos momentos sensacionales que habíamos vivido juntos, siempre con Lucas a nuestro lado.

Algo en el ambiente olía a cambio, a un cambio que quizás no tardase mucho en llegar y es que la vida, tal como nosotros la habíamos conocido, no podría permanecer así para siempre.

Brindamos por nosotros, por Lucas y por lo mucho que nos queríamos y por lo que nos querríamos siempre. Si algo tenía yo claro era que el vínculo que creamos tiempo atrás permanecería inquebrantable por muchos años que pasasen y por muchos cambios que sufrieran nuestras vidas.

Luego me metí en la cama y di gracias por eso de que yo no detestaba los lunes, como le sucedía a muchas personas, porque veía en ellos la posibilidad de reencontrarme con Axel, de quien llevaba todo el fin de semana sin saber nada y al que extrañaba.

Luego me metí en la cama y di gracias por eso de que yo no detestaba los lunes, como le sucedía a muchas personas, porque veía en ellos la posibilidad de reencontrarme con Axel, de quien llevaba todo el fin de semana sin saber nada y al que extrañaba.

Capítulo 22



Entré en el bufete y Judith me llamó para que me acercase.

—Axel ha llegado de un humor de perros, ¿tiene algo que ver contigo, mi niña? —me preguntó.

—¿Conmigo? Te aseguro que no... Supongo que habrá lanzado la caña este finde y no habrá picado el anzuelo el pececillo que él pretendiese—reí.

—Pues igual es eso, aunque yo veo que te pone unos ojitos... ¿le has dado calabazas este finde?

—Yo le doy calabazas siempre, esa no es ninguna novedad.

—Cariño, ¿tú sabes que muchas se darían tortas por estar en tu lugar?

—Lo sé, pero yo solo pretendo ascender por méritos propios. No quiero que la jefa piense que me ligo a su hijo para sacar tajada...

—Qué divertido, mira que no saber que Axel era su hijo, me quedé alucinada cuando me lo dijiste.

—¿Y cómo demonios iba a saberlo si nadie me lo comentó? Anda que ya te vale—le sonreí.

Me fui para mi despacho y, antes de alcanzar la puerta, Axel me salió al paso. Digamos que no fue demasiado disimulado. Suerte que nadie nos vio porque tiró de mi mano y me llevó hasta el suyo, cerrando la puerta.

—¿Por qué no me lo contaste? —me preguntó—, ¿en serio pensaste que no me enteraría?

Me quedé pegada al suelo y sin saber qué responder, ¿cómo se había enterado? ¿Quizás hubiera descubierto mi gran secreto por algún amigo en común? De buena gana hubiera pedido un termómetro porque sentí hasta que me subió la fiebre, y en esa ocasión nada tenía que ver con ese calor que su cuerpo me provocaba cada vez que estábamos juntos.

—¿De qué me estás hablando, Axel? —le pregunté por si había alguna remota posibilidad de que no supiera que fui prostituta, aunque esos ojos delatores de los que me habló en alguna ocasión me hacían ver que mis posibilidades de salir indemne de aquella eran mínimas.

—De que tenías alguien en tu vida, de eso... Creí que eras más sincera, sin duda me equivoqué—me soltó y yo lo que solté fue una bocanada de aire, al sentirme tremendamente aliviada.

—¿De qué me hablas? Yo no tengo a nadie, en mi vida solo está Lucas.

—¿Y el hombre que te llevaba ayer por la tarde cogida por el hombro? ¿De veras me lo vas a negar? —me preguntó.

—¿Julen? ¿Me viste con Julen? Cielos... Julen solo es mi compañero de piso, no hay nada entre nosotros—me defendí.

—¿Compañero de piso? No me dijiste que compartieses piso con nadie.

—Precisamente para que no se diese un malentendido.

—¿Entonces te importaba lo que yo pensase al respecto?

—No das puntada sin hilo, Axel. Bien se nota que eres un abogado de prestigio.

—Dímelo, por favor.

—Quizás un poco, aunque no te hagas muchas ilusiones porque tampoco se lo conté a tu madre el día de la entrevista, ya que la creí capaz de no contratarme por vivir en pecado con alguien.

—Eso no te lo niego, pero me duele que no me lo contases a mí. He quedado como un pringado, y todo por callártelo, ¿es cierto que no tienes nada con él?

—¿Con Julen? No lo he tenido en la vida, y eso que es como un padre para mi hijo y que me ha cuidado como nadie todos estos años. Y ahora dime una cosa, ¿cómo es que nos viste? Tú no frecuentas mi barrio.

—Ya, ahora llega la parte en la que te ríes... Fui a buscarte a tu casa para invitarte a cenar, otra vez, por si caía la breva... Sé que puede parecer osado, pero miré tu dirección en el sistema, compré unas flores, me encaminé hacia allí y...

—¡Y las tiraste en una papelera! ¡Eran para mí! —exclamé flipando.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Las viste?

—Sí, Julen y yo hablamos de que alguien debió pasarlo mal en el momento de tirarlas, ¿cómo me iba a imaginar que eras tú?

—Es que hay muchas cosas que no puedes imaginarte de mí porque no me das una oportunidad—resopló.

—A ti lo que te pasa es que no estás acostumbrado a que te den un “no” por respuesta, y te agobias, te da ansiedad, como buen niño de papá.

—No seas mala y no me juzgues, hazme el favor. Alba, no eres un capricho para mí ni lo serás nunca. Tú me gustas, me gustas de verdad, y no sé cómo hacer para que lo entiendas.

—Pongamos que lo entiendo y pongamos también que tú puedas gustarme a mí, solo un poquito, ¿eh? No des botes. ¿Y qué? Yo no puedo enfrentarme a tu madre, no cuando sé que salir contigo la pondrá automáticamente en mi contra.

—Déjamela, yo sabré cómo entrarle. Eso es cosa mía...

—No, Axel, lo siento mucho. Me ha costado cantidad llegar hasta aquí, no te puedes hacer una idea de cuánto, y no pienso arriesgarme ahora que por fin voy sacando la cabeza. Puede que igual te suene frío, pero la verdadera frialdad es la que te proporciona tener el agua al cuello. Yo me he visto así y no pienso volverme a ver, más que nada porque tengo un hijo y porque no me lo perdonaría. Lucas lo es todo para mí.

Salí a la carrera de su despacho, más que nada porque su irresistible y penetrante mirada suponía para mí una provocación tal que no estaba dispuesta a asumir las consecuencias de enfrentarla.

Para más inri, la semana siguiente me esperaba el juicio de lesiones y tenía que volcarme del todo en él. Lo malo era que Axel me ayudaba a prepararlo y que eso suponía pasar muchas horas con él en ese despacho suyo del que en ese momento hui a tiempo, antes de tener que arrepentirme de algo.

Las cosas no son tan fáciles, no cuando no todo depende de nosotros mismos. Yo no podía permitirme que Bárbara pusiese el grito en el cielo, que me considerase una aprovechada por querer acercarme a su hijo. Por mal que se llevaran, ella le defendía como a uno de sus pollitos, y yo no le había demostrado nada a esa mujer, era demasiado pronto como para que pusiera la mano en el fuego por mí. Algún día sabría que yo no aspiraba a ser la mantenida de ningún hombre, pero para eso habría de conocerme.

Capítulo 23



Volvieron a pasar una serie de días en los que hice lo posible y lo imposible porque Axel entendiera que lo nuestro estaba condenado al fracaso.

Bárbara ya había vuelto de su viaje y me llamó a su despacho para que le contara los avances en la defensa del juicio por lesiones.

—No hace falta que te diga que confío mucho en ti y que por eso te asigné la defensa del caso del hijo de Vicente. Nunca lo hubiera hecho porque él es uno de mis mejores clientes, pero al ver el escrito de defensa que hiciste, determiné que le habías echado una garra impresionante y que lo estudiaste a conciencia. Espero que no me falles porque he depositado todas mis esperanzas en ti, Axel te está sirviendo de gran ayuda, ¿verdad?

—Sí, me está ayudando mucho, Doña Bárbara—le contesté pensando en que si ella supiera la tensión sexual no resuelta que se respiraba aquellas tardes en el despacho de su hijo, mientras le dábamos una y otra vuelta al caso, igual no le parecía tan bien ese tándem que formábamos.

—Es uno de los mejores abogados que te puedas echar a la cara, confía en su instinto.

Se notaba que se enorgullecía de él en lo profesional, sin dejar de lado que también se apreciaba la tirantez que existía entre ambos en lo personal. Una extraña dualidad, dado que eran madre e hijo.

Estaban siendo días extenuantes en los que caía a plomo en la cama por la noche. La preparación me dejaba fuera de combate y ello pese a que me lo pasaba bomba con Axel en el despacho, esquivando sus directas y haciéndole cobras cuando se empeñaba en que nos diésemos un beso.

Me habría gustado que las cosas fueran de otra manera, pero como el dicho de que “a falta de pan, buenas son tortas”, yo me conformaba con poder estar a su lado, disfrutando de sus bromas, de sus ocurrencias y de todas esas miradas tan intensas que me dirigía, y que me parecían transmitirme que, por mucho que me resistiera, algún día sería suya.

Quizás, ojalá fuera así, porque él me gustaba más que la Nutella, y eso que la famosa crema de cacao y avellanas

nos pirraba a Lucas y a mí, hasta el punto de que tan solo la comprábamos en contadas ocasiones porque era un verdadero peligro en nuestra despensa.

No había tarde en la que terminásemos de trabajar que no tratase de invitarme a cenar, invitación que yo declinaba, agradecida, pero segura, porque por el momento lo nuestro no podía ser. Como ya digo, no era descartable que, con el tiempo, cuando su madre me conociese más y pudiera entender que no sentía interés material por su hijo, pudiéramos tener una oportunidad, pero desde luego no sería en ese momento.

Tal pensamiento me sacaba a menudo una sonrisa... Sonrisa que terminaba por desaparecer de mi rostro cuando pensaba que Axel acabaría por desistir y por buscarse a otra mucho antes de que eso ocurriese.

O

Llegué a casa y mi niño ya estaba cenando. Julen, sentado a su lado, me sonrió.

—¿Muy cansada, princesa? Ven a cenar. He preparado sopa, debes estar congelada.

—Un poco, hace un frío glacial esta noche. Qué gustito llegar a casa y que te traten así.

Para mí todo era nuevo. Quiero decir, no que me tratasen así en casa (que esa suerte llevaba años teniéndola), sino el hecho de poder ponerme el pijama y quedarme con ellos. Durante mucho tiempo no fue así, ya que la mayoría de los clientes quedaban conmigo de noche, y yo solía arrastrar más sueño que un gatito chico, por lo que me sentía una privilegiada en esos momentos.

—Mamá, ¿sabes que tengo novia? —me preguntó Lucas cuando me senté.

—No me digas, cariño, ¿y eso?

—Pues eso es porque le he pedido a Julia que sea mi novia.

—¿A Julia? ¿Esa niña tan guapa con los ojos verdes? ¡Me encanta!

—Me tienes que decir el secreto, Lucas, a las chicas que se me acercaban, siempre les encontré pegas.

—Calla, Julen, que ya he hecho propósito de enmienda, ¿me meto ahora en lo que hagas o dejes de hacer con la pija de Estefanía?

s—Eso es cierto y otra cosa, ¿cuándo dejarás de llamarla pija?

—Tú pides demasiado, confórmate...

—Y tú confórmate con cuidarme todo el finde, mami, porque él se va con Estefanía a la sierra—me anunció mi

niño.

—¿Este finde? Pero si...—iba a soltar algo muy egoísta y me callé de repente, porque no había derecho. Ese finde tenía que seguir machacando todo lo relativo al juicio por lesiones que se celebraba la semana siguiente. No obstante, ¿qué culpa tenía Julen? Él no podía seguir mirando más por mí que por él.

—¿Pasa algo? ¿Quieres que cancele mis planes? —me preguntó.

—No, no, claro que no...

—Puedo hacerlo si quieres, no es tan importante.

—¡Que te he dicho que no! —le respondí con malos modos— Lo siento mucho, cariño, es que estoy un poco nerviosa. Me alegro muchísimo de que hagas planes con Estefanía, de veras—le di un beso en la mejilla.

—No pasa nada, preciosa. Venga, tómate la sopita, que al final se te enfriará.

¹ Nunca me tuvo en cuenta que perdiera los estribos de vez en cuando. Julen era pura armonía y paz interior, por lo que sabía que yo no lo hacía de mala fe. Sin embargo, en aquella ocasión, igual tenía algo que ver con el hecho de que viera que él podía avanzar con esa pija mientras que yo me quedaba encallada con Axel. En cualquier caso, no podía reprocharle nada a mi querido amigo, no hubiese faltado más, y encima cuando yo misma le había empujado a que comenzase a vivir por su cuenta, que ya le tocaba.

niño.

—¿Este finde? Pero si...—iba a soltar algo muy egoísta y me callé de repente, porque no había derecho. Ese finde tenía que seguir machacando todo lo relativo al juicio por lesiones que se celebraba la semana siguiente. No obstante, ¿qué culpa tenía Julen? Él no podía seguir mirando más por mí que por él.

—¿Pasa algo? ¿Quieres que cancele mis planes? —me preguntó.

—No, no, claro que no...

—Puedo hacerlo si quieres, no es tan importante.

—¡Que te he dicho que no! —le respondí con malos modos— Lo siento mucho, cariño, es que estoy un poco nerviosa. Me alegro muchísimo de que hagas planes con Estefanía, de veras—le di un beso en la mejilla.

—No pasa nada, preciosa. Venga, tómate la sopita, que al final se te enfriará.

Nunca me tuvo en cuenta que perdiera los estribos de vez en cuando. Julen era pura armonía y paz interior, por lo que sabía que yo no lo hacía de mala fe. Sin embargo, en aquella ocasión, igual tenía algo que ver con el hecho de que viera que él podía avanzar con esa pija mientras que yo me quedaba encallada con Axel. En cualquier caso, no podía reprocharle nada a mi querido amigo, no hubiese faltado más, y encima cuando yo misma le había empujado a que comenzase a vivir por su cuenta, que ya le tocaba.

Capítulo 24



Llegó el fin de semana y no le vi mover un dedo, algo que me extrañó.

—No me digas que has cancelado tus planes, que me muero—le dije dándole un beso en la tarde del viernes.

—¿Tú quieres que los cancele? —arqueó la ceja.

—¿Es eso lo que se deduce de mis palabras? —le sonreí, porque hice de tripas corazón para que no se diese cuenta de que le necesitaba.

—No, no es eso lo que se deduce, pero aun así lo dejo caer.

—¿Cuándo te vas entonces?

—Mañana por la mañana, así que esta noche podrás gozar de mi compañía.

—Yo esta noche solo voy a poder gozar de los cientos de folios que componen el sumario del caso. Sé que pasaré el período de prueba si salgo bien parada del juicio y también sé que, en caso contrario, la bruja me dará una patada en el culo.

—No la sigas llamando la bruja, que igual se te escapa el día de tu boda—me guiñó un ojo.

—O igual se me escapa ahora una torta y te la llevas tú.

—Sería la primera que me dieras en todos estos años.

—Pues tú no confíes tanto en tu suerte, que puede cambiar de un momento para otro.

—Puede ser, no te digo que no...

Ciertamente, me quedé hasta altas horas de la madrugada tratando de hilvanar la mejor defensa posible para el chico. Su padre no se conformaría con menos y para qué hablar de Bárbara. Yo tampoco me conformaría con menos, no es necesario que ponga a los demás de pantalla, puesto que nada me emocionaba más que hacerlo bien.

—¿Un vasito de leche caliente? —me preguntó Julen antes de irse a la cama.

—No me cuides tanto, lo echaré mucho de menos el día que te vayas—suspiré.

—Para entonces estarás bien acompañada, solo tienes que dejar que todo fluya.

Sus palabras siempre constituyeron un bálsamo para mí. Julen había estado presente en momentos muy complicados de mi vida donde logró relajarme con una sola charla de las suyas, esas tan optimistas que me decían que todo iría bien. Y a la vista estaba que no se equivocó.

Todo iba sobre ruedas, yo avanzaba en la vida y, pese a ello, notaba una cierta sensación de zozobra. Suponía que se debería a los cambios que se estaban produciendo en nuestra casa, ya que estos a menudo dan vértigo, por mucho que fuesen para bien.

Me acosté muy tarde y me despertó el ruido del portón. Julen se marchaba y, aunque procuró no hacerlo, le escuché marcharse. Acto seguido, me eché de nuevo a dormir hasta que Lucas se despertó un rato después, demandando su leche con cacao. Se la puse y noté que los párpados me pesaban.

—Mami, acuéstate un poquito, que estás muy cansada—me dijo dándome un beso.

—No, cariño, si yo puedo.

—Mami, eres la mejor, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Que yo recuerde no, amor mío, pero me gusta escucharlo.

—Es que Julen me ha dejado el encargo de que te lo diga—me confesó y la sonrisa se me dibujó en la cara porque, incluso cuando no estaba, me cuidaba.

—¿Y por eso me lo has dicho? ¿Tú no lo piensas? —le hice cosquillas.

—Pues claro que lo pienso, mami. Si no lo pensara, no te lo diría, yo tengo mi personalidad.

Y yo tenía una pasión, que era él. Lucas se había convertido en la prioridad de mi vida y llevaba años dando gracias por la decisión que tomé en el último instante de permitirle venir al mundo. En momentos así, es frecuente

caer en el error de que estás salvando una vida, cuando lo cierto es que esa vida te está salvando a ti.

Al menos, así fue en mi caso. Lucas me salvó y se convirtió en mi razón de vivir, en esa razón por la que luchar. Cada vez que veía su diminuta cara, tomaba conciencia de que por él lo daría todo por bien empleado y que cualquier sacrificio se minimizaría con tal de lograr su bienestar.

Y luego llegó Julen, y me demostró que también hay ángeles en la tierra, y suplió cualquier carencia, quedándose con mi hijo siempre que yo no podía.

Llegaban vientos de cambio, y yo no podría dejarme arrastrar por el temporal, como nunca lo hice... Solo era cuestión de ajustar las velas y todo volvería a esa normalidad, a la que me proporcionaba más tranquilidad que nada en el mundo. Se avecinaba el momento de decir adiós a una etapa para comenzar otra.

El fin de semana no fue especialmente fácil, y más cuando tuve que hacerme yo solita cargo de mi hijo, pero aun así logramos pasarlo bien. Pese a ello, cuando el domingo por la tarde vi llegar a Julen, fue como si se me abrieran las puertas del cielo.

—Las ojeras te llegan hasta el suelo, princesa. No has dormido nada en casi todo el fin de semana y mañana es el gran día. Ahora mismo te das una ducha, cenas y a la cama. Y no me pongas esa cara, que no te huele el alerón, solo es que sé que no descansas bien si no te has duchado antes.

—Eso es verdad, mamá, tú dices que te pones a dar vueltas y vueltas en la cama—me decía desde los brazos de Julen, esos a los que Lucas saltaba cada vez que llegaba la ocasión.

Le hice caso y comprendí que debía descansar. Un último mensaje por parte de Axel me sacó la sonrisa antes de dormir, uno que sirvió de colofón a un montón de ellos que me fue enviando a lo largo de todo el fin de semana, en el que no se olvidó de mí en ningún momento.

“Mañana es el gran día. Recuerda que no tienes nada que temer, que tema el contrario”

Lo releí varias veces antes de que el sueño me venciera. Tenía por delante un buen número de horas y la sensación de que había hecho un buen trabajo, algo que ayudó a que Morfeo me meciera enseguida entre sus brazos.

caer en el error de que estás salvando una vida, cuando lo cierto es que esa vida te está salvando a ti.

Al menos, así fue en mi caso. Lucas me salvó y se convirtió en mi razón de vivir, en esa razón por la que luchar. Cada vez que veía su diminuta cara, tomaba conciencia de que por él lo daría todo por bien empleado y que cualquier sacrificio se minimizaría con tal de lograr su bienestar.

Y luego llegó Julen, y me demostró que también hay ángeles en la tierra, y suplió cualquier carencia, quedándose con mi hijo siempre que yo no podía.

Llegaban vientos de cambio, y yo no podría dejarme arrastrar por el temporal, como nunca lo hice... Solo era cuestión de ajustar las velas y todo volvería a esa normalidad, a la que me proporcionaba más tranquilidad que nada en el mundo. Se avecinaba el momento de decir adiós a una etapa para comenzar otra.

El fin de semana no fue especialmente fácil, y más cuando tuve que hacerme yo solita cargo de mi hijo, pero aun así logramos pasarlo bien. Pese a ello, cuando el domingo por la tarde vi llegar a Julen, fue como si se me abrieran las puertas del cielo.

—Las ojeras te llegan hasta el suelo, princesa. No has dormido nada en casi todo el fin de semana y mañana es el gran día. Ahora mismo te das una ducha, cenas y a la cama. Y no me pongas esa cara, que no te huele el alerón, solo es que sé que no descansas bien si no te has duchado antes.

—Eso es verdad, mamá, tú dices que te pones a dar vueltas y vueltas en la cama—me decía desde los brazos de Julen, esos a los que Lucas saltaba cada vez que llegaba la ocasión.

Le hice caso y comprendí que debía descansar. Un último mensaje por parte de Axel me sacó la sonrisa antes de dormir, uno que sirvió de colofón a un montón de ellos que me fue enviando a lo largo de todo el fin de semana, en el que no se olvidó de mí en ningún momento.

“Mañana es el gran día. Recuerda que no tienes nada que temer, que tema el contrario”

Lo releí varias veces antes de que el sueño me venciera. Tenía por delante un buen número de horas y la sensación de que había hecho un buen trabajo, algo que ayudó a que Morfeo me meciera enseguida entre sus brazos.

Capítulo 25



Salí a la calle para encaminarme al bufete y entonces vi su coche.

—No deberías estar aquí, Axel. Si llegamos juntos al bufete, la gente le dará a la lengua.

—¿Qué gente? Anda ya, cada uno va a lo suyo.

—Sí, claro, como mi compañera Sonia, anda que no está pendiente de cada uno de nuestros movimientos. Se pasa la vida espiándonos, ¿sabes que ya me previno contra ti desde la primera vez que nos vio hablar? En su línea, ¿eh? Con toda la mala leche del mundo.

—¿Y qué te dijo esa amargada?

—Que tú jugabas en otra liga, eso fue lo que me dijo.

—¿Hace falta que te recuerde que está escasa de revolcones?

—Por eso no lo digas, que yo tampoco estoy mejor—reí ya montada en el coche, puesto que él no me dejó otra opción.

—Será porque no quieras, y no me provoques más, te lo pido por favor. A no ser que pretendas probar las bondades del sexo antes de un juicio, ¿nunca has escuchado hablar de eso?

—Pues no, he escuchado a compañeros decir que echan la pota, al principio digo, pero que echen un polvo no...

—Pues yo, qué quieres que te diga, entre lo uno y lo otro....

—Ya, te quedas con lo segundo, opino igual.

—Pues no se diga más, ¿en tu casa o en la mía?

—Hazme el favor, ¿eh? Que yo no me pienso acostar contigo, y menos en este momento.

—Lo del momento lo entiendo, porque estás deslumbrante y no es plan de estropearle el modelito. El resto será objeto de un amplio debate que terminaré ganando.

—No te las prometas tan felices y sigue hablándome de eso de que estoy deslumbrante.

—¿Hace falta que te lo diga? Traje de chaqueta negro, camisa blanca, coleta pulida, maquillaje sutil, pero extremadamente favorecedor, y cara de póquer. El contrario no sabrá si plantarte cara o pedirte una cita, le pondrás en el dilema de su vida.

—Sí, claro, en eso debe estar pensando.

—Vale, me has pillado. Pues no, porque es una mujer y hetero, así que habrían de cambiar mucho sus gustos.

—¿Qué me puedes decir de ella? No has querido ni mencionármela hasta ahora. Si hasta me tachabas su nombre en los documentos.

—Silvia Manríquez: veterana, combativa y buena, muy buena.

Sentí sus palabras como golpes que tuviese que encajar de antemano.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque solo hubiera servido para añadir una presión absolutamente innecesaria. Silvia es cojonudamente efectiva, muy cierto, pero también lo es que tú apuntas unas maneras que ya están dando que hablar en los pasillos de los juzgados, desde el anterior juicio.

—Eso es una trola, solo me lo dices para tranquilizarme.

—No lo es, te lo prometo. Silvia es muy buena, pero a pesar de lo que haya escuchado, te apuesto lo que quieras a que te subestimaré. Su ego a veces la traiciona, en eso no se parece a la arpía.

—Yo es que me muero, ¿no te da vergüenza seguir llamándola así ahora que sé que es tu madre?

—¿Y es mi culpa que mi madre sea un poco arpía? —rio. Llevaba lo de las tiranteces con ella con una entereza y un sentido del humor que eran dignos de elogio.

Me invitó a desayunar en un lugar bastante apartado del juzgado y del bufete, donde nadie nos conociera y donde pudiésemos hablar con toda la tranquilidad.

—Pero date prisa, que no tenemos mucho tiempo.

—Lo tenemos todo... Hasta las doce, que nos han citado, no es necesario que aparezcamos por el juzgado.

—¿Y por el bufete?

—Menos, la arpía entenderá a la perfección que necesitabas airearte después de un finde sin parar preparando el caso.

—¿Y cómo sabrá que he pasado el finde así?

—Porque tu intervención se lo dirá.

Me encantaba que confiase en mí por completo. Axel no dejaba ningún margen para la duda y me sacaba la sonrisa a cada momento. Después de un finde que se me había hecho muy largo sin verle, me volvía a reír lo más grande y comprobaba por qué era el hombre que me hacía tilín en un momento en el que había decidido que ninguno tenía lugar en mi vida.

Tras el desayuno, en el que sí me permitió que repasáramos las líneas maestras de la defensa, dimos un paseo por el centro de la ciudad en el que me fue contando cantidad de anécdotas, de lo más divertidas, de sus comienzos, como la de aquella vez que llamó “señorita” en lugar de “Señoría” a un juez mayor y de lo más insolente, el cual terminó por hacerle salir de la sala.

—Y lo peor fue que yo, hasta que no me lo dijeron después, no caía en lo que había pasado. Fue mi lengua de trapo la que me traicionó, esa que motivaron los nervios.

—Pues sí, porque ya me dijiste que antes de un juicio no has bebido nunca...

—Deja, deja, que eso me lo prometí tras ver a un compañero entrar haciendo eses en sala. El tío estaba que no se tenía en pie y encima le dio por eso de la exaltación de la amistad, creyendo que el juez era su colega e invitándolo a irse de... Tú sabes, a visitar un prostíbulo.

Fue escuchar esas palabras en su boca y sentirme fatal. Y eso que no lo dijo con malas formas. En aquellas ocasiones en las que me planteaba que quizás lo nuestro pudiese funcionar cuando ya Bárbara me conociese, terminaba con las lágrimas fuera pensando en que no, por la sencilla razón de que no me veía hablándole a Axel de un pasado que no estaría totalmente enterrado hasta que la persona que compartiese mi vida lo conociese.

Mejor no pensar en eso en una mañana en la que debía sacar fuerzas de flaqueza y demostrarle a Bárbara la pasta de la que estaba hecha. Ahí es nada.

Mejor no pensar en eso en una mañana en la que debía sacar fuerzas de flaqueza y demostrarle a Bárbara la pasta de la que estaba hecha. Ahí es nada.

Capítulo 26



La primera en la frente. Nada más llegar al juzgado me encontré allí con Bárbara, algo que tampoco esperaba.

—¿Por qué no me has dicho que vendría?

—¿Cómo? ¿Tú lo dudabas? La arpía no se perdería el primer juicio importante de uno de sus cachorros. El otro no fue más que una prueba.

—Cielo santo, esto mejora por momentos—me asomé a la puerta un momento a tomar aire y a pedirles auxilio a los dos ángeles que tenía en el cielo, a esos que estaban apoyándome, como siempre. Luego tomé aire, volví a entrar y saludé a Bárbara.

—Tu aspecto es impecable, ¿ya te ha hablado Axel de Silvia Manríquez?

—Sí, lo ha hecho, me ha dicho que es una rival impresionante, Doña Bárbara.

—No, lo que nos resulta impresionante nos impresiona, y todo lo que nos impresiona es difícil de controlar. Simplemente es una rival a la que no debes subestimar, solo eso—me corrigió.

Yo sentía una presión sobre los hombros que no era normal y Axel, que lo notaba, me hacía gestos para que respirase con normalidad.

En el caso de los abogados, como es lógico, pasa como en política. En sala debes enfrentarte a tus adversarios, pero fuera son colegas y, en algunos casos, hasta amigos. Ese debía ser el caso de Silvia y Bárbara, quienes se saludaron efusivamente.

—No se le escapará a tu madre nada de lo que hemos pensado para la defensa, ¿verdad? —le pregunté temerosa.

—¿A la arpía? Ahí donde la ves está tratando de darle un revolcón... No como tal, no lo flipes, pero sí emocional.

—Desde luego que no, no la veo yo, con un matrimonio ejemplar y ocho hijos como tiene.

—No, no, mi madre siempre lo ha apostado todo por su matrimonio, te digo simplemente que le está dando la del pulpo en la medida de lo posible, lo mismo que la otra, que ya sabes que también tiene lo suyo. Están midiendo fuerzas...

—Ya, y porque son mujeres, que si fueran hombres—le miré con una risilla que por un momento me hizo olvidar la situación con la que tendría que lidiar en unos minutos.

—No, lista, no medimos quién la tiene más larga. No va de eso...

—¿No? Pero si yo creía que la cosa siempre iba de eso...

—No te cueles, anda—si no hubiésemos estado en el juzgado, apenas podría haber contenido las ganas que tenía de besarme en ese instante, que no eran menos de las que tenía yo. Miraba el azul de sus ojos, tratando de relajarme, cuando vimos llegar a Vicente de la Hoz, el padre del chico agredido, de lo más soliviantado.

—Estamos jodidos, mi hijo dice que no sale del coche. Le tengo en el aparcamiento, ha entrado en pánico, dice que se siente incapaz de declarar.

—Pero ¿usted le ha recordado que lo hará a través de un biombo, Don Vicente?

—Sí, sí, y también que le defenderás tú. Tanto Bárbara como yo lo vimos buena idea porque eres muy joven y buena en lo tuyo. Óscar necesitaba alguien con quien identificarse, y esa eres tú por tu juventud y frescura, pero ahora ha tirado la toalla, se siente incapaz, y sé que su testimonio es crucial.

—¿Puedo ir a hablar con él? —le pedí y tanto él como Axel asintieron.

Llegué y vi al chaval tal como me lo había descrito su padre, totalmente bloqueado y con los ojos como ido. En las entrevistas que mantuvimos previamente, le costaba hablar y aun así lo hacía. Nada que ver con ese día que parecía estar totalmente fuera de sí.

—Hola, Óscar, ¿cómo estás? —le pregunté y solo me respondió con un ligero meneo de cabeza que me indicó que tenía mucho más miedo aún que yo—Es que nunca te has visto en una situación así, ¿verdad?

—No—murmuró, al menos ya parecía comenzar a dar señales de vida.

—Pues te voy a contar un secreto: yo tampoco.

—¿Tú tampoco? —me preguntó absolutamente asombrado, no dando crédito a lo que le decía.

—No, yo tampoco, lo cual no significa que debas temer por eso. Yo también siento que estoy bloqueada y que no me responderá la lengua cuando entre. Pero después me sacudo el miedo y sé que no es cierto. Me he preparado a conciencia para esto y sé que el ser novata no constituirá ningún obstáculo. Mi defensa es fuerte, muy fuerte, no tiene fisuras. Sé que Silvia Manríquez, la abogada contraria, tratará de buscarlas, pero no las hay. Pasa lo mismo con tu verdad, Óscar. Ella intentará acorralarte, pero si tú enarbolas la bandera de la verdad, estará perdida. Verdad solo hay una, sin dobleces ni medias tintas. Háblale al tribunal de tu verdad como si fuera un colega, como si se lo estuvieras contando a alguien que no tiene una idea preconcebida. Hazme caso y te prometo que ganaremos el caso, porque yo ya he hecho mi parte, y voy a rematar la faena ahí dentro, y tú hasta ahora también has hecho la tuya. Solo me falta que me ayudes hoy y esos capullos no volverán a ponerle la mano encima a nadie. Hazlo por ti y por esos otros chavales que, si no hablas, pueden caer también en sus manos.

Sé por experiencia cuando a uno le hace falta que le den un abrazo y eso le ocurría a aquel chaval que, antes de entrar en el juzgado, dejó rodar lágrimas como puños por su rostro pero que, una vez que entró en él, mostró unas ganas inquebrantables de hacer valer esa verdad de la que le hablé.

Todo se desarrolló a una velocidad de vértigo, Silvia derrochó experiencia en un juicio que, sin embargo, quedaría sentenciado a nuestro favor por más que la sentencia tardase en salir. Óscar cumplió con su papel y yo, como me dijeron después Bárbara y Axel, bordé el mío.

Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida y entonces Óscar se me acercó a darme un abrazo mientras Vicente se deshacía en elogios al tiempo que estrechaba mi mano, agradecido.

—¿Tú tampoco? —me preguntó absolutamente asombrado, no dando crédito a lo que le decía.

—No, yo tampoco, lo cual no significa que debas temer por eso. Yo también siento que estoy bloqueada y que no me responderá la lengua cuando entre. Pero después me sacudo el miedo y sé que no es cierto. Me he preparado a conciencia para esto y sé que el ser novata no constituirá ningún obstáculo. Mi defensa es fuerte, muy fuerte, no tiene fisuras. Sé que Silvia Manríquez, la abogada contraria, tratará de buscarlas, pero no las hay. Pasa lo mismo con tu verdad, Óscar. Ella intentará acorralarte, pero si tú enarbolas la bandera de la verdad, estará perdida. Verdad solo hay una, sin dobleces ni medias tintas. Háblale al tribunal de tu verdad como si fuera un colega, como si se lo estuvieras contando a alguien que no tiene una idea preconcebida. Hazme caso y te prometo que ganaremos el caso, porque yo ya he hecho mi parte, y voy a rematar la faena ahí dentro, y tú hasta ahora también has hecho la tuya. Solo me falta que me ayudes hoy y esos capullos no volverán a ponerle la mano encima a nadie. Hazlo por ti y por esos otros chavales que, si no hablas, pueden caer también en sus manos.

Sé por experiencia cuando a uno le hace falta que le den un abrazo y eso le ocurría a aquel chaval que, antes de entrar en el juzgado, dejó rodar lágrimas como puños por su rostro pero que, una vez que entró en él, mostró unas ganas inquebrantables de hacer valer esa verdad de la que le hablé.

Todo se desarrolló a una velocidad de vértigo, Silvia derrochó experiencia en un juicio que, sin embargo, quedaría sentenciado a nuestro favor por más que la sentencia tardase en salir. Óscar cumplió con su papel y yo, como me dijeron después Bárbara y Axel, bordé el mío.

Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida y entonces Óscar se me acercó a darme un abrazo mientras Vicente se deshacía en elogios al tiempo que estrechaba mi mano, agradecido.

Capítulo 27



Bárbara se marchó a almorzar con Vicente y Óscar. Él había insistido en invitarnos también, pero Axel declinó la invitación argumentando que tenía otro compromiso y, en cuanto a mí, no me sentí con ganas de ir sola con ellos. Una vez se hubieron esfumado, me habló.

—Genial, pues ahora nos marchamos a almorzar también nosotros—rio.

—No me lo puedo creer, tienes un morro que te lo pisas. Yo es que alucino contigo, ¿tú no tenías un compromiso?

—Claro que sí, y lo sigo teniendo, tengo un compromiso contigo, pero como resulta que tú no quieres que mi madre se entere, me has obligado a mentir. Y me siento fatal, ¿eh? Que yo no le he mentado en la vida.

—A otro perro con ese hueso, Axel, a mí no me la das.

—Bueno, igual alguna mentirijilla piadosa sí que le he soltado, ¿nos vamos? —me ofreció su brazo, muy galante, para que comenzásemos a andar.

Dudé durante unos segundos y seguidamente me agarré a él. Era un gesto muy cercano, pero menos comprometedor que otros.

Llegamos al restaurante y mientras él pedía llamé a Julen. Según descolgó el teléfono, me habló.

—Felicidades, princesa.

—¿Cómo sabes que me ha ido genial? —reí asombrada.

—Porque nunca he dudado de que así fuese. Y ahora, disfruta de tu almuerzo con él—me soltó dándolo por hecho.

—Te quiero, feo, ¿lo sabes? —le solté eufórica.

—Te conviene quererme, sabes que te conviene—rio.

Colgué el teléfono y él ya me estaba esperando en la mesa.

—¿Todo bien por casa? ¿Y Lucas?

—Todo perfecto, y el crío sensacional, ya está almorzando, gracias.

Me encantaba que me preguntase por mi hijo. Supongo que le pasaría a cualquier madre y, aunque en ese momento yo me sentía incapaz de discernir si lo hacía porque de veras le interesaba saber o por ganar puntos conmigo, mi sonrisa se lo agradeció.

—Sublime, has estado sublime, te lo digo muy en serio. Hay que volver a brindar por ti—volvió a la carga.

¿—Solo he hecho mi trabajo, sin más...

—¿Sin más? Ha sido verdaderamente impresionante, que sepas y entiendas que ya formas parte de la plantilla.

—Eso te lo estás sacando de la manga, la arp... Digo, Bárbara, no ha dicho nada de eso.

—Pero te lo diré ya mismo, ¿crees que no conozco a mi madre? La conozco tan bien que a veces le da miedo, igual que ella a mí.

—¿Bárbara y miedo en una misma frase? Eso sí que no me lo puedo creer—le sonreí.

—Pues créetelo. Oye, ¿te he dicho ya que tienes la sonrisa más bonita de todo Salamanca o estaba esperando a una ocasión como esta para decírtelo? —se me quedó mirando con esa intensidad tan suya que parecía tener el poder de traspasar mis ojos y colarse en mi mente.

Axel era un hombre especial donde los hubiese, ya que, a su belleza, inteligencia y elegancia, había de sumarle un carisma que hacía a la mayoría suspirar a su paso, con una gracia impresionante y algo que enganchaba... Dios cómo enganchaba.

—No empieces que ya sabes que estoy cerrada en banda...

—Lo sé, lo sé, me lo repites a todas las horas. Lo que tú no sabes es que eso lo convierte en un reto y a mí es que los retos me pueden.

—No me mires así y déjate de jueguecitos, que esto es muy serio. Me estoy jugando mi incorporación a un bufete de prestigio y eso es algo incontestable.

—No me subestimes, podría contestarte muchas cosas, aunque lo cierto es que te mentiría si te dijese que deseo contestarte, porque yo lo que más deseo es besarte.

—Por favor, Axel, ya—le pedí.

El almuerzo había comenzado fuertecito. Él era un tío listo donde los hubiera y, por tanto, conocedor de que la euforia de la que yo era presa en esos instantes podría llevarme a bajar la guardia.

Como siempre que salía con él, estaba en un restaurante de postín y en la mejor compañía, si bien aquel día todo me supo mejor y así se lo dije.

—Normal, es que has comenzado a paladear la victoria y eso te deja el mejor sabor de boca. Te advierto de que es adictiva, así que ve acostumbrándote.

—Es que, ¿sabes? Tengo la sensación de que todo ha sido muy fácil, de que ha ido sobre ruedas y en cierto modo... En cierto modo me asalta el temor de que se tuerza en algún momento.

—Síndrome del impostor lo llaman, tú misma te boicoteas porque no eres consciente de que puedas hacerlo tan bien como lo haces. Le pasa a mucha gente brillante, sacúdetelo.

Era como si Axel tuviera las respuestas a todas mis dudas, y como si en su mano estuviese ayudarme en todo eso que me hiciera falta. Poco a poco, sin darse cuenta o dándosela, se estaba convirtiendo en un pilar esencial en mi vida.

Tras el almuerzo, me llevó a casa y en la misma puerta nos quedamos charlando un ratito, con esa sensación de quien no desea moverse, de quien quiere estirar más el tiempo con la otra persona.

—Bueno, pues mañana te veo en el bufete. Muchas gracias por todo, Axel, no lo habría logrado sin ti—le dije mientras me aventuré a darle un agradecido beso en la mejilla.

Supongo que me la jugué al acortar distancias con él y supongo también que igual, al hacerlo, yo misma provoqué que moviera ficha, eso que yo tanto deseaba y evitaba a la vez. Se trataba de la situación más contradictoria del mundo y de una a la que él le dio carpetazo cuando, tomando mi mandíbula, envolvió sus labios con los míos en un beso largo y caluroso que yo deseaba tanto como él. Tras dejarme besar, salí flechada y me refugié en mi bloque, en mi familia y en todo aquello que me apartase de aquel peligro inminente.

Capítulo 28



Pasamos una preciosa tarde en la que festejamos mi victoria. Julen estaba exultante, no lo hubiera estado más si la victoria fuese suya.

—A mí me da miedo celebrarlo de antemano, pero Bárbara y Axel piensan que no hay la más mínima duda de que hemos convencido al fiscal y al juez. La declaración del chico es que ha sido para grabarla, se abrió en canal y todo lo que salía de su boca sonaba a verdad de la buena.

—Pues todo eso lo has logrado tú solita, mi picapleitos favorita—me dijo.

—Ains, qué bonito es todo...

—Ya lo veo, todo, todo, porque a ti no te saca la sonrisa únicamente esa victoria en la sala, por mucho que sea formidable, ¿te trata bien? —me preguntó.

—Es trampa, tú no me has contado nada de tu finde con la pija... *Quid pro quo*—le pedí.

—Mira que serás. En serio, ¿estás contenta?

—Estoy contenta, y ya se me olvidaba que los vascos solo contáis las cosas cuando queréis, pero que sí, que estoy contenta, a pesar de que no puede ser.

—¿Por ser hijo de quien es? Yo no lo veo tanto problema, preciosa.

—¿No? Eso es porque no conoces a...

—A la bruja, ya lo sé, pero que a esa haces tú que se baje de su escoba o, mejor todavía, te subes en otra y te la ganas, que también eres un poco brujilla. Oye, ¿qué te pasa? ¿Estás ahí? —me preguntó mientras que miré a un chico que entró también en el local en el que estábamos merendando, uno en el que había habilitada una zona de juegos en la que mi hijo se metió con otros críos.

—Es que acaba de entrar un conocido, ¿ves a ese chico? El que va a pasar ahora por tu derecha, disimula.

—Sí, lo veo, el que está con la chica embarazada y lleva el carrito gemelar. Tres en poco tiempo, vaya fieras...

—Sobre todo teniendo en cuenta que ha sido cliente mío todos estos años, eso sí que es ser una fiera. Hay que tener poca vergüenza— resoplé—. No hace falta que te diga que, según él, estaba soltero, claro.

—Ya me has dado la tarde, bonita, ¿por qué parte íbamos?

—Por la de tu absurda hipótesis de que tener algo con Axel no me afectaría en la relación con Bárbara.

—No es absurda, solo tienes que ir madurando la idea poco a poco... Prepara el terreno e igual te llevas el premio porque cada día estoy más convencido de que ese tío te gusta de verdad—me hizo una carantoña.

—Sí que me gusta, pero, aunque tuvieras razón, que no la tienes, tampoco sería el momento porque ahora me debo a mi trabajo.

—Eso ya es una excusa y tú no eres de ponerlas... así que tú misma.

Julen no tenía pelos en la lengua, y eso era lo que más me gustaba de él. Desde el primer día me dijo las cosas tal como las pensaba y lo seguía haciendo, por mucho tiempo que pasase.

Unas horas después, él estaba duchando a Lucas cuando me di cuenta de que se nos olvidó bajar la basura. Julen debía tener también a esa chica en la cabeza, por mucho que no lo mencionase, dado que nunca se le olvidaba bajarla. Sonreí porque ese grandullón, ese chico de corazón de oro, parecía estar encontrando el amor al mismo tiempo que yo.

Tomé la bolsa y me encaminé hacia la calle. Justo la tiraba en el contenedor cuando, casualidades de la vida, también llegó Estefanía con la suya, y me dio las buenas noches. Nunca nos habíamos caído demasiado bien y, en honor a la verdad, seguía siendo igual a juzgar por su mirada y porque ella tampoco despertaba mis simpatías. No obstante, hay veces en la vida que debes claudicar por esas personas a las que quieres, y así ocurrió en aquella ocasión en la que decidí romper el hielo entre ambas.

—Oye, ¿qué tal lo pasasteis el finde en la sierra? —le pregunté.

—¿Perdona? No sé de qué me hablas... ¿Lo pasamos? Aparte, que yo no he estado en la sierra—me respondió y no de buen grado.

—Lo siento, debe haber alguna confusión, ¿no has estado con Julen en la sierra este finde?

—¿Con Julen? No, evidentemente no he estado con Julen, aparte de que yo paso ya de ese tío. Yo me he ido de finde con mis amigas, que es lo mejor que se puede hacer, paso de su culo, te lo digo muy en serio.

—Oye, ¿no me estás vacilando? —le pregunté extrañada.

—¿Vacilándote yo a ti? No, en todo caso si hay alguien que está vacilando es él, y a mí, cosa que no le consiento nadie, no sé qué se habrá creído, pero conmigo no va a jugar.

Estefanía salió andando muy digna y yo me quedé allí, al lado del contenedor de la basura, con las patas colgando como se suele decir. Hasta tardé unos minutos en reaccionar.

,
En principio, Julen no tenía por qué contarme con quién iba o dejaba de ir, que ya era mayorcito, pero lo que llamó mi atención poderosamente era que, por primera vez en la vida, me hubiese mentido. Nunca lo había hecho ni yo tampoco a él, ¿qué mosca le habría picado? ¿Con quién estaba entonces que no quisiera contármelo? No sabía cómo reaccionar, aparte de que para mí suponía un enigma total.

No voy a negar que me dolió. Obvio que yo no me encontré con Estefanía ese finde porque él debía saber que ella también se largaba y aprovechó para hacerme creer que se iban juntos... Ella se lo debió contar o quizás él se lo escuchó decir, quién sabe. La cuestión era que me había mentido y que eso me hizo sentir mal, puesto que no tenía ningún sentido.

—Lo siento, debe haber alguna confusión, ¿no has estado con Julen en la sierra este finde?

—¿Con Julen? No, evidentemente no he estado con Julen, aparte de que yo paso ya de ese tío. Yo me he ido de finde con mis amigas, que es lo mejor que se puede hacer, paso de su culo, te lo digo muy en serio.

—Oye, ¿no me estás vacilando? —le pregunté extrañada.

—¿Vacilándote yo a ti? No, en todo caso si hay alguien que está vacilando es él, y a mí, cosa que no le consiento a nadie, no sé qué se habrá creído, pero conmigo no va a jugar.

Estefanía salió andando muy digna y yo me quedé allí, al lado del contenedor de la basura, con las patas colgando, como se suele decir. Hasta tardé unos minutos en reaccionar.

En principio, Julen no tenía por qué contarme con quién iba o dejaba de ir, que ya era mayorcito, pero lo que llamó mi atención poderosamente era que, por primera vez en la vida, me hubiese mentido. Nunca lo había hecho ni yo tampoco a él, ¿qué mosca le habría picado? ¿Con quién estaba entonces que no quisiera contármelo? No sabía cómo reaccionar, aparte de que para mí suponía un enigma total.

No voy a negar que me dolió. Obvio que yo no me encontré con Estefanía ese finde porque él debía saber que ella también se largaba y aprovechó para hacerme creer que se iban juntos... Ella se lo debió contar o quizás él se lo escuchó decir, quién sabe. La cuestión era que me había mentido y que eso me hizo sentir mal, puesto que no tenía ningún sentido.

Capítulo 29



Subí a casa desconcertada. Igual estaba haciendo una montaña de un grano de arena, pero cuando una persona te miente por primera vez, sobre todo si es tan íntegra como Julen, choca.

Igual yo tenía mucha culpa por darle tanta caña, aunque él sabía que ya estaba tratando de hacerlo mejor. No podía evitar sentirme disgustada con él, pese a ello. Y el malestar me lo notó a la hora de la cena, momento en el que nos sentamos los tres a la mesa.

—Princesa, ¿te pasa algo?

—¿A mí? ¿Y por qué habría de pasarme algo? ¿Es que existe algún motivo? —le pregunté con retintín.

—Pues no tengo ni idea, la verdad, pero de pronto te veo con la cara un poco larga y no me cuadra mucho, sobre todo por ser hoy. Es obvio que las cosas están cambiando para mejor, deberías estar contenta.

—Sí, es muy cierto, las cosas están cambiando, de eso no hay duda—le solté.

Enseguida me fui a la cama. No acepté su invitación de quedarnos un ratito charlando en el sofá, puesto que correría el riesgo de terminar largándole el motivo de mi enfado y no me daba la gana.

Justo me metí en el sobre cuando me telefoneó mi amiga Olga, a la que seguía adorando y a la que no veía tanto como quería.

—Petarda, seguro que te ha ido genial, ¿es o no es? —me preguntó a modo de buenas noches.

—Es, es... No veas lo bien que ha ido todo, claro que Axel estaba conmigo y...

—Y a ti se te caían las bragas hasta el suelo—rio.

—Más o menos. Además, que esta tarde me ha besado por primera vez. Estoy hecha un lío, Olguita, no sé lo que

hacer. Igual soy demasiado exagerada y las cosas no se me tuercen por tirarme a la piscina.

—Pues puede ser... Supongo que tienes que salir de dudas, es complicado si no. Pero cuéntame qué ha pasado en la sala de tortura, porque yo no entraría en una de esas ni amarrada.

—Joder, ni que fuera la sala roja de Grey, el de “50 sombras” —reí.

—No, es peor... Ya sabes que yo en una de esas no me quiero ver.

—Lo sé, cariño.

Ella había estudiado Derecho igual que yo, pero enseguida encontró trabajo en una gran empresa y no se había puesto una toga en su vida. Llevaba los asuntos desde el despacho y se lavaba las manos. No le gustaba la guerra.

—Pues eso, pero tú te habrás comido al contrario, como si lo viera.

—La contraria, y tenía tela, pero sí, todo ha salido genial, creo que lo tenemos ganado.

—No esperaba menos de ti. Oye, aparte de eso, te llamaba para recordarte que este finde es el cumple de Rubén, no me podéis fallar ni Lucas ni tú.

—Ostras, pues menos mal que me lo recuerdas, porque se me había ido del todo de la cabeza. Ando muy ida.

—Eso es porque te estás convirtiendo en una abogada de renombre. Sin duda que forma parte de la transformación.

Rubén era la pareja de Olga. Yo le quería muchísimo porque cuidaba cantidad a mi amiga y no me hubiese perdido su cumple por nada del mundo, ya que ellos hacían de una ocasión así un gran acontecimiento.

Mi amiga y su chico eran muy de disfrutar la vida, aparte de que estaban enamoradísimos. De siempre le confesé que le tenía una envidia cochina que no podía con ella. Yo había vivido su historia de amor, me la conocía al dedillo y asistí a ella mientras que mi vida iba por otros derroteros, en unos años en los que ejercía la prostitución y le eché un candado a mi corazón.

Colgué el teléfono y comencé a recordar a Axel y a ese beso que me dio en los labios antes de marcharse. Me gustaba, me gustaba muchísimo y cabía la posibilidad de que yo estuviera siendo una cobarde y de que me escudara en los posibles problemas que podría traerme para no afrontar la situación.

Justo pensaba en todo ello cuando me llegó un mensaje de buenas noches por su parte.

“Todavía con el dulce sabor de tus labios en los míos. Que descanses, guapísima”

Ay, Dios mío, que me lo quería comer... Él sí que era guapísimo y me tenía atontada. Menuda chispa me daba cada vez que me enviaba uno de esos mensajes. Eché una mirada a mi alrededor y mi vista se paró en ese cajón que guardaba cosas tan íntimas como mi Satisfyer, con quien me decidí a celebrar un día que salió redondo en lo profesional y en lo personal, con ese beso que me llevé puesto. A decir verdad, el día solo se vio empañado por lo de la cuestión de Julen, pero preferí no pensar... No en un momento en el que le di al botoncito y la vibración del aparato me puso cardíaca, ya que la cara de Axel apareció ante mí, de un modo figurado, y entonces imaginé que era él quien succionaba así mi clítoris... No paré hasta varios orgasmos después, momento en el que caí rendida.

Por la mañana, Julen no me encontró de mejor talante.

—Buenos días, princesa. Oye, estoy poniendo una lavadora de color y no encuentro mi sudadera mostaza, la que me regalaste por Reyes el año pasado, ¿tú la has visto? —me preguntó.

—Va a ser que no, va a ser que igual andas un poco más despistado de la cuenta—le contesté con sorna.

—De veras que no sé qué bicho te ha picado, Alba, no lo sé.

—Pues ni idea porque a mí todavía nadie me ha clavado el aguijón. De ser así, te lo habría contado, porque yo siempre te lo he contado todo—le solté.

—Va, va, no sé dónde quieres llegar, ¿tienes algo de color en tu dormitorio? ¿Entro y lo miro?

n

—Haz lo que te dé la gana, majo—le dije antes de salir por la puerta.

“Todavía con el dulce sabor de tus labios en los míos. Que descanses, guapísima”

Ay, Dios mío, que me lo quería comer... Él sí que era guapísimo y me tenía atontada. Menuda chispa me daba cada vez que me enviaba uno de esos mensajes. Eché una mirada a mi alrededor y mi vista se paró en ese cajón que guardaba cosas tan íntimas como mi Satisfyer, con quien me decidí a celebrar un día que salió redondo en lo profesional y en lo personal, con ese beso que me llevé puesto. A decir verdad, el día solo se vio empañado por lo de la cuestión de Julen, pero preferí no pensar... No en un momento en el que le di al botoncito y la vibración del aparato me puso cardíaca, ya que la cara de Axel apareció ante mí, de un modo figurado, y entonces imaginé que era él quien succionaba así mi clítoris... No paré hasta varios orgasmos después, momento en el que caí rendida.

Por la mañana, Julen no me encontró de mejor talante.

—Buenos días, princesa. Oye, estoy poniendo una lavadora de color y no encuentro mi sudadera mostaza, la que me regalaste por Reyes el año pasado, ¿tú la has visto? —me preguntó.

—Va a ser que no, va a ser que igual andas un poco más despistado de la cuenta—le contesté con sorna.

—De veras que no sé qué bicho te ha picado, Alba, no lo sé.

—Pues ni idea porque a mí todavía nadie me ha clavado el aguijón. De ser así, te lo habría contado, porque yo siempre te lo he contado todo—le solté.

—Va, va, no sé dónde quieres llegar, ¿tienes algo de color en tu dormitorio? ¿Entro y lo miro?

—Haz lo que te dé la gana, majo—le dije antes de salir por la puerta.

Capítulo 30



Aquella mañana Axel estaba de juicios y yo me tomé un cafecito con Judith, con quien tenía gran confianza.

—Me muero, me muero, así que te besó...Qué tía, te vas a llevar el gato al agua, serás la envidia de todas.

—No sé, Judith, me da miedo por Bárbara. No quiero que me vea como la aprovechada de turno, además de que está pendiente lo de mi período de prueba y me da pavor.

—No debería decírtelo, pero nos estamos haciendo amigas y sería una siesa si no soltara prenda...

—¿De qué me hablas? Cielos, el corazón se me ha puesto a mil.

—Pues te hablo de que tu contrato está en el horno, nena. De eso te hablo... He escuchado cómo Bárbara se lo pedía esta mañana al asesor. Sé que me lo debería haber callado y que fuese ella la que te diese la sorpresa, pero e que estoy que doy saltos de alegría.

—¡Te como! ¿Qué dices? Un millón de gracias por contármelo, no sabes lo que supone para mí.

Sin más, noté cómo las lágrimas se iban abriendo paso a través de mis ojos y me entró una llantina impresionante, una que no pude contener.

—Ay, pobre mía, cómo se ha emocionado. Normal, si es que has luchado mucho hasta llegar a este punto. No me extraña, menudo currículum que tienes y con un niño. Por menos me habría tirado yo por el balcón de mi casa, con lo que me gusta a mí la tranquilidad—me dijo sonriéndome y tratando de que me calmase.

—No te lo imaginas, no te imaginas lo que he tenido que hacer, Judith.

—Lo supongo, noches en vela estudiando, una detrás de otra.

—Y lo que no es estudiando...

Nunca me había planteado contárselo a nadie más y no lo haría. Es más, en ese momento decidí dejar de sufrir por una cuestión que ya me había generado un enorme sufrimiento que yo no me merecía para nada, de manera que opté por enterrar el tema de una vez y para siempre. Sí, me daría una oportunidad con Axel, le iría conociendo poco a poco, y no le contaría nada de ese escabroso tema, que para mí suponía un sinvivir. Iniciaría una nueva vida. Total, tampoco creía que él me lo fuese a contar todo, las cosas como son. En cuanto a Bárbara, seguro que exageraré mogollón y no se lo tomaba tan a mal cuando lo cierto es que me había cogido gran aprecio, al menos en el terreno profesional.

—Ya me imagino. A ti lo que te hace falta es una buena tarde de compras, ¿puedes hoy? —me preguntó.

—Puedo, puedo. La verdad es que tengo trabajo adelantado y que me hace mucha ilusión.

—Pues entonces no se diga más. Esta tarde nos vamos a darle movimiento a la tarjeta...

Conté las horas hasta que eso ocurriese. Axel llamó y dijo que no le daría tiempo a pasar por la oficina ese día. Era un hombre tremendamente ocupado, por lo que no era de extrañar. Igual que su madre, contaba con muchísimo don de palabra y eso provocaba que fuera, aparte de abogado, un relaciones públicas excepcional para el bufete.

Llamé a Julen y me dijo que no había problema en quedarse con Lucas esa tarde, que lo llevaría al parque como hacía todas, y que lo único que deseaba era verme feliz. Me sentí un poco mal porque seguía siendo el mismo cielo de siempre, aunque no podía evitar estar mosqueada e intrigada a partes iguales.

s

Se lo conté todo a Judith durante el almuerzo y después, cuando nos fuimos de compras.

—Es normal que se muestre receloso si tú has sido siempre tan puñetera, no se lo tengas en cuenta—me decía.

—¿A ti te parece normal? Porque a mí en absoluto, te lo digo muy en serio.

—Eso es porque eres una puñetera, insisto. Y ahora, cambiando el tercio, ¿cuánto tiempo hace que tú no le das al tema? ¿Estás equipada? ¿Tienes ropa interior guay? Piensa que Axel tiene que estar acostumbrada a tías que vayan de punta en blanco, que parezcan ángeles del Victoria's Secret, y te garantizo que tú no vas a ser menos—rio.

Solo pude pensar en que si yo le contase... Obviamente, tenía toneladas de ropa interior increíblemente sexy que fueron mi arma de trabajo durante años, si bien tenía claro que haría una hoguera con todas ellas porque quería separar por completo mi anterior vida de la nueva.

Esa fue la razón de que aquella tarde me fuera de compras y, con toda la ilusión, me decidiera a llevarme una serie de virguerías que me quedaban de infarto y a las que Judith fue dándole el visto bueno, unas detrás de otras.

r Había llegado el momento de medir fuerzas con ese hombre que me provocaba taquicardia y con el que estaba deseando estrenarme en la cama. Solo de pensarlo, mi sistema nervioso se activaba y una especie de cosquilleo recorría mi cuerpo de arriba abajo.

—Le vas a dejar pasmado, se enamorará de golpe, si es que no lo está ya—afirmaba Judith.

—Anda ya, no digas cosas, esto es solo para ir conociéndonos, poco a poco.

—Pues menos mal. Si esto es para eso, no quiero pensar cuando te propongas seducirle. Axel no sabe la que se le viene encima, va a sudar la gota gorda—me decía ella mientras miraba y remiraba esas finas prendas con las que yo me imaginaba delante de él para permitirle que diera rienda a sus más bajos instintos. Era pensarlo y necesitar una ducha fría, moría de las ganas de que llegase el viernes, ya que era el mejor día para quedar si teníamos en cuenta que el sábado me iría con Lucas a la sierra, para celebrar el cumple de Rubén.

a

Había llegado el momento de medir fuerzas con ese hombre que me provocaba taquicardia y con el que estaba deseando estrenarme en la cama. Solo de pensarlo, mi sistema nervioso se activaba y una especie de cosquilleo recorría mi cuerpo de arriba abajo.

—Le vas a dejar pasmado, se enamorará de golpe, si es que no lo está ya—afirmaba Judith.

—Anda ya, no digas cosas, esto es solo para ir conociéndonos, poco a poco.

—Pues menos mal. Si esto es para eso, no quiero pensar cuando te propongas seducirle. Axel no sabe la que se le viene encima, va a sudar la gota gorda—me decía ella mientras miraba y remiraba esas finas prendas con las que yo me imaginaba delante de él para permitirle que diera rienda a sus más bajos instintos. Era pensarlo y necesitar una ducha fría, moría de las ganas de que llegase el viernes, ya que era el mejor día para quedar si teníamos en cuenta que el sábado me iría con Lucas a la sierra, para celebrar el cumple de Rubén.

Capítulo 31



Bárbara me llamó a su despacho a la mañana siguiente.

—Usted me dirá, Doña Bárbara—disimulé, por supuesto que no pensaba descubrir a Judith.

—Toma asiento, Alba, tenemos que hablar de algo importante, de algo que te cambiará la vida.

Se me hacía difícil pensar que aquella mujer, de semblante tan serio y tratamiento tan distante, pudiera ser un día mi suegra. Difícil no, casi se me hacía imposible.

—Claro, usted dirá.

—Alba, sé que es pronto y espero no estar precipitándome con la decisión que he tomado. Creo que no es así porque siempre he tenido el mejor olfato para estas cosas. De todas formas, espero que no me decepciones.

—¿Me está queriendo decir algo bueno, Doña Bárbara?

—Te estoy queriendo decir que te doy la bienvenida al equipo y que espero que este bufete se convierta en tu segunda casa—Dios quisiera que eso no significase que fuera a echar allí más horas que un reloj, aunque si ese es el caso tampoco importaría. Yo estaba más que dispuesta a dejarme la piel.

—De veras que es la mejor noticia que pudiera recibir, no sé ni qué decir—pese a saberlo de antemano, a duras penas pude contener las lágrimas cuando lo escuché de sus propios labios.

—No tienes que decir nada, solo que demostrarme que no estoy equivocada. Mañana misma firmarás el contrato, si estás de acuerdo con las condiciones—me lo puso por delante.

—No me hace falta ni leerlo, sé que lo estaré, Doña Bárbara, ¿dónde tengo que firmar?

—Una buena abogada, y tú lo eres, sabe que jamás debe firmar nada que no haya leído antes. Procura que no te

pueda el ansia, léelo todo detenidamente—me pidió.

—Tiene razón, perdone...

—Eres un diamante en bruto, Alba, pero un diamante, por eso no te quiero dejar escapar. Hay muchas cosas que debes pulir, lógicamente, lo cual no quiere decir que no tengas un potencial extraordinario, un potencial que hacía años que no veía en ningún abogado novato. Concretamente, no lo veía desde que mi hijo se graduó—me comentó—. Y no, te aseguro que no es pasión de madre.

No debía serlo porque Bárbara no solía mostrar ninguna pasión al hablar de Axel, razón por la que la creí, aparte de que él tenía fama de ser el mejor del bufete, y no por tratarse del hijo de la jefa.

Lo leí todo detenidamente, mientras pensaba que era un honor que me hubiese comparado con su hijo, y entonces llegué al tema del sueldo, uno que me hizo abrir los ojos como platos porque el puesto estaba mejor pagado de lo que yo pensaba. De hecho, estaba mucho mejor pagado.

—No creas que ese dinero es regalado—me dijo al notar mi cara de sorpresa—. Exijo muchísimo a mis empleados, eso debes tenerlo presente y, en tu caso, espero mucho de ti porque tienes mucho para dar. Te pido que no me decepciones.

—Muchas gracias, Doña Bárbara, usted no sabe cuánto me ilusiona esta oportunidad.

—Carmen Pinto sabía muy bien a quién me recomendaba. Eso sí, te sugiero que no te acomodes y bajes el ritmo. Estoy segura de que lo terminarías lamentando porque, como buena abogada que eres, también sabes que todo contrato se puede rescindir—me comentó.

—Lo sé, Doña Bárbara, lo sé—le dije con un cierto temor en el cuerpo antes de salir de su despacho.

a

Iba hacia el mío cuando no pude evitar llamar al de Axel. El día anterior no le había visto y, aunque me envió varios mensajes, estaba deseando darle la noticia en persona.

Me abrió y me demostró que tenía memoria, ya que en ese momento hizo lo mismo que había hecho dos días atrás, en el momento de despedirnos: besarme como si se le fuese la vida en ello, tras lo cual me dio un fuerte abrazo.

—No digo que bese mal, pero soy consciente de que no es el único motivo de tu sonrisa, ¿la arpa ya te ha contratado?

—Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho ella?

—Se lo leí en los ojos al salir del juicio. Ella no podría dejarse perder a una joya como tú y yo... Yo tampoco— me besó de nuevo—, ¿cuándo lo celebramos? —me soltó a bocajarro.

—¿El viernes por la noche?

Ó—¡Aleluya! —se arrodilló en la alfombra en un gesto de lo más simpático y teatrero, mirando al techo.

—Venga ya, tampoco es para tanto. Levántate.

—¿Que no es para tanto? Esa será tu percepción, aunque doy todos mis esfuerzos por bien empleados ante la posibilidad de cenar con la chica más guapa de Salamanca. Ven aquí—se levantó y me siguió besando.

No exagero si digo que, si no llego a salir a la carrera de ese despacho, sobre su sofá se habría vivido una escena digna de dos rombos, como antiguamente calificaban a las pelis subidas de tono. En fin, que Judith se me cruzó y me paró.

—Estás triunfando en todo y por todo, ¿no? ¡Te lo mereces!

Justo salía Doña Bárbara de su despacho en ese instante y lamenté que nos pillara así, aunque peor habría sido que nos pillara a su hijo y a mí, que esa era otra...

—Está bien, ¿no tenéis nada que hacer ninguna de las dos? No os pago para perder el tiempo. Judith ven a mi despacho y recoge una serie de expedientes para dejarlos en la mesa de Alba. Y a ti, Alba, no te digo nada, cada uno de ellos es muy importante para este bufete.

Por supuesto que no me iba a regalar nada. Aquella mujer me haría trabajar a destajo, si bien no era algo que me echase para atrás en absoluto. Lo supe porque no me asusté al ver llegar a Judith cargada como una mula romera, que apenas se la veía detrás de cada expediente.

—Ahora es cuando comienza lo bueno, te vas a cagar—me soltó con maldad Sonia, quien seguía atacándome cada vez que tenía ocasión.

—Ella no se va a cagar porque, a diferencia de otras, no le teme al trabajo duro—le soltó Alberto, quien tampoco podía verla y siempre se ponía de mi lado, para frustración de esa niña.

a

a

Capítulo 32



—No entiendo por qué has tenido que dejar al crío en casa de Julia, yo me lo podría haber quedado esta noche—me decía con disgusto Julen en la tarde del viernes.

—Que no, que tú tendrás tus planes y yo no pienso desbaratártelos para salir. Lucas es mi responsabilidad y no la tuya—le contesté, áspera como un guante de crin, puesto que seguía dolida con él por lo que me ocultaba.

—Creo que te pasa algo conmigo y es la primera vez en la vida que no me lo dices—se lamentó.

—Puede que más de una cosa esté cambiando y no te estés dando cuenta—le solté con ironía—. Por cierto, me acaba de llamar Olga y me ha dicho que te vengas también mañana a lo del cumple, aunque yo le he comentado que seguramente tengas otros planes y no te apetezca.

—No me perdería el cumple de Rubén y lo sabes, estaré encantado de ir con vosotros.

—Vale, se lo diré—le dije con cierto fastidio porque no me apetecía en absoluto que viniese. Prefería que se fuese por ahí con su nueva conquista y no tener que verle la cara en todo el finde, pero por lo visto quiso quedar genial con nuestros amigos. O igual se le había jodido el plan a última hora y yo le puse otro en bandeja de plata. Ni lo sabía ni lo quería saber, ya que estaba enfadada con él.

—Por cierto, estás espectacular—me dijo cuando me enfundé en mi negro y estrecho vestido sobre el que llevaría un elegante abrigo del mismo color. Medias de seda de esas con una raya en la parte posterior y altísimos zapatos de tacón le darían glamur al conjunto.

—Lo sé, y eso que no tienes ni idea de cómo voy por debajo—le solté.

—Eres mala, eres mala, Alba—negó con la cabeza.

Ni le contesté, no estaba por la labor de perder mi tiempo con él en una noche en la que me arreglé a conciencia para encandilar a Axel, quien pasó a recogerme rato después en su coche.

—Suerte que es de noche porque el sol podría haberte derretido, bombón, ¿tú te has visto? Eres como uno de esos tan exquisitos, donde lo mejor está dentro... Un bombón relleno de licor que comienzas degustando lentamente hasta sentir agonía por paladear lo que emana de su interior.

Sus solas palabras pusieron mi corazón a hacer horas extra. Axel aceleró el coche al mismo tiempo que se me aceleraron las pulsaciones.

No fue lo que cenamos, que resultó de lo más exclusivo, como no esperaba menos tratándose de él. Tampoco fue el sitio, y eso que más elitista no lo había. Fue la compañía, la conversación y la complicidad.

—Moría por cenar contigo, Alba—me confesó mientras me perdía en la inmensidad del océano de tus ojos.

—Ya será menos, Axel...

—No te minusvalores... Podrías volver loco a cualquier hombre, no tengo ni la más mínima duda de ello.

Yo tampoco la tenía. Lo había visto en muchas ocasiones. Clientes que por nada del mundo quisieron cambiar de profesional durante una serie de años en los que se montaron la película de que yo era suya por una hora o por algunas más.

—No lo hago, es solo que...

—Que no te terminas de fiar de mí, ¿no? ¿Y qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Nada, tú solo deja que fluya... Es que me pillas un tanto desentrenada en esto de las citas, esa es la verdad.

—A mí no puedes engañarme, yo veo muchos hombres en tu vida. Una mujer como tú ha debido tenerlos—me comentó y un profundo calor invadió mi cuerpo de pies a cabeza.

—Vamos a dejarlo—le pedí porque las cosas no eran como él las imaginaba y, pese a ello, llevaba una parte de razón que no me hacía sentir bien.

Por aquel entonces, y sobre todo desde el día que coincidimos con Rubén, tenía la mala costumbre de echar un vistazo al lugar en el que entrase, como si tuviera que avergonzarme de algo si me encontraba con alguno de aquellos tíos con los que un día me encamé por dinero. Sé que igual no tiene mucho sentido, o igual sí, porque me jugaba mucho y mi vida en esos momentos era tan distinta a la anterior que no permitiría que la sombra de ninguna duda se cerniera sobre eso que ya estaba logrando.

No fue al grano, ya que me invitó a una copa en un local de moda en el que estuvimos bailando antes de

marcharnos a su casa. Se lo agradecí porque, por mucho que yo deseara su cuerpo tanto como él el mío, yo necesitaba saber que me trataba como es debido. Gajes del oficio, ya que a ninguna mujer le gusta que la traten como a un trozo de carne, pero es que, en mi caso, no lo habría podido resistir.

Lejos de eso, Axel se portó como un caballero toda la noche y hasta me presentó con entusiasmo a algunos amigos con los que nos encontramos.

Se notaba que la noche le gustaba mucho y así se lo hice saber.

—Por favor, no quiero que eso te asuste. Es cierto que he exprimido la vida al máximo, porque nunca me comprometí en serio con nadie, lo cual no significa que no esté dispuesto a dejar de salir tanto llegado el caso, ¿me oyes?

Él sabía muy bien por dónde venían mis temores. Yo era madre de un hijo pequeño y aspiraba a disfrutar, en el futuro, de una vida familiar con alguien que quisiera compartir un proyecto en común, no con un fiestero que muriera porque llegase el viernes para salir de farra.

marcharnos a su casa. Se lo agradecí porque, por mucho que yo deseara su cuerpo tanto como él el mío, yo necesitaba saber que me trataba como es debido. Gajes del oficio, ya que a ninguna mujer le gusta que la traten como a un trozo de carne, pero es que, en mi caso, no lo habría podido resistir.

Lejos de eso, Axel se portó como un caballero toda la noche y hasta me presentó con entusiasmo a algunos amigos con los que nos encontramos.

Se notaba que la noche le gustaba mucho y así se lo hice saber.

—Por favor, no quiero que eso te asuste. Es cierto que he exprimido la vida al máximo, porque nunca me comprometí en serio con nadie, lo cual no significa que no esté dispuesto a dejar de salir tanto llegado el caso, ¿me oyes?

Él sabía muy bien por dónde venían mis temores. Yo era madre de un hijo pequeño y aspiraba a disfrutar, en el futuro, de una vida familiar con alguien que quisiera compartir un proyecto en común, no con un fiestero que muriera porque llegase el viernes para salir de farra.

Capítulo 33



Llegamos a su casa sintiendo que ardíamos. Apenas me dio tiempo a fijarme en los detalles porque ya al bajarnos del coche, en su garaje, me pilló por banda y no veía más que sus labios devorando los míos.

Se trataba de una espléndida y lujosa casa con parcela en un barrio muy exclusivo y tranquilo, y lo que único que percibí es que estaba decorada de una forma tan moderna como elegante, haciendo juego con su flamante dueño, ese que me depositó en la enorme cama de su dormitorio. Supongo que si esa cama hubiese hablado me hubiera contado muchas cosas, todas las cuales ya imaginaba.

Como es lógico, pese a que yo estaba viviendo aquello con los nervios propios de una pipiola, no me intimidaba en absoluto la situación porque había recorrido un largo camino en el sexo y me las sabía todas.

Él me quitó el vestido, pero fui yo quien comenzó a contonearse sobre la cama, con un impresionante y súper sexy conjunto de lencería fina en negra que le dejó patidifuso.

—¿He muerto y he llegado al cielo? —me preguntó.

—En todo caso al infierno porque yo no tengo pinta de angelita y tú sí de diablo.

—Puede ser, aparte de que aquí hace mucho calor—me dijo dándome la vuelta de golpe y acariciando mis senos desde atrás a la par que ambos nos reflejamos en uno de sus espejos.

No perdí el tiempo. Mientras mi cara se iba transformando en otra lujuriosa que secaba su garganta, como percibí por su gesto, me dediqué a meter una de mis manos por debajo de mi tanga de encaje, emitiendo unos primeros gemidos que le hicieron endurecerse todavía más de lo que ya estaba.

Sin pensarlo, fue a buscar esa traviesa mano mía con otra suya, y entonces acariciamos mi clítoris a placer, entre los dos, acompasando no solo los dedos sino también el latido de los corazones, por lo que yo estaba percibiendo, ya que a ambos nos iba a mil.

Axelladeaba mi cabeza y me besaba rabiosamente, me besaba con tanto ímpetu que sentí que todo mi ser se

revolucionaba al completo, apartando mi mano y dejando que él me hiciera mientras yo le agarraba esa parte tan íntima que clamaba por salir de un bóxer que aún le servía de prisión.

Tan pronto como le despoje de él, comprobé su evidente virilidad, esa que parecía esculpida en mármol, de lo dura que estaba. En realidad, todo su trabajado físico lo estaba, incluido ese trasero que yo pellizcaba, lo mismo que él hacía con el mío, el cual ya debía haber enrojecido mientras mis gemidos le indicaban que todo aquello que estaba haciendo me iba a provocar el primero de los orgasmos que esa noche chillaría para él. En tal escenario, totalmente íntimo y privado, me lo podría permitir, a sabiendas de que mis gritos pondrían el hilo musical a una velada en la que el sexo sería el rey y en el que nos haríamos disfrutar el uno al otro hasta la extenuación.

Me sorprendí a mí misma dándolo todo a gritos incluso mucho antes de lo que pensaba. Era como si sobre aquella cama, que compartía con un hombre al que deseaba de verdad, no solo se estuviera liberando mi cuerpo, sino que también saldría a flote una esencia que permaneció durante demasiado tiempo a escondidas.

Él reaccionó a mis gritos tratando de alargar ese placer infinito que alcancé y, cuando sus dedos ya habían dado de sí todo lo que podían, dejó actuar a su lengua, mientras me tumbaba a su merced y esta comenzaba a dar suaves toques sobre mi excitadísimo y abultado clítoris, ese que estaba tan sensible que no tardaría en volver a hacerme gritar como loca.

Para cuando me llegó ese segundo orgasmo, la virilidad de Axel iba tan en aumento que amenazaba con hacer explotar su miembro si no encontraba el alivio, por lo que me acodé sobre la cama y, mordiéndome el labio inferior, le demostré a ese miembro suyo cuál era la entrada de la más húmeda y calurosa cavidad de mi cuerpo. La cara interna de los muslos me temblaba por la mucha excitación cuando entró en mí y, de un certero estoque, alcanzó mis entrañas sin pestañear.

Sus ojos en los míos y él que comenzó a moverse de un modo tan sugerente que los sofocos me invadieron de nuevo. Acompasé mi cadera con la suya mientras en esa ocasión era yo quien me aferraba a sus nalgas, al estar él encima de mí, clavándoles las uñas y chillando que me diera más y más fuerte.

Axel no se anduvo con chiquitas, él estaba dispuesto a dármelo todo y yo a demandarle más, de manera que pronto entramos en una espiral tan fuerte que sentía que el corazón botaba en mi pecho, dado lo acelerado de esos latidos que me anunciaban un nuevo orgasmo que ya dejaba caer un torrente ardiente de mi vagina hacia el exterior.

Con su miembro empapado y con cara de satisfacción total, de esa satisfacción masculina, orgullosa e inconfundible, siguió con su miembro en mi interior, aumentando el ritmo, y entonces me dio la vuelta, y comenzó a poseerme desde atrás mientras yo pensaba, pícara, que aquel solo era el primer asalto de la noche y que yo llevaría la voz cantante en el siguiente.

Dicho y hecho. Le dejé hacer hasta que el alivio le tumbó a mi lado, sonriéndome y besándome, el tiempo justo

para venirse de nuevo arriba, que fue mínimo, y entonces me coloqué a horcajadas sobre él.

No, esa vez no estaba dispuesta a cederle el mando. Tampoco Axel me lo pedía porque el placer que estaba experimentando era máximo mientras yo botaba sobre él y dejaba mis senos a la altura de su cara los cuales, acodado en la almohada, lamía a conciencia logrando que el placer máximo que me estaba proporcionando me hiciera estallar nuevamente. Orgasmo a orgasmo fuimos consumiendo los minutos de una noche en los que las horas nos pasaron a ambos como segundos, de una noche tórrida y memorable que nos hizo caer a plomo al amanecer.

l

2

e

para venirse de nuevo arriba, que fue mínimo, y entonces me coloqué a horcajadas sobre él.

No, esa vez no estaba dispuesta a cederle el mando. Tampoco Axel me lo pedía porque el placer que estaba experimentando era máximo mientras yo botaba sobre él y dejaba mis senos a la altura de su cara los cuales, acodado en la almohada, lamía a conciencia logrando que el placer máximo que me estaba proporcionando me hiciera estallar nuevamente. Orgasmo a orgasmo fuimos consumiendo los minutos de una noche en los que las horas nos pasaron a ambos como segundos, de una noche tórrida y memorable que nos hizo caer a plomo al amanecer.

Capítulo 34



Me desperté de un salto porque no me di cuenta de poner el despertador, tal había sido mi monumental despiste la noche anterior. Se notaba que para mí fue memorable logrando que, simple y llanamente, se me fuera el santo al cielo.

Axel dormía a pierna suelta y ni siquiera se dio cuenta de que yo me iba, dado que me vestí y calcé con sigilo, alcanzando la calle y pidiendo un taxi que me llevase a casa.

Ya eran las doce de la mañana y habíamos quedado para almorzar en la sierra. Mi pelo se había convertido en una maraña, a consecuencia del fragor de la batalla, y tenía que lavármelo, secármelo... En resumen, que iba bastante atrasada.

Julen se extrañó al verme aparecer tan tarde y con mucha prisa, si bien no me dijo nada y se ofreció a ir a buscar a crío a casa de Julia, algo que le agradecí porque yo no sabía dónde acudir.

Avisé a Olga de que llegaríamos bastante a lo justo para el almuerzo, a lo que me contestó que no había ninguna prisa y que no se trataba de un compromiso de Estado.

Por fin nos pusimos en camino. Julen iba conduciendo y trataba en todo momento de darme palique. Él seguía sin comprender mi malestar, ajeno por completo a que hablé con Estefanía. Por mi parte, no me apetecía en absoluto hablar con él, por lo que fui todo el tiempo dándole cháchara al peque, quien estaba entusiasmado con eso de haber dormido en casa de la chica a la que consideraba su novia, menudo personaje estaba hecho mi niño.

Olga y Rubén nos esperaban con los brazos abiertos y con un asado que olía que alimentaba. Eran unos perfectos anfitriones. De hecho, vivían en la sierra para poder disfrutar de una casa así, con su horno de leña, patio y demás, ya que les encantaba tener a gente en casa.

En aquella ocasión, me asombró que fuésemos los únicos invitados. Mi amiga no me lo había advertido, y en cuanto tuve la ocasión le pregunté, ya en la cocina.

—Bueno, lo cierto es que este año no nos apetecía celebrar algo a lo grande porque estamos un poco de capa

caída, para qué te voy a decir otra cosa.

—¿Qué dices, mi niña? Pero si creí que estabais genial, como siempre, ¿qué ha pasado? Es que no me cuentas nada.

—Porque tú has tenido bastante con lo tuyo. Verás, ¿recuerdas aquel tratamiento de fertilidad del que te hablé? —me preguntó porque ellos estaban teniendo problemas para ser padres y buscaban remedio al asunto.

—Sí, claro, me dijiste que te someterías a él dentro de unos meses.

—Pues te mentí...

—Es broma, ¿no? ¿Cómo me vas a mentir tú a mí? —le pregunté porque no sabía si se había puesto de moda.

—Mujer, que no se trata de una gran mentira en algo que pueda distanciarnos ni mucho menos, Alba, ¿sabes lo que pasa? Es que el ginecólogo me comentó que, por mi manera de ser, puede que me afecte mucho la presión a la hora de concebir, y que lo mejor que podía hacer es no contárselo a nadie para que no me estuvieran preguntando. Yo solo quería darle la sorpresa a la madrina de mi hijo, que serás tú, pero no funcionó. Lo supimos hace un par de semanas y nos vinimos un poquito abajo.

—Ay, bobi, lo siento mucho—ven aquí que te achucho.

—No te enfades conmigo, ¿vale? Es que no siempre te lo puedo contar todo, Albita.

—Que no, boba, que lo entiendo perfectamente, aunque ¿sabes lo que te digo? Que la próxima vez que pise esta casa estoy segura de que será para celebrar ese embarazo de mi ahijado, pero segura del todo...

—Dios te oiga...

—Claro que me oirá. Tú vas a ser la mejor madre del mundo y a Rubén se le ve la cara de padrazo desde ya, mira cómo juega con Lucas.

—Pues sí, le pasa lo mismo que a Julen—afirmó.

Estuve a punto de contarle que Julen me tenía contenta. No lo hice porque comprendí que ella ya tenía bastante con lo suyo, pobrecita. El tema de la paternidad era material sensible para ellos.

—Oye, tengo algo que contarte...

—Venga, cuéntame, que te lo estoy viendo en los ojos, y cuento los segundos.

—He pasado la noche con Axel, enterita, por eso hemos llegado tarde.

—De lo que se deduce que te ha echado el polvo del siglo, ¿no?

—Exactamente—afirmé.

—Ay, mi niña, ¿te gusta mucho? —me abrazó.

—Me gusta muchísimo, cariño, no me lo voy a pensar. Llevo toda la vida reprimida, entre unas cosas y otras, y he decidido que esto quiero vivirlo con él.

—Te mereces que te pasen cosas buenas, ya era hora de que despertaras a la vida.

^a—Pues sí, yo creo que ya es hora. Quiero vivir cosas con él, experimentar y conocerlo bien para no meter la pata.

—Eso sí te lo aconsejo, que vayas con pies de plomo.

—¿Por qué me lo dices? —le pregunté porque no era justo la respuesta que esperaba. Mi amiga solía ser más entusiasta.

—Por nada, cielo, solo porque es bueno conocer bien a la persona que tienes al lado.

—Es porque te dije que es un soltero de oro y que yo creo que se ha tirado a todo lo que se menea, ¿no? Pero también es cierto que él dice que nunca se ha comprometido y que por tanto...

—No ha ofendido a nadie y en eso tiene toda la razón. Tú solo tienes que seguir las señales. Si son luminosas y van en dirección al restaurante ese en el que se sirven las perdices, siéntate a la mesa y ponte hasta las cejas de ellas. Tú sabes que yo me llevé unos cuantos palos hasta que encontré a Rubén, pero también te digo que cuando aparece el tuyo sabes enseguida que es él, en cuestión de semanas—rió.

—Ay, Olguita, si yo no quería hombres y ahora de repente deseo que él sea mi príncipe.

—Pues príncipe no es, aunque por lo que me dices va a heredar un imperio. Qué suerte tienen algunos—me decía ella camino del jardín donde los dos hombres y medio (que siempre nos burlábamos de Lucas cuando estábamos juntos, diciéndole que él era un medio hombre), ya estaban sirviendo la jugosa carne en los platos.

Nos sentamos a la mesa y en ese momento me llegó un mensaje de Axel, quien debió abrir los ojos a esa hora.

“Has huido versión Cenicienta, solo que unas horitas después”

La cara se me iluminó y a nadie en la mesa se le pasó por alto un detalle que me ruborizó, haciendo que bloquease el móvil. No era yo muy de contestar a sus mensajes y él lo sabía, aunque también sabía cuánto me gustaban. Ya nos íbamos conociendo y eso era algo que me molaba.

El cordero lechal que había asado Rubén estaba para chillarle. A Lucas le pirraba y él siempre se lo preparaba. Aquellos dos también se habían comportado con mi hijo de fábula. Lucas y yo teníamos suerte, después de todo teníamos mucha suerte porque vivíamos rodeados de gente que nos regalaba cariño a raudales.

La conversación en la mesa no podía estar más animada. Lucas nos contaba a Olga y a mí todo lo referente a la noche que pasó con Julia, con los ojos como un búho, dándonos los detalles, mientras que Rubén y Julen hablaban de fútbol, que era un nexo entre ambos que siempre les hacía debatir durante horas.

—Sus padres se fueron a dormir y nosotros nos quedamos mirando las estrellas por la ventana—relataba mi hijo con los ojos entrecerrados.

—Madre mía, pues sí que nos ha salido romántico el niño. Anonadada me tienes, cielo—le decía ella.

—Sí y además le puse el brazo por encima del hombro y le dije que sus ojos brillaban más que todas las estrellas juntas.

—Bueno, bueno, me estás dejando con las patas hechas trancas, Lucas. Ese es amor del bueno—reía ella.

—Es que mi niño es muy sentimental, ¿tú qué te has creído? —le decía yo, orgullosa.

—Yo qué sé, hija, la madre nunca ha sido tan romántica.

—La madre ha llevado una vida como para mucho romanticismo, guapi—le dije yo por lo bajini mientras le daba un pisotón.

Julen me miraba mientras hablaba con Rubén. Disfrutaba mucho con su amigo. En el fondo, yo sabía que era de los mejores que tenía, y de los pocos, porque siempre vivió muy entregado al niño y a mí, y eso le dejó poco tiempo para cultivar amistades en Salamanca. En fin, si yo sabía que tenía tela marinera que agradecerle, pero que mintiese en lo de esa enigmática chica me jodía cantidad, más de lo que él hubiese podido imaginar.

A media tarde, Rubén sopló las velas de la tarta. Estábamos pasando un día estupendo, si bien yo tenía que vencer al sueño a cada momento, porque después de la paliza de toda la noche no había dormido lo suficiente.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —aplaudía Lucas después de que Rubén apagara las velas.

—¿Qué dices, chaval? Si te has empeñado en que las pusiéramos todas y yo ya no tengo fuerza ni para eso, ni para echar viento—bromeaba él.

—¿Cómo no la vas a tener?

—A mi hijo no le deis carrete, que entonces tendremos tres días de celebraciones—les decía yo.

—Claro, mamá, porque esta noche nos quedamos aquí, ¿no?

¹ —Mira, Lucas, no le echés más morro al asunto... Hoy nos vamos para casa que, además, ellos tienen planes para mañana.

—Pero es que a mí me gusta dormir en la buhardilla, como en los dibujitos esos tan antiguos que me pusiste el otro día, los de la niña. Ninguno de mis amigos conoce esos dibujitos.

—Ah, ya, los de Heidi—reí.

—¿Le pusiste los dibujos de Heidi al niño? Ya te vale—me indicó Rubén.

—No, si es que ella tiene esas cosas de vez en cuando—le siguió el rollo Julen.

—¿Qué cosas, Julen? ¿Me estás censurando como madre? —le pregunté en ese momento en el que él se quedó parado en seco, y el resto me miró sin entender nada.

—Mamá, que Julen siempre dice eso y tú nunca te enfadas—señaló con mucho acierto mi hijo. Ese servía para juez, porque se agarraba a un pelo.

—Vale, vale, ¿quién quiere tarta? —rompió el hielo Rubén, quien tampoco entendía nada de nada.

—Perdonad, voy un momento dentro—me levanté sintiéndome mal. Acababa de meter la pata delante de todos ellos.

Me levanté y Olga vino detrás. No era broma, sentí hasta frío y fui a coger mi chaquetón.

—¿Qué te pasa, Alba?

—Nada, ve, que están sirviendo la tarta. Cojo mi chaquetón y salgo.

a—¿Ese tan finolis que has traído? Ahora para que te lo manches, coge mejor el poncho de mi armario, anda.

—¿El que siempre me dejas?

—Ese mismo, bobi, y cambia esa cara, que te veo un poco tontona.

—Sí, es verdad—le di un beso.

Me metí en su dormitorio y abrí su armario con toda la confianza del mundo. Estaba cogiendo el poncho cuando una prenda despertó mi interés, porque ni era femenina ni de su talla. La cogí y sí, no había duda, ¡se trataba de la sudadera mostaza que perdió Julen tras su finde fuera!

Me quedé loca, absolutamente loca porque no entendía nada, ¿Julen había estado allí el finde pasado? ¿Con ellos? Eso no podía ser. Y sí, sin duda que era su sudadera y que ella la habría guardado al ver que se la dejó.

La abogada que llevo dentro salió a la palestra en cuanto me senté de nuevo a la mesa.

—Pues menos mal que hoy lo estamos pasando genial porque mi finde pasado fue caótico, con cientos de papeles que examinar por todos lados—les comenté, a ver si así me contaban algo del suyo.

—Pues el mío también fue fino, hubo un lío en el trabajo y tuve que pasármelo entero en Valladolid, con reuniones y demás, así que sé de lo que me hablas—me respondió Rubén y yo pensé que aquello no podía estar pasando.

—Nada, ve, que están sirviendo la tarta. Cojo mi chaquetón y salgo.

—¿Ese tan finolis que has traído? Ahora para que te lo manches, coge mejor el poncho de mi armario, anda.

—¿El que siempre me dejas?

—Ese mismo, bobí, y cambia esa cara, que te veo un poco tontona.

—Sí, es verdad—le di un beso.

Me metí en su dormitorio y abrí su armario con toda la confianza del mundo. Estaba cogiendo el poncho cuando una prenda despertó mi interés, porque ni era femenina ni de su talla. La cogí y sí, no había duda, ¡se trataba de la sudadera mostaza que perdió Julen tras su finde fuera!

Me quedé loca, absolutamente loca porque no entendía nada, ¿Julen había estado allí el finde pasado? ¿Con ellos? Eso no podía ser. Y sí, sin duda que era su sudadera y que ella la habría guardado al ver que se la dejó.

La abogada que llevo dentro salió a la palestra en cuanto me senté de nuevo a la mesa.

—Pues menos mal que hoy lo estamos pasando genial porque mi finde pasado fue caótico, con cientos de papeles que examinar por todos lados—les comenté, a ver si así me contaban algo del suyo.

—Pues el mío también fue fino, hubo un lío en el trabajo y tuve que pasármelo entero en Valladolid, con reuniones y demás, así que sé de lo que me hablas—me respondió Rubén y yo pensé que aquello no podía estar pasando.

Capítulo 35



Camino de casa, no era capaz de conversar con Julen ni lo más mínimo. Si enfadada estaba con él hasta ese momento, no digamos ya a partir de él.

Tan pronto como me di cuenta de la movida, insistí en irme con el pretexto de que se me cerraban los ojos y de que el cielo amenazaba con soltar agua esa noche, circunstancia que no me apetecía que nos pillase en carretera.

No sabía qué hacer ni qué decir, ¿cuándo había comenzado aquella locura? ¿En qué momento puso Julen los ojos en Olga y ella en él? Con razón no soltaba prenda, con razón no me dijo con quién se marchó de fin de semana en realidad...

Mis sentimientos eran de lo más encontrados y me sentía fatal, lo mirase por donde lo mirase. Ella era mi amiga del alma y tampoco me lo contó, ¿por qué? Dolía, dolía mucho y más cuando yo no supe, en aquella mesa, cómo seguir mirando a los ojos a Rubén, a ese chico al que tanto apreciaba por ser tan bueno con Olga y al que aquellos dos se la estaban pegando...

Cielo santo, cómo se había torcido todo de golpe. En mi vida, como en la de todos, existían ciertos pilares que eran esenciales para que todo funcionase y, de golpe y porrazo, esos pilares se venían abajo, faltando a valores tan importantes como la confianza propia de una amistad y de un cariño verdaderos.

Estuve a un tris, absolutamente a un tris, cuando Rubén me reveló que se ausentó de su casa el anterior finde, de ir a por la susodicha sudadera y tirársela en la cara a Julen, desvelándole al otro que ese que se llamaba su amigo y que debatía con él de fútbol, de un modo tan acalorado, en realidad encontraba calor en su propia cama y en su ausencia.

¿Y Olga? ¿De qué iba mi amiga? Yo habría puesto la mano en el fuego por ella y por ese proyecto tan bonito que traía entre manos con Rubén, cuando todo era una pantomima porque se estaba ventilando a Julen, ¿sería eso o solo se lo tiró para echar una cana al aire? No podía saberlo.

Yo sí que, pese a todo, sentía lealtad hacia ella, no sabía si merecida o no. Si me callé, si preferí irme y no decir ni mu al respecto de ese descubrimiento que me dejó tan loca, fue porque no entendía la situación y porque no quería

ser yo quien destrozase su relación con Rubén en el caso de que ella siguiera manteniéndola y no dar el campanazo en cualquier momento con ese otro idiota de Julen, que comenzaba a caerme gordo.

Él me miraba y trataba de sacarme conversación. Se ve que se creía muy listo, momento en el que decidí que para lista yo, y que le tomaría la delantera. Yo deseaba llegar al fondo de la cuestión, enterarme de qué demonios estaba sucediendo entre esos dos, y hasta qué punto lo suyo iba en serio.

Si quieres no despertar sospechas, has de observar un comportamiento más normal, por lo que hice de tripas corazón y le contesté, como si de repente todo volviese a la normalidad.

—¿Qué decías, Julen? —le pregunté.

—Decía que, para no variar, el crío se ha quedado frito en cuanto se ha subido al coche, es que tiene habilidad para eso, ¿estás bien? —me preguntó como aliviado, al ver que volvía a hablarle.

—Sí, supongo que he estado un tanto estresada estos días, pero después del pedazo de sábado que acabamos de echar ya me siento más relajada.

—No me digas, si yo creí que tú ya relajada venías esta mañana—bromeó.

—Bueno, supongo que no seré la única que se ha relajado últimamente de ese modo, ¿qué tal tú con Estefanía? ¿No hay planes esta semana?

—No, si te digo la verdad, creo que ella y yo no vamos para ninguna parte.

¿Qué cínico me sonó eso de “si te digo la verdad”. No hay nada peor que jugar con una verdad y con una mentira para tratar de darle una apariencia verdadera a eso que quieras decir.

¿Eso era cierto, con Estefanía no iba a ninguna parte porque la pija ya no le interesaba. Él le había cogido el gustillo a meterse en las bragas de mi amiga.

Sé que cualquiera podría pensar que quien tenía el compromiso era ella y que eso la culpabilizaba más, pero a mí me dolía también muchísimo su comportamiento, con ese cinismo suyo al tratar a Rubén como un verdadero colega.

Me dolía especialmente porque Julen iba de digno por la vida y en aquellos años le escuché muchas veces decir que no había una rata más traicionera que un tío que le diese una puñalada tramera como esa a un amigo. Y allí le tenía, delante de mí, con la sonrisa en la cara mientras se la metía doblada al pobre de Rubén, que no hacía más que currar y cuidar de Olga, lamentando que ese hijo de ambos no llegase.

No, si hasta podía ser que mi amiga se quedase embarazada, pero no de su novio, sino del vasco en el que siempre confié al máximo y que me estaba demostrando que no era el hombre que yo creía. Reparé que en el suelo de la parte trasera había una bolsa con la famosa sudadera mostaza. Olga debió acordarse en el momento de salir y se la dio, poniéndola él allí para que yo no la viera. O igual ya ni se acordaba de que me dijo que no la encontraba.

Julen no era trigo limpio y me lo demostró una vez más al día siguiente, cuando le pregunté por la sudadera de nuevo.

—Oye, ¿encontraste al final la sudadera esa que habías perdido? Me costó un pico, ¿eh? Espero que no la hayas perdido.

—Ah, sí, al final estaba en mi dormitorio, me despisté, princesa, gracias—me respondió.

No, si hasta podía ser que mi amiga se quedase embarazada, pero no de su novio, sino del vasco en el que siempre confié al máximo y que me estaba demostrando que no era el hombre que yo creía. Reparé que en el suelo de la parte trasera había una bolsa con la famosa sudadera mostaza. Olga debió acordarse en el momento de salir y se la dio, poniéndola él allí para que yo no la viera. O igual ya ni se acordaba de que me dijo que no la encontraba.

Julen no era trigo limpio y me lo demostró una vez más al día siguiente, cuando le pregunté por la sudadera de nuevo.

—Oye, ¿encontraste al final la sudadera esa que habías perdido? Me costó un pico, ¿eh? Espero que no la hayas perdido.

—Ah, sí, al final estaba en mi dormitorio, me despisté, princesa, gracias—me respondió.

Capítulo 36



Conté las horas que faltaban para que llegase el lunes, una por una. Axel me estuvo escribiendo cada por tres, eso sí, pese a lo cual yo pensaba que mantener aquella situación, la de vernos a salto de mata, me iba a resultar muy complicado.

Llegué al despacho como unas castañuelas de alegre y pensando en que el dulce sabor de sus labios borraría la amargura que me dejó el puñetero descubrimiento del finde, ese que me traía por la calle de la amargura.

—Buenos días, preciosa. Axel me ha dicho que te espera en su despacho, que no dudes en llamar en cuanto entres —me guiñó el ojo Judith, que no solo era mi amiga, sino también mi cómplice en el bufete.

El corazón me bombeaba con fuerza extrema según me fui acercando a esa puerta que aporreé con los nudillos.

En lugar de esperarme sentado y darme permiso para entrar, la abrió de golpe y me metió para dentro cogiéndome de forma impulsiva por la cintura.

—Qué ímpetu, por favor—murmuré antes de que no pudiese decir nada más porque sus labios sellaron los míos.

Debió escuchar mi taconeo por el pasillo y me esperó así, ya sin chaqueta, porque todo debía sobrarle. A mí también me sobraba mi vestido camisero, ese tan elegante que estrené para la ocasión. Suerte que me sobraba, puesto que no lo tuve puesto demasiado tiempo, ya que él comenzó a desnudarme, tirándome sobre su sofá.

—Aquí no, es una locura, alguien podría entrar, a lo mejor tu madre.

—He echado el pestillo, tranquila—me puso los dedos sobre los labios mientras me daba la vuelta y, sin él desvestirse más de lo necesario, tanteó con sus dedos el húmedo terreno del sur de mi cintura, el cual no tardó en explorar.

Fue un “aquí te pillo, aquí te mato”. Como es lógico, ese no era un lugar para recrearse, pero Axel no estaba dispuesto a perder la oportunidad de poseerme allí mismo ni tampoco la de demostrarme lo mucho que me echaba de menos y lo importante que era para él hacerme sentir que era suya, ya de buena mañana.

Sus embestidas eran bestiales mientras a mi oído llegaban, a modo de susurros, frases que me indicaban lo mucho que me deseaba y las ganas que tenía de hacer aquello que estaba haciendo de un modo brutal mientras amasaba mi cuerpo al completo, ese que desnudó para él y del que tanto parecía disfrutar.

Con su miembro en mi interior, de espaldas a él, yo me sentía recorrida por sus manos y por su lengua, la cual, como si se tratase de una lengua de lava ardiente, también me degustaba, lamiéndome a placer. Yo debía ahogar los gemidos que aquella tórrida escena me sacaba y eso nos hacía entrar a ambos en una espiral morbosa indescriptible.

—Aguanta, Alba, aguanta—me decía y yo me derretía para él, especialmente por los bajos. No podía gustarme más, era irresistible. Llevaba todo el finde pensando en repetir aquello que comenzamos en la noche del viernes. Pese a ello, reconozco que me pilló totalmente de improviso aquel polvo en el sofá de un despacho en el que la respiración se me cortaba y me dejaba sin aliento.

Los cristales se empañaban mientras que nuestros cuerpos seguían unidos, jadeantes, en una espiral sexual que no atrapaba y de la que no podíamos escapar tan fácilmente. Tras mi primer orgasmo, él salió para hundir su cabeza en mi entrepierna. Me encontró palpitante, vibrando para él, con un temblor incontenible provocado por ese orgasmo que logró encadenar con un segundo.

Para reprimir el grito que estaba por emanar mi garganta, traté de cogerme a la aterciopelada tela del moderno sofá, pero esta se me escapaba, razón por la cual terminé por tirar de su pelo. Lo hice también con fuerza incontenible y a él pareció gustarle, si bien no tardó en devolverme el tirón de mi pulida coleta en el momento en el que me coloqué sobre él y tiró de esta hacia atrás, arqueando mi cuerpo al completo y exponiéndolo más para él.

Era un sexo sofocante, un sexo que me secaba la garganta a base de gemir y gemir, pues me provocó un nuevo orgasmo en esa postura, gracias no solo al certero y experimentado movimiento de su miembro en el interior de mi vagina, sino también a que dio rienda suelta a esa lengua suya que parecía tener vida propia, lamiendo mis senos.

Empapé su miembro y él se volvió aún más loco. Lo hice mientras cada vez me arqueaba más con ese sugerente tirón de coleta que le dejó mi cuello a su merced, el cual estuvo a punto de morder.

—No me seas vampiro, que no quiero salir de aquí con un moratón—le dije. Por cierto, qué distinto habría sido al que me hizo ese imbécil de Fernando el día que quiso obstaculizar mi salida del hotel. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados desde entonces y allí me encontraba, en el despacho del abogado más deseado de la ciudad, con él degustando cada uno de los centímetros de mi piel.

¹ No hace falta decir que me tuve que acicalar bastante antes de salir de ese despacho. Él me contemplaba mientras

me peinaba ante el espejo y en su mirada se veían las ganas de comenzar de nuevo con la faena.

—Yo ya me voy, que tengo mucho trabajo y, a este paso, no avanzamos—le sonreí.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no avanzamos? —me preguntó caminando hacia mí con aires felinos.

—En el trabajo, ya me has entendido, ahí te quedas—le saqué la lengua.

—Te veo luego, belleza—me guiñó el ojo.

me peinaba ante el espejo y en su mirada se veían las ganas de comenzar de nuevo con la faena.

—Yo ya me voy, que tengo mucho trabajo y, a este paso, no avanzamos—le sonreí.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no avanzamos? —me preguntó caminando hacia mí con aires felinos.

—En el trabajo, ya me has entendido, ahí te quedas—le saqué la lengua.

—Te veo luego, belleza—me guiñó el ojo.

Capítulo 37



El miércoles, la semana iba avanzando y también nuestras ganas de estar juntos. Por fortuna, yo no soy de las que se distraen con una mosca que pase, dado que tenía muchísimo trabajo. Por cierto, que aquella mañana tuve un rifirrafe con Sonia.

—Ese expediente es mío—señaló a uno que tenía yo encima de la mesa.

—Eso es imposible, Judith lo dejó en mi casillero—le indiqué a ese en el que nos dejaba los expedientes, debidamente clasificados en tres grupos, para nosotras dos y para Alberto.

—De eso nada... Lo dejó en el mío.

—Sonia, de verdad, yo no quiero bronca contigo, me cansa mucho, déjalo estar.

—¿Que lo deje estar? De todos los casos que nos han asignado, ese es el más importante, y tú te lo has agenciado por toda la cara. Tienes unas ganas de pasarnos por lo alto que dan asco—me soltó.

—¿Perdona? Eso no te lo voy a permitir. Yo no escalaría peldaños a costa de pisar a mis compañeros, eso jamás.

—A mí no me vengas con argumentos de mosquita muerta porque no me los creo, es así de sencillo. Tú puedes decir misa, pero la evidencia es la evidencia.

—Y lo evidente es que te mueres de envidia porque se lo asignaron a ella. Yo también lo vi en su casillero—intervino Alberto, que siempre me daba la razón.

—Ya tardabas tú en saltar. Mira, que se te caigan los calzoncillos hasta el suelo cada vez que la veas aparecer no justifica que le des la razón cuando no la lleva.

Las mejillas de Alberto se tiñeron de rojo, ya que ella habló de algo que para mí era cierto, pero que jamás habría mencionado.

—Qué asco me das, Sonia—respondió mi compi en el colmo del apuro.

—A mí plin, y de paso, aprovecho para decirte que yo de ti no me haría ilusiones con ella porque esta pica alto, muy alto...

—¿Te quieres callar ya? —le solté en tono amenazante porque me sacaba de quicio.

—Ya, a ver si te crees que porque me calle no tengo ojos en la cara. Has engatusado a Axel desde el primer día, veo cómo te mira cuando pasa.

—Eso no significa nada—añadió Alberto, quien debía pensar que él me miraba igual y que entre nosotros no había nada de nada.

—Tus ganas de que no signifique nada. Yo creo que últimamente no enseña las rodillas porque debe tener dos círculos rojos en ellas cada vez que sale de su despacho.

—Última insinuación que haces de ese tipo—afirmé de modo tajante.

—¿O qué? ¿O irás a contárselo a la jefa? Igual hasta vendría a darme las gracias por hacer sonar la alerta de interesada, que eso eres tú.

—Mira, Sonia, lo tuyo es espantoso. Vete a la mierda y déjame en paz, te lo digo de verdad. A ti lo que te jode es que me estén asignando casos importantes cuando llevo aquí dos días. Pues chica, es lo que hay, ajo y agua... Ya sabes a joderse y a aguantarse.

En mi vida he fardado de nada, lo digo muy en serio. Odio a la gente que se vanagloria de sus logros, pero es que aquella niñata me sacaba de quicio con sus insinuaciones. Según ella, yo buscaba en Axel ponerme por encima de los demás, cuando la realidad es que él me gustaba con locura. Lo nuestro había representado para mí como una especie de renacer tras un largo letargo en el que mi vida amorosa entró en pausa.

Seguía contrariada al final de la mañana cuando me encontré con él.

—¿Y esa cara? ¿Qué le pasa a lo más bonito? —me preguntó.

—Nada, que la gente comienza a darle a la lengua, Axel. Esto me va a estallar en toda la cara en tres, dos, uno...

—Supongo que por gente querrás decir Sonia y que por estallarte en la cara te refieres a que mi madre se entere. Tranquila, que todo saldrá genial, respira hondo y toma nota de lo que te voy a proponer.

—¿Una proposición indecente a estas horas? Me temo que es imposible, me esperan en casa para comer—le contesté.

—Esa respuesta no me ha gustado demasiado, ¿crees que es sexo todo lo que pretendo contigo? —me preguntó con tristeza y también con determinación mientras llevaba un mechón de cabello tras mi oreja.

—No, perdona, no he querido decir eso. Es que Sonia me trastoca.

—Ya lo veo, ya. Estás muy estresada, a ti lo que te hace falta es un viajecito.

—Sí, claro, para viajecitos estoy yo con Lucas y demás.

—Solo un fin de semana, ¿sería demasiado pedirle que me dejase a su mami un fin de semana? —me preguntó.

—Me pillas totalmente desprevenida, Axel—le dije con tanto desconcierto como ilusión, dado que es innegable que me la hacía.

—Esa es la idea, ¿qué me contestas? Tengo que desplazarme a Santiago de Compostela este viernes, cuando salga de trabajar. Se trata de entrevistarme con un cliente de toda confianza que vive allí y que va a recibir una impresionante herencia que le gestionamos nosotros, dado que su fallecido tío, que vivía aquí, nos lo encargó. Quiere que le explique algunos aspectos de esta, que es algo complicada de entender, y por eso voy a verle personalmente.

—Ya, supongo que no es fácil que un abogado tan reputado como tú se mueva así por una minucia.

—No, se trata de un tema importante, pero ya que me muevo, me gustaría disfrutar de la ciudad un par de días, ¿lo conoces?

—No, no tengo la suerte... He estado en Pontevedra, pero poco más.

—Pues ya es hora de que la vayas conociendo, Santiago enamora, ya lo verás—me dio un beso y salió andando.

—¿Una proposición indecente a estas horas? Me temo que es imposible, me esperan en casa para comer—le contesté.

—Esa respuesta no me ha gustado demasiado, ¿crees que es sexo todo lo que pretendo contigo? —me preguntó con tristeza y también con determinación mientras llevaba un mechón de cabello tras mi oreja.

—No, perdona, no he querido decir eso. Es que Sonia me trastoca.

—Ya lo veo, ya. Estás muy estresada, a ti lo que te hace falta es un viajecito.

—Sí, claro, para viajecitos estoy yo con Lucas y demás.

—Solo un fin de semana, ¿sería demasiado pedirle que me dejase a su mami un fin de semana? —me preguntó.

—Me pillas totalmente desprevenida, Axel—le dije con tanto desconcierto como ilusión, dado que es innegable que me la hacía.

—Esa es la idea, ¿qué me contestas? Tengo que desplazarme a Santiago de Compostela este viernes, cuando salga de trabajar. Se trata de entrevistarme con un cliente de toda confianza que vive allí y que va a recibir una impresionante herencia que le gestionamos nosotros, dado que su fallecido tío, que vivía aquí, nos lo encargó. Quiere que le explique algunos aspectos de esta, que es algo complicada de entender, y por eso voy a verle personalmente.

—Ya, supongo que no es fácil que un abogado tan reputado como tú se mueva así por una minucia.

—No, se trata de un tema importante, pero ya que me muevo, me gustaría disfrutar de la ciudad un par de días, ¿la conoces?

—No, no tengo la suerte... He estado en Pontevedra, pero poco más.

—Pues ya es hora de que la vayas conociendo, Santiago enamora, ya lo verás—me dio un beso y salió andando.

Capítulo 38



Hablé con Julen. Sé que puede sonar a algo así como arrimarme al sol que más calienta, cuando la semana anterior dejé a Lucas en casa de Julia contra su voluntad, pero más bien obedecía a un plan. Si tenía que cuidar al crío, no podría verse con Olga por mucho que intentasen quedar a espaldas de Rubén.

—Ve tranquila, yo me quedo con él—me dijo y, al menos, caí en que Lucas seguía siendo muy importante para él por mucho que yo a Julen ya no pudiera verle con los mismos ojos.

Se lo comenté a Axel a la mañana siguiente y él lo flipaba.

—Genial, si es que yo lo sabía, por eso saqué anoche un par de billetes.

—¿Estás loco? ¿Por qué hiciste eso sin saber que podría?

—Porque tenía la certeza de que harías todo lo posible. Y no me equivoqué, a la vista está. Me muero por hacer esa escapada conmigo.

—Oye, ¿y si yo no hubiese podido ir? —arqueé una ceja.

—No sé, pues el billete habría que aprovecharlo. Imagino que se lo habría ofrecido a otra—me dijo y me vio la cara, que estaba a punto de estallar—. Boba, ¿a quién se lo voy a ofrecer? ¿A la siesa de Sonia?

—No sé, cuéntamelo tú.

—Pues mira, te lo voy a contar, ¿sabes lo único que habría podido suceder?

—Ahora que lo dices, no.

—Pues que habría sacado un tercer billete para Lucas, solo eso.

Se me iluminó el rostro en ese instante, dado que esas ya eran palabras mayores.

—Te lo agradezco infinito, pero es que al crío no quiero meterle todavía en...

—Y es normal, habla de ti como una madre responsable y lo respeto. Solo quiero que sepas que yo no habría tenido ningún problema, ¿vale?

—Vale—afirmé sonriente.

Un rato después, todavía me duraba la sonrisa cuando me tomaba un cafecito con Judith.

—Esto va que vuela. De finde con él, qué gozada. Disfruta mucho, mi niña, te lo mereces—me decía.

, —Me da un poco de miedo, no lo puedo evitar. Yo no quiero que Bárbara lo sepa todavía, necesito un poco más de tiempo.

—¿Y tú crees que él va a ir corriendo a contárselo? Pues sí, anda que el tío tiene una pinta de sufrir mamitis... Ni en broma, Axel es un hombre independiente. Tú tranqui, que este no es de los que se pasan la vida cogidos a las faldas de su madre. Qué horror, yo es pensar en un tío así y me sale urticaria. Tuve un novio, con el que casi me caso, que me quitó la idea cuando me sugirió que nos podíamos llevar a su madre de luna de miel a Nueva York, que la pobrecita no había salido nunca de España y que le hacía mucha ilusión. Yo era un poco niña por aquel entonces, lo cual no evitó que le plantara, no me hizo falta más.

—Pues sí, yo no me imagino a Bárbara metiendo las narices en nuestros asuntos. Ella parece ir por libre, esa parte la tendría ganada en el caso de que esto vaya para algún lado, que igual se queda en un finde y ya.

—Ya, en un finde detrás de otro, querrás decir. Esto huele asquerosamente a compromiso, nena, ¿tú has pasado el COVID?

—Sí, dos veces, ¿por?

—Porque igual te afectó al olfato. Yo lo pillé una vez, pero huelo perfectamente—me sonrió.

Yo lo que olía es que sería un fin de semana tan romántico como fogoso. Hasta allí llegamos finalmente en el coche de Axel, contra todo pronóstico, porque surgió un problema en el vuelo que nos comunicaron un rato antes y no quiso esperar. Su coche era uno de alta gama con todo lujo de comodidades en el que charlamos por los codos durante las aproximadamente cuatro horas que separan nuestra ciudad de Santiago, esa otra que tantas gana tenía yo de conocer y más en su compañía.

Iba por el camino cuando me acordé de Rodolfo, un cliente mío que era de allí y que siempre me decía que debía visitarla, que él en Salamanca, por preciosa que fuera, solo estaría unos años, y que su vida quería terminarla en el mismo lugar en el que comenzó.

Solían ser ratos, mientras se vestían normalmente, en los que algunos te hablaban de cosas así de mundanas y hasta personales, una vez que sus más primarios impulsos habían quedado satisfechos. Una curiosidad como cualquier otra.

Rodolfo me contaba que su ciudad, esa que avistan con ansia los peregrinos que hacen el Camino de Santiago, es mucho más que un lugar al que llegar tras un tránsito tan reconfortante como extenuante.

Él me hablaba de que esa que acogía a la famosísima Catedral sita en la Plaza del Obradoiro, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco por algo, como es de imaginar, y que hay que viajar hasta ella y perderse en sus calles para entenderlo.

Siempre me gustó el arte y, aparte del Derecho, no me habría importado cursar la carrera de Historia del Arte si no hubiese tenido la necesidad imperiosa de comenzar a ganar dinero, lo cual no significa que no supiera (y eso se lo explicaba yo a Rodolfo cuando él me hablaba de sus sensaciones) que parte del encanto de esa ciudad reside en la perfecta mezcla de barroco, románico y gótico que se da en ella.

De lo que Rodolfo me hablaba, y eso era lo que yo estaba por comprobar, tenía más que ver con lo especial que resulta que en ella los bares, restaurantes y cafeterías estén siempre de bote en bote, sobre todo, al lado de esa cosmopolita plaza en la que personas de todas las nacionalidades se abrazan al ver cumplido uno de sus sueños: un peregrinar que los convierte en hermanos y que no entiende de fronteras.

Todo eso lo tenía yo por descubrir mientras llegamos a aquel hotel con tanto encanto, muy cercano a la plaza, y en el que dejamos nuestras maletas con intención de salir a cenar y disfrutar del ambiente festivo de una noche de viernes de otoño en la que, tras caer chuzos de punta en los días anteriores, como nos comentaron en el restaurante, la lluvia nos dio una tregua para disfrutar de un precioso paseo nocturno que nos llevó a sumergirnos en el increíble ambiente de alrededor de la plaza, donde la tuna amenizaba, y la gente cantaba y bailaba...

Fuimos unos turistas más de los que lo dimos todos al ritmo de esa evocadora tuna que me transportó a tiempos atrás, a cuando yo era una niña y le escuchaba a mi padre cantarle a mi madre la famosa canción de “Clavelito”, esa que tanto les gustaba a ambos, por mucho que ellos nunca pisaron una universidad.

Iba por el camino cuando me acordé de Rodolfo, un cliente mío que era de allí y que siempre me decía que debía visitarla, que él en Salamanca, por preciosa que fuera, solo estaría unos años, y que su vida quería terminarla en el mismo lugar en el que comenzó.

Solían ser ratos, mientras se vestían normalmente, en los que algunos te hablaban de cosas así de mundanas y hasta personales, una vez que sus más primarios impulsos habían quedado satisfechos. Una curiosidad como cualquier otra.

Rodolfo me contaba que su ciudad, esa que avistan con ansia los peregrinos que hacen el Camino de Santiago, es mucho más que un lugar al que llegar tras un tránsito tan reconfortante como extenuante.

Él me hablaba de que esa que acogía a la famosísima Catedral sita en la Plaza del Obradoiro, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco por algo, como es de imaginar, y que hay que viajar hasta ella y perderse en sus calles para entenderlo.

Siempre me gustó el arte y, aparte del Derecho, no me habría importado cursar la carrera de Historia del Arte si no hubiese tenido la necesidad imperiosa de comenzar a ganar dinero, lo cual no significa que no supiera (y eso se lo explicaba yo a Rodolfo cuando él me hablaba de sus sensaciones) que parte del encanto de esa ciudad reside en la perfecta mezcla de barroco, románico y gótico que se da en ella.

De lo que Rodolfo me hablaba, y eso era lo que yo estaba por comprobar, tenía más que ver con lo especial que resulta que en ella los bares, restaurantes y cafeterías estén siempre de bote en bote, sobre todo, al lado de esa cosmopolita plaza en la que personas de todas las nacionalidades se abrazan al ver cumplido uno de sus sueños: un peregrinar que los convierte en hermanos y que no entiende de fronteras.

Todo eso lo tenía yo por descubrir mientras llegamos a aquel hotel con tanto encanto, muy cercano a la plaza, y en el que dejamos nuestras maletas con intención de salir a cenar y disfrutar del ambiente festivo de una noche de viernes de otoño en la que, tras caer chuzos de punta en los días anteriores, como nos comentaron en el restaurante, la lluvia nos dio una tregua para disfrutar de un precioso paseo nocturno que nos llevó a sumergirnos en el increíble ambiente de alrededor de la plaza, donde la tuna amenizaba, y la gente cantaba y bailaba...

Fuimos unos turistas más de los que lo dimos todos al ritmo de esa evocadora tuna que me transportó a tiempos atrás, a cuando yo era una niña y le escuchaba a mi padre cantarle a mi madre la famosa canción de "Clavelito", esa que tanto les gustaba a ambos, por mucho que ellos nunca pisaron una universidad.

Capítulo 39



Me desperté antes que él y me perdí en la visión de esa cara tan preciosa que tenía, con un cuello ancho y fuerte, del estilo de los cuellos de los pilotos de Fórmula 1.

—¿Qué miras? —me preguntó minutos después mientras se desperezaba.

—Que eres muy guapo, aunque eso ya te lo habrá dicho tu madre—le sonreí.

—Mi madre no es de echarme muchas flores, si te digo la verdad.

—¿No? Pues a mí me dijo que eras realmente brillante, mucho.

—Ya, en lo profesional me respeta bastante, pero no es de mi madre de quien quiero hablar en este momento. Ver aquí...

Ya estaba de nuevo el lío y eso que él tenía que verse un rato después con el cliente. Yo no le acompañaría porque no era un tema de mi competencia y porque prefería que no llegara a oídos de Bárbara que yo estaba allí con su hijo, por si las moscas.

Un rato después, apenas con un café en el cuerpo, puesto que no le dio tiempo de más, salía ya andando a toda prisa.

—Espera, que se te desabrocha el botón del cuello. No me extraña, si lo tienes como un toro—le dije.

—La madre que me parió, tendrá que ser como un toro—me sonrió.

—Pues sí, y a la madre que te parió mejor seguimos sin nombrarla mucho, que me da grima.

—¿Ni siquiera para decirle arpía? Oye, que ahora seas mi novia no quiere decir que ya no puedas meterte con ella

—¿Tu novia? —le pregunté al vuelo, la ocasión lo merecía.

—Pues claro que sí, ¿es que no lo sabías? Cielos, vaya tela. Pues nada, ya lo sabes, de manera que tendremos que celebrarlo esta noche—me soltó antes de salir a la carrera, puesto que iba justo de tiempo.

Le vi irse y yo, todavía con la sonrisa en los labios, traté de digerir eso que acababa de confesarme. En otro momento, habría llamado de inmediato a Olga y a Julen para contárselo, puesto que ellos siempre fueron mis mejores amigos y mis confesores, pero no fue el caso. Ese par de traidores ya no merecían mi confianza. Ya me pondrían en bandeja de plata la ocasión de quitarles la careta, porque eso no se quedaría así.

Preferí apartar tal pensamiento de mi mente, ya que no me hacía ningún bien, y entonces salí a la calle para comprarle algún regalito a mi niño, que me lo había pedido. Normal, yo no sabía quién era el padre de Lucas. Quiero decir, que sí que lo sabía, pero que ignoraba quién era realmente ese chico que me embarazó en una noche de juerga. Sin embargo, a falta de contar con esa información, siempre bromeaba con que a mi peque la boca se la hizo un fraile, ya que no perdía la ocasión de pedir.

Disfruté muchísimo de ese Centro Histórico en el que estábamos alojados y que aparecía ante mí salpicado de tiendas de artesanía de esas que te transportan al pasado, en una era en la que la tecnología lo domina todo, y de unos mercadillos de libros y antigüedades que me dejaron boquiabierta.

Soy muy aficionada a la lectura. De hecho, sigo desde hace tiempo a un grupo de once autores de libros de romántica, con toques de humor y erotismo, que me han sacado más de una sonrisa en un día gris, algunas veces hasta llegar a las carcajadas, pero que también me han puesto los vellos de punta y me han provocado las lágrimas en más de una ocasión. En fin, la moraleja de todos esos libros viene a ser que la vida es bella, pero que lo es más todavía con amor. Y creo que tienen mucha razón.

Después de comprarle a mi niño varios recuerdos de la ciudad, que incluían una bonita camiseta y una sudadera, me perdí en el apreciado mercado de abastos, en el que se ofrecían unas empanadas rellenas con todo tipo de delicias a las que sucumbí, probando un trozo de una que llevaba pulpo y que me hizo estremecer. Aunque para pulpo el que vendían en algunos puestos, tan frescos que te parecía que te iban a saltar encima. Y, si eres amante del queso, como es mi caso, ya te digo que no resistirás tampoco la tentación de probar ese exquisito de tetilla que encontrarás cuidadosamente expuesto.

Con tanto derroche gastronómico uno podría pensar que llegué harta al almuerzo, en el que me reuní con Axel, pero nada más lejos de la realidad. Todavía me quedaba por probar la frescura del pescado y del marisco de uno de los mejores restaurantes de la *Rua Do Franco*, uno en el que, al igual que en el de la noche anterior, le conocían.

—He venido muchas veces a Santiago por trabajo y por gusto. Estoy enamorado de esta ciudad—me decía mientras comenzábamos a brindar con un exquisito vino de la tierra.

—Es lo que tiene, que debes ser muy enamorado—le dije.

—No vayas por ahí, aunque de ti sí que me estoy enamorando, Alba, irremediablemente.

Me decía esas cosas y yo sentía que tendría que recogerme con una cucharilla porque me derretía ante el fuego de unos ojos que, paradójicamente, no eran del color de las llamas, sino de un azul al que yo no quería renunciar a mirar.

Me gustaba. Me encantaba mirar esos ojos que me daban vida y a los que era un gusto asomarse... Mi mirada también parecía darle vida a él, así que estábamos empatados.

|

;

!

—Es lo que tiene, que debes ser muy enamorado—le dije.

—No vayas por ahí, aunque de ti sí que me estoy enamorando, Alba, irremediablemente.

Me decía esas cosas y yo sentía que tendría que recogerme con una cucharilla porque me derretía ante el fuego de unos ojos que, paradójicamente, no eran del color de las llamas, sino de un azul al que yo no quería renunciar a mirar.

Me gustaba. Me encantaba mirar esos ojos que me daban vida y a los que era un gusto asomarse... Mi mirada también parecía darle vida a él, así que estábamos empatados.

Capítulo 40



Con la tarea ya cumplida, como él decía, dedicamos toda la tarde al ocio.

Cogimos el coche y salimos de Santiago. A pesar de que la ciudad es tan mágica como maravillosa, nos apetecía ver más cosas. Bueno, a mí, él se las conocía muy bien y lo que le apetecía era enseñármelas. Yo me mostraba encantada con ese guía tan particular que me había salido.

Lucas me llamó mientras Axel conducía y puse el manos libres para que le escuchara. Sabía que era muy pronto, que no debía precipitarme, pero miento si no reconozco que me hacía ilusión que Axel se fuese familiarizando con las cosas de mi hijo, con su voz, con sus ocurrencias infantiles...

—Mami, mami, ¿me has comprado algo? —me preguntó sin más, porque los niños no tienen filtro y porque esa es una de las características que los hace tan especiales.

—Sí, cariño. Te he comprado varias cositas del Camino de Santiago, ¿recuerdas que te hablé de él?

—Sí, de ese camino tan largo y chulo, que es más de uno, dependiendo de dónde salgas, me acuerdo, ¿tú lo estás haciendo?

—No, cielo, para eso se necesitan muchos días y yo no los tengo.

—Si es porque tienes que cuidarme, disfruta, que Julen me cuida muy bien—me recordó.

Eso que tantas veces agradecí al cielo, en ese momento me resultaba controvertido. Yo estaba haciendo el paripé con Julen, lo cual no evitaba que siguiese muy dolida con él, y me daba miedo pensar que pudiésemos salir como el rosario de la aurora.

Seguí hablando con mi niño un ratito y, cuando colgué, Axel me miró.

—¿De verdad nunca has tenido nada con el tal Julen? —me preguntó.

—¿Alguien tiene un ataque de celillos? De verdad de la buena...

—Me extraña mucho viniendo de un hombre que debe quererte y que lleva años compartiendo tu vida, ¿acaso...?

—No es gay si eso es lo que estás pensando. Simplemente le hice prometer en su día que no trataría de que lo tuviésemos.

—Y es un tío de palabra, porque si te soy sincero no creo que le hayan faltado ganas, ¿por qué hiciste eso?

—Bueno, dejémoslo en que entonces mi vida era un poco complicada—suspiré.

Infinidad de pueblos de cuento, miradores, pozos, cascadas... Cuanto veía a mi alrededor me flipaba y queríamos aprovechar las escasas horas de luz que nos quedaran antes del anochecer para ver esos lugares con encanto.

Paramos para tomar un cafelito en Ponte Ledesma, uno de esos pueblos dignos de fotografiar que se sitúa en el río Ulla. Axel me comentó que su especial ubicación, al encontrarse en la parte que hace de límite con Vila Cruces (en Pontevedra) y Boqueixón (en A Coruña), lo convirtió en zona de obligado paso durante los tiempos del Imperio Romano o en lugar de contienda en el que plantar cara a los franceses durante la Guerra de Independencia española.

Si algo destacaría de aquel lugar impresionante de cabo a rabo, como suele decirse, fue el encanto de su puente medieval, al que me asomé, tomándome Axel varias fotos y luego poniéndose él para que tuviéramos el recuerdo de un selfi en el que me hizo reír y salimos a carcajada limpia. Caí en la cuenta de que era nuestro primer selfi y lo guardé en la galería como oro en paño.

—No me favorece—se quejó—, se me ve hasta la campanilla.

—Tú lo que quieres es que te diga que estás guapo de todas formas, pues no lo vas a lograr, chínchate.

—Trae, que se lo envió a mi madre, y te chincharás tú.

—No serás capaz—le decía yo mientras salía corriendo detrás de él.

Volvimos al hotel mientras anochecía. Estábamos reventados y, aun así, nos dimos una duchita y volvimos a salir a disfrutar de la noche. La gastronomía gallega tiene una fama tan extraordinaria como merecida y nos sentíamos incapaces de no volver a gustarla. Tras una copiosa cena, decidimos volver al hotel.

—La copa nos la tomamos allí, ¿te parece? —me propuso porque ciertamente estábamos reventados y porque ya

teníamos ganas de volver a esa intimidad que tenía las horas contadas, debido a nuestra vuelta.

Llegamos al hotel y pedimos que nos subieran hielo a la habitación, una cubitera que nos permitiese prepararnos unas copas con algún licor del botellero que incluía la exclusiva habitación en la que nos alojamos.

—Sabes que no podremos estar mucho tiempo así, ¿verdad? —me decía mientras nos bebíamos el contenido de esas copas y mientras él comenzaba a jugar con uno de los cubitos de hielo sobre mi cuerpo.

Dado que teníamos la calefacción puesta, no sentíamos ningún frío en la habitación y hasta diría que, tras el inicio del respingo, me resultó muy refrescante el jueguecito, ya que volvía a arder a su lado.

Lo morboso que pudo llegar a ser, con el hielo fundiéndose sobre mi ardiente piel y con su lengua lamiendo el reguero que iba dejando, no puedo ni describirlo. Solo puedo decir que de nuevo sentí que se me curvaban hasta las plantas de los pies y que el corazón se me aceleraba, más cuando ese cubito, ya diminuto, acabó en sus labios y él lo traspasó a los míos. Por pequeño que fuese, lo deshice en mi seca boca, porque así me la dejaba cada vez que aquella espiral de sexo comenzaba, y sentí un increíble alivio al paso del agua por mi garganta, mientras que mi inflamado clítoris empezaba a dar señales de que explotaría antes que después.

Otra nueva noche de pasión que se extendería hasta altas horas de la madrugada, hasta un momento en el que ya no pudimos más y yo me eché a dormir en su pecho, notando su agitada respiración, puesto que nos poníamos tan a mil que después nos costaba tranquilizarnos. Una locura, una locura total que no había hecho más que comenzar según me recordaba él a menudo.

teníamos ganas de volver a esa intimidad que tenía las horas contadas, debido a nuestra vuelta.

Llegamos al hotel y pedimos que nos subieran hielo a la habitación, una cubitera que nos permitiese prepararnos unas copas con algún licor del botellero que incluía la exclusiva habitación en la que nos alojamos.

—Sabes que no podremos estar mucho tiempo así, ¿verdad? —me decía mientras nos bebíamos el contenido de esas copas y mientras él comenzaba a jugar con uno de los cubitos de hielo sobre mi cuerpo.

Dado que teníamos la calefacción puesta, no sentíamos ningún frío en la habitación y hasta diría que, tras el inicial respingo, me resultó muy refrescante el jueguito, ya que volvía a arder a su lado.

Lo morboso que pudo llegar a ser, con el hielo fundiéndose sobre mi ardiente piel y con su lengua lamiendo el reguero que iba dejando, no puedo ni describirlo. Solo puedo decir que de nuevo sentí que se me curvaban hasta las plantas de los pies y que el corazón se me aceleraba, más cuando ese cubito, ya diminuto, acabó en sus labios y él lo traspasó a los míos. Por pequeño que fuese, lo deshice en mi seca boca, porque así me la dejaba cada vez que aquella espiral de sexo comenzaba, y sentí un increíble alivio al paso del agua por mi garganta, mientras que mi inflamado clítoris empezaba a dar señales de que explotaría antes que después.

Otra nueva noche de pasión que se extendería hasta altas horas de la madrugada, hasta un momento en el que ya no pudimos más y yo me eché a dormir en su pecho, notando su agitada respiración, puesto que nos poníamos tan a mil que después nos costaba tranquilizarnos. Una locura, una locura total que no había hecho más que comenzar, según me recordaba él a menudo.

Capítulo 41



Ese día tocaba ir regresando a casa, algo que no haríamos hasta después de almorzar. Ya que estábamos allí, quisimos apurar las horas. Se veía que, a él, lo mismo que me sucedía a mí, todas le parecían pocas para estar a mi lado.

La mañana se presentó nublada, pero la lluvia volvió a respetarnos. Para la época del año en la que estábamos, debíamos dar gracias.

—No quiero que nos vayamos sin que conozcas uno de mis lugares preferidos de la zona—me indicó.

—Pues nada, mi guía, soy toda tuya—le dije.

—Eso ya lo noté anoche, y créeme que es formidable... Formidable de verdad—me indicó.

Me volvía loca que me dijese esas cosas y yo también me sentía igual cuando le notaba tan mío, tan entregado a una causa que debía interesarle de verdad, puesto que de otro modo no tenía por qué representar ningún papel.

Llegamos al lugar en cuestión. Él me había advertido que vistiese atuendo deportivo y lo entendí.

—Mira, la llaman “la cascada escondida” —me comentó en aquel paraje.

En pleno río Tambre, la cascada natural de pocos metros de altura exhibía una belleza que me encandiló por completo.

—Ay, por favor, pero si es preciosa—murmuré porque aquella escapada estaba siendo muy especial, debido a que no solo gozaba de su compañía, sino que estaba descubriendo lugares de una belleza sublime, tanto que a veces me sobrecogía.

La cascada cuenta a sus pies con una profunda poza que se conoce como el Pozo Negro. Una preciosa ruta de senderismo, de varios kilómetros, me habría descubierto una magnífica ruta circular de la que Axel me habló. No

podría ser en ese día, en el que de por sí nos levantamos tarde y, tras almorzar, debíamos poner rumbo a Salamanca, donde mi chiquitín me esperaba con los brazos abiertos.

Por cierto, que Olga me escribió y con ella también representé mi papel. No quería levantar la liebre hasta no saber cuál era la verdadera situación de aquellos dos, que puede que estuviesen en comunicación a todas horas.

Terminamos almorzando en un precioso restaurante con estremecedoras vistas y poniéndonos de nuevo hasta arriba de carne, churrasco y pulpo.

—Te digo de verdad que no hace falta que me lleves a Salamanca en coche, podría llegar rodando—le decía yo.

i —Quiero que disfrutes de lo mejor y en todo momento—brindo por eso—me comentó.

Se trató de un almuerzo formidable, con Axel siempre provocando mis risas. Yo tenía un gran sentido del humor en el pasado, uno que quedó adormecido por los acontecimientos que sacudieron mi vida y que, no obstante, él había sabido despertar.

Tras tomar un par de cafés, y dar una última vuelta cogidos de la mano por los alrededores, llegó la hora de subirnos al coche y despedirnos de esa maravillosa tierra que nos agasajó con una bienvenida inolvidable.

Soy de agradecer mucho al universo todo lo bueno con lo que te obsequia y, al dejar atrás esa zona de *meigas* en la que la magia lo envuelve todo, agradecí la posibilidad de haber podido pasar unos días inigualables con él.

Nada más comenzar Axel a conducir, empezaron a caer unas primeras gotas, unas que nos indicaban que la tregua que nos concedió el tiempo había llegado a su fin y que la característica lluvia gallega volvería a caer en sus verdes parajes aquella tarde.

—A lo justo comienza a llover, hemos podido verlo todo genial.

—La lluvia no encoge, no habría pasado nada... Un par de paraguas y punto.

—Tú siempre tienes soluciones para todo. Eso me gusta—observé.

’ —La vida es sencilla si sabes vivirla, Alba, somos nosotros quienes la complicamos.

—A veces las complicaciones vienen solas, eso también....

—Ya, lo dices por lo de tus padres, eso no te lo puedo rebatir. Pero mírate, has salido hacia delante como una campeona, además de que eres una chica feliz... Y mucho más que lo vas a ser, eso te lo prometo.

Era escucharle decir esas cosas y estremecerme de pies a cabeza. Axel no tendría que decirlas si solo quisiera un rollo conmigo, de modo que debería comenzar a creer en sus palabras. Pensaba en lo mucho que eso cambiaría nuestra vida mientras le daba vueltas.

—Te oigo pensar—me decía.

—No puedes oírme pensar. Crees que lo haces, pero no...

—No le des vueltas, Alba, todo saldrá bien, te lo prometo.

Me lo decía mientras grandes nubarrones negros se cernían sobre nosotros. Y no lo digo en tono metafórico porque yo ya estaba comenzando a ver la luz, después de mucho tiempo en tinieblas. La tarde se estaba poniendo francamente fea, y me dio algo de miedo.

—No pasa nada, Alba, ¿por qué te muestras tan temerosa? Solo es lluvia, mal tiempo.

—Mis padres murieron en carretera, una placa de hielo me los arrebató—le conté lagrimosa.

—No debes pensar que a nosotros nos sucederá nada así, el rayo no cae dos veces en el mismo sitio y a ti ya te tocó una vez.

—Eso espero y, aun así, me da miedo. Es que cada vez llueve más, Axel, y la visibilidad es menor. Los parabrisas
l no dan abasto y...

Sé que quiso contestarme y que, sin embargo, no le dio tiempo. A mí me dejó muda la maniobra que tuvo que hacer para tratar de esquivar a ese kamikaze que quiso adelantarnos en tan peligrosas condiciones.

Todo ocurrió muy rápido, rapidísimo... Axel perdió el control del coche y, por mucho que luchó por recuperarlo, le fue imposible. Su pericia como conductor no bastó para evitar que su coche terminase en la cuneta y diese una vuelta de campana.

El negro de aquellas nubes se mezcló con la negrura que yo sentí en el interior de aquel habitáculo en el que los ojos se me cerraron mientras que un inconfundible sabor a sangre emanaba de mi boca. Sentí miedo, un miedo aterrador y paralizante. Solo podía pensar en Lucas y en que yo no quería dejarle sin madre.

Capítulo 42



No sé decir cuánto tiempo pasé en esa aterradora situación en la que me sentí muy sola, puesto que Axel estaba inconsciente y no podía contestarme. Era eso o algo peor... si bien yo prefería pensar en que estaba inconsciente.

Trataba de zafarme del cinturón, pero la postura en la que quedó el coche no me lo permitía, aparte de que soy consciente de que, en ocasiones, un mal movimiento tras un accidente puede empeorar mucho más cualquier posible lesión.

—Axel, por favor, no me hagas esto—le pedía una y otra vez tratando de que se despertase con nulo resultado.

De pronto escuché una especie de grito. No podía ver nada porque llovía a mares y era imposible a través de la ventanilla, dado que se había convertido en una cortina de agua.

Poco a poco, tomé conciencia de que sí eran gritos y de que cada vez sonaban más cercanos. Alguien había visto el coche.

Como en las pelis, me llevé un susto de muerte cuando aquella chica, pues es lo que resultó ser, y súper jovencita, aporreó mi ventana para terminar abriendo mi puerta.

Fue francamente valiente, ya que podría haberse encontrado una escena dantesca y, aun así, no vaciló en hacerlo.

—¿Cómo estáis? No te preocupes, acabo de llamar a urgencias y ya viene una ambulancia de camino, os vais a poner bien.

—Gracias, gracias, no sé cómo estoy, pero la peor parte se la ha llevado él, no me contesta, Axel no me contesta —lloré agradecida—. Igual ha recibido un impacto mortal y... No quiero ni pensarlo—mis lágrimas fueron a más

—¿Mortal? ¿Qué te has tomado? Cielos, me duele la cabeza tanto que parece que tengo una resaca de las gordas —murmuró Axel y entonces sí que lloré, pero de felicidad.

Aquella tarde pudo acabar en tragedia y, por fortuna, no fue así. Cielos, cuántas lágrimas salieron de mis ojos... He de reconocer que sí debo ser un poco brujilla, porque cuando Axel me comentó que había problemas con el vuelo y que nos íbamos en coche, sentí un mal palpito.

—¡Axel! ¡Axel! ¿Estás bien? —le pregunté sin apenas poder moverme.

—He tenido días mejores, aunque la compañía es inmejorable y eso ayuda.

—Habéis salido bien parados de esta—nos decía la chica mientras ya empezábamos a escuchar el sonido de las sirenas.

—Sí, creo que sí, aunque yo noto sabor a sangre y....

—Viene de una herida que tienes en el labio, ya sabes que la sangre es muy escandalosa—me tranquilizó ella.

La chica era pura bondad y nos estuvo alentando en todo momento. Cuando las ambulancias llegaron, porque finalmente fueron dos, acompañadas de un coche patrulla, y ella se despidió de nosotros, nos dijo que se llamaba Irene y entonces entendí que mis dos ángeles celestiales me habían echado el cable para que su nieto no se quedase huérfano.

—Irene se llamaba también mi madre, millones de gracias—le dije cogiendo mis manos.

Debía tener el carné recién sacado y lo hizo todo perfectamente. La competencia no está reñida con la edad y eso lo vimos claro en su caso.

Ya en el hospital, permanecimos varias horas en urgencias, a la espera de que nos dieran las pertinentes instrucciones. Yo llamé a Julen, quien se mostró preocupadísimo.

—Princesa, llevo a Lucas a casa de Julia y tiro para allá, ¿en qué hospital estás?

Me dolía que me llamase así, que para él las cosas no hubiesen cambiado cuando yo le estaba cogiendo semejante inquina.

—No se te ocurra hacer nada de eso, por favor—disimulé tal como había decidido hacer—. Estoy bien y parece ser que Axel también. Es un milagro, pero solo tengo una herida en el labio y ni siquiera ha precisado puntos de sutura, todo está controlado.

—Pero ¿cómo volveréis?

—Por favor, Julen, si quieres ayudarme, quédate con Lucas y déjanos hacer a nosotros.

—Entiendo, ya no somos un equipo—me contestó con tristeza.

Me dieron ganas de cantarle las cuarenta, porque si dejamos de ser un equipo no fue por mi culpa, no porque yo estuviese con Axel, sino porque él me había mentido y eso no se lo perdonaba.

—Ya está, por favor te lo pido—le colgué el teléfono.

Nos habrían podido dar el alta de no ser porque Axel estuvo inconsciente y eso requería dejarle en observación.

—Pero eso no puede ser, mañana tengo un juicio importante y no puedo quedarme aquí—le dijo a la médica.

—Nadie es insustituible, yo el alta no se lo puedo dar esta noche—le indicó tajante—. Y le recomiendo que no haga ninguna tontería para marcharse o podría lamentarlo.

—Axel tiene razón—yo estaba a su lado—. Si quieren que te quedes es por precaución y eso es por algo. Venga, no seas crío.

—Joder...

—Piensa que podría ser peor, aparentemente no nos ha pasado nada. Todos los daños se los ha llevado el coche, que ha quedado destrozado.

—El coche me importa un bledo, Alba, lo único importante es que tú estás bien—me dijo mientras me hacía una carantoña en mi magullado labio—, ¿te duele? —me preguntó preocupado.

—No, tranquilo, no me duele nada—le dije porque bastó con que él pasara sus dedos para que así fuera.

—Gracias al cielo que estás bien, pequeña, gracias al cielo—me comentó y a mí se me abrieron las puertas de ese cielo al intuir que le preocupaba más lo que me hubiese pasado a mí que a él mismo, ¿no es a eso a lo que llaman amor?

Lo peor de todo, lo que llevó fatal, fue tener que llamar a su madre para pedir que lo sustituyeran el día siguiente.

—Que sí, mamá, tranquila, que estoy perfectamente, pero que no puedo llegar para el juicio, ¿vale? Lo siento mucho y haz el favor de no darle más vueltas—le decía al colgar tras una corta conversación en la que no me mencionó para nada, como yo le rogué.

Capítulo 43



Las horas fueron pasando y yo no me movía de su lado. En mi caso sí tenía el alta, por lo que podía estar allí con él.

Axel parecía totalmente lúcido y no era probable que nada fuera mal, por lo que me fui relajando... Hasta que ya muy tarde la silueta de aquella imponente mujer me abrumó, al verla entrar por la puerta.

—Mamá, ¿se puede saber qué haces aquí? —le preguntó él, quien tampoco la esperaba, aunque para sorprendida yo, que no sabía dónde meterme.

Para mí que a ella no le cogió de improviso, que algo ya se olía, por lo que no hizo el menor aprecio a mi presencia, como si eso fuera objeto de otro episodio de una historia y en ese instante estuviésemos en el de su hijo

—Hola, Alba, ¿tú estás bien? —me preguntó muy seria, sin contestarle a su hijo.

—Bien, Doña Bárbara. Yo... yo les dejo a solas—le dije e inmediatamente me esfumé, yéndome al pasillo.

Mis mejillas debían estar a punto de explotar. La verdad siempre reluce y nada puede esconderse por toda la eternidad. En ese instante lamenté que ella se hubiera enterado de lo nuestro de ese modo, ojalá hubiera tenido yo el valor de abordarlo antes.

En cualquier caso, no parecía ser de eso de lo que hablaban, sino que ella se interesaba por su estado y él le decía que no era necesario que hubiera conducido hasta allí y blablablá.

Es lo que sucede cuando una relación está tocada, que cualquier gesto de ese tipo, que en otra familia hubiera resultado tan natural, no fue bien recibido por Axel. Entre ambos todo resultaba muy frío y para él, la presencia de su madre allí supuso un incordio más que otra cosa.

En un momento dado, ella se levantó y cerró la puerta. Lo hizo para que yo no me enterase de nada más, seguro, dado que no tuve la precaución de cerrarla yo misma al salir.

Me sentía fatal y no podía más que suspirar, ¿cómo se tomaría esa mujer el verme allí? No debía ser tan mala, pese a todo, cuando le faltó el tiempo para coger el coche y conducir una serie de horas ella sola porque, según me contó Axel después, a su padre le pilló fuera de Salamanca por negocios.

Eso esperaba, que fuera condescendiente y que supiera separar lo uno de lo otro, que no me lo tuviera en cuenta y no me hiciera la vida imposible, ojalá que estuviera en lo cierto.

Permaneció largo rato en la habitación y, para el momento en el que salió, se veía que estaba más que dispuesta a marcharse ya.

—Doña Bárbara, espero que no se haya molestado—le dije—, por lo de que esté aquí con su hijo, me refiero.

—Déjalo de inmediato, Alba, deja a Axel si no quieres pagar las consecuencias—me ordenó en un tono que más que frío, me resultó glaciante.

Me quedé helada porque todo lo que pensé durante aquellas semanas, todo lo que me temía, se vio condensado en una sola frase. Ella no lo vio mal, sino peor, por lo que me estaba transmitiendo.

—Pero eso no es justo, Doña Bárbara, no lo es, se lo digo de corazón.

¹ —Es que las cosas no siempre lo son, Alba. Si tienes metido en esa cabeza tuya un concepto de justicia ideal, te aconsejo que lo vayas sacando porque ya comprobarás como abogada que, muchas veces, la justicia no existe por ninguna parte.

—Puedo entenderlo, yo puedo entender muchas cosas, aunque no se las diga, Doña Bárbara. Pero, por favor, a mí Axel me gusta, me gusta de verdad. Sé que podría llegar a quererle mucho, yo no soy una interesada, yo no soy...

—Y yo no he venido aquí para discutir nada más. Espero que tomes nota de lo que te estoy diciendo. Y ahora, adiós.

No había visto tanta frialdad concentrada en una persona en la vida. En ese instante comprendí las palabras de Axel cuando me contó que su madre se había convertido en una persona controladora a consecuencia del poder. Sí que lo era, y lo malo es que me encontraba entre la espada y la pared.

² No hacía falta ser un lince para entender sus palabras porque me dijo alto y claro que, si no obedecía sus órdenes, terminaría por lamentarlo. Eso se traduciría en que rescindiría mi contrato y punto. Por lo visto, todas sus demás nueras pertenecían a familias adineradas de Salamanca y yo era la única que no tenía donde caerme muerta.

Entendí muy bien el mensaje y mi cuerpo entero tembló de rabia e impotencia. Ella quería otro tipo de perfil para

la mujer de su hijo, no el mío. Por mucho que apreciase mi trabajo, era obvio que yo no le parecía suficiente.

2

De nuevo, la vida me la jugaba. Yo ignoraba por qué me ponía tantas trabas en el camino, porque siempre consideré que con la valentía se va a todos lados, y yo arrojé le echaba. No obstante, no fue suficiente, eso estaba claro, siempre me fallaba, siempre terminaba por llevarse de mi lado a personas importantes.

No sabía cómo afrontar la conversación con Axel, no cuando decidí en aquel momento que no tendría más remedio que obedecer a mi jefa si no quería que me diese boleto.

La tristeza se adueñó de mí en una noche en la que muchas lágrimas brotaron de mis ojos antes de entrar de nuevo a verle. Él no estaba en condiciones de hablar de algo así, no cuando tenía un golpe en la cabeza. Yo no era como esa arpía, porque se merecía de sobra el apodo, y no le daría tal disgusto. Ya hablaríamos a la vuelta a Salamanca. Y ya le diría que lo nuestro no podía ser.

la mujer de su hijo, no el mío. Por mucho que apreciase mi trabajo, era obvio que yo no le parecía suficiente.

De nuevo, la vida me la jugaba. Yo ignoraba por qué me ponía tantas trabas en el camino, porque siempre consideré que con la valentía se va a todos lados, y yo arrojé le echaba. No obstante, no fue suficiente, eso estaba claro, siempre me fallaba, siempre terminaba por llevarse de mi lado a personas importantes.

No sabía cómo afrontar la conversación con Axel, no cuando decidí en aquel momento que no tendría más remedio que obedecer a mi jefa si no quería que me diese boleto.

La tristeza se adueñó de mí en una noche en la que muchas lágrimas brotaron de mis ojos antes de entrar de nuevo a verle. Él no estaba en condiciones de hablar de algo así, no cuando tenía un golpe en la cabeza. Yo no era como esa arpía, porque se merecía de sobra el apodo, y no le daría tal disgusto. Ya hablaríamos a la vuelta a Salamanca. Y ya le diría que lo nuestro no podía ser.

Capítulo 44



No consentí decirle nada de lo que pasó con su madre, no antes de volver a Salamanca, algo que hicimos la tarde siguiente en taxi, después de que le diesen el alta al mediodía.

Yo notaba sus ganas de saber, pero le hacía señas de que estaba el taxista delante.

—Quédate esta noche conmigo y hablamos, siento que algo se ha quebrado entre nosotros. Ha sido aparecer ella y joderlo todo, ¿me equivoco mucho? —murmuró por lo bajini cuando ya estábamos llegando a mi casa.

—Dile al taxista que nos lleve a la tuya—le respondí.

Una vez allí, abordé la conversación y él se echó las manos a la cabeza.

—¿Vas a hacerle caso? ¿De verdad se lo vas a hacer?

—Para ti es muy fácil rasgarte las vestiduras, Axel, tú tienes la espalda cubierta, ¿crees que me faltan ganas de enfrentarme a ella y de pedirle que no me mangonee? Pues no, pero es evidente que solo lograré que me despida con cualquier pretexto. Y no me lo puedo permitir. Odio la situación, pero no me lo puedo permitir.

—Yo sí que odio la situación y la odio a ella, ¿lo entiendes ahora? ¿Entiendes por lo que me hace pasar cada vez que me gusta alguien de verdad? Según mi madre, yo no tengo el talento que han tenido mis hermanos para escoger mujer, y ninguna está a la altura.

—Lo siento, lo siento de verdad, pero es evidente que os tenéis declarada la guerra y yo no quiero ser una víctima no me lo puedo permitir—suspiré mientras que las lágrimas comenzaban a recorrer mis mejillas.

—Se me parte el alma, es que se me parte. Quizás deba coger el toro por los cuernos de una bendita vez y...

—¿Y qué? ¿Qué es lo quieres hacer? —le pregunté.

—Montármelo por mi cuenta, aunque sé que puede ser muy rencorosa y entonces tratará de malmeter con todos nuestros clientes. Ninguno me seguirá y ella se quedará con el pastel al completo, hasta con la guinda, y no me dejará ni las migajas.

—Y no sería justo porque tú has trabajado mucho en ese despacho. Yo te digo que ella será buena, pero que es tu carisma el que mantiene allí a determinados clientes.

—Mi madre no sabe ver nada. Alba, no le hagas caso, por favor, no se lo hagas. Yo arreglaré la situación, yo la haré entrar en razón.

—Hoy por hoy, Axel, no puedo correr ese riesgo. Es mejor que lo dejemos aquí, ahora que aún no hay consecuencias. Todo pasa por algo y el que ella lo haya tenido que descubrir así, de una forma tan prematura, supongo que será para evitar que me encariñase más contigo—le dije llorando, con mi nariz pegada a la suya.

—No puede ser, es una puta pesadilla. No me puede estar pasando, no otra vez.

7

—Axel, yo ya me tengo que ir. No puedo más, me duele mucho la cabeza.

Tras un finde de película, me di cuenta de que, en realidad, había vivido una de miedo, porque el final no podía ser peor. Y encima yo tampoco podía librarme de las garras de esa mujer, necesitaba el trabajo y no la quería como enemiga, ya que eso podría hacerme mucho daño como abogada.

Llegué a casa en otro taxi y con los ojos empapados en unas lágrimas que traté de borrar de ellos cuando vi a Lucas.

—Mami, ¡ya has llegado! ¡Te quiero! —saltó hacia mí para recordarme que cualquier sacrificio sería poco para que mi niño estuviese bien, que todo lo hacía por él.

—Sí, vida mía, ya estoy aquí.

—Y no te ha pasado nada, solo traes un poquito de pupita en el labio—me dijo acariciándomelo.

’ —Sí, cariño mío, solo eso—le respondí mientras le abrazaba fuerte.

Poco sabía mi pequeño que la pupita la llevaba yo en el corazón. Ya había anochecido y todo lo veía tan oscuro como esa noche que se cernía sobre nuestra casa.

Julen salió también a verme y me dio otro abrazo.

—Gracias al cielo que no te pasó nada, no te puedo dejar sola, cielo—me comentó.

—No iba sola, Julen—le respondí con cierta maldad. No se lo dije a malas, que yo tenía mi estrategia, pero no pude evitar darme el gusto.

—Ya, ya lo sé. Bueno, Lucas y yo te hemos preparado cena, una de esas cremas de calabacín que tanto te gustan, ¿te das una duchita y cenas con nosotros?

—Claro—le contesté.

No me salía contarle que lo había dejado con Axel. Él no me contaba sus cosas y yo no le contaría las mías.

Me di esa ducha durante la que lloré lo más grande y, en cuanto terminé, recordé que no le había entregado los regalos a mi niño.

—Yo los estaba esperando, pero Julen me dijo que no te agobiase cuando llegaras, que sería mejor que te dieras una duchita—me contó ese sabelotodo pequeñajo cuando por fin se los di.

Miré a Julen con agradecimiento. Lo cortés no quita lo valiente y, pese a todo, él me seguía cuidando. ¿Y si, simplemente, él y Olga se habían enamorado de verdad? ¿Y si los estaba juzgando con excesiva dureza? Que engañasen a Rubén me parecía fatal, pero igual es que no sabían cómo hacerlo.

En realidad, mi cabeza ya estaba calentita con lo mío y con lo de Axel como para entrar a valorar lo del resto en unos momentos en los que era lo último que deseaba. Yo solo quería acostarme y dormir, ya que así olvidaría entre sueños.

Craso error, ya que esa noche luché por librarme de su imagen y no lo logré. Cuando me dormí, soñé con que sus labios pretendían volver a besar los míos, y yo sucumbía una y otra vez. Me desperté, me fui a la cocina y me tomé un vaso de agua.

—¿Estás bien? —me preguntó Julen al pasar por la puerta de su dormitorio. Por Dios bendito, ¿es que dormía con un ojo abierto y otro cerrado?

—Estupendamente—le contesté sarcástica.

—Gracias al cielo que no te pasó nada, no te puedo dejar sola, cielo—me comentó.

—No iba sola, Julen—le respondí con cierta maldad. No se lo dije a malas, que yo tenía mi estrategia, pero no pude evitar darme el gusto.

—Ya, ya lo sé. Bueno, Lucas y yo te hemos preparado cena, una de esas cremas de calabacín que tanto te gustan, ¿te das una duchita y cenas con nosotros?

—Claro—le contesté.

No me salía contarle que lo había dejado con Axel. Él no me contaba sus cosas y yo no le contaría las mías.

Me di esa ducha durante la que lloré lo más grande y, en cuanto terminé, recordé que no le había entregado los regalos a mi niño.

—Yo los estaba esperando, pero Julen me dijo que no te agobiase cuando llegaras, que sería mejor que te dieras una duchita—me contó ese sabelotodo pequeñajo cuando por fin se los di.

Miré a Julen con agradecimiento. Lo cortés no quita lo valiente y, pese a todo, él me seguía cuidando. ¿Y si, simplemente, él y Olga se habían enamorado de verdad? ¿Y si los estaba juzgando con excesiva dureza? Que engañasen a Rubén me parecía fatal, pero igual es que no sabían cómo hacerlo.

En realidad, mi cabeza ya estaba calentita con lo mío y con lo de Axel como para entrar a valorar lo del resto en unos momentos en los que era lo último que deseaba. Yo solo quería acostarme y dormir, ya que así olvidaría entre sueños.

Craso error, ya que esa noche luché por librarme de su imagen y no lo logré. Cuando me dormí, soñé con que sus labios pretendían volver a besar los míos, y yo sucumbía una y otra vez. Me desperté, me fui a la cocina y me tomé un vaso de agua.

—¿Estás bien? —me preguntó Julen al pasar por la puerta de su dormitorio. Por Dios bendito, ¿es que dormía con un ojo abierto y otro cerrado?

—Estupendamente—le contesté sarcástica.

Capítulo 45



Los siguientes días fueron caóticos para mí, así de sencillo. Tenía trabajo por doquier y el ánimo por los suelos. Cada vez que me encontraba con Bárbara por los pasillos me entraban ganas de tirarme a su yugular, aunque lo peor del todo eran aquellos momentos en los que tenía que ver a Axel y la pena me acongojaba.

—Será mejor que coincidamos lo mínimo, por favor—le pedí la mañana del viernes, porque me resultaba muy doloroso ver cómo pasaba por la puerta de mi despacho cada vez que tenía ocasión con la sola idea de verme unos segundos.

Para más inri, a la bocachancla de Sonia no se le fue por alto que algo había pasado entre nosotros y a menudo la encontraba diciendo tonterías del estilo de: “La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?”, como en el famoso poema.

Yo no era una princesa, pero sí me había sentido como una reina de corazones al lado de Axel y algo se me desgarró por dentro cuando tuve que renunciar a él.

Durante aquellos días, protagonicé diversos enganchones con esa idiota y hasta le prohibí que me dirigiese la palabra.

—Si yo contigo no hablo, solo estoy recitando, que es muy bueno para la memoria—me decía con sonrisa socarrona.

Judith se convirtió en mi única tabla de salvación en aquellos momentos.

—Te juro que no lo entiendo, es que la veo entrar tan altanera y me dan ganas de ponerle la zancadilla y que deje los piños en la recepción, te lo prometo, ¿es que esta tía no tiene corazón? —me hablaba de Bárbara.

—Y si lo tiene será de cristal. No le importa destrozar a su hijo con tal de salirse con la suya. Eso no es una madre ni es nada, por muchos hijos que tenga—le decía yo.

—Eso, y luego a la iglesia, ¿cómo es ese dicho que dice a veces mi padre? El del mazo.

—“A Dios rogando y con el mazo dando” —le contesté.

—Pues eso, que con el mazo le daba yo a ella. Oye, nena, es viernes y el cuerpo lo sabe, ¿por qué no salimos tú y yo esta noche por ahí? A ti lo que te hace falta es un garbeo y ampliar horizontes.

—Qué va, cariño, yo tengo a Lucas...

—Pero se lo puede quedar Julen, ¿no?

—Yo ya no sé cuáles son los planes de Julen y no... Te aseguro que le dije que se quedara al crío la semana pasada para que se jodiera y no viera a Olga, si es que tenía posibilidades de hacerlo, pero ya no sé ni qué pensar de eso. De pronto, es como si todo hubiese dado un tremendo vuelco, ¿sabes?

; —Me lo imagino, me lo imagino. Bueno, piensa que las aguas volverán a su cauce.

Llegué a casa al mediodía y almorzamos juntos, como en los viejos tiempos, solo que con la sensación de que todo había cambiado también entre Julen y yo, como si ya no hubiese confianza y todo se hubiese roto, lo cual me causaba también infinita tristeza en otro de esos momentos en los que tanto le necesitaba.

—Me puedo quedar con Lucas esta noche si quieres salir con Axel—me ofreció al acabar de almorzar y mientras mi niño se lavaba los dientes.

—No, no hace falta, no te necesito—le dije sin pensar demasiado en lo desafortunado de mi respuesta, que resultó un tanto manipuladora.

—Pues nada, aquí estaré para cuando me necesites—suspiró.

Reconozco que me dio algo de pena porque él también parecía abatido. Igual las cosas ya no marchaban con Olga o igual tenía ganas de verla y Rubén estaba en casa. Al saber... Lo mismo también podía ser que al grandullón le estuvieran pudiendo los remordimientos.

Aquella noche la pasamos los tres en el sofá, como antaño, solo que quien únicamente se reía era Lucas. Ni Julen ni yo contábamos con demasiado ánimo, por mucho que no se lo demostráramos al niño.

; —¿Quieres una copa? —me ofreció cuando por fin cayó rendido y él se lo llevó a la cama, tapándolo de lo más amoroso.

—No, gracias, no quiero, me voy a acostar—le comenté.

Sí que me hacía falta esa copa y, a decir verdad, hasta la botella entera. Yo no era mujer de beber para olvidar, pero en aquella ocasión habría hecho una excepción de no ser porque me costaba conversar con él, como si una enorme brecha se hubiese abierto entre ambos. Y, es más, se había abierto.

Me sentí muy sola, con una sensación que hacía muchos años que no experimentaba, como si únicamente pudiera contar con Lucas y él, que lo era todo para mí, también suponía un gran peso sobre mis hombros, por lo que la situación era contradictoria. Imaginaba que Julen saldría de nuestras vidas y que me quedaría sola con mi niño, algo que era nuevo para mí.

Trataba de dormir y todo se me ponía en la cabeza, incluida la idea de que un desesperado Axel se olvidase de mí, dado lo complicado de las circunstancias, y comenzase a hacer su vida. Nada podría reprocharle porque eso fue justo lo que le pedí y, aun así, dolía mucho.

Esa pupa de la que mi niño hablaba, la que tenía en el labio, no era nada al lado de la que sentía en mi corazón. Solo quería que los días pasaran y que aquella sensación de dolor amainase, porque no era poca.

Traté de dormir y me costó. Por fin, pude conciliar el sueño, pero, tal como se estaba convirtiendo en costumbre, me desperté varias veces a lo largo de la noche. En aquella ocasión, en mis pesadillas aparecía Bárbara como si de una bestia se tratase... Una bestia que me perseguía allá donde fuese y que no me daba tregua, hasta llegar a mí y despedazarme. Al despertar, entendí la metáfora, puesto que esa mujer había despedazado impunemente mi corazón.

Sí que me hacía falta esa copa y, a decir verdad, hasta la botella entera. Yo no era mujer de beber para olvidar, pero en aquella ocasión habría hecho una excepción de no ser porque me costaba conversar con él, como si una enorme brecha se hubiese abierto entre ambos. Y, es más, se había abierto.

Me sentí muy sola, con una sensación que hacía muchos años que no experimentaba, como si únicamente pudiera contar con Lucas y él, que lo era todo para mí, también suponía un gran peso sobre mis hombros, por lo que la situación era contradictoria. Imaginaba que Julen saldría de nuestras vidas y que me quedaría sola con mi niño, algo que era nuevo para mí.

Trataba de dormir y todo se me ponía en la cabeza, incluida la idea de que un desesperado Axel se olvidase de mí, dado lo complicado de las circunstancias, y comenzase a hacer su vida. Nada podría reprocharle porque eso fue justo lo que le pedí y, aun así, dolía mucho.

Esa pupa de la que mi niño hablaba, la que tenía en el labio, no era nada al lado de la que sentía en mi corazón. Solo quería que los días pasaran y que aquella sensación de dolor amainase, porque no era poca.

Traté de dormir y me costó. Por fin, pude conciliar el sueño, pero, tal como se estaba convirtiendo en costumbre, me desperté varias veces a lo largo de la noche. En aquella ocasión, en mis pesadillas aparecía Bárbara como si de una bestia se tratase... Una bestia que me perseguía allá donde fuese y que no me daba tregua, hasta llegar a mí y despedazarme. Al despertar, entendí la metáfora, puesto que esa mujer había despedazado impunemente mi corazón.

Capítulo 46



Judith me llamó a la mañana siguiente para que fuésemos de compras.

—No, no tengo ganas, pero que te lo agradezco un montón—le dije.

En el fondo, estaba aún más destrozada porque cada vez que cogía el móvil tenía la esperanza de que Axel me hubiese escrito cuando lo cierto es que él dejó de hacerlo porque así se lo pedí.

Sé que cualquiera puede pensar que cuanto relato no tiene ningún sentido. Lo normal es que hubiera estado conforme, puesto que él por fin cedió a mis pretensiones. No sabía lo que quería o, mejor dicho, sí que lo sabía. Quería que Bárbara aceptase lo nuestro, solo que eso no iba a suceder, me lo había dejado bien claro.

Judith siguió insistiendo, ella no era de darse por vencida a la primera.

—¿Te he preguntado yo si te apetece? Tan solo te he dicho que nos vayamos de compras, tontuela. Necesitas un vestido nuevo y yo otro.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso nos han invitado a alguna boda?

—Más o menos, Bárbara quiere celebrar una fiesta porque le han concedido un prestigioso premio por su trayectoria.

—¿Y estás segura de que es una fiesta lo que quiere celebrar? Pero ¿una fiesta normal?

—En realidad ella optaría por un aquelarre de brujas, pero parece ser que no están muy bien vistos—rio.

—¿Cómo puedes tener tanto sentido del humor? Y de buena mañana...

—Pues el mismo que tenías tú días atrás y el que volverás a tener, nena. La vida no se queda en esto.

—Ya, bueno, verás, yo estoy pensando que le pondré cualquier pretexto para no asistir, no tengo el ánimo para fiestas.

—Y yo ya te adelanto que no es tonta y que no se lo creerá. Te aconsejo que, si quieres seguir trabajando allí, le bailes un poco el agua... Bárbara no es una buena enemiga.

—Eso ya lo sé yo, menuda arpía.

Cada vez que pronunciaba esa palabra no podía evitar recordar a Axel y a las muchas cosas que nos unían. Cada día lo entendía más. Su madre le había jodido la vida y yo no podía decir ni mu, puesto que él insistió en que siguiésemos juntos, pese a todo, y fui yo quien dio un paso atrás.

—Lucas, vístete que nos vamos de compras—le dije a mi niño cuando colgué el teléfono.

—¿De compras? No—refunfuñó.

—De compras y sin rechistar. Tengo que ir, tampoco a mí me apetece—resoplé.

El niño entró a vestirse, totalmente disgustado, pero sin atreverse a rechistar más. Era un trastito, aunque muy noble y no solía desafiarme cuando me veía agobiada.

—¿Por qué no lo cuelgas por los pulgares? Sería un martirio menor—me sonrió Julen.

—Hoy no, por favor, no estoy para bromas.

—¿Qué te pasa, princesa? ¿Las cosas no van bien con él?

—Julen, no tengo ganas de hablar de eso, ¿vale?

—Vale, como quieras. Ya está, no digo nada, solo que me gustaría llevarme al crío a hacer algún plan divertido, si estás conforme.

Una vez más, me sacaba las castañas del fuego. Yo me sentía mal por tener que llevarme a Lucas conmigo para hacer algo que ese día suponía un rollo hasta para mí, porque si tenía ganas de celebrar algo con Bárbara, que viniese Dios y lo viera.

—Está bien, llévate—asentí.

—¿He oído que sales con Judith?

—Sí, con ella...

—¿Y por qué no aprovechas y pasas con ella un día de chicas? Te vendrá fantástico despejarte.

—Ya, pero Lucas...

—¿Qué ocurre con Lucas? Nosotros pasaremos un fantástico día de chicos, no te necesitamos para nada—se burló.

Le sonreí fugazmente, a pesar de que él no podía imaginar que yo a veces pensaba que tenía razón cuando me gastaba ese tipo de bromas. Yo adoraba a mi niño y sentía que era recíproco, pero si lo analizaba fríamente entre ellos existía una complicidad absolutamente impresionante.

—Está bien, está bien—asentí.

Me marché con Judith, quien ya tenía experiencia en ese tipo de fiestas.

—Será algo de día, así que buscaremos un vestido de cóctel, ¿sabes? Siempre que pido uno así en una tienda me acuerdo de la peli de “Pretty Woman” porque la primera vez que escuché esa expresión fue en esa peli. Qué estilazo tenía la tía, nadie diría que era una prostituta.

Sé que mi amiga no tenía ni idea de mi pasado y que no lo dijo de mala fe, pero me escoció de nuevo la idea preconcebida de que una prostituta no podía ser una mujer tan elegante como cualquier otra. Obviamente, hay tantos tipos de ellas como de mujeres, nada tiene que ver la elegancia con aquello que desempeñes.

—Sí, sí que lo tenía...

—Es que vaya películón, nena. Es uno de mis preferidos... y con ese final, qué vuelco le dio la vida a la chica, ¿verdad?

—Sí, demasiado...

—¿Por qué dices eso? Ay, alguien está de un humor fatal, ¿eh? ¿Y si nos tomamos un buen tentempié antes de empezar a buscar?

—Es que desayuné hace un rato y ahora mismo no me entra nada.

—Eso será un decir, ¿no? Porque yo me imagino algo que sí te entraría si ahora mismo se te pone cierto abogado

por delante...

Me eché a llorar. Ella estaba bromeando y yo, como una boba, me eché a llorar. Mi amiga no lo pudo sentir más, y no sabía qué hacer para sacar mi risa.

—Ay, mi bobita, qué sensible está. Cariño, si la vida es muy bonita y para ti va a ser preciosa. Bárbara confía muchísimo en ti y no parará hasta hacer de ti una abogada de renombre.

—Ya, pues para confiar en mí, menuda patada en el culo que me ha dado.

—Es que se ve que para esa mujer su familia es harina de otro costal, cariño mío. Lo siento, cantidad, pero tú estás predestinada a tener una vida bonita con Axel o sin Axel.

—¿Tú crees? Porque yo más bien creo que tengo un cenizo impresionante encima.

—De eso nada, corazón, a mí no me pienses así porque no te lo voy a consentir, que lo sepas.

por delante...

Me eché a llorar. Ella estaba bromeando y yo, como una boba, me eché a llorar. Mi amiga no lo pudo sentir más, y no sabía qué hacer para sacar mi risa.

—Ay, mi bobita, qué sensible está. Cariño, si la vida es muy bonita y para ti va a ser preciosa. Bárbara confía muchísimo en ti y no parará hasta hacer de ti una abogada de renombre.

—Ya, pues para confiar en mí, menuda patada en el culo que me ha dado.

—Es que se ve que para esa mujer su familia es harina de otro costal, cariño mío. Lo siento, cantidad, pero tú estás predestinada a tener una vida bonita con Axel o sin Axel.

—¿Tú crees? Porque yo más bien creo que tengo un cenizo impresionante encima.

—De eso nada, corazón, a mí no me pienses así porque no te lo voy a consentir, que lo sepas.

Capítulo 47



Y por fin llegó el sábado siguiente, día en el que tuve que echar mano de nuevo de Julen para que se quedase con Lucas, algo que hizo encantado.

Sabiendo eso, traté de comprenderle un poco más. Le conocía bien y no había cambiado tanto como yo pensé en un primer momento. Seguía siendo el mismo Julen, tan solo que él sabría qué motivos le llevaron a obrar así, a echarse en brazos de Olga y a traicionar de ese modo a Rubén. Me dolía que no me lo contase, que siguiera con sus labios sellados, pero cabía la posibilidad de que no se atreviera a hacerlo, tanto si su aventura continuaba como si por alguna razón le habían puesto fin. Con respecto a eso, yo daba palos de ciego.

Me levanté muy temprano para ir a la peluquería. El vestido que me había comprado, en un favorecedor y otoñal color caldera, era una virguería, y yo quería lucir preciosa.

Es posible, es posible que albergara la esperanza de que lo mío con Axel se arreglase como por arte de birlibirloque. Igual Bárbara en algún momento entraba en razón y veía en mí a una posible compañera de vida para su hijo, igual todo se solucionaba y al final también quedaba alguna ración de perdices para nosotros, que todo podía ocurrir. Fuera como fuese, y pese a que mi interior estaba roto, yo quería aparecer divina por esa fiesta tan glamurosa que ella había preparado.

Si algo me dolía de verdad es que allí estaría toda su familia, incluidas esas otras nueras a las que sí vio con buenos ojos. No podría evitar mirarlas con pena, porque ellas representaban algo que a mí me estaba vetado.

Al volver de la pelu, Julen me piropeó lo más grande.

—Cielo santo, estás increíblemente preciosa, hoy sí que pareces una princesa—me dijo.

—Y eso que no has visto el vestido—añadió el pequeñajo.

—¿Y tú cómo lo has visto? ¡Te pillé! —le dije.

—Bueno, yo...

—Tú tienes más cara que espalda, porque lo dejé planchado en mi dormitorio y te prohibí la entrada, a sabiendas de que eres capaz de cualquier cosa. Como le haya pasado algo, te la cargas...

—Que no, mami, que yo solo abrí la puerta un poquito porque siempre que me dices que no haga algo, me entran más ganas de hacerlo—me comentó y me tuve que tronchar de la risa, por mucho que lo disimulase.

En eso sí que había salido a mí. Yo también tuve siempre mi puntito rebelde y de niña enredaba lo mío, para qué voy a decir lo contrario.

—Este es un pequeño revolucionario, te lo digo yo—le comenté bromeando a Julen, con quien iba enterrando el hacha de guerra.

—Venga, ve a maquillarte y a vestirme, que yo me encargo de leerle la cartilla.

o —¿Qué es la cartilla? —se interesó el crío.

—Algo que preferirás no saber. Venga, tira.

Me maquillé a conciencia. A pesar de mi cara de tristeza, que esa no la podía disimular, me fi francamente favorecida con ese maquillaje que me apliqué con mimo.

A la hora de salir, me coloqué mi vestido, mis altos zapatos de tacón y mi bolso. A modo de abrigo, llevaba una elegante estola que nunca usé hasta ese día y que perteneció a mi madre. Mi padre se la regaló en uno de sus aniversarios de boda, después de que ella se hubiese quedado prendada en un escaparate, un día que paseábamos las dos.

Recordé que, pese a que se salía de su presupuesto, él tiró de ahorros.

—Lo mismo te he metido en un lío al hablarte de algo tan caro, papá, pero es que a mamá le encantó—le comenté yo.

—¿Tú cómo me vas a meter en un lío por eso, mi niña? Me has evitado una comedura de coco. Sabes que la quiero con todo mi corazón, pero que de estas cosas no entiendo.

No creo que me equivoque al afirmar que el momento en el que se la entregó fue uno de los más emocionantes de la vida de mi madre, y no porque se tratase de un regalo caro, ya que ella no era materialista, sino porque vio el trabajo de equipo que hicimos y lo bien que nos llevábamos.

Esos bonitos recuerdos me servían en aquellos momentos de amortiguador al dolor, porque sí, yo sentía un inmenso dolor en mi interior, uno que debía ir sacando poco a poco, a base de pensamientos positivos y lindos recuerdos que me animasen a seguir adelante con esa fuerza y valentía que me inculcaron mis queridos padres, esos a los que adoraba y a los que tantísimo extrañaba.

—Mami, pareces una *influencer*—me dijo mi niño al verme.

—Qué más quisieran ellas, tu madre parece... No sé lo que parece, solo puedo decirte que hoy sí que va como una verdadera princesa—repitió y le miré condescendiente.

—Todavía me sacaréis los colores, como si no me hubiese aplicado colorete. Venga, dejadme salir, que llevo prisa.

—Ya te he llamado al taxi, está todo controlado—me comentó.

—Gracias, gracias de verdad por todo—le di un beso en la mejilla.

—Creí que ya no te quedaban de esos para mí—me contestó al momento.

—Venga, no seas bobo, que me voy, pasadlo bien.

—Sí, mamá, tenemos planazos de chicos, por eso no te preocupes.

—¿Planazos de chicos? Yo os voy a dar a vosotros planazos de chicos. Ven aquí, ratón, dame un beso tú también.

Me despedí de ellos y pensé que al menos me iría tranquila a esa fiesta a la que me apetecía asistir tanto como que me dieran calambres generalizados por todo el cuerpo. Hay ocasiones en las que el mundo se te viene encima, es indiscutible, y a mí solo me quedaba ese recurso infalible de poner buena cara al mal tiempo, porque otra no había.

Esos bonitos recuerdos me servían en aquellos momentos de amortiguador al dolor, porque sí, yo sentía un inmenso dolor en mi interior, uno que debía ir sacando poco a poco, a base de pensamientos positivos y lindos recuerdos que me animasen a seguir adelante con esa fuerza y valentía que me inculcaron mis queridos padres, esos a los que adoraba y a los que tantísimo extrañaba.

—Mami, pareces una *influencer*—me dijo mi niño al verme.

—Qué más quisieran ellas, tu madre parece... No sé lo que parece, solo puedo decirte que hoy sí que va como una verdadera princesa—repitió y le miré condescendiente.

—Todavía me sacaréis los colores, como si no me hubiese aplicado colorete. Venga, dejadme salir, que llevo prisa.

—Ya te he llamado al taxi, está todo controlado—me comentó.

—Gracias, gracias de verdad por todo—le di un beso en la mejilla.

—Creí que ya no te quedaban de esos para mí—me contestó al momento.

—Venga, no seas bobo, que me voy, pasadlo bien.

—Sí, mamá, tenemos planazos de chicos, por eso no te preocupes.

—¿Planazos de chicos? Yo os voy a dar a vosotros planazos de chicos. Ven aquí, ratón, dame un beso tú también.

Me despedí de ellos y pensé que al menos me iría tranquila a esa fiesta a la que me apetecía asistir tanto como que me dieran calambres generalizados por todo el cuerpo. Hay ocasiones en las que el mundo se te viene encima, es indiscutible, y a mí solo me quedaba ese recurso infalible de poner buena cara al mal tiempo, porque otra no había.

Capítulo 48



Bajé del taxi y se ve que los nervios me traicionaron porque el bolsito se me cayó de las manos. Me agaché a recogerlo y, al incorporarme, sentí un fuerte dolor.

—¡Ay! ¿Es que no miras por dónde vas? —le pregunté a la persona con la que me debía haber chocado, porque nos dimos frente con frente.

—Nena, encima que quería cogerte el bolso, cómo te las gastas—me contestó Judith, que iba igualmente divina.

—Ay, Dios, si no te había visto. Cariño, casi nos hacemos un chichón cada una.

—Pues habría sido una pena, porque venimos ideales. Podríamos enamorar a cualquier directivo, advertida quieras. Nuestra suerte puede cambiar en cualquier momento e igual pronto somos nosotras las que miramos por encima del hombro a la arpía, todo el día en el gym, con nuestros masajitos incluidos, y luego a por el aperitivo antes de ir a almorzar a los mejores restaurantes donde debatiremos en qué puerto del mundo nos encontraremos con nuestros lujosos yates—soñó despierta.

—Tú picas muy alto, guapa, de multimillonarios para arriba.

—Pues claro, ya que pico, no voy a hacerlo bajo—rio.

—Yo aspiro a menos... Solo a vivir de mi trabajo y a ser feliz.

—Ya, con Axel, bueno venga, sonríte y muéstrale a la bruja cuando entre volando en su escoba que tú eres una estrella resplandeciente.

—Sí, claro...

—¿Que no? ¿No crees que llegue volando en su escoba? Pues yo sí...

—Que no es eso, boba...

Judith también tenía habilidad para hacerme reír en los momentos más complicados. Sin duda, era una de las grandes incorporaciones de los últimos tiempos a mi vida. A decir verdad, la única, porque dado el resultado, a Axel no querría haberlo conocido, para no tener que sufrir a saco como estaba sufriendo.

Entramos y Judith debía tener razón en que igual Bárbara llegaba en escoba, haciendo así su entrada triunfal la última, dado que allí estábamos todos y ella aún no había hecho acto de presencia.

Axel estaba guapísimo con su esmoquin, hablando con una serie de chicos que debían ser sus hermanos, pues la genética no engaña y el parecido era evidente entre todos ellos.

Él no me había visto, pero yo no podía evitar mirarle desde lejos, agazapada con Judith.

—Son todos monísimos, la verdad. Se ve que la bruja tenía un molde para hacer niños bonitos, aunque reconozco que Axel es el más guapo.

—Y que lo digas—suspíra yo en el momento en el que me vio.

No lo dudó ni un segundo, Axel se acercó como las balas. Por mucho que ya no me escribiese, no pensaba renunciar a saludarme en cuanto se percató de mi presencia.

—Yo os dejo, que igual tenéis que hablar de vuestras cosas—me dijo mi amiga y yo le eché mano de inmediato a su brazo.

—Ni se te ocurra mover un pie o te lo corto. Tú te quedas aquí.

—Así me gusta, tener libertad de elección—me contestó irónica.

Axel lucía su mejor sonrisa y, tras saludarla, se detuvo en mí.

—Estás increíble, mírate—me dijo.

—Sí, si me he mirado al espejo antes de salir de casa, no te preocupes—le dije—. Tú también estás muy, muy... muy apropiado para la ocasión.

—Pensaba decirte que muy guapo, pero no ha terminado de arrancar—intervino Judith, momento en el que yo la miré como diciéndole que algo le arrancaría a ella como siguiera metiéndose donde no la llamaban.

En ese instante, Axel miró hacia la puerta.

—Ahí llega—dejó caer de mala gana.

—¿Tu madre? Pues no he escuchado el motor de la escoba, ¿o es que la suya sigue siendo manual? —le solté con guasa porque ya no podía disimular el coraje que sentía hacia ella.

—Sí, mi madre con mi padre, ya estamos todos.

Miré y entonces entendí que cualquier pesadilla puede tener segunda parte. Bárbara venía del brazo de Fernando, aquel cliente del que me costó zafarme en el hotel porque no aceptaba prescindir de mis servicios.

—Me estoy encontrando muy mal, creo que siento náuseas—les informé en un momento en el que comenzaba a sentir las, y tanto que sí.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Axel.

—Nada, que estoy indispuesta. Por favor, decidle que he estado aquí, pero que de repente me siento fatal—les dije, temiendo la reacción de una mujer a la que no se le podía llevar la contraria y que pasaría lista mental de los asistentes.

Judith vino tras de mí. Axel también pensó en hacerlo, pero sus hermanos le llamaron en ese momento para ovacionar a su madre y no quiso llamar más la atención.

—Alba, ¿qué te pasa? De pronto parece que has visto a un fantasma—me comentó Judith.

—Y es que lo he visto, cariño mío, tú no lo sabes, pero lo he visto—le dije y a continuación paré un taxi.

No podía ser otro... Ya sí que lo tenía todo perdido con Axel. Fernando era su padre. Aquel tipo llevaba años engañando a Bárbara conmigo y, aunque no le interesaría que un dato tan jugoso llegase a oídos de su mujer, tampoco permitiría nunca que me acercase a su hijo. Seguro que contaba con retorcidas maneras de evitarlo.

Llegué a casa y me quité el vestido a tirones. Me había costado una pasta, ¿y qué? Terminé por hacerlo pedazos con mis propias manos, de lo frustrada que me sentía.

¿Todo había sido un espejismo? ¿El destino me dejó que me asomase a una nueva vida, con expectativas de un mejor futuro, para luego regodearse al demostrarme que el pasado siempre me perseguiría? No podía más que llorar y llorar... Y así me encontró Julen cuando llegó al final de la tarde, después de pasar todo el día zascandileando por la calle con Lucas. Suerte que fue así, porque yo estaba como para cuidar de mi hijo.

—¿Qué ocurre, princesa? ¿No lo pasaste bien en la fiesta? —me preguntó dándome un beso en la mejilla, al sentarse en el borde de mi cama.

—Ha sido espantoso, como si se tratase de una perturbadora fiesta de Halloween y la única que no sabía a lo que iba era yo.

—¿Qué ocurre, princesa? ¿No lo pasaste bien en la fiesta? —me preguntó dándome un beso en la mejilla, al sentarse en el borde de mi cama.

—Ha sido espantoso, como si se tratase de una perturbadora fiesta de Halloween y la única que no sabía a lo que iba era yo.

Capítulo 49



Julen volvió por mi dormitorio un rato después, tras acostar a Lucas.

—Te traigo una tacita de caldo y un montón de pañuelos de papel, aunque también puedes pasar de ellos, de los pañuelos digo, y aceptar como postre unas perrunillas—me comentó.

Por si alguien nos las conoce, las perrunillas son típicas de más zonas de España, en las que no dudo que estarán muy buenas, eso es seguro. A pesar de ello, las de Salamanca las recomiendo porque están para chuparse los dedos. Su forma es redonda y en el centro tienen una almendra. Las suelen elaborar en los conventos y, a pesar de presentar apariencia de duras, basta con metértelas en la boca para comprobar cómo se deshacen. Siempre fueron mis dulces favoritos, con ese inconfundible sabor a canela que te dejan finalmente en la boca, y también le fascinaban a mi niño.

—¿Has dicho perrunillas? ¿Me las has comprado? —le pregunté.

—Sí, princesa, claro que te las he comprado, ¿no lo hago muchas veces? Venga, tómate el caldito y te comes algunas. Ya te las traigo.

—Vale, pero me voy a levantar y me voy contigo un ratito al sofá.

—¿No me digas? Esa es una noticia estupenda. Venga, que te arropo con tu mantita preferida, te la he lavado con el suavizante de jazmín, lo han vuelto a traer al supermercado.

Era impresionante, porque pese a que yo no le había tratado nada de bien en esos días, él siguió mimándome. Cuando me senté en el sofá, con esa mantita oliendo a gloria, y con el sabor a canela en mi boca, él comprendió que necesitaba hablar.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo tuyo con Axel no marcha? Desde tu vuelta de Santiago te veo triste y esta noche ya me lo estás confirmando.

—Su madre no me quiere en su vida, Julen—le confesé entre lágrimas.

—Jodida bruja, ¿ha tenido los santos ovarios de decírtelo ella misma? —se mostró indignado.

—Sí, vino a vernos cuando lo del accidente.

—¿Se plantó allí? No tenía ni idea, ya no me cuentas nada.

—Bueno, de eso mejor nos callamos, que tú a mí tampoco—le dejó caer.

—¿Y qué pasó, Alba?

—Que me lo dijo clarinete, que lo lamentaría como no me apartase de su hijo.

—Pero eso es jodido chantaje, no puede hacerlo.

—Sí que puede, no debería, pero tiene el poder y lo sabe.

—¿Y su hijo? ¿No reaccionó? ¿No luchó por ti? Me cago en...

—Ya, ya. Yo le dije que dejase las cosas como estaban. Si le planta cara a su madre, su carrera estará acabada, y también la mía. Eso no me lo puedo permitir.

—¿Es que esa tía maneja todos los hilos de la abogacía en esta ciudad? Qué asco...

—Todos no, pero buena parte sí, de modo que planté a Axel.

—¿Y ahora cómo estás?

—Ahora estoy hundida, porque esa solo ha sido la punta del iceberg, ¿sabes?

—¿Hay más? Joder, pues sí que está jodida la cosa.

—No te imaginas cuánto. Resulta que hoy ha llegado a la fiesta acompañada de su marido.

—Es alucinante que un tío aguante a esa bruja, sí que está jodido el mundo. Que lo compre quien lo entienda, yo nunca podría ser ese tío.

—Ese tío es Fernando, Julen... El cliente que no me quiso dejar marchar aquella noche.

—¡No jodas! —exclamó.

—No, yo ya no jodo ni con ese ni con nadie, ¿es que no lo entiendes? Llevo años acostándome con el padre de Axel, esto ya no tiene enmienda, lo cojas por donde lo cojas.

—No sé qué decirte, es muy fuerte, sí que lo es.

—No hace falta que digas nada...

—Es que me dan unas ganas de irme para esa bruja y decirle que no desprecie a personas a las que no conoce y que se entere de una jodida vez de quién tiene en su casa...

—Lo fliparía, Bárbara lo fliparía, con su conducta intachable, tan recta, tan gris... Y mira a quién tiene al lado. Imagina mi cara cuando lo vi.

—¿Y la suya? ¿Él cómo te miró?

—No me vio, salí a la carrera de allí. No me dejé un zapato, a lo Cenicienta, de milagro. Y di tú que también me podría haber dejado los dientes.

—Ay, por favor, esto se complica más por momentos. Y no sabes cómo me jode, ¿sabes? Nada de esto es lo que te mereces.

—Ya, a veces nosotros solitos nos metemos en la boca del lobo, ¿no? Porque creo que a ti las cosas tampoco te están saliendo como las planeaste—le dije sin meterme en más honduras porque él no me estaba dando pie para ello. Algún día lo haría, Julen me lo contaría cuando estuviese preparado para ello. Y entonces yo debería tener paciencia y entender que un error lo comete cualquiera y que él siempre me apoyó, pese a todas mis cagadas.

Me abrazó, el grandullón me dio uno de sus abrazos, uno de esos con los que sientes que nada malo te puede suceder mientras estés en casa y con los tuyos. No obstante, pese a ello, el corazón me seguía doliendo, y es que se me desgarraba al pensar que ese pasado me seguía pisando los talones y me robaba la posibilidad de ser feliz.

Ignoro en qué momento nos quedamos dormidos en el sofá mientras él me seguí abrazando. Me despertó un mensaje de Axel, quien dado lo flipante de las circunstancias volvía a escribirme desde el día anterior, por mucho que yo le hubiese pedido que cortase ese tipo de comunicación.

Le dejé en visto, nada podía contestarle porque nada quería contarle. Quizás hubiera llegado el momento de aceptar mi destino y de pensar que, cada vez que iba levantando cabeza, recibía un mazazo que me dejaba fuera d

juego.

juego.

Capítulo 50



Axel insistió durante el domingo sin ningún resultado. El lunes por la mañana, me esperó a mi llegada al bufete.

—¿Ya estás bien, Alba? ¿Se puede saber lo que te pasó? Si viste algo en mi madre, algún gesto raro porque estuviésemos hablando o algo similar me lo dices, por favor, porque considero que ya nos ha hecho suficiente daño.

—No, no fue nada de eso, simplemente estaba indispuesta. Fue el estómago, acudí con muchos nervios y se me revolucionó por completo.

—¿Fue eso? Pues mira que yo diría...

—Pues no digas nada más, que por ahí viene y no quiero que nos vea juntos.

No me dio tiempo a reaccionar, porque esa fiera se percató y me echó una mirada incendiaria. Si no tuve bastante con ella, Sonia entraba en ese momento y le vi una risita en la cara que me enervó por completo, porque peor compañera no me pudo tocar en suerte.

—Pasa del culo de las dos, son un par de estúpidas. Ellas sí que parecen madre e hija—me aconsejó Judith al verme aparecer y notar mi evidente malestar.

—La bruja ya no da más abasto, tiene bastante con los hijos que tiene. Y con joderles la vida a todos.

Me fui para mi despacho y enseguida observé que aquella insolente venía con ganas de darme la mañana. Me refiero a Sonia, a mi compañera del alma, dicho sea con toda la ironía del mundo.

—Parecías Julia Roberts en “Novia a la fuga” — se rio en un momento determinado de mí—. En la fiesta, digo— prosiguió maliciosa.

Vaya por Dios, otra vez que me identificaban con esa mujer...

—¿Qué estás diciendo?

—Viene con ganas de guasa, ¿no la ves? Todavía estará resacosa, es que ella sus cosas no las cuenta, pero se pilló un pedo de categoría.

—Que te calles, imbécil—le soltó a Alberto, quien cada vez estaba más suelto y hacía lo que le venía en gana. A él le había venido muy bien eso de poder aliarse conmigo (por mucho que lo que quisiera realmente fuera liarse) y plantarle cara a aquella idiota.

—A mí no me llames imbécil porque no te lo consiento.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ir al despacho de Bárbara con las lágrimas fuera y contarle que te he insultado? —se mofó.

—No, eso no, pero quizás sí podría decirle que llevas días sin dar palo al agua y que el trabajo que tenemos a medias lo estoy sacando yo. De hecho, te vas a poner las pilas de inmediato o se lo suelto antes del mediodía—la amenazó mirando su reloj.

No le aplaudí de milagro, porque estaba sembradito como una flor en una maceta. Ella comenzó a resoplar y, de mala gana, encendió su ordenador. Era competente, pero la rabia que sentía la estaba descentrando, también lo observé.

Yo había llegado aquel día al bufete con una idea en la cabeza: se lo contaría a Judith. Ella era mi amiga y el hecho de que Fernando fuese el marido de Bárbara lo había cambiado todo de golpe, ¿qué ocurriría si un día se daba de cara conmigo? Lo normal es que se hiciese el tonto, pero ese tipo ya me demostró en la última noche que nos vimos que no parecía controlar cuando se trataba de mí.

A la hora del café, me la llevé a un parque cercano, y allí se lo conté todo.

—Y yo que creí que veníamos a airearnos y hasta me he mareado, ¿no se trata de una broma, nena?

—Eso quisiera yo... Antes lo tenía jodido, pero es que fíjate ahora.

—Joder, qué ganas de soltárselo a la bruja, ¿te imaginas?

—Pues sí, no me faltan, pero ese sería mi final en el bufete, aunque a veces pienso que, con tanto lío, tengo un pie dentro y otro fuera de él.

—De eso nada, tú te has sacrificado mucho, hasta renunciando a Axel, y eso debe tener su recompensa. No has hecho nada malo, es admirable por lo que has tenido que pasar para poder estudiar y sacar a tu hijo adelante al mismo tiempo. Tú no tienes que avergonzarte de nada, Alba.

—No, si no es que me avergüence, pero no es plato de gusto. Si alguien más lo supiera en el bufete, yo es que me moriría, te lo digo muy en serio.

—Aquí no se muere nadie, salvo que un día te dé por abrir el pico y la bruja sufra un infarto. Madre mía, qué plan...

—Sí que lo es. Algunas veces pienso que sería mejor marcharme a otra ciudad, comenzar de cero donde nadie me conozca y olvidarme de toda esta mierda.

—Alba, no te voy a consentir que hables así. Tú eres de aquí, te gusta tu tierra y no le has hecho daño a nadie. Si te has creído que voy a permitirte que agaches las orejas y te vayas, es que no me conoces.

Judith tenía toda la razón. No solo yo amaba mi tierra. También mi hijo estaba muy hecho a ella, en la que contaba con sus amigos, su cole... Y allí teníamos a Julen, quien volvía a perfilarse como ese puntal de nuestras vidas.

Tras la conversación, entré en el bufete con otra actitud y se me notó. Si algún día Fernando asomaba sus garras de hiena, ya vería yo cómo capotear el temporal. Mientras debía encarar el futuro y centrarme en mi trabajo.

Al entrar en el despacho, observé un cambio: Alberto había acercado su mesa a la mía, distanciándola de la de Sonia, en un claro gesto de desmarque al que ella reaccionó con cara de desprecio.

Nadie decía que fuese fácil, pero sí que habría que intentarlo. La cuestión era ir dejando ese pasado atrás y mirar hacia delante ya que, como mi padre decía, para atrás no se mira ni para coger impulso.

Respiré hondo, encendí mi ordenador y me metí de lleno en un complicado caso de estafa que Bárbara me había pasado. Con ironía, sonreí pensando que a ella sí que la estaban estafando y no tenía la más mínima idea de ello. Iba a ser verdad eso de que “donde las dan, las toman”.

—De eso nada, tú te has sacrificado mucho, hasta renunciando a Axel, y eso debe tener su recompensa. No has hecho nada malo, es admirable por lo que has tenido que pasar para poder estudiar y sacar a tu hijo adelante al mismo tiempo. Tú no tienes que avergonzarte de nada, Alba.

—No, si no es que me avergüence, pero no es plato de gusto. Si alguien más lo supiera en el bufete, yo es que me moriría, te lo digo muy en serio.

—Aquí no se muere nadie, salvo que un día te dé por abrir el pico y la bruja sufra un infarto. Madre mía, qué plan...

—Sí que lo es. Algunas veces pienso que sería mejor marcharme a otra ciudad, comenzar de cero donde nadie me conozca y olvidarme de toda esta mierda.

—Alba, no te voy a consentir que hables así. Tú eres de aquí, te gusta tu tierra y no le has hecho daño a nadie. Si te has creído que voy a permitirte que agaches las orejas y te vayas, es que no me conoces.

Judith tenía toda la razón. No solo yo amaba mi tierra. También mi hijo estaba muy hecho a ella, en la que contaba con sus amigos, su cole... Y allí teníamos a Julen, quien volvía a perfilarse como ese puntal de nuestras vidas.

Tras la conversación, entré en el bufete con otra actitud y se me notó. Si algún día Fernando asomaba sus garras de hiena, ya vería yo cómo capotear el temporal. Mientras debía encarar el futuro y centrarme en mi trabajo.

Al entrar en el despacho, observé un cambio: Alberto había acercado su mesa a la mía, distanciándola de la de Sonia, en un claro gesto de desmarque al que ella reaccionó con cara de desprecio.

Nadie decía que fuese fácil, pero sí que habría que intentarlo. La cuestión era ir dejando ese pasado atrás y mirar hacia delante ya que, como mi padre decía, para atrás no se mira ni para coger impulso.

Respiré hondo, encendí mi ordenador y me metí de lleno en un complicado caso de estafa que Bárbara me había pasado. Con ironía, sonreí pensando que a ella sí que la estaban estafando y no tenía la más mínima idea de ello. Iba a ser verdad eso de que “donde las dan, las toman”.

Capítulo 51



La vida seguía, pese a que yo me mantuve firme en mi decisión y había momentos en los que sentía que se había detenido.

Tenía la certeza de que Axel no podía olvidarse de mí, lo mismo que yo de él. Si él hubiese sabido ciertas cosas sobre mí... Ese pensamiento no me lo podía sacar de la cabeza, como si me hiciera indigna de él. No, si al final le tendría hasta que agradecer a la bruja que nos hubiera separado, pues de otro modo tendría que haberlo hecho yo misma al comprobar quién era su padre.

El caso de la estafa lo llevaba muy adelantado y, eso sí, Bárbara sabía cuándo tenía que darme una palmadita en la espalda.

—Lo has hecho muy bien, Alba. Nadie diría que llevas tan poco tiempo en este bufete. Te auguro un futuro profesional largo y prometedor, siempre que no te desvíes del camino—me dejó caer una vez más.

Puedo prometer y prometo que la habría cogido por el cuello en ese momento, en un momento en el que no se olvidó de volver a amenazarme, de recordarme que todo iría a la perfección siempre que yo no sacara los pies del plato.

Mi punto de rebeldía estuvo a punto de hacerme meter la pata, de contestarle y dejarla boquiabierta. Luego se me pasó mi niño por la cabeza, con lo mucho que necesitábamos ese trabajo, y en lugar de ello, asentí y salí de su despacho.

Llegué al mío cagándome en todo, hablando mal y rápido, porque las cosas se habían enredado demasiado. Me suponía un suplicio cruzarme cada día por los pasillos con Axel y tener que saludarle como si fuese uno más de mis compañeros, como si entre nosotros no hubiese nada, como si todo lo que vivimos hubiera sido el producto de mi imaginación.

Si lo analizaba bien, puedes vivir mucho tiempo cosas con una persona y apenas marcarte, mientras que puedes vivir pocas con otras y ser de tal intensidad que creas que te las han marcado a fuego. Eso me sucedía a mí con lo vivido con Axel, con los recuerdos de los días en Santiago, con ese accidente que pudo acabar en tragedia, cuando

le vi inconsciente y temí lo peor.

Traté de apartar todo aquello de mi mente, de sacudir los recuerdos y de pensar que todo pasa por algo. Aquel día sentía una especial rabia y añoranza de los momentos vividos, y encima es que a Axel debía pasarle lo mismo, porque se lo noté en la cara. Esa bruja se estaba saliendo con la suya y se me revolvía la bilis solo de pensarlo.

Para colmo de males, yo tenía que preparar el juicio de la estafa, que se celebraría en breve, y aquella tarde tendrí que quedarme en el bufete, algo que se me hacía especialmente difícil porque, aunque Bárbara le encargó días atrás a otra de sus abogadas llamada Carla que me echase un cable para evitar tentaciones entre su hijo y yo, no era descartable que Axel estuviese por ahí.

No me equivoqué. Carla ya se había ido cuando yo salía y entonces él me abordó.

—No lo soporto más, es que no lo soporto—me dijo Axel, que apareció como de la nada, cuando yo ya me iba.

—Cielos, qué susto, creí que no quedaba nadie aparte del chico de seguridad—le dije con el corazón dándome un brinco.

¹ —No podía irme sin verte y sin...

No se lo pensó mucho. Axel hizo eso que llevaba días conteniendo y que no podía contener más, depositando en mi boca un caluroso beso que me dio vida, porque a mí también se me hacía muy cuesta arriba esquivar ese calor que me proporcionaba y que me cargaba las pilas.

Ninguno de los dos contamos con la posibilidad de que ella estuviese allí, pero lo estaba. A Bárbara la vi venir por el rabillo del ojo y sentí que todo se enredaba una vez más.

Pensé que se liaría parda allí mismo, para qué voy a decir otra cosa. No en vano, ella era una mujer de armas tomar y yo, claramente, había desobedecido sus órdenes directas.

No obstante, reculó y volvió a meterse en su despacho, como si no nos hubiese visto.

—Pasa de ella, por favor—me pidió él.

²

—Tengo que irme, Axel, las cosas no pueden estar liándose más—le dije con los ojos llenos de lágrimas.

)

a

r

Capítulo 52



Por mucho que no hubiese pegado ojo en toda la noche anterior, llegué al bufete con ellos abiertos como platos.

Sentía que Bárbara no tardaría en dar señales de vida y así fue. Axel no acudiría al bufete aquella mañana porque tenía juicios, y eso me hacía sentir aún más sola ante el peligro.

—Nena, la bruja me ha dicho que vayas volando a su despacho en cuanto entres, esa se ha creído que tienes una escoba igual que ella, ¿qué ha pasado? —me comentó Judith—, porque desde ya te digo que tiene un cabreo de mil demonios.

—Pues que la he provocado, Judith, he provocado a la bestia y me temo que voy a pagar un precio muy alto por ello.

—Ay, Dios, cariño, espero que tengas suerte.

Esa suerte de la que mi amiga hablaba ya estaba echada, era evidente. Lo que Bárbara tuviera pensado hacer, que no sería otra cosa que despedirme, lo haría. Llegados a ese punto, tampoco me achantaría... Me iba a escuchar, y estaba bien de ningunearme como lo estaba haciendo, no podía más. No cuando ella tenía el cerdo que tenía en casa y presumía de él como si fuese un trofeo.

Entré en el despacho y, tal como me había advertido Judith, le llegaba la cara al suelo. De todos modos, lo que ella ignoraba es que no podría estar con su hijo nunca, no ya por su prohibición, sino por ese secreto que me unía al asqueroso de su marido y que no deseaba que se desvelase.

—Pasa y siéntate, por favor, Alba—me soltó con toda la seriedad del mundo.

—Doña Bárbara, sé que está muy enfadada conmigo. Es más, supongo que está defraudada y no se preocupe, yo misma le he dicho muchas veces a su hijo que lo nuestro se ha acabado. Dicho esto, me gustaría que supiera que no soy ninguna interesada y que nunca he querido aprovecharme de Axel, quien me gusta y a quien quiero de verdad—le solté—. Por lo demás, déjelo estar y no me despida, por favor—le pedí.

—Alba, yo nunca he pensado en despedirte—me respondió en ese momento en un tono tajante y me dejó totalmente desconcertada.

—¿No? Me lo dijo claramente después de nuestro accidente, que si no lo dejaba lo lamentaría. Me di un buen coscorrón, pero no me quedé tonta, sé lo que oí de sus labios—le recordé.

—Y lo lamentarás, si no lo dejas lo lamentarás, pero no porque yo te vaya a despedir. Bastante desgracia tendrás si sigues con mi hijo, eso te lo puedo garantizar.

—No entiendo sus palabras, hay algo que se me escapa. Yo creí que usted...

—Creíste que soy la madre controladora que él le cuenta a todas que soy, ¿verdad? A todas las incautas a las que pone en mi contra de antemano para que el día que abra el pico ya estén advertidas.

—¿Cómo? De veras que me estoy quedando...

—Loca, como mi hijo las vuelve a todas. Y es una pena porque, para desafiarme, siempre escoge a las chicas más brillantes del bufete, a las que termina manejando a su antojo, destrozándoles la vida y sumiendo en una depresión. Ya hacía unos años que no ocurría y hasta llegué a pensar que no volvería a suceder. Supongo que una madre quiere ver siempre a un hijo con buenos ojos, aunque sea como Axel.

Las lágrimas luchaban por salir de mis ojos y yo oponía resistencia. No comprendía lo que me decía esa mujer a la que tanto detestaba y que decía estar ayudándome.

—Doña Bárbara, se equivoca... Si lo mío con su hijo no puede ser es por otros motivos, pero Axel me quiere.

—Axel no quiere a nadie, Alba. Mi hijo no es como sus hermanos, es el más brillante de todos, pero en su vida personal solo sabe hacer daño. Desde niño le gustó retarme. Si se hizo abogado fue para poder superarme un día y no admite que nadie pueda hacerle sombra. Pensé que había cambiado, que por fin lo hizo, pero cuando vi cómo t^amiraba comprendí que la maquinaria se había vuelto a poner en marcha.

—¿Qué maquinaria? Doña Bárbara, yo creo que usted se equivoca. Él no quiere hacerme daño, él siente algo por mí.

—Para empezar, mi hijo es bisexual y mantiene una relación tóxica con alguien que lleva en su vida toda la vida. El chico se llama Gustavo y la suya es una relación abierta. Por lo demás, a Axel no le han dolido prendas en liarse con todo ser brillante que yo contrate, sea hombre o mujer...

—Doña Bárbara, eso no puede ser... Yo sé lo que viví con él en Santiago.

—El comienzo de un sueño, lo sé. También Sofía, otra de las jóvenes promesas de este bufete, lo vivió hace unos años, solo que ella las perdices se las terminó comiendo sola en una unidad de salud mental donde la ingresaron después de tratar de quitarse la vida cuando Axel jugó con ella como lo hizo. Mi hijo me prometió que nunca más lo haría, pero es evidente que me mintió.

—No, no puede ser—dejé brotar mis lágrimas porque ya no pude más.

—Puedes hablar con ella, te lo podrá corroborar todo, te dejaré su dirección. Ya lleva una temporada bien y se marchó a Madrid, donde está trabajando en un buen bufete. Por fin pudo escapar las garras de Axel. Tú tienes un hijo, Alba, no permitas que él te haga algo así, no te lo puedes permitir ni yo lo podría soportar.

—Doña Bárbara, ¿no me miente? —le pregunté.

—¿Crees que no desearía daros mi bendición? Ya sabes cómo pienso. Me gusta el matrimonio, la familia... Eres una chica con muchos valores, eso se nota, y me gustarías como nuera, pero ya no me queda ningún otro hijo soltero. Límpiame esas lágrimas, por favor, no querrás hacerme llorar también a mí—me dijo mientras yo veía que los ojos los tenía vidriosos, algo que me llamó muchísimo la atención.

—Doña Bárbara, le prometo que no sé qué pensar.

a—No pienses, actúa. Habla con Sofía y date una vuelta por las inmediaciones del piso de Gustavo, anota su dirección. Saca tus propias conclusiones y ojalá que tomes la mejor determinación. No me gustaría verte pasar por un verdadero viacrucis y que termines por poner en peligro tu carrera profesional y hasta tu vida. No lo resistiría, no una vez más. Bastante tengo con tener que soportar que mi hijo sea como es, aborrezco su manera de ser, pero a un hijo no se le abandona, y yo aspiro a que algún día Axel cambie, solo que hoy por hoy no ha ocurrido y, dada la edad que tiene, es posible que no ocurra nunca. Sálvate, Alba, ahora que estás a tiempo—me aconsejó antes de que saliera de su despacho hecha un mar de lágrimas.

e

—El comienzo de un sueño, lo sé. También Sofía, otra de las jóvenes promesas de este bufete, lo vivió hace unos años, solo que ella las perdices se las terminó comiendo sola en una unidad de salud mental donde la ingresaron después de tratar de quitarse la vida cuando Axel jugó con ella como lo hizo. Mi hijo me prometió que nunca más lo haría, pero es evidente que me mintió.

—No, no puede ser—dejé brotar mis lágrimas porque ya no pude más.

—Puedes hablar con ella, te lo podrá corroborar todo, te dejaré su dirección. Ya lleva una temporada bien y se marchó a Madrid, donde está trabajando en un buen bufete. Por fin pudo escapar las garras de Axel. Tú tienes un hijo, Alba, no permitas que él te haga algo así, no te lo puedes permitir ni yo lo podría soportar.

—Doña Bárbara, ¿no me miente? —le pregunté.

—¿Crees que no desearía daros mi bendición? Ya sabes cómo pienso. Me gusta el matrimonio, la familia... Eres una chica con muchos valores, eso se nota, y me gustarías como nuera, pero ya no me queda ningún otro hijo soltero. Límpiate esas lágrimas, por favor, no querrás hacerme llorar también a mí—me dijo mientras yo veía que los ojos los tenía vidriosos, algo que me llamó muchísimo la atención.

—Doña Bárbara, le prometo que no sé qué pensar.

—No pienses, actúa. Habla con Sofía y date una vuelta por las inmediaciones del piso de Gustavo, anota su dirección. Saca tus propias conclusiones y ojalá que tomes la mejor determinación. No me gustaría verte pasar por un verdadero viacrucis y que termines por poner en peligro tu carrera profesional y hasta tu vida. No lo resistiría, no una vez más. Bastante tengo con tener que soportar que mi hijo sea como es, aborrezco su manera de ser, pero a un hijo no se le abandona, y yo aspiro a que algún día Axel cambie, solo que hoy por hoy no ha ocurrido y, dada la edad que tiene, es posible que no ocurra nunca. Sálvate, Alba, ahora que estás a tiempo—me aconsejó antes de que saliera de su despacho hecha un mar de lágrimas.

Capítulo 53



Llegué destrozada a casa y hablé con Julen. Él siempre fue mi paño de lágrimas y yo me encontraba totalmente destrozada.

—Y no sé qué pensar, Julen, ¿cómo va a ser Axel así?

—Entiendo que no quieras pensarlo, porque te gusta, pero deberías comprobarlo. Eso como mínimo....

—Si de todos modos yo ya he renunciado a estar con él, por lo de su padre, ya sabes...

—No, tú has dado un paso atrás por quién es Fernando, pero necesitas saber quién es Axel. Igual es de su padre de quien ha heredado ese sentido de la deslealtad y ese punto un tanto sádico.

—Me está dando miedo, Julen, me está dando miedo—le confesé.

—Tienes que saber quién es y yo te voy a ayudar, princesa. Si no, te quedarás penando por él y no saldrás de ese círculo vicioso.

—¿Y si su madre se lo ha inventado todo? ¿Y si ha pensado que me echaré atrás solo por sus palabras y no comprobaré nada?

—Entonces yo mismo te ayudaré a que puedas estar con él, a pesar de Fernando y a pesar de todos los pesares... pero antes debemos saber quién es Axel.

Nos pusimos manos a la obra de manera inmediata. Dejamos al crío en casa de Julia y telefoneamos a Sofía, quien accedió a entrevistarse conmigo.

—Huye, Alba, huye de Axel como de la peste. Es nefasto, a mí me terminó por hacer sentir tan pequeñita que estoy aquí de milagro—me confesó, dándome pelos y señales del mucho daño que le hizo.

Rota de dolor, hablé con ella largo y tendido y terminé por desearle tanta suerte como ella a mí. Solo con eso me habría bastado para darle una patada en el culo a Axel, puesto que yo no podría confiar en un hombre que antaño le hizo tanto daño a una mujer y que inventó todas esas cosas sobre su madre. Bárbara era una mujer recta, seria y exigente, pero no la arpió que él me presentó, aparte de que parecía amar muchísimo a sus hijos.

Llegamos a casa bien entrada la noche. La madre de Julia me comentó que Lucas ya estaba dormido y que sería mejor que lo dejara en su casa, que ella misma los llevaría al cole al día siguiente.

—Has hecho bien en dejarlo allí. Date una duchita y toma un poco de sopa. Debes descansar y deja que yo haga el resto—me propuso.

—¿Y qué vas a hacer, feo? Si tú ya has hecho bastante—le dije dándole un beso en la mejilla a quien seguía ayudándome como siempre hizo.

—Echar un vistazo de buena mañana en casa del tal Gustavo, madrugaré. Bárbara te dijo que su hijo suele dormir allí varias noches por semana. A ver si hay suerte...

—No tienes por qué hacerlo, de verdad. Ya me has ayudado bastante, te lo digo muy en serio. Deja que yo me ocupe.

2

—No, no quiero que tengas que verlo con tus propios ojos, además de que también lo hago en parte por él, no sea que quieras sacarle los ojos—me dio un beso en la mejilla mientras me volvía a animar a que me diese una relajante ducha.

Me quedé con él en el sofá esa noche. Julen me acariciaba el pelo y me sonreía de un modo que me hizo estremecer... En algunos momentos se me llegó a pasar por la cabeza que fuese a hacerme una confesión que finalmente no llegó. Supuse que contarme lo de Olga se le hacía muy cuesta arriba y que todo lleva su proceso.

Yo aún estaba despierta cuando él salió temprano. Le abordé, ya vestida, y negó con la cabeza.

—No, no me digas que eres masoca y quieres venir conmigo.

—Eres tú quien viene conmigo, chaval, porque esto es cosa mía. Pero no te imaginas cuánto te agradezco que te presentases voluntario.

El amanecer lo sentí realmente gélido en aquella ciudad que tanto amaba, aunque para helado mi corazón cuando les vi salir a los dos en un mismo coche. Gustavo conducía y salía del garaje con Axel al lado... Se dieron un beso en la entrada de la urbanización, justo donde Axel tenía su coche, y allí se despidieron.

Estuve a punto de salir corriendo en ese mismo instante y de arañarle hacia arriba. Todo lo que me había dicho Bárbara era verdad de la buena y allí el único mentiroso compulsivo era su hijo.

—Piensa hasta diez, princesa. Este no es lugar ni situación, porque ahora mismo estás muy ofuscada y le demostrarás unos sentimientos que él no merece—me agarró Julen por el brazo y me dirigió una amorosa mirada que me hizo ver que llevaba toda la razón.

—Es un maldito mentiroso que solo quiere ganarle la partida a su madre, lo es—le solté.

l

—Sí, cariño, es muy cierto. Pero tú no deberías entrar en ese juego. Habla con él con la misma frialdad de la que hace gala cuando daña a la gente. Axel es un depredador y tú debes enseñarle que tienes los colmillos igual de afilados que él, que a ti no te ganará la partida.

—Maldito hijo de...

—Ya, cariño, ya—me secó las lágrimas—. Ahora nos iremos a casa, te arreglarás y le ajustarás las cuentas en el momento más propicio, no en el que él te obligue a hacerlo. Recuerda que la información es poder y ahora eres tú quien la posee.

—Eso es muy cierto, ¿qué habría sido de mí sin ti?

—Pues lo mismo, habría sido lo mismo, Alba.

—No, Julen, no te quites importancia porque yo nunca me voy a olvidar de lo que has hecho por Lucas y por mí—le di un enorme abrazo y me quedé allí, metida en el coche, notando que el frío del exterior no podría afectarme mientras yo estuviera a cubierto y con él, con el hombre que dio calor a mi corazón en todas aquellas ocasiones en las que un frío glacial amenazó con congelarlo.

,

Estuve a punto de salir corriendo en ese mismo instante y de arañarle hacia arriba. Todo lo que me había dicho Bárbara era verdad de la buena y allí el único mentiroso compulsivo era su hijo.

—Piensa hasta diez, princesa. Este no es lugar ni situación, porque ahora mismo estás muy ofuscada y le demostrarás unos sentimientos que él no merece—me agarró Julen por el brazo y me dirigió una amorosa mirada que me hizo ver que llevaba toda la razón.

—Es un maldito mentiroso que solo quiere ganarle la partida a su madre, lo es—le solté.

—Sí, cariño, es muy cierto. Pero tú no deberías entrar en ese juego. Habla con él con la misma frialdad de la que hace gala cuando daña a la gente. Axel es un depredador y tú debes enseñarle que tienes los colmillos igual de afilados que él, que a ti no te ganará la partida.

—Maldito hijo de...

—Ya, cariño, ya—me secó las lágrimas—. Ahora nos iremos a casa, te arreglarás y le ajustarás las cuentas en el momento más propicio, no en el que él te obligue a hacerlo. Recuerda que la información es poder y ahora eres tú quien la posee.

—Eso es muy cierto, ¿qué habría sido de mí sin ti?

—Pues lo mismo, habría sido lo mismo, Alba.

—No, Julen, no te quites importancia porque yo nunca me voy a olvidar de lo que has hecho por Lucas y por mí—le di un enorme abrazo y me quedé allí, metida en el coche, notando que el frío del exterior no podría afectarme mientras yo estuviera a cubierto y con él, con el hombre que dio calor a mi corazón en todas aquellas ocasiones en las que un frío glaciador amenazó con congelarlo.

Capítulo 54



Esperé al mediodía, el momento propicio para hablar con él. Tan solo quedaba Judith en la recepción, y ella ya sabía por dónde iban los tiros.

Entré en su despacho sin ni siquiera pedir permiso y entonces quedó atónito.

—¿Qué se supone que pasa? —me preguntó al verme iracunda. Lo hizo en un tono que jamás había usado conmigo.

—Pasa que me has engañado desde el primer día. Pasa que tienes un lío con un tío que se llama Gustavo, al que mantienes en tu vida desde no se sabe cuándo. Pasa también que, mientras te lo tiras a él, le has estado echando mierda encima a todo el que te haya podido hacer sombra en este bufete, fuera hombre o mujer, como sucedió con Sofía y como ahora has hecho conmigo. Y yo sufriendo por no poder estar contigo.

Se vio desenmascarado de un momento para otro. Le cogí de improviso y eso me alegró una barbaridad, sobre todo, porque yo no contaba con que él tuviera preparada la artillería pesada.

—Ya tardaba mi madre en abrir su boca, esa que nunca puede mantener cerrada. Joder, ojalá se muriera ya y...

Yo sí que me quedé muerta. Hasta entonces siempre pensé que todo lo que decía de Bárbara, cuando la llamaba arpía y tal, tenía más de broma que de verdad... Pero entonces me di cuenta de que no era así, de que Axel tenía un enorme peligro y que era todavía mucho peor de lo que Bárbara me lo había pintado, quizás porque ella no quisiera creerse hasta qué punto era malo su hijo.

—No sé cómo puedes hablar así, eres un monstruo, Axel—le acusé—. Y lo he visto con mis propios ojos. Ayer me entrevisté con Sofía y esta mañana te observaba mientras te besabas con Gustavo delante de su casa.

—Un monstruo... me han llamado muchas cosas en la vida, aunque he de reconocer que esa es nueva—se burló.

—Pues es lo que eres a mis ojos, un verdadero monstruo.

—Ya, es lo que hay... Tú a los míos eres una puta—me soltó con toda la maldad del mundo y entonces caí a plomo, no literalmente, puesto que no me caí de verdad, pero sí algo dentro de mí sintió un mazazo atroz, un mazazo que me destrozó.

—¿Cómo has dicho? Creo que te he entendido mal—le contesté y esperé que, en cualquier caso, fuese un decir y nada supiese de mi pasado.

—He dicho que eres una puta y, para más inri, una puta que ha tenido como cliente a mi padre durante todos estos años—aplaudió malvado—. Te voy a decir la verdad, Alba, me lo has puesto muy fácil, Siempre procuro tener un as en la manga para poder doblegar a la gente llegado el momento, pero el día que te vi salir corriendo despavorida de la fiesta cuando entraron mis padres... Ese día supe que algo ocultabas. Lo demás es tan fácil como pagarle a un detective privado. Para mí se asemejan a los Reyes Magos, porque te traen regalos, solo que mejor, dado que ellos lo hacen en cualquier época del año. Solo que hay que tirar de los hilos precisos, esta ciudad no es tan grande y yo sé dónde buscar.

—Eres un desgraciado, Axel, no se lo dirás a tu madre porque sabes que en el fondo ella no se lo merece. Bárbara te ha protegido siempre, a pesar de saber que echó al mundo un hijo indeseable y detestable.

—Cómo me pone cuando llega este momento y todos me queréis poner verde, haciéndome sentir mal y restregándome por la cara lo que creéis que soy, cuando lo cierto es que siempre os quedáis cortos. Que te jodan, Alba, por supuesto que se lo contaré salvo que demuestres tener dos dedos de frente y te largues tú misma de este despacho. Ya no tienes cabida en él, no cuando te has rebelado contra mí.

—No me pienso ir, Axel, no pienso renunciar a mis sueños solo porque seas un perturbado que no asuma que otros podamos hacerte sombra, no lo voy a hacer.

—Pues entonces no tendré más remedio que contarle a mi madre tu secretito. Le va a escocer, ¿eh? Yo lo sé muy bien. A mi madre le escocerá tela marinera saber que su idílico matrimonio no es más que una mierda pinchada en un palo y que su marido es el putero mayor del reino. En cuanto a ti, que Dios te coja confesada, porque cuando ella se percate de la verdad, no habrá despacho en Salamanca en el que te acepten. Todos te harán la cruz, Alba.

—No serás capaz...

—¿No? Pues lo cierto es que lo estoy deseando. Ponme a prueba y verás. Es muy fácil... Te voy a contar cómo tienes que hacerlo: mañana te vas para el despacho de mi madre y le cuentas que todo lo que ella te dijo era verdad y que no lo puedes soportar, ¿cómo vas a hacerlo cuando estás enamorada hasta el tuétano de mí? Le dices que prefieres largarte del bufete, que aquí ya no podrás concentrarte y blablablá. Como habrás visto, en el fondo es buena gente, no como yo, y hasta igual con suerte te llevas una carta de recomendación con la que abrirte camino en otro bufete. Fíjate si soy generoso y si te doy buenos consejos... Al final, todos contentos.

Su cara me decía que era imposible que me hablase más en serio. Se trataba de una bestia abominable y estaba deseando hacer sangre, por lo que comprendí que no tendría más remedio que hacerle caso si no quería hundirme en la miseria.

Julen tenía esa noche una cena con sus compañeros de empresa y yo lo agradecí al cielo, porque así me libré de darle unas explicaciones que le habrían hecho poner el grito en el cielo.

; De vez en cuando, la vida te coloca en una verdadera encrucijada. Así me puso a mí en aquella ocasión en la que mi corazón se volvió a congelar, como si la vida se hubiese puesto de nuevo en pausa, como si nunca terminase de arrancar.

l

l

d

Su cara me decía que era imposible que me hablase más en serio. Se trataba de una bestia abominable y estaba deseando hacer sangre, por lo que comprendí que no tendría más remedio que hacerle caso si no quería hundirme en la miseria.

Julen tenía esa noche una cena con sus compañeros de empresa y yo lo agradecí al cielo, porque así me libré de darle unas explicaciones que le habrían hecho poner el grito en el cielo.

De vez en cuando, la vida te coloca en una verdadera encrucijada. Así me puso a mí en aquella ocasión en la que mi corazón se volvió a congelar, como si la vida se hubiese puesto de nuevo en pausa, como si nunca terminase de arrancar.

Capítulo 55



Mi corazón se desangraba a la mañana siguiente en el despacho de Bárbara. Yo parecía una zombi que soltaría de carrerilla eso que me impuso Axel.

—Doña Bárbara, lo siento muchísimo, pero no quiero seguir trabajando en este bufete—le dije con el lagrimal a punto de hacer de las suyas.

—¿Cómo dices, Alba? No entiendo nada, ¿acaso crees que te mentí? ¿Es que te has empeinado en tirar tu vida por la borda por mi hijo? Jesús, esto sí que no lo esperaba. Debes estar loca de remate, Axel cada vez utiliza técnicas más sutiles, es evidente.

—No, no es eso, Doña Bárbara. Yo no quiero seguir con la relación, pero tampoco me es posible seguir trabajando aquí y cruzarme con él todos los días. Me he enamorado y me resulta muy difícil—casi vomito al soltarle esa imbecilidad, puesto que yo por ese farsante ya solo sentía asco.

—Creí que serías más inteligente y obviamente me equivoqué. Visto lo visto, mi hijo siempre me gana la partida. De una manera u otra, acostumbra a sacar de este bufete a todo abogado brillante que se precie. Si lo pienso con frialdad, la culpa es mía. Nunca he sido capaz de pedirle que sea él quien se vaya, no solo porque también es brillantísimo, sino porque es mi hijo y, quiera o no, lo he parido yo.

Vi un retazo de humanidad por su parte que no se le veía a su hijo ni de lejos y confieso que sentí lástima por ella. Bárbara estaba metida en un buen lío, y a mí me hubiese encantado poder ayudarla. No obstante, yo ya tenía bastante con lo mío y me largué de allí en cuanto pude, huyendo de esa mirada reprobatoria que ella me dedicaba y que me dolía más de lo que esa mujer pudiese imaginar.

No obstante, no podía irme de la noche a la mañana, sino que tendría que aguantar en mi puesto de trabajo, que a partir de entonces se convertiría en un potro de tortura, quince días más, por la cuestión del preaviso.

Al mediodía llegué a casa con la intención de seguir teletrabajando allí, pero las lágrimas caían sobre mi plato sin remedio.

—Mami, ¿te duele algo? —me preguntó Lucas—, es que estás llorando.

—No, cariño, debe ser que se me ha metido algo en el ojo.

—¿En los dos a la vez? ¿Crees que soy tan bobo? —me sonrió—. A ti te duele algo, ¿es la tripita? ¿No te gusta la comida? Porque cuando a mí no me gusta, digo que me duele—me confesó, tan inocente como era.

La cara de Julen no demostraba la misma inocencia, sino una absoluta preocupación que se convirtió en total indignación cuando a solas, un rato después, le conté.

—No puedes hacer eso, cariño, esa mierda no puede ganarte la partida de ese modo, tienes que jugar hasta el final —me indicó.

—Ya me la ha ganado, ¿es que acaso no lo has visto? No me puedo engañar yo sola... Me ha metido en una ratonera y solo me ha dejado una salida posible: huir.

—No, tiene que haber otra solución.

—Si le planto cara, hablará, y entonces Bárbara me odiará.

O

—También te odiará ahora, puesto que te verá como una cobarde. Ella confió en ti, te dio un pasaje en el barco, y ahora cree que abandonas no porque el barco haga aguas, sino porque se supone que hay un jodido tripulante que...

—Basta de metáforas, nunca me han gustado, Julen.

—Pues tú las utiliza mucho, perdona que te diga.

—Pero con los demás, no conmigo. Prefiero que me digas la verdad, que ella me verá como a una cobarde...

—Cuando lo cierto es que no lo eres y no lo has sido nunca. Princesa, tú eres la mujer más valiente que conozco, la que jamás ha temido un obstáculo ni ha necesitado el beneplácito de nadie. Nunca. Alba, no puedo consentir que eches por tierra todo aquello por lo que has luchado solo por haberte topado con un miserable.

—Tendré otras oportunidades, no te preocupes.

—¡Me niego! —me chilló.

—Julen, yo desconozco los motivos que te tienen tan nervioso, pero estoy dispuesto a escucharte, ¿hay algo que

me quieras contar? —le pregunté.

—¿Qué dices? Por favor, que estamos hablando de ti.

—Pero es que lo mío ya no tiene solución. Si al menos pudiera ayudarte en algo, me sentiría mejor—suspiré.

—Por favor, no entiendo nada. Alba, céntrate, piensa en Lucas.

—Eso es lo que hago todo el rato...

Pasé una tarde de perros y por la noche él no dudó, pese a estar tan en desacuerdo conmigo, en prestarme su apoyo. Lucas ya dormía y Julen me ofreció su hombro para que me apoyase en él, como tantas y tantas veces en la vida.

Al menos, le notaba algo más tranquilo y eso para mí era importante. Bastante daño me estaba haciendo ya Axel como para permitir también que se lo hiciera a los míos. Eso sí que no lo soportaba.

—Tengo miedo, Julen, por primera vez en muchos años, lo tengo—le confesé mientras daba rienda suelta a mis lágrimas.

—Tranquila, princesa, te prometo que todo irá bien—me respondió, como tantas veces lo había hecho en la vida, con la única diferencia de que yo ya no podía creerlo, puesto que eran demasiados palos, uno detrás de otro, y comenzaba a pensar que una especie de maldición pesaba sobre mí.

Esa noche no quise irme a la cama, puesto que me negaba a separarme de él. Julen me ofrecía ese calor de siempre, a lo que había de sumar una especie de fuerza irresistible que me asombró, una fuerza que me llevaba a abrazarle fuerte, no ya porque fuese mi tabla de salvación, sino más bien como una especie de deseo de no separarme de aquel grandullón que siempre estuvo, siempre estaba y ojalá que siempre estuviese también en el futuro.

me quieras contar? —le pregunté.

—¿Qué dices? Por favor, que estamos hablando de ti.

—Pero es que lo mío ya no tiene solución. Si al menos pudiera ayudarte en algo, me sentiría mejor—suspiré.

—Por favor, no entiendo nada. Alba, céntrate, piensa en Lucas.

—Eso es lo que hago todo el rato...

Pasé una tarde de perros y por la noche él no dudó, pese a estar tan en desacuerdo conmigo, en prestarme su apoyo. Lucas ya dormía y Julen me ofreció su hombro para que me apoyase en él, como tantas y tantas veces en la vida.

Al menos, le notaba algo más tranquilo y eso para mí era importante. Bastante daño me estaba haciendo ya Axel como para permitir también que se lo hiciera a los míos. Eso sí que no lo soportaba.

—Tengo miedo, Julen, por primera vez en muchos años, lo tengo—le confesé mientras daba rienda suelta a mis lágrimas.

—Tranquila, princesa, te prometo que todo irá bien—me respondió, como tantas veces lo había hecho en la vida, con la única diferencia de que yo ya no podía creerlo, puesto que eran demasiados palos, uno detrás de otro, y comenzaba a pensar que una especie de maldición pesaba sobre mí.

Esa noche no quise irme a la cama, puesto que me negaba a separarme de él. Julen me ofrecía ese calor de siempre, a lo que había de sumar una especie de fuerza irresistible que me asombró, una fuerza que me llevaba a abrazarle fuerte, no ya porque fuese mi tabla de salvación, sino más bien como una especie de deseo de no separarme de aquel grandullón que siempre estuvo, siempre estaba y ojalá que siempre estuviese también en el futuro.

Capítulo 56



Al mediodía siguiente, ya me marchaba del bufete cuando Bárbara me abordó, pidiéndome que la acompañase.

La noté seria, bastante más seria de lo habitual, que ya es decir, y me sorprendí cantidad al ver que no se dirigía hacia su despacho, sino a la calle.

Judith me vio avanzar detrás de ella y me deseó suerte, puesto que mi amiga era un sol y sabía que la necesitaría, ¿cómo no la iba a necesitar si yo parecía ir camino de la guillotina?

Tiesa como un ajo, y pensando que todo lo hacía porque mi mundo no resultase dinamitado, me senté con ella en aquel restaurante.

—Doña Bárbara, si me ha traído hasta aquí para tratar de convencerme...

—No, tranquila, no tendré que convencerte de nada—me dijo poniendo su mano sobre la mía en un gesto que no entendí.

Menos entendí todavía que en ese instante apareciera la sabandija de Fernando, su marido, cuyo rostro se descompuso al verme allí junto a su mujer.

—Querido, toma asiento. Te presento a Alba Montaner, mi último y flamante fichaje—le dijo ella.

La cara de él era de espanto total, por mucho que tratase de evitarlo, si bien supongo que la mía debía ser parecida

—Encantado, Alba—me estrechó la mano en ese momento, haciendo de tripas corazón.

—¿Encantado? —le preguntó ella entonces en un tono que indicaba desaprobación.

—Sí, claro, encantado—murmuró él nervioso.

—No disimules, Fernando, sé muy bien que la conoces y sé también que a fondo—no se anduvo con chiquitas y a mí casi me da un vuelco el corazón.

—Doña Bárbara, yo...—me faltaba el aliento.

—Tú no tienes la culpa de nada, Alba, esto es entre él y yo—me tranquilizó—. Y perdona por la encerrona, no podía renunciar a contemplar su cara cuando te tuviese delante. Llevo años sospechando que me la pega, pero siempre supo nadar y guardar la ropa. Me ha encantado que ese chico viniese a verme y me sirviera la cabeza de mi marido en bandeja de plata....

—¿Qué chico? ¿De quién me habla? —le pregunté con total sorpresa.

—De ese tal Julen. Por cierto, no solo es guapo, sino que tiene más huevos que el caballo de Espartero. Si yo fuese tú no me lo dejaría perder....

Me quedé en shock. La tranquilidad que Julen mostró durante la noche anterior obedecía a que él ya había tomado una decisión. Era único, Julen lo era y, aunque todo me pudo estallar en la cara, la jugada le salió bien. Él nunca fue de pensarlo demasiado cuando se trató de que la verdad saliera a la luz. Tan solo me mintió en una ocasión, con lo del tema de Olga, pero eso no le convertía en un mentiroso.

—¡Esto es intolerable! —chilló Fernando y se levantó de golpe de la mesa, tirando incluso el servicio.

—Lo que es intolerable es que te victimices porque por fin te desenmascare, asqueroso—le soltó su mujer y a mí solo me faltó aplaudir.

—No sé lo que te habrán contado, pero es falso, y no voy a consentirte que...

—Te diré lo que me dé la gana, Fernando, eso puedes tenerlo bien claro. Eres infiel, desleal y mal marido. Llevo toda la vida tapándote porque nuestro entorno es el que es, pero ¿sabes lo que te digo? Que ya me da lo mismo. Quiero el divorcio y lo quiero de manera inminente.

1. —No tendrás valor—le respondió él.

—Vas a hacer que me entre la risa floja, vaya personaje que estás hecho. Por supuesto que me voy a divorciar de ti, y tú no vas a atacar a Alba en ningún momento. Ella, ya se ve venir, terminará siendo mi mano derecha en el bufete y si caes en el error de contarle a alguien algo de su pasado, todo el mundo sabrá que tú eras uno de sus clientes VIP. Nuestro entorno no te lo perdonará, lo sabes muy bien.

—Incluso podríamos contar que llegaste a hacerme daño el día que te dije que me retiraba y que no volvería a

hacer un servicio más—añadí.

—Cierto, también me lo contó ese chico. Si hay algo que odie de no poder hacer público este tema es que eso imposibilita que pagues por ese vil acto, aunque tú vas a pagar de sobra, pagarás de otros muchos modos—le amenazó ella antes de que él saliese andando mientras blasfemaba.

Una vez él se marchó, mi jefa me abrazó y entonces mis lágrimas debieron pensar que mis mejillas eran un par de toboganes por los que resbalar con total impunidad.

—Doña Bárbara, yo, yo... Yo lo siento mucho. Lo supe el día que...

—El día de la fiesta, también me lo ha contado ese chico. No tienes nada de lo que avergonzarte, tú no, Alba.

—Me parece un milagro que alguien con sus creencias no me juzgue.

’ —Yo no tengo que juzgarte, habría hecho lo mismo de haberlo necesitado.

—No, de verdad que yo a usted no la veo...

—¿Me estás diciendo que yo no tengo sexapil para eso, niña? —me preguntó bromeando.

—No, no es eso, es que...

—Es que sé que lo has hecho para darle un mejor futuro a tu hijo y solo lamento, como mujer, que hayas tenido que soportar a imbéciles como mi marido, o como mi futuro exmarido. Oye, pues suena hasta bien. Te voy a contar una cosita, Alba, llevo años queriéndome librar de ese baboso y no encontraba una excusa.

—Doña Bárbara, yo me he quedado sin palabras...

—Pues a mí me han entrado unas enormes ganas de charlar hasta por los codos, ¡menuda liberación! Mira, hoy me deshago del pack, mando a paseo a mi marido y a mi hijo.

—¿A su hijo? Eso es más difícil—observé.

—No sabes cuánto. Es muy difícil y, sin embargo, Axel ha colmado el vaso. Faltaba una gotita y lo ha hecho. No puedo más con él, he visto sus maldades al descubierto y no me ha quedado otra que asumir que será el más brillante de mis hijos, pero que también es despreciable. Yo no le haré daño como él me lo hubiese hecho a mí, solo le abriré la puerta para que nuestros caminos, a partir de hoy, se separen.

Capítulo 57



Entré en la facultad y busqué a Julen. Él seguía trabajando allí, en la misma universidad en la que un día le conocí muchos años atrás. Aquel día se quedó echando unas horas extra, por eso no estaba ya en casa, y el crío se quedaba a comer en casa de Julia.

—¿Sabéis dónde está Julen? —les pregunté a un par de pipiolas que debían ser de primer curso.

—¿El macizo de mantenimiento? Pues no, no le hemos visto esta mañana, porque de haberle visto nos acordaríamos—rieron al unísono.

Seguí buscándole con la sonrisa en la comisura de los labios. Julen tenía fama de estar más bueno que el pan. No en vano, ya lo estaba cuando yo le conocí y encima los años jugaron a su favor.

Sonreía pensando en ello cuando escuché su voz detrás de mí.

—¿Alba Montaner? —me preguntó sorprendido.

—¿Tú qué crees? —me volví chulilla.

—Es que no pensé que volvería a verte nunca por aquí. A no ser que cualquier día te dé por hacerte profesora también.

—No, yo soy una picapleitos apasionada, sabes que no—le conté mientras me acercaba a él.

—Lo de picapleitos me suena, lo de apasionada no he tenido el gusto de comprobarlo jamás.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente...

—Alguien se ha ido ya de la lengua, ¿no? —me dio un abrazo, directamente y se quedó a un tris de besarme en los labios. De hecho, pienso que lo hubiera hecho de no ser porque yo me separé, estuve rapidita.

—Bárbara me ha pedido que me quede, se va a divorciar de Fernando.

—Cielos, cuánto lo siento, ignoro si podré resistir tanto dolor.

—No sé ni qué decirte, no debiste meterte en mis cosas, pero aun así reconozco que me has salvado la vida, una vez más.

—Princesa, la única que le ha salvado aquí la vida al otro eres tú—me cogió por la cintura.

—Explícame eso...

—¿Y hace falta que te lo explique, picapleitos Alba Montaner? Te amo desde el primer día, llevo años amándote.

—Pero, tú estás con...

—¿Con Estefanía? Ya te dije que no.

—Eso ya lo sé, Julen, aunque también sé que me mentiste. Aquel fin de semana no lo pasaste con ella, sino con Olga.

Su cara sí que se desencajó en ese momento. Fue un golpe inesperado por mi parte, el cual le asesté en todo el estómago.

—¿Qué sabes tú sobre eso? —me preguntó cariacontecido.

—Pues sé que pasaste el finde con ella, aprovechando que Rubén no estaba en casa. El día de su cumple, yo vi tu sudadera mostaza en el armario de Olga, te la dejaste allí.

—¿Y por eso estabas tan enfadada conmigo? Después hacías como si se te hubiese pasado y, aun así, seguías enfadada.

—Pues claro, no estuvo bien. Tú te llamas amigo de Rubén y eso me dolió. Yo no puedo mirarle a la cara ahora que lo sé, ¿qué pensaría él?

—¿Y si te digo que Rubén lo sabe todo?

s

—¿Rubén permitiendo que Olga le ponga los cuernos? No hace falta ser abogada para saber que es una trola.

—Es que Olga no le ha puesto los cuernos en ningún momento. Rubén sabía que yo estaba allí con su mujer ese finde...

—No me lo puedo creer, ¿y porque lo supiera no son cuernos? Yo no os entiendo a ninguno de los tres.

—Princesa, yo no he tenido nada con Olga, te lo prometo. Ella misma urdió el plan para que sintieras celos...

—¿Cómo? Me quedé patidifusa, absolutamente loca.

—Olga sabe que me muero por tus huesos y hace no mucho sacó el tema. Ella tiene la teoría de que tú también sientes por mí, pero como en su día me prohibiste que tuviéramos nada, pues temió que terminaras liándote con Axel sin que tuviéramos nuestra oportunidad.

—¿Olga te ha hecho de celestina? Esto es de locura...

—Ella y Rubén también. Ambos me propusieron que yo te hiciera ver que pasaba un finde con Estefanía para despertar tus celos y que te aclarases.

—¿Y tenía que ser precisamente un finde en el que no estaba Rubén? Madre mía la que habéis armado.

—Pues sí, porque tú tenías un juicio importante y...

—Es que te eché de menos, te necesité ese finde más que ningún otro, aunque no podía culparte porque te marchases, no habría sido justo.

—Y yo me fui con el corazón roto, no quería dejarte en la estacada. Por otra parte, Olga me decía que era la ocasión ideal para que valorases el papel que ocupo en tu vida y te aclarases. También te digo una cosa, yo no quiero que me veas solo como al canguro de Lucas y como...

No le dio tiempo a decir más. Olga no se había equivocado. Siempre sentí algo muy potente por Julen, solo que, dada mi antigua profesión, blindé mi corazón. Ya no había ninguna razón para que ese blindaje siguiera en pie, por lo que lo mandé a paseo.

Julen no pudo decir nada más porque sellé sus labios con un beso que le demostró que yo no le mentía al decirle que era apasionada. Y pasión derroché con él en medio de un pasillo en el que, cuando quisimos darnos cuenta, un buen montón de alumnos nos hicieron un corrillo y nos vitorearon.

Julen respondió a mi beso con otro montón de besos más. Con un montón de besos que salieron de su boca tras

años conteniéndolos.

—Te quiero, princesa, te quiero con toda mi alma—me decía cuando sus labios se despegaron de los míos y yo supe en ese instante que también le quería con toda la mía, pero no solo eso, sino que también le deseaba, le deseaba tanto que mi corazón comenzó a latir hasta sentir que saldría botando de mi pecho... Julen me tomó entonces en brazos y mis risas resonaron con fuerza en aquel pasillo donde un día me encontré con mi más irresistible casualidad.

años conteniéndolos.

—Te quiero, princesa, te quiero con toda mi alma—me decía cuando sus labios se despegaron de los míos y yo supe en ese instante que también le quería con toda la mía, pero no solo eso, sino que también le deseaba, le deseaba tanto que mi corazón comenzó a latir hasta sentir que saldría botando de mi pecho... Julen me tomó entonces en brazos y mis risas resonaron con fuerza en aquel pasillo donde un día me encontré con mi más irresistible casualidad.

Capítulo 58



Llegamos a casa, Julen no se lo pensó y salió conmigo del instituto en brazos. No podía decirse que se tratase de la hora más romántica del mundo, pero tampoco nos hacía falta que así fuese.

En todo momento, noté la adoración que sentía por mí ese hombre que tanto y tanto me había cuidado. Me desvistió con cuidado, tiempo tendríamos para hacer las cosas de otra manera.

—Mi princesa, cuántas veces te he imaginado así, entre mis brazos—me dijo.

—Con el “mi” suena mejor que princesa sola—puntalicé.

—Siempre fuiste mía, aunque tú no lo supieras, pues lo fuiste en mi mente—me confesó mientras me hacía estremecer con la intensidad de unos besos que no estaban abocados a quedarse solo en mis labios, sino a extenderse hacia el resto de mi cuerpo, puesto que él me cubrió de tantos, de pies a cabeza, que pensé que no podrían caber más en mi cama, en esa cama en la que dormí sola durante años mientras el hombre de mi vida estaba a pocos metros de mí.

—Tan tuya que no me di ni cuenta—le decía mientras el cuerpo al completo se me curvaba por la excitación que sentía.

—Te quiero tanto, Alba, te quiero tanto—murmuró ansioso antes de pasar a mayores, antes de despojarme también de mi ropa interior y quedárame contemplando como quien contempla una obra de arte, pues eso parecía yo para él, a juzgar por esa mirada que me echó, absolutamente imborrable para mí.

Su delicadeza se mezcló con el frenesí que mostró en cuanto me quedé totalmente expuesta para él, en cuanto sus dedos terminaron de desnudarme.

Una impresionante sensación me embargó por completo... Como si aquello no lo hubiese vivido antes, como si fuese una novedad que se me presentase para ser disfrutada como nunca lo hice. Él ya estaba desnudo igualmente, con la libido por las nubes, que era hacia el mismo lugar al que apuntaba su virilidad, tan alta, gruesa y dura, inmensamente dura para mí.

Sentí que me derretía entre sus brazos, y en parte debí hacerlo puesto que mi lubricación empapó esos dedos suyos que ya habían comenzado a entrar en mí, haciendo que mis jadeos pusieran el punto sonoro a aquel episodio sexual que protagonizamos sobre una cama que nos permitió explayarnos como si no hubiese un mañana.

—Son los jadeos más insinuantes del mundo—murmuraba mientras se afanaba en darme tanto placer que terminase explotando para él, sin prisa, pero sin pausa, convirtiendo mi cuerpo en un musical lienzo en blanco en el que pintar la más tórrida de las escenas sexuales.

Ese deseo que salía de mi boca para entrar en sus oídos siempre debió estar ahí, solo que yo lo reprimí y me cerré en banda a admitir que sentía nada por un hombre que se perfiló como el candidato ideal para ocupar mi corazón, y que lo hizo desde el minuto uno.

Teníamos mucho tiempo que recuperar y, a juzgar por nuestras miradas y por las ganas que teníamos de devorarnos el uno al otro, no tardaríamos en hacerlo. Eran muchas, eran tantas, eran todas las ganas de hacer de nuestros cuerpos uno solo y, mientras mis anhelantes jadeos le iban mostrando el camino que le llevaría directo a mi primer orgasmo, su mirada lucía más iluminada que nunca, como si se tratase de esos dos faros, sus ojos, que siempre estuvieron ahí para alumbrarme, incluso en mis días más oscuros.

Su estocada llegó a los pocos segundos de que un alivio infinito, en forma de placer, fuese chillado por mi boca. Ese orgasmo llevaba su nombre y fue tan potente y largo que aún seguía sintiendo sus increíbles contracciones cuando él comenzó a entrar en mí, momento en el que me estreché, apretando con ganas, aprisionando su miembro y haciéndole sentir unas sensaciones placenteras que se reflejaron en su cara y en esos jadeos que también salieron de su garganta para deleitar mis oídos.

Mientras me poseía, una de sus manos la situó en mi cintura a la par que la otra se fue dedicando a recorrer de nuevo mi cuerpo, junto con sus labios y su lengua, haciendo una larga parada en mis senos, en los que se recreó a conciencia, potenciando unas sensaciones que yo comencé a experimentar de nuevo y que le haría saber, pasando de los jadeos directamente a los gritos cuando él pasó de la succión de mis pezones a ese jueguecillo en el que los mordisqueaba para, a continuación, volverlos a lamer. Ahí ya sentí que me deshacía para él, que mi vagina se convertía en un río que, empapando su miembro, se abría camino en dirección hacia mis muslos, pues jamás¹ experimenté mayor lubricación que en ese momento en el que un nuevo orgasmo nos regaló los siguientes momentos lujuriosos en los que su mirada y la mía, sin dejar de mantenerla un solo segundo, nos decían que en la cama nos compenetraríamos igual de bien que fuera.

Mi cuerpo, perlado por una casi imperceptible capa de sudor que, sin embargo, me provocaba el más sofocante de los calores, se escurría entre el suyo, que me poseía con total ahínco a la par que de su boca salían esas palabras que calló durante demasiados años, haciéndome saber que no solo me deseaba, sino que me amaba de manera desatada, sin medida y sin fin posible.

Sobre ese colchón, que fue testigo de nuestro primer y fogoso encuentro sexual, entendí que había encontrado al

amor de mi vida, ese que siempre tuve al lado, ese que no supe ver hasta que llegó el momento de darme a él por completo, de entregarme con una plenitud inesperada incluso para mí, porque a Julen me entregué en cuerpo y alma, y eso último era novedoso, tan novedoso que me despertó a un mundo desconocido y romántico que tiñó mi vida de color de rosa sin fecha de caducidad.

amor de mi vida, ese que siempre tuve al lado, ese que no supe ver hasta que llegó el momento de darme a él por completo, de entregarme con una plenitud inesperada incluso para mí, porque a Julen me entregué en cuerpo y alma, y eso último era novedoso, tan novedoso que me despertó a un mundo desconocido y romántico que tiñó mi vida de color de rosa sin fecha de caducidad.

Epílogo



Un años después...

¡Nos casábamos! Julen y yo nos casábamos en la catedral de Salamanca, en un día soleado en el que todos nuestros seres queridos se dieron cita para acompañarnos.

A su familia, que se desplazó al completo desde Bilbao, se unieron nuestros amigos Olga y Rubén, entre otros muchos, quienes vieron con alegría cómo por fin, y en parte gracias a su ayuda, uníamos nuestras vidas.

Lucas daba vueltas sin parar alrededor de la larga cola de mi vestido de novia. Arantxa, su abuela, le llamó. Y digo que fue su abuela porque unos meses antes, cuando Julen me pidió emocionadísimo que nos casáramos, también me habló de la posibilidad de adoptar a Lucas, un gesto que me hizo llorar como una auténtica Magdalena, aunque por fin mis lágrimas eran de felicidad.

—Ven aquí, pequeñín, que le vas a pisar la cola del vestido a tu madre y sería una pena. Más bonita que esta chica no la hay—le advirtió ella y yo pensé que mejor suegra tampoco la había.

Arantxa e Íñigo, su marido, estaban locos de contentos con ese nieto que les había salido y que llevaba con orgullo el apellido vasco de su padre, aunque mi niño bromeaba con que Julen solo le había dado uno y no ocho, como en la famosa película que le gustaba ver en sus rodillas, para terminar riendo mientras comprobaba que el padre de Amaia, interpretada por Clara Lago, hablaba igual que su abuelo Íñigo, quien también tenía un barco en el que él se moría por montarse cuando los visitábamos.

De pronto, no solo tenía un futuro marido que me volvía loca y que me cuidaba como nadie, sino una familia al completo, eso que tanto eché de menos a la muerte de mis padres. Por cierto, que ellos también me estarían viendo desde el cielo, de eso yo no tenía la menor edad, por lo que les dediqué durante la ceremonia unas emotivas palabras... Unas palabras que seguro escucharon con lágrimas en los ojos al verme casar en semejante lugar, en la catedral de su amada Salamanca, con aquel precioso vestido de corte princesa, como no podía ser de otra manera, pues si algo me había inculcado Julen desde que me conoció fue eso: que yo era su princesa.

La hermana de Julen fue su madrina, esa que un día se metió en líos y que propició que él quisiera echarme un

capote, al recordarle a ella. Se llamaba Nerea y era un encanto de cuñada, aparte de que tenía varios críos que eran los primos de mi Lucas, quien también estaba feliz cual regaliz con toda esa familia que se encontró de repente y que le trató de una forma muy especial, por ser el chiquitín.

Rubén fue mi padrino. Ese amigo al que un día no supe cómo mirar a la cara y que tanto se rio cuando se enteró de que yo le consideraba un cornudo que no se enteraba de nada, cuántas vueltas da la vida. De su brazo llegué hasta el magnífico altar en el que ya me esperaba Julen. Al verme, las lágrimas desbordaron sus ojos.

—Mi princesa, hoy sí que lo eres—me dijo mientras me dio el más tierno de los besos en la frente, ya que el sacerdote comenzó a carraspear al ver el desparpajo con el que se acercaba a mí, aunque para desparpajo el de Lucas, que nos miraba haciendo la “V” de la victoria mientras Judith y Olga le echaban un ojito, que allí estaban mis mejores amigas para arrimar el hombro en todo lo que me hiciese falta, como siempre.

Quienes tampoco quisieron perderse la ceremonia, como no podía ser de otra manera, fueron Carmina y Bárbara. La primera siempre permanecería en mi corazón como esa profesora que un día me recomendó y creyó en mí. La otra era mi jefa y mi mentora en el camino de la abogacía, ese que día a día recorrí con alegría y que, curiosamente, se había convertido en una segunda madre para mí. No en vano, la decisión que tomó la alejó de su hijo Axel y ella solía decirme que había perdido un hijo, pero ganado una hija. Unas palabras que, siendo yo huérfana como era, adquirirían una especial importancia.

La anécdota la protagonizó, cómo no, Lucas, ya que antes de que el sacerdote nos lo indicara fue él quien dijo alto y claro “Papá, que ya puedes besar a la novia, que parece que estás un poco empanado”. No hace falta decir que las carcajadas de todo el personal resonaron en la catedral al completo, poniendo el colofón a una ceremonia que contó con música en varios momentos.

El día lo pasamos con los nuestros en una preciosa finca, propiedad de Bárbara, que nos la cedió para la ocasión. Yo nunca tendría vida para agradecerle lo mucho que hacía por mí y por los míos. Era otra, esa mujer era otra desde que se liberó del peso de su marido, incluso parecía mucho más sociable... ¡Si hasta me sorprendió gratamente bailando con uno de los tíos de Julen!

—Es como un sueño—me decía mi marido, cogiéndome por la cintura, mientras veía cómo el día salía redondo, cómo todo aquello que proyectamos durante meses con ilusión nos daba el mejor de los frutos

—No, no lo es... Es una realidad que ya nos merecíamos. Tú, sobre todo, porque tuviste infinita paciencia y pasaste lo que no está escrito, amándome sin censura.

—¿Y cómo no iba a amarte, princesa?

—Pues tú verás, porque estoy llena de imperfecciones—le dije mientras me volvía y comenzaba a besar sus gruesos labios.

1

—Amo cada una de tus imperfecciones, mi niña. Las amé desde el día que te conocí y las amaré siempre. Te amo sobre todas las cosas y te garantizo que el mío es un amor sin fecha de caducidad—murmuró mientras me besaba.

)

—Amo cada una de tus imperfecciones, mi niña. Las amé desde el día que te conocí y las amaré siempre. Te amo sobre todas las cosas y te garantizo que el mío es un amor sin fecha de caducidad—murmuró mientras me besaba.

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu